BX2385
V3
c.1

011633

1080022813

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA VIDA RELIGIOSA

CARTAS Á SOR MARGARITA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

OBRAS

DEL

M. R. P. Ambrosio de Valencina

DEL ORDEN DE CAPUCHINOS

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

LA VIDA RELIGIOSA

Y

FLORES DEL CLAUSTRO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez
Casilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MÉXICO
HERRERO HERMANOS, EDITORES
LIBRERÍA RELIGIOSA
4 — Avenida del Cinco de Mayo — 4
1899

47729

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bx2385
V3

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES

Este libro sale á luz enriquecido con muchas indulgencias que han concedido casi todos los Excelentísimos Sres. Arzobispos y Obispos de España á las religiosas que hicieren en él un rato de lectura espiritual. Esta recomendación es tan alta para los buenos hijos de la Iglesia santa, que más no se puede desear. La fórmula en que se expresan los venerables Prelados, sucesores de los Apóstoles, no es idéntica en todos, y conviene consignarlo aquí para conocimiento de las religiosas agraciadas con estos bienes espirituales.

Unos Prelados conceden las indulgencias á las religiosas sujetas á su jurisdicción, ó residentes en su diócesis, por cada capítulo ó carta que lean, otros por cada página, otros por cada hoja, y otros por cada vez que hicieran en este libro lectura espiritual.

En esta última forma concedió 100 días el Eminentísimo Sr. Cardenal Monescillo Arzobispo de Toledo; 80 los Rvmos. Sres. Arzobispos de Burgos, Sevilla y Zaragoza; y 40 los Sres. Obispos de Astorga, Barcelona, Málaga, Pamplona, Segovia, Tarazona y Auxiliar de Toledo.

Por cada hoja conceden 80 días los Sres. Arzobispos de Granada y Tarragona; y 40 los Ilmos. Prelados de Canaria, Cuenca, Badajoz, Barbastro, León, Lérida, Mallorca, Menorca, Orense, Oviedo, Tenerife, Vich y Vitoria.

Por cada página concede 100 días el Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago, y 40 los señores Obispos de Cartagena y Murcia, Ciudad-Real, Ciudad-Rodrigo, Córdoba, Guadix, Lugo y Zamora.

Por cada capítulo ó carta del libro concede 100 días el Emmo. Cardenal Cascajares, Arzobispo de Va-

011633

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lladolid, y 40 los Excmos. Obispos de Madrid-Alcalá, Almería, Cádiz, Coria, Gerona, Mondoñedo, Orihuela, Palencia, Plasencia, Teruel y Tortosa.

Al conceder estas indulgencias han hecho algunos Prelados grandes elogios de esta obra, llamándola Kempis de las religiosas, libro de oro, báculo y sostén de las almas á Dios consagradas, etc. etc. También podemos apreciar el mérito de este libro por el juicio favorable que de él han hecho la prensa católica y en particular los Boletines Eclesiásticos de los cuales tomamos lo que sigue:

"La Vida religiosa ó Cartas á Sor Margarita sobre la vida monástica, es un nuevo libro del P. Provincial de los Capuchinos, Fr. Ambrosio de Valencina; libro precioso, escrito de intento para los religiosos de uno y otro sexo, y en especial para las Esposas de Cristo. Es de lo mejor que se ha publicado sobre esa materia, por lo cual creemos que ninguna religiosa amante de la perfección, dejará de leerlo, meditarlo y aprovecharse de sus enseñanzas y doctrina. Es un libro llamado á tener mucha resonancia entre las almas á Dios consagradas, pues contiene lo que se pudiera llamar un curso completo y práctico de la vida religiosa.

„La excelencia y dignidad del estado religioso, la alteza de su vocación, los fines y objeto de la misma; la naturaleza de los votos, su alcance y propiedades, la manera de cumplirlos con perfección, las faltas que contra ellos pueden cometerse, las relaciones íntimas de una religiosa con Dios, con su comunidad y consigo misma, todo cuanto puede desearse conducente á la perfección religiosa, todo se encuentra en este libro expuesto magistralmente, con método, claridad, elegancia de lenguaje y, lo que es más, con sencillez, piedad y unción religiosa.

„De su lectura pueden sacar tanto ó más provecho que las mismas monjas, sus capellanes, confesores y directores, pues cada capítulo es una verdadera conferencia, discurso, ó plática sobre algún punto interesante de la vida religiosa, y por lo mismo puede servir de mucha utilidad á los que han de predicar, confesar ó dirigir á las Esposas del Cordero, por el camino de la perfección y santidad.

„Flores del claustro se titula la segunda parte

del libro, y estas Flores son una preciosidad literaria, una verdadera joya en el concepto místico y ascético, pues es la doctrina de la primera parte puesta en práctica. Está escrito con tal unción, tal verdad y tan puro sentimiento religioso, que difícilmente habrá quien lo lea sin sentir su corazón emocionado y sus ojos humedecidos con lágrimas de devoción.„

A este juicio crítico que hallamos inserto en varios Boletines eclesiásticos, pudiéramos añadir otros, no menos favorables, publicados en Revistas católicas; mas por no hacer interminable esta advertencia, le pondremos fin con estas hermosas palabras de dos ilustrísimos Prelados:

"Este excelente y hermoso libro está llamado á producir frutos de bendición entre las personas que han abrazado la vida religiosa.

„Basta dirigir una rápida ojeada sobre cada una de sus cartas ó capítulos, para comprender la suma importancia de este libro, que ha de servir de *báculo* para sostener á las religiosas en el camino de perfección, contra todas las tentaciones que el enemigo trate de suscitar contra ellas y de clarísima estrella que las dirija sin tropiezo hasta la celestial Jerusalén.„

El de Palencia.

"Tenemos una verdadera satisfacción en recomendar la nueva Obra escrita por el sabio Capuchino, (aparte del afecto que profesamos á esta Orden, que tan excelentes servicios nos presta en esta Diócesis), por la utilidad é importancia del mismo libro, puesto que en él se expone con gran claridad y método cuanto de fundamental conviene saber y conocer sobre la Vida Religiosa, mereciendo por ello que la recomendemos muy encarecidamente á Confesores y Religiosas.„

El de Málaga.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

La Vida religiosa ó Cartas á Sor Margarita

	Páginas.
Advertencia.	III
Prólogo.	VII
Carta I.—Introducción.	1
Carta II.—Males de que nos libró Dios, sacándonos del mundo.	6
Carta III.—Mercedes que nos hizo Dios trayéndonos al claustro.	12
Carta IV.—Grandeza y dignidad de nuestra vocación; gratitud que debemos á Dios por ella. . . .	18
Carta V.—Fines que Dios se propuso al hacernos religiosos.	25
Carta VI.—Quejas de Jesús á la Religiosa ingrata. .	32
Carta VII.—Camino por donde se llega á la ingratitud con Dios.	39
Carta VIII.—El alma religiosa es el «huerto cerrado» de que habla la Escritura.	46
Carta IX.—El alma religiosa, viña del Señor . . .	53
Carta X.—Rasgos de semejanza entre los Reyes Magos y el alma religiosa.	60
Carta XI.—El estado religioso es estado de perfección.	66
Carta XII.—El nombre de religioso y la virtud de la Religión.	73
Carta XIII.—El sacrificio de la Cruz y el de los Votos	80
Carta XIV.—La profesión religiosa y el martirio. .	88
Carta XV.—Los votos religiosos son un segundo Bautismo	95

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

	Páginas.
Carta XVI.—Errores acerca de la perfección religiosa.	101
Carta XVII.—Naturaleza y esencia de la perfección religiosa	109
Carta XVIII.—Relaciones entre la religión, la santidad y la perfección: obligación que tenemos de trabajar por alcanzarla	115
Carta XIX.—Los votos, medios óptimos de perfección.	121
Carta XX.—Naturaleza y propiedades de los votos religiosos.	127
Carta XXI.—Excelencias de los votos religiosos y sus varias especies.	133
Carta XXII.—Excelencias de la pobreza evangélica.	138
Carta XXIII.—La virtud de la pobreza.	145
Carta XXIV.—Extensión y deberes de la pobreza. .	152
Carta XXV.—El voto de pobreza y cómo obliga . .	159
Carta XXVI.—El martirio de la santa pobreza . . .	166
Carta XXVII.—El voto de Castidad: la Virginidad y sus grandezas.	173
Carta XXVIII.—Deberes que nos impone el voto de Castidad.	180
Carta XXIX.—Rigorismo exagerado en materia de Castidad	187
Carta XXX.—Engaño de los que dejan la oración por temor de las tentaciones.	194
Carta XXXI.—Privilegios y ventajas de la Virginidad.	201
Carta XXXII.—De la clausura y encerramiento de las Monjas.	208
Carta XXXIII.—La soledad compañera de la clausura.	215
Carta XXXIV.—Alabanzas y provechos de la soledad.	221
Carta XXXV.—El voto de obediencia: triple lazo con que ata al Religioso	227
Carta XXXVI.—La obediencia perfecta	233
Carta XXXVII.—Faltas contra la obediencia. . . .	239

	Páginas.
Carta XXXVIII.—Más defectos contra la obediencia.	245
Carta XXXIX.—Remedios contra el mal de la desobediencia.	252
Carta XL.—La observancia regular.	259
Carta XLI.—El alma religiosa, paloma de Jesús . .	264
Carta XLII.—Las tempestades del alma.	272
Carta XLIII.—Valor y mérito del padecer por Dios. .	279
Carta XLIV.—*Crédidi* ó el salmo de las religiosas.	285
Carta XLV.—Los confesores de monjas.	292
Carta XLVI.—Jurisdicción del confesor y de la prelada en las comuniones y mortificaciones. . . .	301
Carta XLVII.- Elecciones y Prelacías.	307
Carta XLVIII.—La perfecta Prelada.	316
Carta XLIX.—Recapitulación, consejo y despedida.	336
Carta L.—Compendia toda la doctrina de esta obra.	345

Flores del Claustro y arrullos de Palomas

Introducción.		353
I.	Recuerdos y esperanzas.	356
II.	Páginas de mi niñez.	358
III.	Despedida de mi infancia	362
IV.	Mi vocación y mis luchas.	364
V.	Mi entrada y toma de hábito	368
VI.	Mi aprendizaje.	370
VII.	Mi profesión y vida íntima.	374
VIII.	De cómo caí en la tibieza.	376
IX.	De cómo me levanté.	381
X.	El nido de mis amores	384

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

		Páginas.
XI.	Mi cielo en la tierra	389
XII.	Mi celda	392
XIII.	Mientras maitines	394
XIV.	Mi día de retiro	398
XV.	Mi oficina predilecta	402
XVI.	Mi escuela de perfección	407
XVII	Arrullos de Paloma	410
XVIII.	Junto á mi nido	414
XIX.	¡Padre, perdónalos!	417
XX.	La cuenta del día	421
XXI.	Esperanzas tristes	426
XXII.	Estando El ausente	430
XXIII.	Después de la ausencia	435
XXIV.	En brazos de mi Pastor	440
XXV.	Mirando al cielo	442
XXVI.	Esperanzas consoladoras	445
XXVII.	Conclusión	450

PRÓLOGO

Contigo va esto, lector piadoso; y si no fueres piadoso, sino impío y descreído, agradéceme la cortesía, y siquiera en atención á ella escúchame dos palabras, que decirte quiero. En estos tiempos de libertad ó libertinaje de imprenta, los lectores de libros religiosos pueden clasificarse en tres grupos: 1.° el de los devotos que buscan en la lectura el aprovechamiento espiritual, propio ó ajeno: 2.° el de los curiosos que por entretenerse y matar el tiempo leen lo primero que á sus manos llega: y 3.° el de los impíos, ó los mordaces que buscan en la lectura algo que criticar, ó algo con que defender sus errores y cohonestar sus vicios. Los primeros se parecen á la abeja que vuela solícita de flor en flor, libando la miel y la cera con que enriquece su colmena; los segundos se asemejan á la mariposa, gusano con bellas alas, que lo mismo se posa en el cáliz de la flor que en la hoja del torvisco: y los terceros tienen cierto rasgo de semejanza con el escarabajo, animal inmundo que halla sus delicias en la suciedad y la basura. ¿A cuál de estos tres grupos perteneces, lector mio? Si estás en el último.... buen provecho te haga! y adios! que no quiero más conversación contigo.

Si perteneces al segundo, y eres liviana mariposa en el campo literario, haz de este libro lo que te plazca; léelo, si te gusta; y si no, déjalo; que no hay pena impuesta para el que deje de leerlo. Ni contigo habla, ni para tí se ha escrito, y así me importa un bledo que lo leas ó lo dejes, que te guste ó te disguste y que te agrade ó desagrade.

Pero si no perteneces á esa clase de lectores, sino que buscas en este libro tu aprovechamiento espiritual, ya por ser religioso, ya por querer serlo ó ya por tener á tu cargo la dirección de alguna persona religiosa,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entonces, lector prudente, vuela como industriosa abeja por sus páginas, que algo bueno sacarás de ellas.

Yo lo escribí para las almas consagradas á Dios en el interior del claustro: especialmente para las religiosas, cuya santificación deseo con toda el alma; le dí forma epistolar por ser estilo familiar que inspira confianza y facilita la lectura, quitando pesadez al discurso; y las dirigí á Margarita, por ser este nombre, nombre de flor y de piedra preciosa, dando á entender en eso, que hablo con toda religiosa que quiera ser flor de los claustros, ó piedra preciosa en la casa del Señor. Si lo eres, discreta lectora, ó si quieres de verdad serlo, ya verás cuán presto nos entendemos como dos buenos hermanos.

Por lo pronto, y para inspirarte confianza, quiero decirte un secreto. Durante la publicación de estas cartas en el *Mensajero Seráfico,* soñé dos ó tres veces que *álguien,* aparentando candor ó encubriendo fariseismo, se escandalizaba de ver reprendidos por mí con tanta claridad como llaneza los defectillos de las pobres monjas. ¿Quién sabe si ahora que van estas cartas coleccionadas, formando libro, aquel sueño se convertirá en realidad? Por lo que pueda ser, ruégote desde ahora, que, si leyendo, alguna compañera tuya, menos discreta que tú, se pone color de grana, y se queja de verse en algún pasaje del mismo retratada, procures calmarla, diciéndole que no sea tonta, que no es buen médico quien disimula la enfermedad, sino quien la combate; ni es piedad dejar cerrado el tumor que mina la salud, sino abrirlo y apretarlo hasta que salga el mal y mane sangre pura, única manera de curarlo radicalmente. Que no dé á conocer con ese escándalo farisáico su mucha ignorancia ó su grande orgullo: éste, si no puede sufrir que por su bien la corrijan; y aquélla, sino sabe que muchos de los santos venerados hoy en los altares han escrito de las religiosas y para las religiosas, lo que yo no me he atrevido á escribir, sin duda porque no hay en mí el celo por la gloria de Dios que habia en ellos.

Tal vez te responda, (si ella es de las que á los cincuenta años no han salido aún de los limbos de la inocencia), que doy pie á los enemigos de las órdenes religiosas, para que sigan hablando mal y pensando peor

de los conventos, en vista de esos defectillos que reprendo: y á esto puedes contestar, que no hablo de nadie en particular, sino en general; ni denuncio males ó enfermedades presentes, sino pasadas, ó posibles, dada la fragilidad humana, y á esos males propino la medicina en la forma que Dios me da á entender; fustigo sin piedad el vicio, compadeciéndome del vicioso, como San Jerónimo hacía; y si álguien se queja, dará á conocer con esto que pertenece al número de aquellos que merecen ser reprendidos.

Además que no es culpa mia, si álguien abusa de la medicina que aquí ofrezco y la convierte en ponzoña para sí ó para otros. Porque ¿de qué no abusa la malicia humana? ¿No abusa de la gracia misma de Dios? ¿No abusa de la palabra de Cristo para defender errores, maldades y heregías? ¿Pues qué tiene de particular que abuse de estas cartas? Si lo hace, suya será la culpa que no mia, pues yo aseguro que en toda esta obra ha movido á mi pluma el celo por la gloria de Dios y por la santificación de las almas moradoras de los claustros. Si alguno, pues, tiene la triste condición de convertir la triaca en ponzoña, cúlpese únicamente á su malicia, porque es harto sabido que

Del más hermoso clavel,
Gala del jardín ameno,
La araña saca veneno,
La industriosa abeja, miel

Los claustros han sido siempre escuela de santidad, asilos de la inocencia, moradas del heroismo y jardines deliciosos, donde han florecido siempre y florecen hoy virtudes tan admirables como ignoradas de los mundanos; pero no por ser jardines deja su fertil suelo de producir yerbas; ni sus hermosas plantas de necesitar dirección, riego y cultivo; y quien lo contrario crea, merece patente de excesivamente cándido, bonachón y tonto. ¿Qué flor trasplantada del campo al jardín no necesita los cuidados del jardinero? ¿y qué verjel no produce natural y espontáneamente alguna yerba entre las mil flores que lo adornan? Pues á escardar esa yerba, arrancándola de raiz, y á hermosear esas plan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas, quitándoles la hoja seca que afea su verdor, se dirigen estas cartas.

Así lo han comprendido hasta hoy todas las buenas religiosas que las han leido, de las cuales he recibido sin merecerlo muchas y muy variadas cartas de felicitación, unas bendiciendo la hora en que para gloria de Dios las escribía; otras contándome los frutos obtenidos en sus comunidades con la lectura de las Cartas á Margarita. Todo esto me estimuló á seguir adelante; pues dada mi natural apatía y muchos quehaceres, hubiera dejado la obra incompleta ó á medio escribir, si los ruegos de muchas y muy santas monjas no me hubieran obligado á terminar estas cartas, que no tienen de cartas más que el nombre y la forma, pues son verdaderos discursos ó verdaderas pláticas religiosas, con su texto y todo al frente, para que nada les falte; y así tan útiles como á las mismas religiosas les serán á sus confesores, predicadores y directores.

Terminadas ya, pues, en la forma que me lo propuse, te las ofrezco, discreta lectora, para tu aprovechamiento espiritual, coleccionadas en este libro que se imprime á expensas de una persona llena de celo por la gloria de Dios y bien de las religiosas. El Índice, que antecede á este Prólogo, y la primera Carta que sirve de introducción, te darán á conocer el caudal de doctrina que en ellas se encierra. Léelas despacio; hazlas frecuentemente objeto de tus meditaciones, y meditándolas, pídele á Dios por este pobre hermano tuyo,

FR. AMBROSIO DE VALENCINA.

LA VIDA RELIGIOSA

Ó CARTAS Á SOR MARGARITA

I

¿PARA QUIÉN SON ESTAS CARTAS? ¿PRODUCIRÁN ALGÚN FRUTO? ¿TIENEN NECESIDAD DE ELLAS LAS RELIGIOSAS? MATERIAS Y PUNTOS QUE SE TRATARÁN EN LAS MISMAS.

Humilde esposa de Cristo, y hermana mia muy amada en su divino Corazón:

Desde que recibí la tuya, vengo sosteniendo una lucha atroz conmigo mismo. ¿Quieres saber por qué? Pues, porque la igualdad de nuestro estado, la profesión de una misma vida, la conformidad de nuestros votos, los dulces y purísimos lazos que nos unen con el amor eterno, y aun mí propia inclinación, todo me lleva á establecer contigo la correspondencia que deseas. Mas por otra parte, ¡es tan difícil y tan arriesgado es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas, quitándoles la hoja seca que afea su verdor, se dirigen estas cartas.

Así lo han comprendido hasta hoy todas las buenas religiosas que las han leido, de las cuales he recibido sin merecerlo muchas y muy variadas cartas de felicitación, unas bendiciendo la hora en que para gloria de Dios las escribía; otras contándome los frutos obtenidos en sus comunidades con la lectura de las Cartas á Margarita. Todo esto me estimuló á seguir adelante; pues dada mi natural apatía y muchos quehaceres, hubiera dejado la obra incompleta ó á medio escribir, si los ruegos de muchas y muy santas monjas no me hubieran obligado á terminar estas cartas, que no tienen de cartas más que el nombre y la forma, pues son verdaderos discursos ó verdaderas pláticas religiosas, con su texto y todo al frente, para que nada les falte; y así tan útiles como á las mismas religiosas les serán á sus confesores, predicadores y directores.

Terminadas ya, pues, en la forma que me lo propuse, te las ofrezco, discreta lectora, para tu aprovechamiento espiritual, coleccionadas en este libro que se imprime á expensas de una persona llena de celo por la gloria de Dios y bien de las religiosas. El Índice, que antecede á este Prólogo, y la primera Carta que sirve de introducción, te darán á conocer el caudal de doctrina que en ellas se encierra. Léelas despacio; hazlas frecuentemente objeto de tus meditaciones, y meditándolas, pídele á Dios por este pobre hermano tuyo,

FR. AMBROSIO DE VALENCINA.

LA VIDA RELIGIOSA

Ó CARTAS Á SOR MARGARITA

I

¿PARA QUIÉN SON ESTAS CARTAS? ¿PRODUCIRÁN ALGÚN FRUTO? ¿TIENEN NECESIDAD DE ELLAS LAS RELIGIOSAS? MATERIAS Y PUNTOS QUE SE TRATARÁN EN LAS MISMAS.

Humilde esposa de Cristo, y hermana mia muy amada en su divino Corazón:

Desde que recibí la tuya, vengo sosteniendo una lucha atroz conmigo mismo. ¿Quieres saber por qué? Pues, porque la igualdad de nuestro estado, la profesión de una misma vida, la conformidad de nuestros votos, los dulces y purísimos lazos que nos unen con el amor eterno, y aun mí propia inclinación, todo me lleva á establecer contigo la correspondencia que deseas. Mas por otra parte, ¡es tan difícil y tan arriesgado es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cribir algo nuevo sobre la vida religiosa!... ¡Tiene tan poco aliciente el escribir sobre esa materia!... Porque, ¿quién va á leer mis cartas? ¿Qué fruto puedo prometerme de mis trabajos? Los seglares las dejarán, como si fuera cosa inútil para ellos; los religiosos sabihondos (¡y son tántos!) dirán que quién soy yo para dar lecciones; y las religiosas engreídas, que por desgracia son muchas, pensarán que ya tienen bastantes libros para instruirse en sus deberes. ¿Para qué, pues, he de cansarme inútilmente? Sola tú, Sor Margarita, tú y otras almas puras y fervorosas como la tuya, leeréis con fruición el fruto de mis vigilias; pero á decir verdad, vosotras, religiosas fervientes, no lo necesitáis. ¿A qué, pues, trabajar en vano?

Mas ¿qué digo? ¿será trabajo inútil el que se emplea en conservar y aumentar la virtud de las fieles esposas de Cristo? Y, por otra parte, ¿cómo renunciar á mi ocupación favorita y á la más grata de mis comunicaciones? Las relaciones sociales me son molestas y penosas. Yo no gozo más que con el trato de corazones ardientes, de almas sensibles y puras, que no pertenecen á este mundo. Soy peregrino y extranjero en él: nadie me entiende, ni yo entiendo á nadie, mas que á los ángeles de la tierra, á las almas candorosas, enviadas por Dios á este campo de batalla que llamamos mundo, para conquistar en él la palma de las vírgenes ó la corona de los santos. Tengo, pues, que optar entre vivir aislado y solitario en medio del mundo, como Pablo en la Tebaida, ó contraer íntimas y santas relaciones contigo, y con el corto número de almas escogidas que habitan en el silencio de los claustros. Opto, pues, por esto último, y cese la lucha que he sostenido interiormente para contestar á tu carta.

En ella me dices que deseabas ardientemente ver terminada mi correspondencia con la afortunada Teófila, para heredar su fortuna, colocarte en su lugar, y ser instruída en los santos deberes de la vida religiosa por medio de otra serie de cartas, parecida á la que escribí á ella sobre la vida espiritual. Y poco más abajo añades: "Espero, querido Padre, que no me negará usted ese consuelo; y más habiendo acabado Teófila por ser religiosa, y pudiendo aprovecharse ella y otras muchas de cuanto usted me diga. ¡Si supiera V., Padre mio, cuánta necesidad tenemos las pobres religiosas de ser instruídas en nuestros votos y sagradas obligaciones! Aquí siempre encerradas, sin tener á quién consultar las dudas, más que al confesor, que casi siempre viene de prisa; aquí, sin haber visto desde la pasada exclaustración un Padre de nuestra Orden que nos explique de viva voz la regla que nos manda guardar estrecha y altísima pobreza; aquí, sin que nadie nos entienda, cuando le preguntamos algo de las cosas sobrenaturales que Dios obra en las almas que El quiere; aquí, donde nos pegamos unas á otras los resabios que del mundo traemos, antes de adquirir la perfección que venimos buscando; aquí, donde las costumbres más triviales adquieren con facilidad el carácter de ley con pretensiones de irrevocable; aquí, en este huerto cerrado, jardín del divino Esposo, las plantas necesitamos muy mucho sus trabajos, porque las plantas crecen con el tiempo, envejecen con los años, y al cabo de ellos han menester quien las cuide y quien las limpie. Es verdad que esta comunidad florece todavía, como árbol plantado junto á la corriente de las aguas, como la oliva especiosa en el campo, ó como la vid frondosa asida al olmo; pero ¿qué vid no necesita de poda? ¿Qué olivo no cría marojo? ¿Qué árbol no necesita limpieza ó dirección? Mire, pues, V. si se le presenta un ancho campo que cultivar, y del cual pueda coger ópimos frutos."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dices bien, querida Margarita, y aún te quedas muy corta. Los que, por razón de nuestro ministerio, vamos á dar ejercicios á las comunidades religiosas ó á confesarlas de extraordinario, somos los que podemos apreciar la grande necesidad que tienen unas de reforma, otras de instrucción, y todas de alimento espiritual. Quizás no habrá una á quien no se pueda aplicar con verdad este lamento de Jeremías: *Petierunt panem, et non erat qui frángeret eis.* Pidieron pan, y no hubo quien se lo diera. Sé que en el claustro florecen las virtudes, como la hierba en el prado; pero también sé que todas las flores no son aromáticas, ni todas las plantas fructíferas: las hay estériles y de frutos amargos. Conozco á fondo el heroismo y la santidad de muchas almas á Dios consagradas; pero no se me ocultan los defectos y miserias de otras que abrazaron el mismo estado; y esas miserias y defectos los veo tan claros, que el temor de sacarlos á relucir me hace casi desistir de la comenzada empresa.

Sí, Margarita; las almas religiosas están todas llamadas á la santidad, y muy pocas se cuidan de ser santas; todas son muy amadas de Dios, y no todas corresponden á los amores del Esposo celestial; todas están gravemente obligadas á caminar á la perfección, y muchas no andan por ese camino, y ellas mismas se ponen obstáculos delante para caer, y se enredan como mariposa en las telas de araña, y se atan con lazos mundanos y con relaciones seculares, huyendo de la dulce soledad donde Dios habla al corazón.

Para no incurrir tú en semejantes deslices, y para ser una buena religiosa, quieres que "hablemos largo y tendido, sobre la dignidad del estado religioso, sus excelencias, los votos que lo constituyen, el alcance de los mismos, la manera de cumplirlos con perfección, las virtudes propias de ese estado, las interioridades de la vida religiosa, las delicias de la soledad, los beneficios de la vocación, las ventajas del claustro, y en fin, sobre todo lo que pueda contribuir á la santificación y perfeccionamiento de una religiosa „ Hablemos, pues, de asuntos tan interesantes, ya que así lo deseas; pero sin precipitación, con calma, y de modo que saquemos provecho de nuestra mutua correspondencia.

Los puntos sobre los cuales deseas que tratemos son tan importantes y tan hermosos, que no se puede elegir entre ellos. Así pues, comienza por donde bien te parezca á recorrer el ameno campo que se presenta á nuestros ojos; que yo te iré siguiendo por él, haciéndote detener el paso, para que fijes tu mirada en ocultas maravillas, que de otro modo tal vez pasaran desapercibidas para tí. La empresa me es agradable, pero difícil y trabajosa; necesito, si he de hacer algo bueno, la gracia divina, y el auxilio de tus oraciones, para que me la obtengas de lo Alto. Confiado en ella emprendo la tarea con ánimo de llevarla á cabo; si me canso, ó me faltan las fuerzas, cuando no pueda más me sentaré á descansar, ó desistiré de ella, satisfecho de haber hecho lo que estaba de mi parte para ayudarte á ser una flor de los claustros, una verdadera esposa de Cristo.

Que El reine siempre en nuestras almas es lo que desea tu afectísimo Padre

Fr. Ambrosio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Males de que nos libró Dios, sacándonos del mundo.

Dirupisti, Dómine, vínculа mea; tibi sacrificabo hostiam laudis.
Rompiste, Señor, mis cadenas; yo te ofreceré sacrificios de alabanza.
Psl., 115.

Carísima en Jesucristo: Bien me parece que empecemos nuestra obra con un cántico de alabanzas á nuestro soberano Bienhechor, por el gran beneficio de la vocación con que nos ha favorecido: y me parece bien, porque ese y no otro debe ser nuestro punto de partida, puesto que el principio de la vida religiosa es la vocación.

Estábamos nosotros allá en la Babel del mundo, gimiendo bajo la tiranía de sus caprichos, como gemían los israelitas cautivos en Babilonia; nos hallábamos como los hijos de Jacob en medio de Egipto, oprimidos bajo el yugo de Faraón y sometidos á dura esclavitud, cuando el Altísimo tuvo á bien romper los lazos que allí nos detenían y darnos la libertad de los

hijos de Dios, trayéndonos á su santa casa. El fué quien con mano fuerte y brazo poderoso nos sacó de aquella servidumbre ominosa: ¿no es justo, pues, que aquí levantemos nuestra voz con el profeta para darle gracias? ¿No es justísimo que entonemos aquí un himno de gloria á nuestro libertador? ¡Sí, Dios mio! Tú rompiste mis cadenas; á tí ofreceré sacrificios de alabanzas.

Es nuestro Señor tan amigo de la gratitud y de que tengamos presentes sus beneficios, que cuando sacó del cautiverio de Egipto á los hebreos, les encargó que se acordaran siempre del dia en que tan gran merced les habia hecho. Y este encargo lo hizo tan de veras, que les mandó celebrar en memoria de aquel favor una fiesta todos los años, fiesta que duraba por espacio de ocho dias, para que en ellos se ejercitara el pueblo en hacimiento de gracias por los beneficios recibidos. Pues, si esto mandaba Dios á su pueblo en recompensa de la libertad terrena que le dió, ¿qué debemos hacer nosotros en recompensa de la libertad espiritual que nos ha dado? ¿Qué será razón que hagamos los religiosos para conmemorar el dia en que su potente diestra nos sacó del cautiverio del mundo y nos dió posesión de la tierra prometida? Si ellos, al verse libres de Egipto y fuera del Mar Rojo, entonaron á Dios un cántico de loores y gratitud, ¿no es justo que también nosotros entonemos á Dios gratas canciones? Cantemos, pues, con el profeta y digamos: ¡Rompiste, Señor, mis cadenas; á tí ofreceré sacrificios de alabanzas, invocando tu santo nombre! Esta es la frase que deben pronunciar cada dia los labios del religioso agradecido, y más en el cumpleaño de su entrada en religión, dia que debe consagrarlo todo á mostrar á Dios su agradecimiento.

Para excitar en nuestras almas estos sentimientos de gratitud, será bien considerar aquí el cúmulo de be-

neficios que supone la vocación religiosa. Si hubiéramos nacido en otra parte, ó tuviéramos padres menos piadosos, ó una enfermedad nos hubiera lisiado, ó hubiéramos tenido otro confesor, ó hubiéramos sido más pobres, ó nos hubieran faltado amigos y favorecedores, ciertamente no hubiéramos ingresado en el claustro. Una mala amistad que se hubiera interpuesto en nuestro camino, un accidente funesto que nos hubiera sobrevenido, la falta de dirección, y otras mil cosas, hubieran bastado para anular nuestra vocación. Y Dios con su paternal providencia veló sobre nosotros, superó nuestras dificultades, allanó los obstáculos y rompió los lazos que en el mundo nos detenían. ¡Y qué lazos!

Es el mundo para el alma cristiana semejante á una cárcel penosísima, donde forzosamente se han de arrostrar las cadenas de las pasiones, de los contratiempos y adversidades; y esto en tanto grado, que no hay mortal alguno que de ellas librarse pueda. Y si me preguntas qué cadenas son esas, yo te responderé, mi buena Margarita, que son todas las aficiones malas, los apetitos desordenados, y aún las mismas necesidades de la vida. ¿Te parece floja cadena una torpe afición? ¿Y cuántos hay aprisionados con ellas, sin poder soltarse en toda la vida? ¿Y la codicia y el deseo de riquezas, te parece pequeño yugo? ¡Cuántos lo llevan sobre sí, y van agobiados con su peso sin poder levantar cabeza! ¿Pues qué diré del amor á las honras y dignidades? ¿Cuántos arrostran esa pesada cadena, sin poder desprenderse de ella? ¿Y el cuidado de las cosas, y la conservación de los intereses, y el tener que alternar con los de su clase, te parece carga ligera? ¡Pues no lo es, sino muy pesada! Porque en hecho de verdad, ¿cuántos afanes, cuántos desvelos, cuántas ansias y cuántos trabajos no emplean los del mundo para poder pasar, ó para llegar á un puesto honroso? Pues para

sustentarlo y llevarlo adelante, ¿cuántas dificultades no hay que superar, y cuántos sacrificios no hay que hacer? ¿Pues qué diré de sus modas, de sus leyes, de sus etiquetas y cumplimientos? ¡Verdaderamente es pesado el yugo y durísima la cadena que arrastran los mortales en la cárcel del mundo! Pero á nosotros nos quitó Dios de los hombros esa grave carga de las leyes, obligaciones y fueros mundanos, rompió las cadenas que nos detenían en esa triste cárcel, nos dió libertad y nos trajo á su casa para que aquí le ofrezcamos sacrificios de alabanzas. *Sacrificabo hostiam laudis.*

Es también el mundo para el alma cristiana, á manera de intrincado laberinto, que tiene facilísima la entrada y muy dificultosa la salida. Entra el hombre en él, cuando llega al uso de la razón, y el desdichado camina sin tino y sin norte fijo, dando vueltas por sus calles y encrucijadas sin acertar con la salida; y allí quedaría para siempre sepultado, si una persona diestra no le guiara de la mano y lo sacara libre de entre aquellas vueltas y rodeos. Así andábamos nosotros, perdidos y embobados en el laberinto del mundo, y hubiéramos estado en él toda la vida, si la mano misericordiosa de nuestro buen Dios no nos hubiera guiado por sus tortuosas sendas, y nos hubiera sacado de entre sus tinieblas para traernos á la región de la luz y de la gracia. Allá nos tenía el mundo presos entre sus redes, y nuestras almas gemían aprisionadas, como el pajarito, que llena los aires de clamores, cuando se vé preso en la liga ó en el lazo del astuto cazador; pero Dios oyó benigno nuestros gemidos, y con piadosa mano nos dió libertad, para que aquí en su casa, gozando de ella, podamos cantar como David en sus salmos: Mi alma salió alegre de entre las redes del mundo, como pájaro que escapa de los lazos del cazador: los lazos fueron deshechos, y mi alma quedó libre. (Psl. 123).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es, por último, el mundo comparable á una inmensa galera como las que se usaban antiguamente, destinadas á servir de prisión y castigo á cuantos forzados en ella entraban. Allí....

Atados al duro banco
De la mísera galera,
Ambas manos en el remo
Y ambos piés en la cadena,

gemían y bogaban los galeotes sujetos á mil desventuras y al látigo del capitán que les mandaba. Y no creas que en esa galera del mundo reman solamente los infelices, porque yo he visto remar en ella gente de valía y hombres de pró. Gran personaje fué San Mateo, y remó en esa galera, atado con la cadena de la avaricia, hasta que Cristo se la rompió y lo sacó de allí para hacerlo su Apóstol y Evangelista. Hombre de muchas prendas fué San Agustín, y sin embargo, remó en esa galera atado con la cadena de la sensualidad, hasta que Dios compadecido de él, le desató de los lazos de la concupiscencia para hacerlo Padre y Doctor de su Iglesia. Ilustre persona fué también N. S. P. S. Francisco, y también bogó en esa galera atado con la cadena de la ambición y deseos de honras mundanas, hasta que el Señor fué servido sacarlo de allí para ser no sólo religioso, sino Padre de tres familias religiosas, admiración del mundo. Grandes personajes fueron, por último, San Ignacio de Loyola, San Juan de Dios, Santa Margarita de Cortona, Santa Angela de Foligno y otros mil y mil que sería largo enumerar; y todos ellos bogaron por algún tiempo en ese galeón de alto bordo, arrastrando la cadena de la esclavitud. Y nosotros hubiéramos también remado en él toda la vida y hubiéramos arrastrado la dura cadena del galeote, si Dios

con su diestra omnipotente no la hubiera roto, para librarnos de la esclavitud del mundo, trayéndonos al retiro delicioso del claustro. Por merced tan singular hemos de cantarle siempre el cántico del profeta: Rompiste, Señor, mis cadenas; yo te ofreceré sacrificios de alabanzas.

Estas consideraciones son tan provechosas para despertar en el alma sentimientos de gratitud y amor de Dios, y valen tánto para apreciar los beneficios divinos, que á religiosos bien penetrados de ellas los he visto pasear por la huerta y andar por los claustros, besando las paredes y exclamando: ¡Oh benditas paredes, de cuántos peligros me libráis! ¡Oh Dios mío! ¡cuántos favores me has hecho sin merecerlos! ¡Bendito seas eternamente! ¡Bendito seas!

Este cántico de gratitud deben repetirlo muchas veces al día los labios del religioso agradecido; que él forme tus delicias en el retiro de tu convento es lo que desea tu afectísimo P.

Fr. Ambrosio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

Mercedes que nos hizo Dios trayéndonos al claustro.

Beati qui hábitant in domo tua, Dómine; in saecula saeculorum laudabunt te.

Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa: ellos te alabarán por los siglos de los siglos.

Sal. 83. 5.

Hija mia muy amada en el divino Corazón: Bien dices, cuando dices que los males de que Dios nos ha librado, sacándonos del mundo, no es ni siquiera la mitad de lo mucho que á Dios debemos; porque á esa cuenta hay que añadir la de los beneficios que nos ha hecho, trayéndonos á la religión; y ambas cosas debemos tenerlas muy presentes para conocer el alcance de la deuda que tenemos contraida, y no negarnos nunca á satisfacerla con buena moneda de gratitud. Repito que dices muy bien, y que me agrada mucho este pensamiento tuyo, porque una de las mayores quejas que Dios tiene con los Religiosos, es precisamente el desagradecimiento de los beneficios

que nos ha hecho y nos está haciendo continuamente.

Por estas quejas comenzó Isaías las primeras palabras de sus profecías, llamando por testigos al cielo y á la tierra, contra la ingratitud de los mortales; y así dice él: «¡Oye, cielo! y tú tierra, recibe mis palabras en tus oidos, porque el Señor Dios habló, diciendo: *Hijos crié y los ensalcé, y ellos me han despreciado.*» Amarga es, por cierto, esta queja; y para no merecerla, quieres tú, Sor Margarita, que pongamos en cuenta de lo que á Dios debemos, los bienes que en el claustro disfrutamos, dedicando á este asunto una carta entera. Me place tu idea, y estoy conforme contigo. Adelante, pues, y manos á la obra.

Comencemos enumerando las ventajas y excelencias del estado religioso, según las compendia el melífluo San Bernardo en una de sus homilías, diciendo: «En la religión vive el hombre con más pureza, cae menos veces, se levanta con más prontitud, anda con más cautela, es consolado con más frecuencia, descansa más seguro, muere más confiado, se purifica más pronto y es premiado con mayor largueza; lo cual, si bien se considera, veremos cierto ser así; porque la observancia de los votos, y especialmente el de castidad, nos hace vivir con mayor pureza; la falta de malos ejemplos y ocasiones de pecar son parte para caer menos veces; y si por desgracia alguno cae, la consideración de las verdades eternas, la exhortación de los superiores y el buen ejemplo de los iguales le ayuda á levantarse más presto. Aquí se anda con más cautela que en el mundo, porque allá van los pobres mortales por un camino resbaladizo y fangoso, tropezando y cayendo y llenándose de barro hasta los ojos; pero en el convento el ejercicio de la oración, la lectura de buenos libros y la corrección de los mayores, nos hacen ir derechos hacia el Cielo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Dr. Luis Valverde y Tellez

"En el claustro se vive con más descanso y con más seguridad que en el siglo, porque allá todo son inquietudes y zozobras, que si la familia, que si la hacienda, que si la casa, que si el vecino, que si la cosecha, que si la lluvia, que si la sequía, que si la enfermedad, que si el año viene malo .. y así andan llenos de turbación, sin tener un solo dia tranquilo; mientras que nosotros todo lo tenemos cumplido, sin haber de pensar para nada en el dia de mañana, porque será como el de hoy, sosegado, quieto y hermoso, libre de cuidados seculares y de negocios mundanos. ¡Oh qué dicha tenemos los Religiosos! Bien lo echamos nosotros de ver; bien experimentamos en la Religión cuán grande merced sea ésta; porque aquí se encargan los superiores de proveernos de todo lo necesario para la comida y vestido, para la salud y enfermedad, para el estudio y los viajes y para todo cuanto hemos menester. De manera que no hemos de acordarnos para nada de esas cosas que inquietan y turban la paz del alma, sino que olvidados de todo lo terreno, sólo hemos de atender al aprovechamiento del alma y á nuestra propia santificación."

Añade el Santo Doctor, que en el claustro el alma es regada más frecuentemente con el rocío del cielo; porque el mundo es como un árido desierto, donde llueve raras veces; y aquí contínuamente nos está cayendo la lluvia de la gracia, de las santas inspiraciones, de los consuelos divinos y de las dulzuras celestiales. Con estas y otras muchas cosas se purifica el alma más pronto, adquiere mayores deseos de perfección, vive con más virtud y muere con más confianza, encomendándose en manos de Dios. Aquí, por último, es el alma galardonada con mayor premio, porque los votos, la abnegación de sí misma, y la obediencia santa, multiplican el mérito de las buenas obras que hacemos. ¡Cuántas ventajas y cuántos beneficios! Bien debemos agradecerlos á nuestro Señor.

El profeta David nos exhorta muy bien á este agradecimiento, con aquel versículo que rezamos en las Completas: "Bendecid al Señor, vosotros que sois sus siervos, los que estáis en su casa y moráis en los atrios de su palacio. "Todos los mortales somos (ó debemos ser) siervos y criados del Altísimo;" pero así como un gran señor tiene criados que le sirven en su casa, y criados que le sirven en el campo, así también nuestro Señor tiene criados allá en las campiñas del mundo, y criados aquí en su casa; jornaleros que le sirven en la granja ó en el cortijo, y familiares que le sirven en su morada, y asisten á su mesa, y gozan de su presencia regalada; y estos últimos somos nosotros por dicha nuestra. Aquellos pobrecitos del mundo trabajan, y se afanan y sufren los rigores del invierno y los ardores del verano, el sol y la lluvia, para ganar un jornal con que ir pasando; y nosotros participamos de sus trabajos y sudores, rogando por ellos y sirviendo á Dios aquí en su casa. Mira, querida Margarita, si nos aventajó nuestro Señor á los del mundo, que á ellos los dejó como rústicos campesinos, y á nosotros nos escogió entre todos para ser sus cortesanos y familiares. Bien podemos considerarnos dichosos, como nos llamó el Profeta cuando dijo: "¡Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa! ellos te alabarán por los siglos de los siglos."

Sobre todas estas excelencias, tiene otra muy grande la vida religiosa, y es ser ella, si bien se mira, una fiesta continuada. En la ley divina tienen los dias festivos el doble privilegio de no poderse trabajar en ellos y ser dedicados al servicio de Dios; y de ambos privilegios gozan los siervos de Cristo, como el mismo Señor lo indicó, cuando dijo: "Venid á Mí todos los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que trabajáis y andáis cargados, que yo os daré descanso y refrigerio„ (Math. 11). Que fué como decir: No os fatiguéis más con los trabajos del mundo; venid á mi casa y en ella tendréis una fiesta continuada. Allá fuera, en el siglo, es la vida de los pobres mundanos un trabajo servil no interrumpido, semejante al que tenían en Egipto los judíos, de los cuales dice la Sagrada Escritura que se empleaban en hacer ladrillos, sin poder ocuparse en el servicio de Dios; mas nosotros desde la mañana hasta la noche y desde la noche hasta la mañana, no tenemos que hacer otra cosa, sino servir á Dios y alabarle.

Demos, pues, los Religiosos infinitas gracias á Dios, por la singular merced que nos ha hecho, sacándonos del mundo, librándonos de sus ocupaciones serviles y escogiéndonos para vacar á la oración y ejercicios espirituales, puesto el pensamiento en el Cielo y la esperanza en los bienes que nunca han de acabar. Y pues Dios nos ha escogido para el descanso de una fiesta continuada, festejemos en ella á nuestro Señor, que se regocija y alegra en la santificación y el bien de sus escogidos. Sí, Margarita; vivamos en continua fiesta y en perpétuo descanso, sin ocuparnos en cuidados del mundo que nos aparten del servicio de Dios. Mira, hija mia, á tu propia vida como una pascua solemne en que Dios se complace: no profanes esa festividad, empleándote en trabajos del siglo; no menoscabes la dignidad y grandeza de esa fiesta, mezclando en ella ocupaciones profanas, serviles y bajas. Los empleos del Religioso han de ser la gloria de Dios, el bien de su alma y el aprovechamiento de los prójimos. Ocupándonos en esto, celebraremos dignamente nuestra fiesta temporal y nos prepararemos para aquella fiesta eterna que no tendrá fin, y en la cual repetiremos continuamente el cántico del Profeta: "Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa; ellos te alabarán por los siglos de los siglos.„

Aquí termino, querida Margarita, no porque falten excelencias que contar de la vida religiosa; sino porque la carta se hace larga. Tú, que eres feliz en ese convento, conoces por experiencia lo gratísimo que es vivir entre ángeles de paz, en compañía de Santos, siendo miembro de una Orden ilustre, hijo de un fundador santísimo y hermano de muchos y grandes santos. Tú sabes por experiencia que el convento es un jardín florido, donde el esposo de las almas tiene sus delicias y complacencias con ellas, haciéndolas participantes de sus misteriosos amores, de sus secretos inefables y de sus divinos consuelos. Tú sabes, en fin, que es verdaderísimo lo que afirma la Escritura Santa cuando dice: "Vale más, Señor, un dia pasado en tu casa, que mil entre las delicias del mundo; y vale más un oficio humilde y abatido en la casa de Dios, que las mejores dignidades mundanas en los tabernáculos de los pecadores.„ (Salm. 83). Y pues la Escritura lo dice, y la experiencia lo enseña, no hay más que añadir, ó mejor dicho, hay que añadir un cántico de gracias á nuestro Señor, por habernos hecho objeto de su misericordiosa elección. Otro dia te hablaré sobre esto. Adios, y ruega por tu afectísimo Padre

Fr. Ambrosio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

Grandeza y dignidad de nuestra vocación; gratitud que debemos á Dios por ella.

Non vos me elegistis, sed ego elegi vos.
Joan. XV. 16.

No me habéis elegido vosotros á mí, sino yo á vosotros.

Juan, XV.

Mi estimada Margarita: Queriendo un dia Jesucristo dar á conocer á sus Apóstoles la alteza de su vocación y el glorioso fin para que los habia escogido, sentóse amigablemente entre ellos, y les dijo estas palabras: "No me habéis elegido vosotros á mí, sino yo os elegí á vosotros, y os he destinado para que vayáis por el mundo, deis frutos, y vuestro fruto permanezca.„ Estas misteriosas palabras de nuestro Divino Salvador no fueron dichas solamente para los Apóstoles, sino para nosotros también. Jesucristo quiere darnos á conocer con ellas la alteza de nuestra vocación, lo gratuito de su llamamiento y el fin glorioso para que nos ha llamado; y así nos dice como á sus Apóstoles: No me habéis elegido vosotros á mí, sino que yo os elegí á vosotros, y os he puesto en este jardín hermoso del claustro para que crezcáis en

virtud, deis fruto de santidad, y este fruto sea duradero y permanente.

Estas palabras divinas que he puesto por epígrafe de mi carta son tan sublimes y encierran tan profunda teología, que bastarían á dar materia de meditación por espacio de muchos meses á un alma pensadora. En ellas están indicados los secretos de la predestinación, los misterios insondables de la gracia y la terrible potencia de la libertad humana, que en un momento aciago puede resistir á la voluntad divina y perturbar el orden moral establecido por el Eterno. Pero dejando á las aulas escolásticas la solución de estos tremendos y pavorosos problemas, nosotros vamos á buscar en esas palabras de Jesucristo incentivo para nuestra piedad, fomento para la devoción, pábulo y alimento al amor de nuestros corazones; y en tal asunto creo que no estará mal empleada esta carta.

Fijemos, pues, nuestra atención en las primeras palabras del Salvador, y veamos lo que con ellas quiere decirnos. No me habéis elegido vosotros á mí, porque no está en manos de la criatura, antes de ser formada, la elección de su destino. No me habéis elegido vosotros á mí, porque la criatura ni aún después de ser formada puede trazarse el camino que le ha de conducir á Dios. No me habéis elegido vosotros á mí porque allá en los días de la infancia, sin pensar siquiera que os crié y os redimí, viviais olvidados de mi amor, corriendo por calles y plazas, á la manera que el corderillo retoza por el prado. No me elegísteis vosotros á mí, porque al olvido natural de la infancia añadisteis en la adolescencia el pecado, que hirió con penetrante herida mi amoroso corazón. No me elegísteis vosotros á mí, porque estando vuestras almas muertas por el pecado, yo las resucité á nueva vida con la eficacia de mi amor. No me elegísteis vosotros á mí, porque cuan-

do estábais dormidos en las tinieblas del mundo y de la culpa, yo os desperté con la luz esplendorosa de la vocación divina. No me habéis elegido vosotros á mí, sino yo os elegí misericordiosísimamente á vosotros para haceros plantas fructíferas del jardín de mis amores. Yo soy el que os elegí desde toda la eternidad, el que os hice nacer de padres cristianos, el que os admitió en el seno de mi Iglesia, el que os libró de muchos males en que otros cayeron, el que os sacó del mundo, el que os trajo al claustro, el que aquí ha dado á vuestras almas mano de esposo y ósculo de eterna paz, y, por último, el que ha hecho todo eso dejando en el mundo á otras almas que me hubieran servido mejor, me hubieran amado más y me hubieran sido más fieles que vosotras. No han sido vuestros méritos, sino mi piedad y clemencia la que os ha elegido entre millares. *Ego elegi vos!*

Pero, ¡Jesús de mi alma! ¿qué vieron tus ojos en nosotros para escogernos con preferencia á los demás? ¿Qué había en nosotros para ser preferidos á nuestros hermanos? ¿Qué viste en mí, dulce Amor mio, para llamarme aquí á tu casa, dejando allá fuera tántos y tántos? ¿Qué había en mí que te pudiese agradar? Mi vida entera fué un tegido de miserias y pecados; junto á mí se criaban almas inocentes; pues ¿cómo las dejaste á ellas y á mí me elegiste? ¡Oh graciosísima elección! ¡Oh bondad inefable! ¡Oh amor nunca pensado! Dime, Vida mia, ¿qué viste en mí? ¿Qué servicios te hice? ¿Con qué obras te obligué, á que para tí me eligieras? ¡Oh maravillosa largueza é incomprensible misericordia! que, sin haberlo yo merecido, sin tú necesitarme para nada, por pura bondad me has favorecido con tu gratuita elección! Los serafines te alaben por mí, Dios mio, y mi alma te sea eternamente agradecida, y yo no pierda nunca de vista tan señalada merced.

Pues, si consideramos ahora las circunstancias de nuestra elección, hallaremos en ellas nuevos motivos de gratitud; porque el piadoso elector fué Dios mismo, que nos llamó á su servicio sin habernos menester. Los llamados fuimos nosotros, criaturas despreciables, y más dignas de morar en el campo con los animales, que no en el santuario con los ángeles de paz. El llamamiento fué para cosa tan alta, que no pudo serlo más, pues fué para hacer á nuestras almas esposas de Cristo, hijas de Dios, herederas de su imperio y partícipes de su gloria. Y este llamamiento es tan especial y tan antiguo, que corre parejas con el mismo Dios; pues así como Él es eterno, así desde la eternidad nos tuvo presentes y nos miró con ojos piadosos, dispuesto siempre á darnos tánto bien. Así lo dice Él por su profeta: "Yo te amé con amor eterno, y por eso te atraje á mí." (Jer. XXXI.) Pues, siendo esto así, ¿qué mayor beneficio puede darse? ¿Cuál mayor merced que ser amado de Dios *ab æterno*, y ser escogido para servirle, y estar escrito en su pecho amoroso desde los años de la eternidad? ¿Con qué amor corresponderemos nosotros á este amor eterno de Dios? ¿Quién se conformará á querer y amar más tarde al que tan temprano nos amó? ¿Quién aguardará á la vejez para amar al que nos amó desde toda la eternidad? ¿Qué tiempo bastará para corresponder á tánto amor y á tántas misericordias? ¿Qué lengua bastará para cantarlas, qué corazón para sentirlas, y qué servicios para pagarlas?

El apóstol San Pablo nos llama también la atención sobre esta circunstancia de nuestra vocación, diciéndonos que nos eligió Dios, antes de hacer el mundo, para que fuéramos santos (Eph. I.) La elección de nuestro destino la tomó tan á pecho y tan de atrás, que la dispuso y trazó, cuando aún no había dispuesto los fundamentos de la tierra; antes que formara el mundo con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su aliento y arrojara nuestro globo en la inmensidad del espacio, allá en los principios de los tiempos, nos escogió para sí. Y esta elección no estuvo en merecimientos propios, ni nuestras buenas prendas movieron á Dios para echar mano de nosotros, pues se dejó olvidado á otros que las tenían mayores y mejores. Nos escogió, no porque éramos santos, sino para que lo fuéramos; y nos escogió porque quiso; y quiso porque nos amó; y nos amó, porque nos quiso hacer eternamente dichosos. ¡Bendígante, Señor, tus ángeles por este beneficio tan singular que me hiciste! y mi lengua te alabe, y mi corazón te adore, por haber puesto en mí tus ojos, escogiéndome entre millares para que yo te sirviera.

Dígote con verdad, querida Margarita, que la grandeza de este beneficio me confunde y anonada, me llena de pasmo y quisiera saberlo agradecer, y que lo agradecieran mucho las almas religiosas. Todos los hijos de Adán somos barro de una misma masa, y nuestro Señor, como Alfarero divino, nos ha hecho á nosotros vasos de santificación y honor, y á otros los ha hecho vasos destinados á más bajo servicio. Pues siendo todos del mismo barro, ¿por qué nos tocó á nosotros la mejor suerte? Todos los mortales somos troncos de un mismo bosque; y Dios, como dueño absoluto de él, ha escogido los nuestros para hacer de ellos imágenes de santos, que brillen en su templo, y á los demás los ha destinado cada cual á usos especiales; y unos servirán para postes telegráficos y otros para hacer carbón. Pues, siendo todos troncos de la misma selva, ¿qué hicimos nosotros para merecer un destino tan superior? Todos los cristianos somos piedras de la misma cantera; y el Artífice supremo ha escogido á unas para los cimientos de su Iglesia, á otras para el pavimento y á otras para su tabernáculo y morada.

Pues, siendo todos piedras de la misma cantera, ¿cómo nos cupo la dicha de ser elegidos para trono y altar del Rey eterno, que ha puesto sus delicias en morar con los hijos de los hombres?

¡Ay! no puedo considerarlo sin que el corazón me rebose de gratitud: allá en el mundo éramos como árboles criados en áridos desiertos; pasó por allí el divino Labrador, fijó sus ojos en nosotros, y á fuerza de trabajos, y costándole mil sudores, nos arrancó de allí, nos cargó sobre sus hombros, y nos trasplantó á este huerto de la religión seráfica. Y allá se quedaron nuestros compañeros, allá se quedaron los árboles que nos rodeaban, árboles más lozanos y fructíferos que nosotros, árboles que puestos aquí, hubieran sido gala y adorno de la casa de Dios. Pues, ¿por qué no vinieron ellos, y sí nosotros? ¡Oh profundidad de los juicios de Dios!

Éramos como flores nacidas en ese valle de lágrimas que se llama mundo; allí careciamos del rocío continuo, que aquí el cielo derrama sobre las plantas; allí nos azotaba con fiereza el frío aquilón y los vientos huracanados de las pasiones; allí los aires inficionados y la atmósfera corrompida que se respira, amenazaba quitarnos la vida de la gracia: allí hubiéramos sido pasto de animales inmundos, nos hubieran secado los ardores de terrenas concupiscencias, y hubiéramos sido flores desgraciadas, flores de un dia. Pasó por nuestro lado el Jardinero celeste, nos miró con ternura, se compadeció de nosotros, y nos entresacó de allí para traernos al jardín de sus amores. Y las otras flores se quedaron allá entre las espinas del valle, expuestas á las inclemencias del tiempo. ¿Pues, qué hicimos nosotros para merecer tan dichosa suerte?

Y lo que es más todavía; otras flores fueron trasplantadas del mundo al claustro, del árido desierto al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

frondoso jardín, lo mismo que nosotros; y no pudieron arraigar en este hermoso suelo, no pudieron aclimatarse en esta tierra de bendición, y se secaron, y el viento las arrebató á nuestra vista ¿Pues, qué mano nos cultivó á nosotros, para que no pereciéramos como ellas? ¿Por qué ellas se secaron y nosotros no? ¿Y por qué se quedaron allá en el desierto otras flores hermosas y fragantes, que plantadas aquí nos hubieran hecho gran ventaja? ¿Por qué á nosotros entre tanta multitud de criaturas hizo Dios este favor? Por pura clemencia y por sola su bondad, que nos amó antes de poder nosotros merecerlo. Pues, siendo esto así, ¿con qué pagaremos á Dios tan grande beneficio? Aunque tuviéramos todas las lenguas de los ángeles, y todos los corazones de los hombres, y todos los dias del tiempo para emplear los corazones en amar y los labios en bendecir á Dios, todo eso sería nada para pagar merced tan soberana. Y pues no podemos de ningún modo salir de la deuda, paguémosla á lo menos con no olvidarnos nunca de ella, con dar gracias á Dios por sus favores, y corresponder á los misericordiosos designios que ha tenido sobre nosotros.

Que Dios nos ha traido á la religión con algún gran designio, es cosa fuera de duda. Cuál sea éste, te lo diría yo ahora de buena gana, si esta carta no resultara demasiado larga, porque nosotros debemos conocer ese fin, para secundar los designios de Dios; pero ya que ahora no sea posible detenernos en ese punto, otro dia hablaremos de él. Entretanto, no olvides en tus oraciones á tu afmo. P.

FR. A.

V

FINES QUE DIOS SE PROPUSO, AL HACERNOS RELIGIOSOS.

Elegi vos... ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat.
JOAN. XV.

Os elegí para que adelantéis, deis fruto de virtud, y este fruto sea permanente.
JUAN, XV.

DEVOTA sierva de Cristo: En mi última, si mal no recuerdo, quedamos conformes en que Dios tiene algún designio grande sobre nosotros, cuando tánto ha hecho para traernos á la religión; y la prueba de ello es harto clara, como vamos á ver. Todo sér inteligente, cuando empieza una obra, se propone algún fin en ella, y nadie comienza una acción, sin saber por qué ni para qué la hace. Siendo, pues, Dios el sér inteligente por esencia y excelencia, es absolutamente imposible que obre á tontas y á locas, por acaso ó casualidad; luego al distinguirnos á nosotros con vocación tan generosa; al entresacarnos de la masa común de los fieles, y al traernos á su santa casa, algún fin se ha propuesto. ¿Cuál será, pues, este fin?

Para dar con él y conocerlo perfectamente, no es menester que nos quebremos la cabeza, formando hipótesis más ó menos probables, que nos lleven al cono-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cimiento de la verdad; ni es tampoco preciso que nos demos á registrar las obras de los Santos Padres para que nos enseñen esta celestial doctrina; porque el mismo Jesucristo se tomó el trabajo de enseñárnosla claramente, cuando dijo: "Os elegí... para que adelantéis, deis fruto de virtud, y ese fruto sea permanente." Aquí tenemos, querida Margarita, señalado expresamente el fin que Dios se propuso, al llamarnos á la religión; fin altísimo, fin sublime, fin digno de ser meditado, más de lo que ordinariamente se medita. Para tres cosas dice el Señor que nos ha llamado, y es preciso examinar si hemos correspondido á esos tres fines y á esos tres designios que Él se propuso. De lo contrario, no conoceremos los quilates de nuestra correspondencia, ni sabremos á punto fijo cómo van nuestras relaciones con Dios. Comencemos, pues.

El primer fin que Dios se propuso al hacernos religiosos, es nuestro adelanto espiritual: *Posui vos ut eatis;* y este adelanto en la virtud, y el cumplimiento de este fin, es el que distingue ante los ojos divinos al religioso verdadero del falso. Nosotros distinguimos al religioso del seglar por el hábito, y pensamos que todo el que lleva hábito y profesa es religioso; pero Dios no juzga así, porque Él penetra los corazones, y ve que algunos de los que llevan hábito no son religiosos, ni algunas de las que llevan tocas y velos son religiosas, porque no adelantan en perfección, no cumplen con el primer fin de su vocación, ni siquiera de él se acuerdan. Y como perdido de vista el fin, se inutilizan los medios, resulta que la religiosa que se olvida del fin para que Dios la llamó, es una religiosa inútil, una religiosa falsa. No importa que tenga notable regularidad exterior y que no falte á ningún acto de comunidad; si á eso no añade el aprovechamiento interior, todo es perdido.

Pero tú dirás: Figúrese, Padre, que yo voy al coro como las otras, ayuno como las otras, tengo mi oficina como las otras, rezo como las otras, trabajo como las otras, no me meto con nadie, ni falto á ningún acto de comunidad; ¿qué más se me puede pedir? ¿No cumplo con esto?—Pero, hija, te diré yo, ¿con todas esas cosas que tú haces, llenas el objeto para que Dios te trajo al convento? ¿Tú crees que Dios te llamó á la religión sólo para eso? ¿Piensas que Dios te puso donde estás, sólo para asistir á los actos de comunidad, rezar de prisa el divino oficio, hacer la oración de cualquier modo, y luego pasar el resto del día paseando por casa, charlando con las hermanas, entretenida en pasatiempos, fomentando vanidades, haciendo labores de tu capricho, ó tu santa voluntad? Pues, si esto piensas, te engañas miserablemente. No te puso Dios ahí para eso; entiéndelo bien: *Posui vos ut eatis:* te puso para que adelantes, te aproveches en espíritu y crezcas en perfección. ¿Lo has hecho así? Pues entonces nada tengo que decirte; pero, si no lo has hecho, eres religiosa no más que de nombre. La razón es bien patente; porque una cosa sólo es buena, cuando llena el objeto para que fué hecha. Una pluma hecha para escribir, si en vez de letras, no hace más que borrones, es una pluma de puro nombre que merece ser tirada á la basura. Pues del mismo modo, una religiosa traida por Dios al claustro para adelantar en virtud, si no adelanta, es religiosa de solo nombre, es un arbol seco en tiempo de primavera, arbol que sólo merece ser cortado y arrojado al fuego.

Muy engañado vive quien crea que le basta á un religioso con no querer ofender á Dios, ni hacer mal á nadie, porque esto no es sino la mitad de sus obligaciones, y la mitad más fácil de cumplir. La otra mitad, que es la más difícil, consiste en ese adelanto continuo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que Dios exige de nosotros, en esa aspiración constante de crecer más en virtud. Todo religioso, por el solo hecho de serlo, está obligado á caminar á la perfección; y deja de cumplir esta obligación sagrada, desde que deja de caminar; y deja de caminar, desde que se contenta con lo que tiene andado; y se contenta con lo que tiene andado, desde que no aspira á ser mejor; y no aspira á ser mejor, desde que piensa que le basta ser bueno; y entonces deja de ser bueno, precisamente porque comienza á no querer ser mejor. Y no se me diga que el religioso que se contenta con ser bueno no hace mal ninguno, porque harto mal hace quien no hace lo que debe, y no hace lo que debe, si se contenta con estar parado, cuando Dios le trajo á la religión para caminar. *Posui vos ut eatis.*

Aquí se ha de tener presente que todo esto se comprende en el primer designio de Dios, al hacernos religiosos, y que el segundo es más alto y abraza más; porque no se contenta ya Dios con que procuremos nuestro aprovechamiento, sino que de hecho quiere que demos frutos de santidad. Así lo dice Él mismo: "Os puse (como arbolitos en este huerto cerrado) para que déis frutos de virtud:„ *ut fructum afferatis.* Y nosotros, Sor Margarita, ¿los hemos dado? ¡Ay, qué confusión! Que un arbol plantado en desiertos arenosos sea esteril ó parezca marchito y agostado, se comprende; que un arbol plantado en buena tierra, pero falta de cultivo, no dé frutos sazonados y sabrosos, se explica fácilmente; pero que un arbol plantado en fertilísimo terreno, y regado continuamente con el rocío del cielo; que un alma plantada en el jardín ameno de la Religión, cultivada con esmero por el Padre Celestial, y regada de continuo con las bendiciones de la gracia, no dé flores de virtud y frutos de santidad, esto es incomprensible, esto es inexplicable. Bien merece el

anatema que fulminó Jesucristo contra la higuera infructuosa del Evangelio. ¡Córtala! ¿Para qué ha de ocupar la tierra inútilmente? En la parábola de esta higuera he visto siempre la imagen del alma religiosa que no da frutos de santificación.

"Hubo un hombre, decía el Salvador, que plantó una higuera en su viña, terreno fertil y abundoso. A su tiempo venía todos los años á buscar higos, y nunca los encontraba. Cansado ya de esperar tanto tiempo, dijo un dia al viñador: Tres años hace que vengo á coger el fruto de este arbol, y todavía no lo ha echado. ¡Córtalo, pues! ¿Para qué ha de ocupar el terreno en balde?—Señor, le contestó el criado, dejadla otro año; yo la cultivaré bien, le echare estiércol alrededor del tronco, y si el año que viene no da frutos, entonces la cortaremos.„ ¿Quién no ve aquí la imagen del alma religiosa? ¿Y quién sabe, Sor Margarita, si el Señor está ya cansado de venir á buscar frutos en nuestras almas, y nunca los encuentra? ¿Cuántas veces habrá venido á nuestros pechos en la comunión, buscando frutos de virtud, y no los habrá hallado? ¿Cuántas veces habrá venido á nuestros corazones, buscando frutos de santidad, y se habrá vuelto con las manos vacias? ¿Y quén sabe si por esto habrá determinado ya castigarnos como á la higuera del Evangelio? ¡Nó, Jesús de mi alma! no nos castigues con tu abandono; riéganos con tu gracia, y estos árboles marchitos florecerán y producirán la abundante cosecha que tú nos exiges. Sí, Dios exige de nosotros frutos de amor, frutos de obediencia, frutos de humildad, frutos de las virtudes todas. Dios no se contenta con las palabras ni con los deseos; no se paga de exterioridades y apariencias. Cubierta estaba de verdor y lozanía la higuera del Evangelio, y Él la maldijo, porque no daba frutos. Procuremos, pues, en adelante llevar frutos de

justicia y santificación, si no queremos que Dios nos castigue. Los frutos que más le agradan son los del amor y los del buen ejemplo: si hasta ahora los hemos dado, reposemos tranquilos y procuremos darlos siempre: pero si en vez de dar frutos de amor divino, hemos impedido que los den otros; si en vez de edificar al prójimo le hemos desedificado, entonces ¡temamos! que no sabemos lo que será de nosotros, si no viene pronto la enmienda y la reparación.

Cuando considero bien estas cosas, me espanto de ver que hay en el claustro religiosos que se la echan de antiguos y cuentan con énfasis los años que llevan en la religión, sin caer en la cuenta de que no son los años de hábito los que coronan á los religiosos, sino las buenas obras y la santidad de su vida. Vivir muchos años en el convento y hallarse al cabo de ellos sin virtud, no es alabanza, sino vituperio; no es gloria, sino ignominia. ¿Qué diríamos de un estudiante que, pasados en la Universidad quince años, saliera con un caudal gastado en libros, y hecho un zoquete? ¿Podría éste gloriarse de los años que estudió? ¿Y podría gloriarse una religiosa de los muchos años que lleva en el claustro, cuando en ellos ha derrochado un caudal de gracias, y es ahora más inperfecta que cuando entró? ¡Ah! el llevar mucho tiempo en la religión sin dar frutos de santidad, más es digno de llanto que de gozo, porque eso indica que el alma, como arbol infructuoso, ha ocupado el lugar de otro que hubiera dado mucho fruto. ¡Y cuántos árboles hay de esos, por desgracia!

Bien sé yo, querida Margarita, que tú no perteneces á ese número; y aun supongo que, como buena religiosa, habrás llenado los dos primeros fines de tu vocación, es decir, que habrás aprovechado y habrás producido frutos de santidad. Mas es de saber ahora que Dios quiere algo más de nosotros. Además de dar

frutos de virtud, quiere que este fruto sea permanente. No se satisface el Señor con un fervor pasajero; quiere de nosotros un amor perseverante, porque sólo el que persevere hasta el fin será salvo. La perseverancia en el obrar corona los buenos propósitos, y éstos, llevados adelante, nos conducen á nuestro último fin. Conviene, pues, que seamos perseverantes en el bien obrar; que nunca nos cansemos de hacer el bien, pues sólo así podremos amontonar frutos en abundancia. Grano á grano hace la hormiga provisión para todo el año, llenando sus graneros. Volando constantemente de flor en flor, hinche la abeja su colmena de cera y miel: juntando una piedra á otra forma el arquitecto magníficos edificios; y añadiendo una moneda á otra, el avaro llega á formar un tesoro. Hagámoslo así nosotros, Sor Margarita; juntemos cada día virtud á virtud, sacrificio á sacrificio y fineza á fineza, que así daremos al Señor gusto cumplido, porque el fruto de nuestras buenas obras será perseverante. *Et fructus vester maneat.*

Que allá en el mundo un alma piadosa deje un día la oración, otro esté disipada y al siguiente cometa una falta, se explica; que allá fuera el fruto de la virtud no sea permanente, se comprende, porque las almas en el mundo son como árboles plantados en un terreno árido ó pantanoso; pero que nosotros, árboles plantados junto á las corrientes de las aguas, no demos frutos continuamente, es una ingratitud casi imperdonable. Ea, pues, no seamos ingratos al dulcísimo Jesús. El fruto que Él nos pide es el fruto suave del amor. ¿Quién se lo negará? ¿Quién no se derretirá en amor de un Dios tan amante?

Que Él sea contigo y te haga siempre crecer en virtud, es lo que te desea tu afectísimo P.

Fr. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI

Quejas de Jesús á la religiosa ingrata

Induxi vos in terram Carmeli ut comederetis fructum ejus et optima illius, et ingressi contaminasti terram meam.
Jer. II. 7.

Estimada Margarita: Muy en gracia me ha caido el miedo que te ha causado la parábola de la higuera evangélica, que comentábamos en mi anterior; y me ha caido en gracia, porque nunca como ahora he podido decir de tí que el miedo guarda la viña. Lo indican así claramente estas preguntitas que me haces: «Si tan malo es el arbol que no da frutos para su dueño ¿qué sería, si produjera espinas que le punzaran? Si tan enojado se mostró el amo de la higuera, porque no le daba higos, ¿qué hubiera hecho de ella, si los diera venenosos? Si tánto siente Jesucristo no hallar fruto de virtud en un alma religiosa, ¿que sentirá, si la ve cargada de culpas y de frutos de iniquidad? ¿Pero es posible que haya quien ofenda á Dios en los claustros? ¿Es posible que en los jardines de la Religión se crien árboles llenos de ponzoña? ¿Cabe en corazón humano tánta ingratitud? ¿Es posible que el hijo pródigo se vaya dos veces de la casa de su padre? ¿Es posible que la ovejita amada huya de los brazos del buen pastor?»

No lo sé, Sor Margarita, y si lo sé me lo callo por ahora; pero si te diré que en cierta ocasión, quejándose Dios de la ingratitud de su pueblo amado, mandó al profeta Jeremías que le dirigiera las terribles palabras con que empiezo esta carta, y que parecen dichas para los religiosos malos y para las religiosas culpables. "Yo, dice el Señor, os traje á la tierra del Carmelo para que comiérais sus delicados frutos; y después que estáis en él, habéis contaminado mi tierra, y habéis puesto la abominación en mi heredad... Id á las islas de Cethim, recorred las regiones de Cedar, y ved con admiración que ellos no me han sido tan ingratos como vosotros... Espantaos, ¡Cielos! y vuestras puertas caigan de asombro, porque dos crímenes ha cometido mi pueblo; á mí me abandonaron, que soy la fuente de agua viva, y se han ido á beber las aguas de cisternas disipadas, y de los sucios charcos del mundo... ¿Y qué vas ahora buscando por el camino de Egipto, para beber agua turbia? ¿Qué tienes tú que ver con el camino de los asirios?„

Así se quejaba Dios antiguamente de su pueblo amado, y así se queja también Jesucristo hoy, desde el fondo del sagrario, zahiriendo á las religiosas que mantienen amistades y relaciones con el siglo; á las que tienen aficiones reprobadas que las apartan del trato y comunicación con Dios. Yo, dice el Señor, te traje del mundo á este monte Carmelo, para que tú, religiosa ingrata, gustaras en él los suaves frutos de mi amor; y en vez de hacerlo así, has contaminado mi heredad, has sembrado la discordia en mi casa, y has puesto la abominación en el lugar santo. Vuelve tu vista á las amigas que en el mundo dejaste; recorre las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

congregaciones de jóvenes piadosas á que tal vez perteneciste, y verás que me han sido más fieles, y se han portado mejor que tú. ¡Oh Cielos! sed vosotros testigos de esta ingratitud de mi escogida: me abandonó á mí que soy su Dios y su verdadero Dueño, y se ha ido á buscar sus ídolos entre las criaturas. ¡Oh esposa mia! yo te traje aquí para tener contigo mis delicias y regalos; y tú me has abandonado, por tener tus vanidades entre los hijos de los hombres. Y no me digas que no te has contaminado con los aires del mundo: porque yo sé que tú respiras esos aires corrompidos, y que amas las vanidades. ¡Terrible reconvención, Sor Margarita! ¿La mereces tú por desgracia? Es de suponer que no; pues aunque sé bien que imperfecciones y miserias humanas las tendremos siempre, no puedo persuadirme que tengas el atrevimiento de abandonar al Criador por la criatura, con ofensa de nuestro Señor.

Por otra parte sé también que Dios no ha formulado en vano estas quejas en la Sagrada Escritura, de donde yo las he tomado: lo cual prueba que siempre hay algún alma desnaturalizada, ingrata á sus beneficios. Y si actualmente no lo eres, podrías llegar á serlo, perdiendo el temor de Dios. Por eso, conociendo que el remedio que evita una enfermedad es mejor que la medicina que después la cura, voy á decirte hoy lo enojado y quejoso que está Jesucristo con las religiosas que tienen dividido el corazón entre Él y el mundo. No me taches, pues, de rígido por lo que voy á decirte, porque se dirige á evitar un mal futuro que podría venir fácilmente sobre tí, y sobre cualquiera religiosa que mantenga amistades con el siglo.

Cuando una religiosa se olvida del fin para que Dios la trajo al claustro, y deja de producir frutos de santidad, y se aficiona al trato del mundo, y tiene mucho locutorio y muchas visitas, aunque no sean en las

rejas; esta religiosa tarde ó temprano acaba por dividir su corazón entre Dios y el mundo, cae en la tibieza, y con ella en pecados ó faltas habituales que insensiblemente la apartan de Dios; porque sabido es que el pecado no es otra cosa más que separarse uno de Dios: *aversio a Deo* le llamó Santo Tomás de Aquino.

Y tú me preguntas con mucha candidez, si esto puede ser, si es posible que la ovejita amada huya de los brazos del buen Pastor; y no sólo es posible, sino real, y por desgracia harto frecuente. Cuánto amargue esto al Corazón divino de Jesús y cuánto sea (á nuestro modo de entender) el sentimiento que tamaña ingratitud le causa, son cosas que yo quisiera expresártelas con toda la viveza posible, porque bastarían para enternecer corazones empedernidos; cuanto más al tuyo, que de su natural es tierno y afectuoso. Un alma que soñando conoció algo de esto, lo contaba después emocionada de la manera siguiente:

"En aquel misterioso sueño me pareció estar delante del divino Jesús, que rodeado de ángeles, me miraba con ojos lánguidos y amorosos: ¡Qué mirada aquella! ¡qué rostro el suyo! Los pinceles de Murillo jamás han pintado un rostro como aquel. Y volvió á mirarme, entreabrió sus labios y me dijo: "Yo soy el buen Pastor...„ Señor, ya lo sé, iba yo á contestarle; pero me detuve, porque el sonido de sus palabras era tan mágico y producía tal encanto á mi alma, que no pude interrumpirle; y Jesús continuó:

"Soy el buen Pastor... y un dia ví al lobo enemigo que sagazmente acometia y se llevaba arrastrando á uno de los corderos más hermosos de mi rebaño. Yo como le ví, salí tras él corriendo, para quitarle mi inocente corderillo; y el lobo, al verse perseguido, lo soltó en el suelo, pero tan maltratado, que daba compasión de verlo. La sangre roja manchaba su blanca lana, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

apenas podía tenerse sobre sus piés. Yo compadecido curé sus heridas con bálsamo oloroso, lo cuidé con esmero y pronto convaleció. Estando ya sano, era de esperar que nunca se apartara de mi lado, que no volviera á los peligros de que lo libré, y huyera del lobo que lo había maltratado; mas, ¡ay! apareció un dia la fiera cerca de la manada, y apenas lo divisó el necio corderillo, víctima de inconcebible locura, corrió hacia el lobo... y allá lo tiene entre sus garras. Yo perdí mi cordero, y por él estoy llorando. Aún llevo escrito su nombre en mi corazón; se llama... y pronunció un nombre que yo me resisto á estampar en este papel!„ Luego prosiguió, suspirando:

"¡Qué ingratos son los mortales! ¡Y qué necias las desventuradas hijas de Adán! Crié una paloma para regalo mio, y un dia observé que, fascinada por el mágico poder de escamosa serpiente, revoloteaba en lo alto de un arbol, bajando de rama en rama hacia la boca del reptil, que con su aliento la atraia. Ya estaba á punto de ser devorada, cuando salí al encuentro, ahuyentando con mi presencia la culebra; y la paloma cayó á mis piés casi muerta. La cogí presuroso, la estreché sobre mi seno, y en él la abrigué, prodigándole mil caricias, que le dieron nueva vida. Yo pensé que jamás se iría de mi lado; pero apenas un astuto cazador la llamó con fingido reclamo, engolosinada ella con el cebo que le puso delante, se apartó de mí, y quedó presa en las redes del siglo: ¡Ay paloma ingrata! ¡Ay Sor....! y aquí pronunció otro nombre que más de cuatro religiosas podrían sustituir con el suyo propio.„

Me dirás tal vez que esto es un sueño, y así es en verdad; pero no es sueño, sino mucha realidad las quejas parecidas á éstas, que Nuestro Señor da en la Escritura Santa á los malos religiosos; y se queja de nosotros, porque con nuestras ingratitudes herimos su amante

Corazón. Dice el Evangelio que al acercarse Jesucristo el Domingo de Ramos á Jerusalén (figura del alma religiosa) miró la ciudad diciendo: "¡Oh si conocieras tú en este dia lo que está oculto á tus ojos! ¡Oh si supieras tú apreciar este dia de tu visitación!„ ¿Pues con cuánta más razón puede Jesucristo decir esto al alma desagradecida? ¡Oh si conocieras tú, pobre alma, el grande amor que yo te tengo, y la enorme ingratitud con que me pagas! Tú, escogida entre millares, libertada de tántos peligros, dotada de tántos privilegios y gracias, elevada á la dignidad de esposa mia, alimentada tántos años con mi cuerpo sacratísimo, ¿tú, me pagas con tan negra, con tan horrenda ingratitud? Si una joven mundana, si una mujer del siglo, si una de las hijas de Edón me hubiera ofendido, me sería más tolerable; ¿pero tú, hija de Sión, Vírgen de Israél, tú ofenderme?

¡Si fuera mi enemigo el que me ofendiera, lo sufriría: pero que me ofenda mi amiga, mi amada, mi esposa; ¡ah! esto es insufrible para mi Corazón! ¿Por qué tánto desvío? ¿Por qué tan grave injuria? ¿Qué te hice yo para que me maltrates de ese modo? *¿Quid feci tibi, aut in quo contristavi te? ¿Responde mihi?* ¿No te acuerdas de aquellos dias de fervor, cuando vivíamos el uno para el otro? ¿No te acuerdas, cuando los dos andábamos á porfía, yo á darte pruebas de mi amor y tú á corresponder á ellas? ¿No te acuerdas de aquellas dulces lágrimas que yo te daba, y de aquellos suspiros amorosos que tú en retorno me volvías? ¿No te acuerdas de aquellas promesas de serme siempre fiel, y de amarme con todo tu corazón? ¿Qué se ha hecho tu palabra? ¿Qué motivos te he dado yo para tánta ingratitud? ¿No te acuerdas, cuando yo te alimentaba con el dulce manjar de los ángeles? ¿No te acuerdas, cuando gustabas en mi mesa eucarística las dulzuras del amor divino? ¿No te acuerdas, cuando te arrojabas á mis bra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zos y yo te estrechaba sobre mi corazón? ¿Y ahora ¡ingrata! te has olvidado de mí? ¿Qué te hice yo ¡traidora! para que dejaras de amarme? ¿Qué te hice yo ¡pérfida! para que me dejaras por criaturas miserables? ¡Espantaos, Cielos! ¡que mi amada me ha dejado por buscar sus complacencias en el trato con las criaturas!

¡Ay, Sor Margarita! el alma que resista á estas amorosas quejas del Salvador, no tiene corazón humano, sino corazón de hiena, signo evidente de eterna reprobación. Y no vayas á creer que sea esto invención mia; que no son sino quejas que lanza Dios contra nosotros en el salmo cincuenta y cuatro. Procuremos no merecerlas y pongamos fin á esta carta, dando entrada en nuestros corazones al amor y á la confianza y sacando de ella el fruto que al principio me propuse. ¿Estás por la misericordia de Dios libre de afectos terrenos? ¿Está tu corazón tan desasido de las criaturas que no tenga Jesucristo motivo plausible para formular contra tí las justas quejas que lanza contra otras? Pues, entonces, da gracias á Dios, y que te sirva lo dicho de remedio preventivo contra cierta plaga infernal que invade algunos conventos. Pero, si está tu corazón aficionado ó apegado á criatura alguna de la tierra, ten entendido que esa afición y apego en una esposa de Cristo, si no es pecado, está muy cerca de serlo. Es preciso, por lo tanto, romper cuanto antes toda amistad que nos distraiga ó nos aparte de Dios; es menester purificar el corazón empañado con el aliento del mundo, y ofrecérselo de nuevo á Jesucristo que lo espera con los brazos abiertos. Y finalmente, que no tengas amistades con el siglo: que seas toda de Jesús, y que no tengas corazón más que para Jesús, es lo que desea tu afectísimo Padre

FR. A.

VII

CAMINO POR DONDE SE LLEGA Á LA INGRATITUD CON DIOS.

Qui spernit modica, paulatim decidet.
ECCLI. 19. 1.°

El que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco caerá.
ECCLI. 19 1.°

DEVOTA sierva de Cristo: Por la tuya veo lo mucho que se aflige tu alma y se enternece tu corazón á vista de las amargas quejas que lanza nuestro Señor contra los religiosos ingratos á sus beneficios é infieles á su vocación. Dices que te traspasa el alma considerar que algún dia pueda Dios echarte en cara tu ingratitud, con estas palabras que no recuerdas dónde las has leído: «Viña querida, yo te planté para mí de sarmientos escogidos; pues, ¿cómo te has convertido en viña depravada, que produces frutos amargos para mi corazón?» Estas palabras que son del capítulo 2.° de Jeremías, encierran otra queja de Dios contra la ingratitud de los religiosos imperfectos.

Quisieras tú saber por qué camino se va á ese abis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo de maldad, para apartarte de él; y yo te digo, mi buena Margarita, que á ese precipicio se va por el camino de *eso no es nada*, y por la senda de *poco me importa;* quiero decir, por el camino del abandono, que empieza por hacer poco caso de las *cosas pequeñas*, con lo cual se acostumbra uno insensiblemente á cometer faltas; éstas degeneran bien pronto en pecados veniales, y éstos tarde ó temprano nos llevan al mortal, si son muchos y deliberados.

La raiz de este mal está en reputarse por cosa baladí lo que en la vida religiosa no lo es, porque aquí todo es de importancia; y por eso nos advierte el Espíritu Santo que quien desprecia lo poco, caerá en lo mucho. Por pequeñeces insignificantes empezamos los religiosos á malearnos, y no puedo creer que ningún alma verdaderamente religiosa, de repente dé caídas graves, sin que antes haya tropezado y caído muchas veces en cosa leve.

De aquí la necesidad que tenemos de andar vigilantes, y dar mucha importancia en la vida religiosa á cositas de poco valor, porque en eso está el principio de nuestro bien ó de nuestro mal. Pequeña cosa es un agujero como una nuez que se le haga á un navío, y sin embargo, en esa abertura está el naufragio ó salvación del barco; la salvación, si se tapa pronto, y el naufragio, si no se hace caso de ella y se deja entrar el agua, que poco á poco hundirá la nave hasta sumergirla en el profundo del mar. Pequeña cosa es también un granito de erisipela, cuando aparece; y no obstante, si se la descuida ó no se la hace caso, puede fácilmente extenderse por todo el cuerpo ó interesar algunos de los órganos principales, y producirnos la muerte. Pequeña cosa es, por último, un orzuelo en un ojo, ó una mancha herpética en la cara, y sin embargo, afea eso tánto á una persona, que no se la puede mirar sin asco ó sin

lástima. Pues, si esto que es tan pequeño afea tánto la hermosura del cuerpo, ¿cómo afearán la hermosura del alma las faltas morales, ninguna de las cuales es pequeña á los ojos de Dios? Ay ¡cuán feas aparecerán á los divinos ojos algunas almas por hacer poco caso de lo que llamamos pequeñas imperfecciones! Ya pues que somos tan cuidadosos de la hermosura exterior y tan solícitos de la salud corporal, no demos menos importancia á la hermosura interior y á la salud del alma. Acordémonos de que somos religiosos, y hagamos mucho caso de pequeñas faltas, porque abren el camino para ese abismo de ingratitud que tánto te espanta.

Comprenderás esto mejor, si piensas que las mayores enfermedades y aun la misma muerte, proceden á veces de causas insignificantes, al parecer. ¿Qué cosa más insignificante que una pulga? Pues de una persona supe yo que se le metió una por el oido, se quedó sorda, atonteció y de eso murió. ¿Qué cosa más insignificante que la arista de una espiga de trigo? Pues no hace mucho que á un niño se le atravesó una en la garganta y pereció ahogado. ¿Qué cosa más insignificante que el microbio, imperceptible á simple vista? Pues eso tan pequeño causa espantosos estragos en las familias y en los pueblos, llevando el contagio colérico á todas partes. En fin, ¿qué cosa más insignificante que el átomo de polvo que levanta el viento, por los caminos? Pues eso ha bastado á veces para dejar ciegos á los pobres caminantes. Lo mismo pasa en el orden espiritual: hay faltas que ciegan al religioso; hay imperfecciones que, por no destruirlas, hacen poco á poco languidecer al alma; esta insensiblemente pierde su vigor, y cuando viene á mirar por sí, está ya enferma de gravedad ó muerta por el pecado. Bien lo dice el proverbio común: Por un clavo se perdió una herradura, por una herradura, un caballo y por un caballo, el caballero que lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

montaba. Así de pequeñas cosas suelen resultar grandes males en el orden espiritual.

El hacer poco caso de esas faltas pequeñas tiene para el alma un resultado harto funesto, y es detenerle el curso de las gracias divinas, privándola de ese rocío del Cielo tan necesario para producir frutos de santidad. Cierto novicio no comprendía cómo las faltas ligeras podían detener el torrente de las gracias divinas, y el Padre Maestro se lo dió á conocer con esta hermosa parábola. Conocí á una joven tan noble como hermosa, y tan hermosa que parecía bajada del Cielo. Tenía ella un jardín precioso, de lo mejor que he visto en mi vida, adornado con toda clase de plantas y flores olorosas; ¡qué bello era! y ¡cuánto gozaba la niña cuidando su jardín! Las primeras y las mejores flores que producía, eran para el sér que ella amaba, y su dicha no reconocía límites cuando enajenada de gozo iba enseñándole á su amado las plantas de aquel ameno vergel. Este se mantenía fresco y lozano, merced á una fuente bulliciosa y cristalina que le enviaba sus aguas por un pequeño canal, el cual las distribuía al mismo tiempo por todo el jardín. Un día dejó caer por descuido una piedra en el pequeño acueducto, y le dieron ganas de sacarla con su blanca mano; pero dijo entre sí: ¿Para qué he de mojarme? *¡Eso no es nada!* y prosiguió. Otro día, al pasar, dejó caer con el roce del vestido otra piedrecita en el mismo sitio, y en vez de sacarla exclamó: Piedra más ó menos *importa poco*, y siguió adelante. Otras veces le aconteció lo mismo, y tampoco hizo caso de aquellas pequeñeces, con lo cual se fué poco á poco cegando el acueducto, hasta que un día de grandes vientos el aire arrojó sobre él hojarasca, papeles y follaje, que, deteniéndose en las piedras, obstruyeron por completo el canal, y las aguas saltaron fuera, tomando otra dirección y dejando seco el jardín.

Cuando la joven necia volvió á él, halló marchitas las flores, agostadas las plantas y seco el vergel de sus amores. Lloró, gimió y se echó en cara el no haber hecho caso de aquellas piedrecitas, pero todo inutil; ya era tarde. Acudió á quitarlas, y las aguas que habían carcomido el terreno, habian también destrozado el acueducto, corrían hacia lo bajo, y cada vez se apartaban más del jardín que tantas veces fertilizaron. Pero no fué esto lo más amargo para la pobre niña, sino que estando en esa faena llegó su Amado, que era el dueño de la fuente, le afeó su conducta, le reprendió su pereza, y la zahirió, preguntándole qué había hecho del agua de su fuente y de las flores que con ella se regaban. No pudo responder la infeliz más que con su llanto, y por no haber sacado con tiempo aquellas piedras que impedían el curso del agua, tuvo que formarle nuevo cauce, y plantar otra vez su jardín, estando entre tanto privada de la vista y de las caricias del Amado de su corazón.

Esto que te acabo de contar, si bien lo entiendes, verás que no es, sino la historia íntima de muchas religiosas. El alma consagrada á Dios es la dueña del más hermoso de los jardines, del jardín misterioso é interior, que llama la Escritura *huerto cerrado*. Las flores que en él se crían son las de las virtudes, cuyo aroma se eleva al Cielo, recreando á los ángeles de Dios. La fuente con que ellas se riegan brota del Corazón divino de Jesús; y éste es el Amado del alma que ha puesto sus delicias en morar con ella, allá en el interior de su vergel, arrullado por los céfiros, mecido por las brisas y embalsamado por las flores. Muchas veces goza allí el alma la regalada presencia del Amado; y siempre tendría flores que ofrecerle, si cuidara de quitar las piedrecitas que pueden impedir las avenidas del agua; pero muchas veces no hace caso de cosas tan pequeñas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y poco á poco se obstruye el canal, y el agua se desparrama, y las flores se marchitan, y el jardín se seca, y el Amado nos reprende, y se aleja de nosotros, y no vuelve hasta que ve de nuevo lozano y floreciente el jardín de sus amores.

¿No es ésta, Sor Margarita, la historia compendiada de muchas almas religiosas? ¿No es acaso también la tuya? ¿No se han secado nunca en tu vergel las flores de las virtudes? ¿Y ahora, cómo lo tienes? ¿Está florido, de modo que pueda pasear por él el Amado de tu alma? Pues entonces, sigue cuidándolo, ten muy limpios los canales por donde corren las aguas de la gracia, y aparta con esmero todo impedimento que pueda interceptar ese canal misterioso por donde corren las gracias, desde el Corazón de Jesús hacia el nuestro. Porque, si te descuidas en este punto, si haces poco caso de cosas pequeñas, si ves tus imperfecciones y dices, *eso no es nada;* entonces por ese camino llegarás á donde no quieres ir, verás tu vergel agostado, y Jesús te dirigirá con muchísima razón aquella queja que tánto te estremece: Viña querida, yo te planté de sarmientos escogidos, ¿pues cómo te has hecho viña depravada, que produce frutos amargos para mi corazón? Mas, si por desgracia te encontraras ya en este caso, ¡ay! entonces sería menester regar las flores con lágrimas y empezar otra vez de nuevo.

Cuando un alma religiosa, por hacer poco caso de cosas pequeñas ha venido á caer en cosa grave, esta caída causa en ella tanto estrago, que no se puede bien ponderar. No sólo pierde con eso la gracia y amistad divina; no sólo ofende á Dios y pierde el derecho que tenía á la herencia del Cielo; no sólo se hace acreedora al infierno y á tormentos perdurables, como pasaría á cualquiera otra que pecara, sino que además pierde la paz interior, la libertad de espíritu, la alegría

del alma, el mérito de todas las buenas obras que haya hecho, y el gloriosísimo título de esposa de Cristo, quedando convertida en amiga de Satanás, y en habitación de demonios, según las frases de los libros santos. Bien podemos pedir á Jeremías sus patéticas lamentaciones para llorar la ruina y los estragos de esa alma. ¿Cómo se ha obscurecido el oro, perdiendo su brillo y hermosura? ¿Es ésta la hija de Jerusalén, en otro tiempo tan hermosa? ¿A quién te compararé, Virgen de Sión? Has perdido tu decoro, patente está tu ignominia, pues has quedado como viña vendimiada, como jardín abandonado y como ciudad saqueada.

¿Por dónde se llega á tan triste estado? Ya te lo dije al principio, Sor Margarita, por el camino de *eso no es nada* y de *poco me importa;* porque esa poca importancia que damos á las cosas pequeñas, nos dispone para caer en las grandes, facilitando la mala costumbre y haciéndonos perder el horror á lo grave. Esto es lo que hacía exclamar á San Juan Crisóstomo: Una cosa maravillosa me atrevo á decir, que os parecerá nueva y nunca oída; y es que algunas veces es menester poner más cuidado en evitar las faltas pequeñas que las grandes, porque las grandes ellas en sí mismas traen consigo un horror y repugnancia que nos hacen aborrecerlas; pero las pequeñas, por lo mismo que lo son, nos hacen flojos y remisos en desecharlas; y como les hacemos poco caso, de pequeñas que son, se convierten en grandes por nuestra indolencia (1). No seamos, pues, negligentes, no andemos por el ancho camino de *eso no es nada,* y así estaremos seguros, que es lo que desea tu afectísimo Padre

FR. A.

---

(1) Homil, 88, in Matth.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

El alma religiosa es el "huerto cerrado„ de que habla la Escritura.

Dilectus meus descendit in hortum suum ad areola aromatum.

Cant. 6. 1.°

Vino mi Amado á su huerto, al sitio de las aromas.....

Cant. 6. 1.°

Apreciable Margarita: Tu carta de hoy viene muy *seráfica* y muy *teresiana*, quiero decir, que viene salpicada de gracias, llena de luz y ardiendo en amor divino por todas sus letras; tánto, que parece escrita con la pluma del Serafín de Asis, manejada par la mano de la gran Doctora carmelitana. Mucho me alegro de que te remontes tan alta en la esfera del amor divino, y de que los ángeles te presten sus alas, y los santos sus aspiraciones para subir á las maravillosas alturas donde ellos se encumbraron. Según veo, la parábola del jardín, que en mi anterior te refería, te ha servido de meditación durante un mes seguido, y te ha sido tan provechosa, que ya eres otra, gracias á las bondades del celestial Jardinero.

"Me ví—dices—retratada en aquella alegoría; conocí que el jardín de mi alma estaba medio seco; me apresuré á cultivarlo con la mortificación y el silencio; y después que le ví brotar algunas flores, invité á mi Amado á pasear por él, diciéndole con la esposa de los Cantares: ¡Ven, Amado mio, salgamos al campo, moremos en los jardines, madruguemos á ver los sembrados, veamos si floreció la viña, si las flores han dado fruto, y si brotan ya los granados! Y Él, que es tan complaciente, viene y me lleva por regiones desconocidas, y le hace sentir á mi alma delicias inefables, que no se pueden expresar con lengua humana. Y si acaso yo soy tarda en convidarle, Él me invita á mí, haciendo resonar en el fondo de mi alma estas halagüeñas palabras:—¡Levántate, amiga mia, paloma mia, y ven; apresúrate, que ya pasó el invierno, se retiró la lluvia, han aparecido las flores en nuestra tierra, llegó el tiempo del canto de las aves, la voz de la tórtola se ha oído, han brotado las higueras, y las viñas florecientes están dando grato olor. Levántate, pues, paloma mia, y ven!—Y yo vuelo, y desciendo con Él á sus jardines, al sitio de más fragancia, para coger azucenas y estarme en su compañia hasta que llegue la tarde y declinen las sombras. Pero cuando Él se ausenta ó no responde á mis arrullos, entonces mi alma languidece, mi espíritu desmaya, y la violencia del amor me hace exclamar: Cercadme de flores, y confortadme con manzanas, porque desfallezco de amor."

¿Qué tal el parrafillo de tu carta? ¿No digo yo que viene muy *seráfica* y *teresiana?* Y no te vayas á creer que lo digo por burla, porque salta á la vista que no es así. Para que te convenzas de ello, quiero decirte que este modo de mirar al alma religiosa es para mí muy grato; y lo aprendí de nuestra mística doctora Santa Teresa de Jesús, la cual dice en el capítulo once de su vida: "Ha de hacer cuenta el que comienza, que co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mienza á hacer un huerto en tierra muy infructuosa y que lleva muy malas yerbas para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas y ha de plantar las buenas... y con la ayuda de Dios hemos de procurar, como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas y tener cuidado de regarlas para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores que den de sí gran olor, para dar recreación á este Señor nuestro, y aun se venga á deleitar muchas veces á esta huerta, y á holgarse entre estas virtudes„. Y en el capítulo catorce añade: "Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios... me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto, y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes que comenzaban, á lo que parecía, á querer salir, y que fuese para su gloria y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que yo sabía habían de salir mejores „

El mismo Dios en la Sagrada Escritura llama al alma huerto cerrado; pero es de saber que este huerto no tiene más dueño que Jesucristo, ni puede entrar en él otro hortelano que el alma misma, que por eso se llama *huerto cerrado* y cercado con fuertes muros; mas así como en los jardines, por bien cercados que estén, pueden penetrar las aves del cielo y destrozar las flores, así también en este jardín del alma pueden penetrar aves nocturnas, y destruirlo, si con tiempo no las espantamos. Siendo pues, en realidad, la religiosa semejante á un jardín bien cercado, y no pudiendo penetrar en él más jardinero que el alma misma, y no teniendo este jardinero otra cosa que hacer sino cuidar de su jardín y hermosearlo; claro está, querida Margarita, que la mañana y la tarde, el día y la noche, las semanas y los meses, y toda la vida debemos pasarla en cultivar nuestro hermoso huerto.

Y no vayas á pensar que el tenerlo bien arreglado sea tarea facil y de pocos días, porque es tarea difícil y de toda la vida. Primeramente tenemos ese jardín en tierra pujante y muy fecunda, pero al fin tierra maldita por Dios, y por serlo, de sí misma no produce otra cosa que abrojos, espinas y maleza, con tanta mayor fuerza y abundancia, cuanto más fertil es de suyo; y esto bien se ve que exige un trabajo continuado, porque así como el buen hortelano cada día arranca con cuidado la mala hierba que nace en su huerto, y sólo deja la buena semilla que le ha de producir frutos; así también nosotros hemos de arrancar con diligencia las faltas é imperfecciones, que brotan en nuestro corazón tan fácilmente como la hierba en el campo; y no hemos de dejar en él más que las buenas obras, y las inclinaciones nobles, que son las que nos han de producir flores de virtud y frutos de santidad. Y como la tierra de regadío siempre está produciendo nuevas hierbas, de aquí la necesidad de andar siempre con el azadón en la mano, cortándolas de raíz, para que no chupen la sustancia del terreno, ni sofoquen á las demás plantas.

En segundo lugar necesita este jardín de aguas con qué regarse, y estas aguas no vienen en días señalados y fijos, como acontece en las grandes acequias y canales de riego; sino solamente en los días que quiere enviarlas el Dueño absoluto de nuestro huerto, porque Él es el que tiene en su mano poderosa las llaves del depósito inmenso de sus gracias para soltarlas cuando le place; y esto exige también una contínua vigilancia por parte nuestra, para no recibir en vano ese don de Dios. Este huerto es regado unas veces con lluvias fecundantes, que Dios se complace en derramar sobre él, y en este caso el hortelano nada tiene que hacer, sino recibir con hacimiento de gracias ese beneficio soberano. Otras veces falta el rocío del cielo, y entonces

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manda Dios sus aguas por primorosos canales, que las van distribuyendo por igual, haciéndolas llegar al tronco de todos los árboles, y al pie de todas las plantas con grande gozo del hortelano, que no cesa de cantar mientras le dura tan grata faena. En otras ocasiones vienen secos los acueductos por la escasez de las lluvias, y entonces quiere nuestro Señor que reguemos con nuestra propia industria y artificio, poniendo en movimiento la noria y los arcaduces, para sacar el agua que necesitamos á fin de que no se seque el huerto. Esto es más trabajoso que lo anterior, y no da tan buen resultado; pero hay otras ocasiones de más fatigas, y es, cuando la noria no puede andar por haberse trastornado. Entonces tiene uno que sacar el agua del pozo á fuerza de brazos, fatigándose y rindiéndose, para que no se le sequen las flores, ya que no le sea posible tener el jardín bien regado. Y lo peor de todo es que algunas veces venimos á sacar agua y se encuentra uno seco el pozo, á causa de la grande sequía que se padece. Y si por ventura el pozo no se seca, siéntese uno lánguido y sin fuerzas para sacar el agua, desfallecido y sin aliento, como si estuviera enfermo; de modo, que si no se acordara el alma del agrado y complacencia que Dios tiene de verla trabajar y padecer, y si no temiese perder todo lo que tiene servido á tan gran Señor, presto lo dejaría todo, aunque murieran las flores y las plantas; pero es tan bueno nuestro Divino Salvador, que, cuando para probar al alma, permite que halle seco el pozo, ó ella quede como desmayada y sin fuerzas para sacar el agua, entonces Él, haciendo muestra de su omnipotencia, sin agua ni riego sustenta los árboles y mantiene frescas las flores de nuestro jardín.

Por esta razón quisiera yo que no desconfiáramos nunca de Dios, aun cuando nos veamos en tan grandes

apuros; sino al contrario, confiar siempre en Él y consolarnos con el pensamiento de que Él nos mira, y trabajamos por su gloria, y Él se complace en nuestros trabajos, y nos lo pagará todo junto con creces y con ganancias. A buen amo servimos; Él nos recompensará según nuestro trabajo y no según las flores que dé el jardín; y si Él se contenta de verlo seco, y á mí fatigado, yo me contentaré de mi fatiga y de la sequedad de mi huerto, porque eso le dará tanta gloria á Él, como provecho á mi alma. El apóstol S. Pablo es quien nos enseñó esta doctrina celestial, cuando dijo: *De buena gana me holgaré en mis humillaciones y trabajos, para que more en mí la virtud de Cristo.* Y en otra ocasión pidió él tres veces al Cielo que le librara de un terrible contratiempo que padecia el jardín de su alma, y le contestó nuestro Señor: *Te basta mi gracia, porque la virtud se perfecciona con los trabajos y humillaciones.*

Estos trabajos vienen muy frecuentemente, sobre todo en los principios, pues entonces hay que desmontar el terreno y labrarlo bien para plantar el jardín; hay que regar á fuerza de brazos los semilleros y las primeras plantas que lo han de hermosear. Tras esto viene el riego de noria que ya es menos trabajoso, y luego el de acequias que da más placer, y por último la lluvia del cielo, que lo riega sin trabajo; pero cuando nos falta esto último, es preciso volver á lo anterior, para tener siempre en el huerto flores y frutos con que convidar á nuestro Señor. Y si vemos que las flores se marchitan ó los árboles se agostan, hagámoselo presente á Él para que remedie nuestros males.

Yo conozco á una persona, que á imitación de Santa Teresa, considera su alma como jardín del Amado, y en los días de comunión lo toma á éste de la mano, y le invita á pasear por aquél, hablándole en esta forma: Ven, Amado mio, ven á tu jardín, y con la mirada de

tus ojos divinos llénalo de hermosura. Mira, Jesús mio, mira cuán pobres están estas violetas, las flores de la humildad ¿Cuándo veré yo á mi huerto embalsamado con el aroma de estas flores? ¿Cuándo aprenderé á ser como tú, manso y humilde de corazón? Mira, Bien mio, aquí tienes el plantel de las azucenas; ¡oh! ¡cómo me gustan estas flores de la pureza santa! ¡qué aroma! ¡qué blancura! ¡qué fragancia! ¡Consérvalas intactas para tí, que eres la flor del campo y el lirio de los valles! Pero ¡ay, cuánto temo! ¡Negros y asquerosos insectos vienen volando muchas veces por el aire, para posarse en ellas y mancharlas! espántalos con tu vista, Jesús mio, y no consientas jamás que esos impuros avechuchos mancillen la pureza de mi alma... ¿Quiéres pasear ahora por entre los rosales? Estas son las flores de la caridad: ¡ay, Señor mío, cuán marchitas y deshojadas están mis rosas! ¡lástima da mirarlas! ¡Riégalas tú con tu gracia, mira que se marchitarán sin remedio! ¡Si Tú no cuidas de mi jardín, pobre de él! Mira, Jesús mío, mira lo que produce de sí este huerto de mi alma; ¿lo ves? ¡abrojos y espinas para tu amante corazón! Tiende la vista por este lado... ¡No hay más que ortigas, la hierva de la ingratitud! ¿Quién había de pensar, que jardin cultivado por tus manos produjera tal maleza? ¿Quién habia de suponer en mí tanta ingratitud? ¡Lo siento, Dios mio! y ojalá que yo solo sea el ingrato, y todas las otras almas te den flores de virtud y frutos de santidad...

Esta es muy buena consideración y te la dejo indicada para que te aproveches de ella y ruegues por tu afmo. P.

FR. A.

IX

EL ALMA RELIGIOSA, VIÑA DEL SEÑOR.

Vinea facta est Dilecto in cornu filio olei.

Plantó mi amado una viña en un collado muy fértil.

ISA. 5. 1.°

Mi querida Margarita: Hoy me pongo á escribirte de muy buen humor; son las nueve de la noche, los religiosos se han entregado ya al reposo, y yo he cogido estos pliegos de papel para ver si puedo llenártelos de borrones, antes que den las doce y la campana nos llame al coro á rezar maitines. La noche está lluviosa y bastante fría, lo cual convida al sueño y al descanso; mas á pesar de eso, no tengo ganas de dormir y sí de escribirte (aunque las manos me tiemblan de frío), por la sencilla razón de que estoy deseoso de manejar la pluma desde que esta tarde recibí la tuya. ¡Tan buena impresión me causó! Dices que las hermosas consideraciones que hacíamos en mi anterior te han descubierto un nuevo mundo dentro de tí misma, mundo en que te hallas agradablemente per-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dida, si perdición pudiera llamarse el vivir á solas con Dios en las desconocidas regiones del espíritu; y en fin, que si tengo alguna otra consideración que hacerte parecida á la del *huerto cerrado* de la Escritura santa, no deje de escribírtela pronto, porque te es altamente provechosa.

Al leer estas palabras de la tuya, me acordé que en los Libros sagrados se da al alma devota el misterioso nombre de *Viña del Señor,* y me propuse escribirte sobre este punto, á ver si sacas de él tanto fruto como del pasado. Desde que lo pensé, siento rebullir en mi mente un montón de ideas y textos bíblicos que luchan por salir á luz, y están llamando á las puertas del entendimiento, para que les abra y les dé salida; y, como si estas ideas fueran niñas mal educadas, mueven tan ingrato ruido, pidiendo todas ellas ser las preferidas, que aunque quisiera buscar el sueño, me sería imposible hallarlo, mientras me quede en la cabeza uno de esos bulliciosos pensamientos; por lo cual se me hace forzoso trasladarlos á este papel para recreo tuyo y descanso mio. Aquí tienes explicado de paso, el verdadero motivo de ponerme á escribir tan á deshora, y quiero que lo sepas, para que no me agradezcas la mala noche que voy á pasar, redactando esta carta.

Ya te he dicho que en los libros santos se da el nombre de *Viña del Señor* al alma devota, lo mismo que al pueblo escogido; mas para nuestro propósito conviene que consideremos á nuestra Religión como viña plantada por Jesucristo; á nuestro monasterio como bancal ó departamento de esa viña hermosa; y á nosotros como plantas en él criadas y cultivadas. De ellas, como de la casa de Israel, habló el Profeta Isaías, cuando dijo, refiriéndose al Salvador: "Tuvo mi amado una viña en un collado muy fértil, y la cercó con

EXPURGADO

fuerte valladar.„ Viñas de Cristo son sin duda alguna todas las Órdenes religiosas, y viñas plantadas por Él en terreno pingüe y abundante. Una vez plantadas las rodeó de vallados para defenderlas de los asaltos del ganado campestre y del paso de los caminantes; y estas cercas son, no solamente las reglas y estatutos que la separan del resto del mundo, sino también la custodia y tutela de los santos ángeles que nos asisten, alientan y enseñan con sus santas inspiraciones.

La poda que en esta viña se acostumbra es tan completa, que no deja nada que desear; porque en ella se pasan dias, meses y años en ir cortando todo lo supérfluo, para que las vides se crien rectas y derechas hacia el Cielo, buscando siempre la gloria de Dios. Y si alguna planta, por el buen cultivo que tiene, se carga demasiado de pámpanos ó de racimos, los superiores, como hábiles podadores, van arrancando con cuidado unos y otros, para que no den más hojas ni más frutos de lo que pueden llevar. Conocen ellos muy bien la carga que puede soportar cada uno, y así la distribuyen con equidad. A la vid lozana y frondosa la dejan llevar cuantos racimos puede, porque si no la obligan á dar fruto, dará mucho follaje; y á la planta que ven endeble y envejecida, la descargan de racimos para que no trabaje sobre sus fuerzas.

Pues labradas y cultivadas con tanto esmero las cepas de esta *Viña del Señor,* claro está que Él debe esperar recoger de ellas una cosecha abundante; más ¡ay! ¡aquí es donde viene lo triste y lo doloroso! Bien previó el Profeta lo que había de pasar en algunas cepas de esta viña, cuando dijo: "Voy á cantar las tristes endechas que ha de cantar mi Amado á su viña: Él la plantó de sarmientos escogidos, edificó una torre en medio de ella, y construyó en la torre un lagar, esperando que la viña produjera uvas, y no produjo más que

011633

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

agraces. Por eso dice el Señor: "Juzgad ahora, varones de Judá; juzgad entre mi y mi viña. ¿Qué más pude hacer por ella, que no lo hiciera? ¿Qué más debí hacer? Pues, ¿por qué en vez de maduros racimos me ha dado verdes cencerrones? Mas yo os diré lo que haré con mi viña: le quitaré la cerca, derribaré el vallado y quedará para ser pisada de los transeuntes. La dejaré desierta, no será más podada ni cavada, nacerán en ella zarzas, crecerán las espinas y mandaré á las nubes del cielo que no lluevan sobre ella.„ ¡Terrible amenaza! ¿Estaremos comprendidos en ella? Después de tanta labor era de esperar que la viña del Dios de Jacob produjera sazonados frutos. ¿Qué menos se le podía pedir? Y sin embargo no dió más que *labruscas*. ¡Quiera Dios que no se pueda decir otro tanto de algunos religiosos! ¡Quiera Dios que no haya entre tantas cepas escogidas ninguna que dé por fruto agraces ú obras mal sazonadas! ¡Quiera el Cielo que no tengamos que llorar un dia y decir de verdad lo que por humildad decía de sí el santo Fray Diego de Cádiz:

De Cristo, Vid escogida,
Indigno sarmiento soy,
Que en vez de racimos doy
Espinas de mala vida....

Triste cosa sería que Dios nos diera las quejas que dió á su pueblo y nos hiciera los cargos que á él le hizo. Temamos no se enoje Cristo con el sarmiento que no da fruto, y ponga por obra lo que Él mismo dice en su Evangelio: "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos; todo aquél que no dé fruto, será cortado, se secará, le cogerán, lo echarán al fuego y en él arderá.„ ¡Ay! ¡Cuántas veces se ha cumplido ya esta sentencia de Jesucristo! ¡Cuántos sarmientos y cuántas cepas he visto yo en

mi corta vida arrancados del fértil suelo de la Religión.

Pero, en fin, nosotros por dicha nuestra permanecemos aún en esta *Viña del Señor*, y á pesar de nuestras miserias queremos dar fruto; y aún creo yo que tú, amada hermana, como vid frondosa enlazada al olmo, estarás cargada de dulces racimos. ¿Qué más se te puede pedir? Pues, una cosa muy sencilla, que guardes ese fruto con mucha vigilancia, para que no tengas que llorar un dia como la Esposa de los Cantares que decía: "Me pusieron de guardia en mi viña, y yo, no la guardé. ¡Triste de mí!„ Y claro está, que el que no guarda su viña, no es extraño que á lo mejor se quede sin uvas. Este fruto es muy agradable á todos los animales del campo, á todas las aves del aire y á toda clase de insectos; y de todos ellos lo hemos de guardar con diligencia, no nos roben nuestra cosecha. Es muy facil que las zorras, amigas de la uva, vengan de noche, ó el javalí de dia, y nos destrocen la viña, por lo cual hemos de estar siempre á la mira para espantarlos. ¿Cuántas veces viene á deshora un mal pensamiento, que, si no lo rechazamos pronto y con energía, nos hace más daño que un zorro en una viña? ¿Cuántas veces un arranque de soberbia nos quita el fruto de la humildad? ¿Cuántas veces un ímpetu de ira nos hace faltar á la caridad ó á la obediencia? ¿Cuántas veces una afición desordenada á cualquier objeto nos hace prevaricar en poco ó en mucho la santa pobreza?

Y ya que de esos animales dañinos tengamos libre nuestra viña, no la tendremos ciertamente de avispas y de abejas que siempre se atreven al racimo y buscan los más dulces y los mejores, tanto que, para preservarlos de ellas, es menester cubrirlos con fundas de gasa ó redecillas de alambre. De donde debe entender el alma religiosa que nunca tendrá su fruto mejor guar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dado que cuando lo tenga cubierto con el velo de la modestia y de la humildad. Hay que guardar, por último, la viña de los transeuntes, porque como el fruto de ella es tan apetitoso, se le antoja á todo el que lo ve; de donde provino aquel cantar que dice:

Nadie plante su viña
Junto á un camino,
Porque todo el que pasa
Coge un racimo.

Así hay almas religiosas que tienen tan mal guardada su viña, que dan lugar á que entre en ella y se la vendimie todo el que quiere. Todo yente y viniente que pasa cerca, se mete por ella como por viña vendimiada, buscando con qué regalarse, sin que ellos le den el *alto*, ni le pregunten adonde van. Si nó, dime: ¿Cuántos deseos, cuidados, palabras y pensamientos salen y entran en el alma de muchas personas religiosas, sin que ellas les pidan el pasaporte ni les pregunten lo que hacen? ¡Cuántos deseos inmoderados! ¡Cuántos cuidados sin fruto! ¡Cuántos pensamientos tristes! ¡Cuántos pretextos mendigados! ¡Cuántos escrúpulos impertinentes! ¡Cuántas ocupaciones inútiles! ¡Cuántas palabras ociosas! ¡Cuántos afanes sin objeto! ¡Cuántos desvelos por niñerías de ningún valor! ¿Y qué son todas estas cosas sino transeuntes que se llevan el fruto de la viña? Y mientras tanto el alma se está cuidando, tal vez, de lo que no le importa.

No seas tú así, Sor Margarita; te diré para terminar. Guarda tu viña, para que no entre en ella algún astuto dañador. Atiende á tu viña y no te cuides de la ajena, que bastante tienes con la tuya. Mira que no es viña tuya, ni mucho menos *Viña del Señor*, la negra honrilla, las comodidades, el cargo honroso, las amistades seglares y el salir con la tuya. No es eso de lo que has de cuidar, sino de ser muy humilde, muy obediente, muy casta, muy pobre, muy caritativa, muy silenciosa, muy observante de tu regla y muy amante de Jesús. Si así lo haces, ya verás cómo el Divino Esposo te dirá algún dia, como á la esposa de los Cantares, que tu corazón es para Él, como racimo de uvas de las viñas de Engadí. Y adios, que dan las doce. Ruega por quien en el Señor te desea todo bien y es tu afectísimo P.

Fr. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

Rasgos de semejanza entre los Reyes Magos y el alma religiosa

Vidimus stellam ejus in Oriente et venimus adorare eum.
MATH.

Vimos su estrella en el Oriente y vinimos á rendirle adoración.
MATH.

Devota esposa de Cristo: La fiesta de los Santos Reyes, que á más andar se nos viene encima, me mueve á escribir hoy sobre el dulce misterio de la Epifanía, ó mejor dicho, sobre la vocación y correspondencia de los Reyes Magos, con los cuales me parece que tenemos algunos puntos de contacto y muchos rasgos de semejanza. Grato me sería continuar por el camino que antes llevábamos; pero las circunstancias del tiempo y la solemnidad de la fiesta nos obligan á detener el paso para fijar nuestra atención en la maravillosa conducta de Dios para con los Santos Reyes y de éstos para con Dios.

Estaban ellos allá, en su Arabia Feliz, entretenidos en gobernar sus reinos y familia, cuando vieron aparecer en los cielos una estrella nunca vista. Consultan

á sus libros y á las antiguas tradiciones; ven que el mundo entero espera con impaciencia la venida de su libertador, prometido desde el principio de los tiempos; recuerdan las predicciones y vaticinios que de él hicieron los profetas, y tomando aquel nuevo astro por señal del nacimiento temporal de un Rey eterno, se dicen entre sí: "Este signo indica la venida del gran Rey; vamos, pues, á reconocerle por tal, pagándole tributo y ofreciéndole nuestros dones:„ y sin más esperar comenzaron los preparativos para el viaje.

También, querida Margarita, hubo un dia dichoso en que brilló para nosotros el astro de la vocación religiosa. También apareció en los horizontes de nuestra vida la estrella luminosa de la gracia. También vimos lucir en el cielo de nuestras almas la luz esplendorosa del llamamiento divino, que nos sacó de las tinieblas del mundo. En él viviamos nosotros envueltos entre sombra, como los Reyes Magos en la obscuridad del gentilismo; y á unos y á otros nos sacó Dios de allí con la nueva estrella que hizo aparecer á nuestra vista. Ellos la vieron con los ojos del cuerpo y nosotros con los del espíritu; pero ambos la vimos y vinimos á dar á Dios adoración. Este es el primer rasgo de semejanza que tenemos con los Magos; y el segundo es el que te voy á decir.

Los Magos tuvieron grandes dificultades que vencer para realizar su empresa, y algunos de los obstáculos fueron tan árduos, que solamente su mucha generosidad los pudo vencer. El viaje que iban á emprender era largo: los caminos desconocidos y casi intransitables; la estación la más cruda y desapacible de todas; no sabían cuánto tiempo habían de permanecer lejos de su patria; ignoraban adónde los conduciría la estrella; se exponían á perderse y ser robados; y todo esto les mereció las burlas y desprecios de sus conciu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dadanos. Unos se reían de su credulidad, otros los miraban con lástima; aquéllos los tenían por fanáticos, y los de más allá hacían mofa de su piedad. ¿Nó sucedió lo mismo con nosotros, cuando intentamos poner por obra nuestra vocación? Cuando empezamos á seguir la estrella que interiormente nos iluminaba, ¿nó tuvimos que sufrir las burlas de unos, el desprecio de otros y la compasión de los que más nos querían? Pues, ¿quién podrá contar los obstáculos que tuvimos que vencer y las dificultades que superar? Cartas, viajes, ruegos, promesas, desvelos, trabajos, insomnios y... ¿Quién sabe lo que nos costó seguir el camino y llegar á este hermoso Belén en que nos hallamos?

Y para que ningún rasgo de semejanza nos falte con los Santos Reyes, tal vez desapareció la estrella cuando más falta nos hacía, como á ellos les aconteció. Al llegar á Jerusalén, se distraen un momento contemplando su grandeza, escuchando el alegre bullicio de los ciudadanos; y cuando vinieron á mirar se encontraron sin la estrella. También nosotros nos entretuvimos alguna vez en fiestas profanas, en dias de asueto, en diversiones del mundo, y cuando vinimos á percatarnos, el corazón se nos había aficionado á las cosas del siglo y nos hallamos vacilantes y perplejos, porque la estrella de la vocación había desaparecido. Quizás hubo un momento en que creimos ver cerca el logro de nuestros deseos, como los Magos al entrar en Jerusalén, donde pensaron hallar al Mesías; pero ¡ay! nos pasó como á ellos! sufrimos un desengaño, cayeron por tierra nuestros planes, se deshicieron nuestros trabajos, como la sal en el agua, y creíamos haberlo perdido todo, haberse frustado nuestros deseos y ser imposible ya la entrada en Religión. ¿Qué hicimos entonces? Nos dirigimos, como los Magos, á los escribas y doctores de la ley, á los ministros del Señor, preguntando

dónde, cómo y cuándo hallaríamos la dicha de consagrarnos á Dios, ofreciéndole los dones de nuestro amor; y ellos nos lo dijeron, ellos nos dieron luz, ellos nos encaminaron; comenzamos de nuevo la marcha, y de seguida volvió á brillar la estrella que se nos había ocultado. ¿Nó ves, Sor Margarita, cuántos puntos de contacto tenemos con los Santos Reyes? Pues aún hay más tadavía.

Ellos siguieron su camino adelante y llegaron al portal donde hallaron al divino infante con su madre; y postrados en tierra lo adoraron, abrieron sus tesoros y le ofrecieron sus dones, consistentes en oro, incienso y mirra. Lo mismo hicimos nosotros; tuvimos constancia, porque nos la dió el Cielo, para perseverar en nuestro intento; y al fin llegó el momento dichoso en que hallamos lo que por tanto tiempo deseaban nuestras almas; encontramos aquí en el claustro al divino Mesías, y postrados á sus plantas, con la frente pegada al polvo le adoramos, le dimos gracias, le abrimos los tesoros del corazón y le ofrecimos nuestros dones: oro, como á Rey; incienso, como á Dios, y mirra como á hombre. Le ofrecimos el oro del amor, que aventaja en valía á todos los tesoros de la tierra; le ofrecimos el incienso de la oración, más grato para Él que todos los aromas del mundo; y le ofrecimos la mirra de la mortificación, más provechosa para nosotros que los bálsamos preciosos del Oriente.

Nuestra dicha en esta parte es tan grande como pudo ser la de los Reyes Magos: ellos fueron llamados al conocimiento de Cristo, y nosotros también; ellos lo buscaron, y nosotros también; ellos lo hallaron y nosotros también; ellos lo adoraron, y nosotros también; ellos le ofrecieron dones, y nosotros también; ellos moraron en su compañía, y nosotros también; ellos fueron admitidos al dulce ósculo de Jesús, y nosotros también;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ellos habitaron con Él en la cueva del nacimiento, y nosotros aquí en su palacio; ellos finalmente, se llenaron de gozo, al llegar al portalito; y nuestras almas se llenaron de tanto júbilo, al entrar en la casa de Dios, que nos fué preciso desahogar el corazón, exclamando con el Profeta: Esta es mi morada y la mansión de mi descanso; aquí habitaré por los siglos de los siglos.

Me parece, querida Margarita, que te oigo decir: Mi dicha sería colmada, y mi semejanza con los Magos completa, si yo pudiera como ellos estrechar al niño Jesús en mi regazo, cubriéndolo de caricias y besos; pero si esto dices ó esto piensas, permíteme que te acuse de tener poca fe. Pues qué! ¿No comulgas todos los dias ? ¿No recibes á Jesús en tu pecho? ¿No lo abrazas sobre tu corazón? ¿A qué, pues, envidiar una dicha que nosotros poseemos? Y no solamente poseemos esa dicha, sino que aventajamos á los Santos Reyes. Ellos después de adorar al Niño se volvieron á sus tierras; y nosotros, más afortunados que ellos, nos quedamos aquí para siempre en compañía de nuestro Dios. Mas ¡ay! ¡ojalá que así como nos quedamos con el cuerpo, nos quedáramos también con el espíritu! ¡Ojalá que nunca nos hubiéramos separado de nuestro dulce Jesús! ¡Pero, Dios mio! ¡Cuántas pequeñas separaciones! ¡Cuántas infidelidades! ¡Cuántas faltas! ¡Qué ingratos hemos sido! ¡Dispénsanos, Dueño amado, que desde hoy en adelante hemos de serte muy fieles, la misma fidelidad!

Sí, Margarita; es preciso que comencemos de nuevo; es menester ser más agradecidos; es necesario ser más santos, desde hoy mismo; año nuevo y vida nueva. Vamos á trabajar á porfía, á ver en este año quién es más fiel á Dios, y quién le amará más. Si no le amamos mucho, bien se puede decir que no tenemos dignidad, porque los favores que Dios nos ha hecho, no son para

menos. ¿Adónde estaríamos ahora nosotros, si la estrella de la vocación no nos hubiera iluminado? ¡Dios santo, horror me dá pensarlo! En medio del mundo, entre las tinieblas del siglo, cargados tal vez de familia y cuidados terrenos, siendo quizás el escándalo de la calle, ó el desprecio del pueblo, lejos de esta mansión deliciosa, y apartados para siempre de nuestra felicidad. ¡Qué pena! Lo dicho, Sor Margarita: si no amamos mucho á Dios y le somos muy agradecidos, no tenemos dignidad; y no hay que darle vueltas! Conque á santificarnos, y no hay más que hablar.

Termina el Evangelio la Historia de los Magos, diciendo que avisados en sueño por un angel para que no tornaran á verse con Herodes, se volvieron por otro camino á su región; y comentando San Gregorio Magno estas palabras, dice que debemos imitar el ejemplo de los Magos, que por un camino vinieron á ver á Cristo, y por otro se volvieron á su patria. Nuestra patria, añade el Santo, es el paraíso. Allí nació la humanidad, y de allí cayó el hombre por la desobediencia, la rebelión y el deseo de las cosas terrenas; cayó y vino á este mundo á pagar su culpa. Si aquí encuentra al Salvador, debe volver á su patria, como volvieron los Reyes, por otro camino. Vinimos del paraíso á este destierro, por el camino de la soberbia, y hemos de volver á él por el de la humildad; vinimos por el camino de los deseos mundanos, y es menester volver por el del menosprecio de lo terreno; vinimos por el camino de los deleites, y es necesario volver por el de la mortificación; vinimos, en fin, por el camino de la propia voluntad, y es preciso tornar por el camino de la obediencia santa. Que no olvides esta doctrina del Cielo; que camines por estas preciosas sendas de la vida religiosa, y que ruegues por tu afmo. P. en Cristo,

FR. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI

El estado religioso es estado de perfección.

Fratres.... perfecti estote.
Hermanos.... sed perfectos.
II ad Cor. 13. 11.

Devota sierva de Cristo: Tiempo ha que deseo poner en ejecución lo que en la tuya me dices, y no sé por qué motivo no lo he puesto ya por obra. Tú deseas que comencemos á tratar, *pero despacito y con calma*, de nuestro propio estado, del estado religioso; y mis deseos se amoldan tan perfectamente á los tuyos en esta ocasión, que á ese amoldamiento podríamos llamarlo muy bien miel sobre hojuelas. Claro está que ha de serme grato conversar contigo sobre este asunto, porque ¿cuál es el comerciante que no habla con gusto de sus negocios, y más si éstos le producen ganancias? ¿A qué mercader no le gusta pregonar su mercancía? Pues mercaderes somos nosotros, según frase de Jesucristo en su Evangelio; pero mercaderes que negociamos y comerciamos con las perlas de las virtudes y con la preciosa Margarita de la santidad. ¿Por qué, pues, no hemos de pregonar nosotros nuestra mercancía, y más siendo ella tan preciosa y de tanto valor? Hablemos, pues, de nuestro estado, del *estado religioso*, que esas dos solas palabras nos darán materia para hablar mucho y bueno.

Aquí es casi necesario emplear un método escolástico para fijar con precisión las ideas y no divagar inútilmente. Muchas personas que han abrazado el estado religioso, apenas conocen lo que han abrazado, casi no saben hablar de su propio estado, tienen de él una idea tan confusa, que apenas lo conocen más que en conjunto; y esto hace necesario el análisis del asunto, definiendo cada cosa de por sí y explicándola con claridad para que los pensamientos y conceptos resulten claros y completos. Definamos, pues, nuestro estado.

El *estado religioso* es una forma ó manera de vida estable, aprobada por la Iglesia, y abrazada por cierto número de fieles, que se juntan en comunidad, para caminar á la perfección cristiana, mediante los votos de obediencia, pobreza y castidad, hechos ó emitidos según la Regla.

Se dice forma ó *manera de vida estable*, para indicar una de las excelencias del estado religioso, la cual consiste en esa estabilidad y fijeza en que pone al hombre, librándole de sus veleidosos caprichos y de su inconstancia propia. El religioso, propiamente tal adopta un género de vida que ya no cambia, una manera de ser que ya no muda, obligándose á vivir siempre religiosamente; obligación que es para él una fuente de merecimientos y de felicidad; porque con ella se emancipa del mundo, rompe su pesado yugo, ese yugo que agobia con su peso á los hijos de Adán, y se libra de las seducciones, vanidades, pompas y exigencias de un siglo corrompido.

El impío y moderno liberalismo en su odio solapado á la Religión, y en su afán de nivelarlo y confundirlo todo, ha equiparado el estado religioso con un oficio ó un cargo cualquiera, considerándolo como tal;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y en su orgullosa ignorancia no ha sabido distinguir lo que afecta al hombre intrínsecamente, de lo que extrínsecamente le afecta, confundiendo lo estable con lo pasajero, lo permanente con lo accidental y transitorio. *El estado religioso* no es ni puede ser un oficio ni un empleo; como el empleo, el oficio, la dignidad ó el cargo que ejerce una persona no puede ser, ni es estado, puesto que puede tomarse y dejarse, quitarse y ponerse sin variar la condición de la persona. No acontece así en el estado, cuyo carácter es la estabilidad y la permanencia en un mismo modo de ser, de tal suerte, que el que se casa, casado es, mientras le viva el consorte; y el que profesa en una Orden religiosa, religioso es mientras su profesión exista y le tenga ligado en místicos desposorios con el Cordero Divino.

Esa *forma ó manera de vida* ha de ser *aprobada por la Iglesia* para que revista el carácter de estado religioso, porque solamente la Iglesia puede juzgar con acierto si una forma de vida realmente es ó no es conforme á la perfección evangélica: sólo ella puede constituir Ordenes religiosas, confirmar sus estatutos, sancionar sus poderes y establecer su jerarquía y régimen interno. La persona que deja el mundo y abraza la vida religiosa con el fin de santificarse, es preciso que tenga seguridad de haber emprendido el camino recto y verdadero; es necesario, si no quiere errar, que una autoridad infalible le garantice la legitimidad y eficacia de los medios para obtener el fin que pretende; y esa autoridad no la tiene ningún hombre como hombre, aunque sea santo y haga milagros, porque la infalibilidad es nota característica de Cristo y de su Iglesia, y no puede hallarse nunca en el hombre particular, del cual está escrito que es falible y mentiroso: *omnis homo mendax*. Además, la profesión religiosa es una donación especial que el cristiano hace á Dios de su

persona, y la tal donación no es válida, si no es aceptada por Dios. Él, ordinariamente hablando, no acepta esa donación por sí mismo, sino por medio de sus representantes en la tierra, es decir, por medio de la Iglesia Católica, y por eso es necesario de toda necesidad la aprobación de la Iglesia, para que la forma de vida que se adopta sea de verdad *estado religioso*.

Abrazada por cierto número de fieles. Estas palabras quieren decir que para ser religioso no basta ligarse á una comunidad con vínculos ó lazos externos; sino que es menester unirse á ella por los vínculos sustanciales de unos mismos votos y de una misma Regla. No es suficiente para ser religioso, vivir en un convento y llevar el hábito que llevan los religiosos de él y observar exteriormente el mismo método de vida que ellos observan; porque esto lo puede hacer un criado ó sirviente del convento; esa distinción puede hacerla una comunidad á cualquiera persona benemérita que se acoja á su seno, y todo eso se encuentra de hecho en un novicio antes de hacer su profesión, y sin embargo, no son religiosos hasta que han abrazado por medio de los votos y de la profesión la norma de vida anteriormente observada.

Que se juntan en comunidad para caminar á la perfección. Hace tiempo que la Santa Madre Iglesia privó á la vida solitaria y eremítica del carácter de vida religiosa, mandando á los solitarios que se acogieran á uno de los institutos aprobados hasta entonces por ella; y por eso es característico del estado religioso la vida de comunidad. En ella se juntan los religiosos para caminar á la perfección, porque unidos es más fácil adquirirla que viviendo separados ó aislados entre sí. Los buenos ejemplos que se ven cada día en el claustro, la unión de aspiraciones y tendencias á un mismo fin, y sobre todo, el mérito de la obediencia en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cada una de las obras; la vigilancia paternal del prelado tanto en lo que se refiere al cuerpo como al alma, y la libertad que con eso tiene el religioso para dedicarse de lleno á los trabajos que la obediencia le ordena ó Dios le inspira, son ventajas que no hallan compensación en la vida solitaria; y además son medios muy provechosos para caminar á la perfección. Hoy son bien conocidas las ventajas de la asociación para todos los objetos y en todos los sentidos, y por eso no es preciso insistir más sobre este punto.

Para caminar á la perfección. Esta frase encierra el primero y el mayor de los deberes de un religioso, ó por mejor decir, encierra el conjunto de todos sus deberes y obligaciones, porque todas ellas son impuestas con ese fin de caminar á la perfección, y santificarse. Pero como esta materia es tan fecunda y de tanta importancia para un religioso, la dejamos para tratarla aparte con la extensión que ella merece.

Mediante los votos de obediencia, pobreza y castidad. He aquí, querida Margarita, el camino estrecho, pero seguro, áspero, pero cierto, escabroso, pero derecho para ir á Dios. Estas son las armas para defendernos de los tres principales enemigos del alma; estos son los dardos para herir de muerte á las tres grandes concupiscencias que arrastran al hombre hacia el abismo; concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida, como escribió el discípulo amado. El voto de castidad da muerte á la primera, el voto de pobreza á la segunda, el voto de obediencia á la tercera; y así alejan de nosotros los tres grandes obstáculos, que se oponen á nuestra santificación, y al reinado de Cristo, sobre nuestras almas. Además esos votos nos libran de los tres grandes cuidados, que suelen distraer al hombre y apartarlo de su último fin; esto es, nos libran de la solicitud de los bienes temporales

y de la codicia maldita del dinero, mediante el voto de pobreza; de los lazos de carne y sangre y del atractivo de los deleites sensuales, mediante la profesión de la castidad; y nos libra, por último, con la obediencia, del amor desordenado del propio juicio, de la inconstancia de nuestra voluntad y de esa funesta libertad humana que tiene el triste poder de oponerse á la divina y quebrantar las leyes eternas dadas por Dios al hombre. ¿Qué más diré? Esos votos hacen del religioso una víctima preciosa, inmolada en perfecto holocausto al Dios de las virtudes; holocausto en que se sacrifican los bienes temporales por la pobreza, los corporales por la castidad, y los espirituales por la obediencia. Estos votos constituyen el estado de perfección, son esenciales para la vida religiosa, y sin ellos ni es posible el religioso, ni pueden existir órdenes religiosas.

Hechos según la regla. Este aditamento es muy necesario para conocer el alcance de los votos y la obligación que imponen; porque no todas las reglas profesan ó prescriben la misma estrechez en cada uno de ellos. Hay reglas que en materia de pobreza, por ejemplo, dan por lícito lo que en otras está rigurosamente prohibido bajo pecado mortal; y por esta y otras causas se dice *hechos según la regla;* para advertir que el voto se extiende á más ó menos, según en qué orden se hacen, y por eso es de mucha importancia para el religioso, saber cuál es el sentido y el alcance dado por su regla á los tres votos.

Aquí tienes, mi buena Margarita, analizada la definición del estado religioso, análisis necesario para deslindar las cuestiones, aclarar el pensamiento, fijar las ideas, y conocer el sentido y significación de cada frase. Te decía que esas dos palabras *estado religioso* nos darían materia para escribir mucho y bueno, y tan es así, que sólo hemos analizado la primera, sin decir

nada de la segunda; y esta carta es ya tan larga, que me precisa á dejar cortado el hilo del discurso para volverlo á reanudar en la siguiente, donde examinaremos el sentido de la palabra *religioso*. Hasta ahora no hemos hecho más que bosquejar el plano, trazar las primeras líneas del cuadro, señalar la base del gran edificio que pretendemos levantar, y amontonar materiales para su construcción: sigamos trabajando ayudados de la gracia, y pronto veremos gozosos el fruto de nuestros trabajos. Asienta bien en tu corazón y en tu memoria lo que te he dicho en ésta sobre el estado religioso, y guarda lugar para lo restante, que no es poco. Termino ésta encomendándome á tus oraciones y rogándote que no olvides en la presencia de Dios á tu P. en Cristo,

FR. A.

XII

EL NOMBRE DEL RELIGIOSO Y LA VIRTUD DE LA RELIGIÓN.

Religiositas custodiet et justificabit cor.
La religiosidad guarda y justifica el corazón.
ECLI. I. 18.

Mi estimada Margarita: Quedamos conformes el otro dia en dedicar la presente á estudiar el sentido de la palabra *religioso* con todos sus adherentes, dando á conocer la rica mina que hay encerrada en ella; y esta me parece la ocasión más oportuna para ponerlo por obra. Esa palabra la pronuncian muchos y la entienden pocos, porque pocas son las personas que conocen su significado teológico y su valor ascético; y por eso es muy de actualidad sacar á relucir lo que está escondido en el seno de ese vocablo, al parecer tan sencillo.

¡Religioso! Este es el nombre que se da por antonomasia á la persona que vive totalmente consagrada al servicio de Dios: *religioso* es el nombre del que, siendo á un mismo tiempo inmolador y víctima, se ofrece á sí propio en sacrificio y se inmola en holocausto perfecto, sobre el ara santa en el fuego del amor divino: *religioso* es el nombre de aquel que por razón de su estado debe

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nada de la segunda; y esta carta es ya tan larga, que me precisa á dejar cortado el hilo del discurso para volverlo á reanudar en la siguiente, donde examinaremos el sentido de la palabra *religioso*. Hasta ahora no hemos hecho más que bosquejar el plano, trazar las primeras líneas del cuadro, señalar la base del gran edificio que pretendemos levantar, y amontonar materiales para su construcción: sigamos trabajando ayudados de la gracia, y pronto veremos gozosos el fruto de nuestros trabajos. Asienta bien en tu corazón y en tu memoria lo que te he dicho en ésta sobre el estado religioso, y guarda lugar para lo restante, que no es poco. Termino ésta encomendándome á tus oraciones y rogándote que no olvides en la presencia de Dios á tu P. en Cristo,

FR. A.

XII

EL NOMBRE DEL RELIGIOSO Y LA VIRTUD DE LA RELIGIÓN.

Religiositas custodiet et justificabit cor.
La religiosidad guarda y justifica el corazón.
ECLI. I. 18.

Mi estimada Margarita: Quedamos conformes el otro dia en dedicar la presente á estudiar el sentido de la palabra *religioso* con todos sus adherentes, dando á conocer la rica mina que hay encerrada en ella; y esta me parece la ocasión más oportuna para ponerlo por obra. Esa palabra la pronuncian muchos y la entienden pocos, porque pocas son las personas que conocen su significado teológico y su valor ascético; y por eso es muy de actualidad sacar á relucir lo que está escondido en el seno de ese vocablo, al parecer tan sencillo.

¡Religioso! Este es el nombre que se da por antonomasia á la persona que vive totalmente consagrada al servicio de Dios: *religioso* es el nombre del que, siendo á un mismo tiempo inmolador y víctima, se ofrece á sí propio en sacrificio y se inmola en holocausto perfecto, sobre el ara santa en el fuego del amor divino: *religioso* es el nombre de aquel que por razón de su estado debe

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ser la virtud de la religión personificada y puesta siempre en ejercicio; el nombre que, al pronunciarlo los labios de quien lo lleva debe dejar en ellos una dulzura más grata que la miel de los panales; el nombre, en fin, que debe servir de espejo al que con él se engalana, para mirarse en ese espejo y consultar con él los defectos que le afean y las cosas que le embellecen.

Este nombre viene del verbo latino *religare*, que significa volver á ligar una cosa, porque la religión nos liga á Dios con nuevos lazos y de nuevos modos, y así se llama religioso el que está ligado á Dios con nuevos vínculos, con nueva y amorosísima lazada. El hombre ligado naturalmente por su origen con Dios, su Creador, lo estaba también sobrenaturalmente por la gracia con que Dios le había enriquecido; pero el poder de la voluntad humana es tan tremendo, que el hombre pudo romper, y rompió de hecho, los lazos sobrenaturales que le unían con el Eterno. Roto este vínculo y separado de Dios por la culpa, fué necesario en cierto modo que el mismo Dios se humanara y se hiciera hombre, para redimir al hombre y volverlo á unir consigo, anudando el lazo que en mal hora el hombre había hecho pedazos. Mas este nuevo lazo de la redención de Cristo rómpelo con harta frecuencia el cristiano ingrato, por nuevos y repetidos crímenes que le apartan de Dios y de aquí la necesidad que tienen todos los fieles de hacer nuevos esfuerzos para ligarse otra vez con Dios mediante la gracia misericordiosa de Jesucristo, que á nadie se niega; y en hacer esos esfuerzos por ligarse de nuevo á Dios, cuando de Él se aparta el hombre, y en tener cuidado de que no se rompan ni aflojen los lazos que con Dios nos unen, consiste, como vulgarmente se dice, tener religión y practicarla.

Pero hay en el mundo cierto número de almas dichosas á quienes da Dios una luz especial para conocerle; con esa luz distinguen prácticamente que Dios es nuestro primer principio y último fin; ven en Él el centro de la felicidad y dicha eterna; vislumbran en la divina esencia el foco del amor inextinguible; se sienten atraídos de un modo extraordinario hacia ese abismo de bondad: y para no separarse nunca de ese bien inefable, doblan y redoblan los lazos, no se contentan con esos vínculos generales que unen con Dios á todos los Cristianos; quieren estar más estrechamente unidos á su Dios; y lo abandonan todo, y se ligan y religan con un lazo y otro lazo, con un voto y otro voto, viniendo á ser llamados por esta razón con el nombre de religiosos, nombre que designa á la persona que lo lleva, como ejemplar y modelo de la virtud de la Religión.

La religión, pues, como denota la palabra por sí misma, es ó debe ser la virtud propia, la gran virtud del religioso; y de aquí la necesidad que él tiene de conocer á fondo esa virtud con cuanto á ella se refiere. Según Santo Tomás, la religión es la virtud que rinde á Dios el culto que se le debe, como á primer principio de todas las cosas; culto que cae bajo la razón de deuda y de justicia, porque esta virtud manda dar á cada uno lo suyo. Mirada la religión desde este punto de vista, es la primera de las virtudes morales, con la cual se paga á Dios la inmensa deuda de gratitud que tenemos contraída con Él, por ser nuestro Creador, nuestro Conservador, nuestro Redentor, nuestro Salvador, nuestro Justificador, y nuestro Glorificador. Pero, ¡ay! ¡cuán mal pagan los cristianos esta deuda! ¡qué poco y qué mal se practica hoy en el mundo esta virtud de la religión! Hombres hay tan desagradecidos que olvidan y desconocen los beneficios de Dios, ó conociéndolos, ofenden á su Hacedor, con la más fea y más horrible de las ingratitudes; hombres que, ofuscados por las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pasiones parece que han descendido de la esfera de los seres inteligentes y racionales, puesto que niegan al Creador el culto y homenaje que le son debidos, conculcando así los sacratísimos deberes de la justicia y los más claros principios de la razón.

Hay otra clase de personas tan numerosa como la anterior, que conocen á Dios, le tienen por Padre y no le niegan en teoría los derechos que sobre ellas tiene; mas ¡ay! que en la práctica esas personas se acuerdan muy poco de Dios, le escatiman y regatean sus derechos, y le rinden vasallaje puramente externo ó poco menos, culto de simple ceremonia, que no llega muchas veces á satisfacer la deuda de estricta justicia que con Dios tenemos contraída; y éstos que así se portan, son, con raras excepciones, los que pasan en el mundo por buenos cristianos. Hay, por último, otra clase de personas escogidas, que penetradas del fin de su creación y del objeto con que Dios las ha colocado en este mundo, sacan las consecuencias prácticas de estos luminosos principios, ponen por la primera de sus obligaciones la de servir á Dios, y le dan el culto que Él merece y que nosotros le debemos por infinitos títulos. A este último número pertenecen los religiosos, que por su estado se obligan á realizar perfectamente en sí mismos la definición de la virtud de la religión; y cuando ellos son efectivamente tales cual su nombre indica y su profesión requiere, entonces son objetos de complacencia para Dios; son pueblo suyo, y gente santa, en frase del apóstol San Pedro.

Partiendo, pues, de este principio, examinemos ahora por partes la deuda sagrada que con Dios tenemos. Ante todo, el hombre debe á Dios el culto soberano de latría que es propio únicamente del Dios vivo y verdadero. En segundo lugar, le debemos obediencia formal de todo lo que exige de nosotros, en todo lo que

ordenan sus leyes justísimas y sacrosantas, ya lo manden bajo pena de pecado y condenación eterna, ya lo prescriban sin esta pena y rigor. En tercer lugar, le debemos todo lo que podemos hacer por su gloria y en su servicio, aunque Él no lo mande bajo ninguna pena, porque todas nuestras obras, palabras y pensamientos le son debidos por el solo título de Criador; pues que bajo todos los conceptos posibles Él es nuestro Señor y nosotros sus siervos, El nuestro Hacedor y nosotros hechura de su mano poderosa. Es verdad que en el lenguaje católico se llaman obras de supererogación, aquellas que Dios no manda expresamente, como son los consejos evangélicos, dejados por Él á la libre elección y práctica de los fieles; pero en realidad de verdad, miradas las cosas como son en sí, y con relación á lo que merece la Majestad infinita de Dios, no existen tales obras de supererogación, porque no puede haber por nuestra parte ningún acto de adoración, que á Dios no sea debido. ¡Nó! Por mucho que el hombre haga por su Dios, nunca hará tánto, nunca obrará tan abundantemente que pueda pagar por entero su deuda, y satisfacer cumplidamente la obligación que para con Dios tiene. Siempre, por más que haga, se verá alcanzado en la cuenta divina; siempre será deudor á su soberano y eterno Señor. Por esto nos dice Jesucristo en su evangelio, que, después que hagamos cuanto nos sea posible en obsequio de nuestro Padre celestial, nos pongamos en su presencia y humildemente digamos: Siervos inútiles somos: lo que debimos hacer, eso hicimos. (Luc. 17).

Eso significa también la palabra *justo,* nombre con que distinguimos á los santos y siervos de Dios que han trabajado mucho por su gloria y han hecho por su amor obras heróicas, superiores á las fuerzas humanas; y esa palabra *justo* indica que todo lo que hicieron no fué más que cumplir un deber de estricta justicia, y aun

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se quedaron cortos. Y si no, hagamos la prueba. Imaginemos un hombre que hubiera trabajado por la gloria de Dios tanto como todos los apóstoles, que hubiera sufrido por su amor tanto como todos los mártires, que reuniera en sí la pureza de todos los vírgenes y los valiosos servicios que han hecho á Dios todos los santos; este hombre con tantos méritos y tantos servicios ¿pagaría superabundantemente la deuda contraida con Dios? ¡Nó, de ningún modo! Él, como todos los demás, se vería obligado á exclamar: Siervo inutil soy; no hice más que lo que debía. Ese hombre con tantos trabajos, tantos sufrimientos, y tanta santidad, no sería más que un *justo*, es decir, un hombre que ha llenado un deber de justicia. Pues, si tantísimo debemos á Dios, que es imposible pagarle, ¿qué hacen en el mundo esos cristianos ingratos que no se cuidan siquiera de pagar á su divino Acreedor una partecita de la deuda? Y ¿qué hacen en el claustro esos religiosos tibios ó relajados que creen hacer mucho por Dios, mortificándose un poco, nada, una miseria, y cumpliendo mal con las prácticas de la vida religiosa? ¿Qué hacen esos religiosos que rompen y quebrantan los sacrosantos lazos que con Dios los unían? ¿Cómo pueden llamarse religiosos los que rompen ó desatan las ligaduras que los tenían como atados y unidos á su Hacedor? ¿Cómo no se le cae la cara de vergüenza á la persona que se oye llamar *religioso ó religiosa,* y ve que no está religada, ni ligada á Dios por los vínculos sobrenaturales, sino desligada por la culpa, que rompe los preciosos lazos que con su Dios le unían? Una de dos; ó ser religioso, ó dejar ese nombre; ó vivir religiosamente ó no engañar al mundo, llamándose lo que no es; y digo al mundo, porque á Dios no se le engaña, y ante sus ojos no es religioso el que está de Él desligado, por haber roto los vínculos que á Él le unían.

De aquí, mi querida Margarita, la necesidad que tenemos de mirar por nosotros mismos, para que no se rompan, ni siquiera se aflojen, los lazos que nos ligan con Dios y nos hacen religiosos; de aquí la necesidad de hacer por Dios cuanto podamos, para pagarle algo de lo mucho que le debemos; y de aquí, por último, la conveniencia de convertir en actos de religión todos los de nuestra vida, y además conferirle á cada uno un mérito muy especial por el voto de obediencia. Tal vez así podamos de algún modo, y hasta donde alcancen nuestras fuerzas, pagar la más sagrada de nuestras deudas; porque nadie en el mundo se encuentra en tan ventajosa posición como nosotros para pagar á Dios el culto que se le debe, y por eso mismo debemos esforzarnos más en dárselo, puesto que estamos más obligados.

Mucho más puede decirse sobre el nombre de religioso y su virtud característica incluída en ese nombre; pero lo dicho basta para conocer con cuánta razón te dije al principio que esa palabra la pronuncian muchos y la conocen pocos, aun entre los mismos que con ella se nombran. Otro día, Dios mediante, continuaremos por el camino comenzado, porque hoy mis obligaciones me llaman á otra parte. Adios, pues, y pídele mucho al divino Corazón por tu afectísimo P. en Cristo,

Fr. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII

El sacrificio de la cruz y el de los votos

Christo confixus sum cruci.
Clavado estoy con Cristo en la cruz.

Gal. 2. 19.

Carísima en Jesucristo: En mi anterior te hablé de la virtud de la religión y del nombre del religioso; pero no te dije que la esencia de la religión es el sacrificio, y lo es de tal modo, que donde no hay sacrificio no hay religión verdadera, y donde no hay religión verdadera falta por necesidad el sacrificio. Este es el centro donde van á parar todos los dogmas revelados, á la manera que los radios de un círculo van todos á parar á su centro geométrico. Este es el mar insondable á donde van á parar todos los rios de gracias que se desprenden de las divinas alturas, y de él se elevan otra vez hacia Dios convertidas en suspiros de gratitud y ecos de alabanza; del mismo modo que las aguas recogidas en los mares se elevan al cielo convertidas en vapor, para volver de allí á fecundizar

la tierra. El sacrificio lo definen los teólogos diciendo que es una oblación externa, legalmente constituída, hecha á Dios por su verdadero ministro, mediante la destrucción de aquello que se le ofrece en reconocimiento del supremo dominio que Él tiene sobre nosotros y nuestras cosas, como Creador y dueño soberano del universo.

Varios sacrificios se usaban en la antigua ley, pero los más universales y casi los únicos eran sin duda los sangrientos. Las historias sagrada y profana nos pintan al levita de Israel degollando la víctima sagrada; al sacrificador griego y romano ofreciendo á Júpiter en sangrientas hecatombes la sangre de cien becerros; al druida del galo y del germano empuñando la hoz sangrienta destinada á segar el muérdago sagrado, y á cortar la cabeza de la víctima que se había de ofrecer en sacrificio á sus terribles dioses, siempre sedientos de sangre humana; al sacerdote de los antiguos imperios de América, inmolando cada año millares de víctimas humanas para aplacar la cólera de sus mentidas deidades; al pontífice de los idolos, ofreciendo en las naciones primitivas al implacable Moloc las carnes de niños inocentes que eran quemadas en ardientes hornos; y hoy mismo en los desiertos de Africa y en los bosques de la Oceanía, allá á donde no ha llegado la luz del Evangelio ni la noticia del sacrificio inmenso del Calvario, ofrecen también, no sabemos á qué falsa divinidad, la sangre de seres humanos. De modo que la institución de los sacrificios humanos y sangrientos ha sido universal y común á todos los pueblos que caen al otro lado de la cruz, y á los que no tienen aún noticia de la víctima preciosa que se inmoló por todos en la cumbre del Gólgota.

Esto acontece, mi buena Margarita, porque todos los hombres de todos los tiempos y de todos los paises

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

han creído siempre que el Creador estaba indignado contra la raza humana, por aquella primera culpa que trastornó la armonía de la Creación; siempre han creído que la fea mancha de aquel primer pecado nos había contaminado á todos los mortales; que esa mancha no podía ser lavada, sino con sangre y con sangre inocente derramada en sacrificio, y que ese sacrificio podía aplacar la cólera celeste y hacernos salvos á todos. Pero ¿quién enseñó á los hombres tan altas verdades? ¿Quién les hizo comprender que la sangre derramada por venganza mancha, y la sangre derramada en sacrificio purifica y salva? ¿Quién enseñó á los mortales ese secreto misterioso escondido en la sangre por una causa más misteriosa todavía? ¡No la ciencia ni la razón! porque éstas lo mismo descubren en la sangre derramada de un modo que de otro; y por lo mismo para explicar ésto hay necesariamente que acudir á la revelación y á las tradiciones del género humano. Porque fundándose, como se funda, el sacrificio en la virtud purificante de la sangre que en él se derrama, virtud que está allí escondida por una causa misteriosa superior á los alcances de la razón y de la ciencia, resulta claro que esa virtud debió adquirirla la sangre antes que fuera derramada en sacrificio la vez primera; y como los sacrificios sangrientos vienen estableciдos desde los tiempos de Caín y Abel, se sigue evidentemente que esa virtud es anterior á los primeros hijos de Adán, y por consiguiente contemporánea de aquel trágico suceso que la Escritura llama prevaricación del hombre.

Con esa prevaricación y su tremendo pecado quedó estragada en Adán la naturaleza humana, corrompida su carne y su sangre, y con ella la de todos sus descendientes; por lo cual procedía en ley de justicia que se diera contra toda la humanidad sentencia de

condenación y exterminio. Así se hubiera hecho ciertamente, si la misericordia de Dios no ataja el paso á su justicia, prometiéndole al hombre caído un libertador que rompiera la cadena de su culpa y lo redimiera. Esta promesa puso al Redentor inocente en lugar del hombre culpable y suspendió la sentencia condenatoria hasta que viniera el Cordero de Dios á ofrecer su sangre en sacrificio por los pecados del mundo. Entre tanto que esa víctima preciosa venía á la tierra, Dios exigió del hombre el sacrificio conmemorativo ó simbólico, que figura el de la Víctima eterna que con el precio de su sangre había de redimir á la humanidad cautiva; y por eso Abel comenzó á ofrecer á Dios en sacrificio la sangre de sus corderos.

Pasando esta tradición de padres á hijos, se fué poco á poco oscureciendo y desfigurando, hasta tal punto, que del vago recuerdo de una culpa primitiva que se había de lavar con sangre, sacaron los hombres la horrible consecuencia de que era preciso ofrecer á los dioses en sacrificio la sangre misma del hombre. El sacrificio dejó de ser simbólico para ser real, y el más fuerte mataba al más debil para ofrecer su sangre en sacrificio, convirtiendo así á la tierra en un lago de sangre. Cuando esto hacían los paganos (y lo hacen hoy todavía) no hacían ni hacen otra cosa que confirmar con sus sacrificios las tradiciones bíblicas: esto es, creer en una culpa primitiva que irritó á Dios contra el hombre; creer que esa ira divina debe ser desarmada por el hombre prevaricador; que el hombre prevaricador puede desarmar esa cólera celeste mediante la efusión de sangre; y que esa sangre derramada en sacrificio tiene virtud para satisfacer por todos, aplacando la ira divina y borrando la culpa que la irritó. Todos estos dogmas suponen los sacrificios sangrientos, y creyéndolos, la gentilidad estaba en lo

cierto; pero en lo que lastimosa y neciamente se equivocaban era en suponer que podía hallarse entre los hombres una víctima tan pura, tan santa, tan inocente y meritoria que su sangre pudiera aplacar á Dios, borrar el pecado y satisfacer por todos. Aquí estuvo su grande error, porque esa víctima tan sagrada que ellos buscaban no podía producirla la tierra; de otra parte nos había de venir. Y en efecto, rasgó los cielos, vino á la tierra, tomó en ella un cuerpo perfectísimo para poder sacrificarlo, unió á la humanidad con la divinidad, y así, siendo hombre pudo pagar por los hombres, y siendo Dios, pudo satisfacer cumplidamente á la justicia divina.

Vino al mundo la víctima preciosa y, desde el pesebre al sepulcro, toda su vida fué un sacrificio continuado; pero ese tremendo sacrificio se consumó entre indecibles dolores sobre el ara de la cruz, derramando el mansísimo y divino Cordero hasta la última gota de sangre que en su corazón tenía; y desde entonces, los que más han participado de ese sacrificio han sido los más santos, los más purificados, los más favorecidos. Por ese sacrificio alcanzan hoy victoria todos los que vencen, y esfuerzo todos los que combaten, y misericordia todos los que la buscan, y refugio todos los que lo piden y alegría todos los tristes, y consuelo todos los que lloran, y pureza todos los castos, y justicia todos los justos, y santidad todos los santos. Pues bien, de ese divino é inefable sacrificio participa el buen religioso en tánto grado, que su vida es una verdadera crucifixión, de tal manera, que nadie como él puede decir con verdad estas palabras del Apostol: "Clavado estoy en la cruz con Cristo.„ *Christo confixus sum cruci.* (Gal. 2. 19.)

Tres clavos fijaron á Cristo en el santo madero y otros tres clavos (los de los votos) fijan al religioso en

la mística cruz de su estado. Cuando él como víctima voluntaria se prepara el sacrificio durante el noviciado, no hace, por decirlo así, otra cosa que tomar la medida y labrar la cruz en que libremente se ha de ofrecer á Dios en holocausto. Llega la hora de consumar el sacrificio, llega el momento de la profesión, y los tres votos le clavan en esa cruz con tal perfección, que puede repetir de nuevo con el Apostol: "Acaba de ser crucificado el hombre viejo:„ *Vetus homo noster crucifixus est.* (Rom. 6.) Y crucificado así el hombre viejo, nacido según el terreno Adán, ya no debe vivir en él más que el hombre nuevo, nacido, según el Adán celeste; ya no debe vivir en él más que Jesucristo, para poder decir como San Pablo: "Crucificado estoy con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí.„

En esta mística crucifixión del religioso, hay también muchos puntos de contacto y semejanza con la de Jesucristo; porque al religioso no le crucifican sus culpas, sino el amor, no le mueve á vivir crucificado su propio provecho, sino la gloria de Dios y el bien de las almas; así como al Salvador no le pusieron en cruz sus culpas, sino las ajenas, no su provecho sino el de las almas, no su gloria, sino la de su Eterno Padre. Los clavos cosieron las manos y los pies del Redentor con la cruz de tal manera, que ni podía moverse, quedando así á la voluntad de sus crucificadores; y el religioso desde el momento que profesa, se queda también en tal sujeción que no puede moverse de una parte á otra sin permiso de sus superiores. Los clavos que abrieron los pies y manos de Jesucristo echaron fuera con violencia, á los golpes del martillo, cuanto encontraron al paso; y los votos en el buen religioso, arrojan también y echan fuera todo afecto desordenado que le impida vivir en continuo sacrificio. ¿Qué más diré? Los

clavos traspasaron los miembros de Cristo de tal modo, que suspendido su cuerpo en la cruz sobre tres puntos á cual más doloroso, esa posición violenta hubo de causarle un sacrificio continuo y universal en todo Él; y algo parecido acontece en la vida religiosa, donde los tres votos colocan al hombre en posición tan violenta á la flaca naturaleza, que le produce un martirio universal que se ha de alimentar continuamente con el fuego de la mortificación. Finalmente, los clavos unieron á Cristo tan estrechamente á la cruz que, humanamente hablando, no podía desclavarse ni desasirse de ella. Y los votos solemnes ó perpétuos clavan al religioso de tal suerte á la cruz de su estado, que le es imposible desclavarse ni desasirse de ella. Así clavado se halla suspendido entre el cielo y la tierra, siendo con su sacrificio espectáculo agradable á Dios, á los ángeles y á los hombres.

Pero, ¡ay, querida Margarita! que no todos los religiosos se hallan místicamente crucificados con Cristo, ni están suspendidos entre el cielo y la tierra. Hay algunos que, á fuerza de moverse y tirar han desgarrado las heridas, se han salido de los clavos ó los han roto, han caído á tierra y se arrastran desesperados por el lodo. Hay otros que quieren bajar de la cruz, dejando á Cristo solo padecer en ella. Hay quien se arrepiente de haberse crucificado y quiere ahora en la cruz verse rodeado de comodidades. Hay quien no quiere consumar el sacrificio ni beber la hiel y vinagre, dejándola toda para el Redentor. Hay quien estando en esa cruz no pronuncia de corazón, ni quizá de ningún modo, aquel *¡Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen!* Hay quienes desde esa cruz exclaman: *¡Sitio,* sed tengo! pero no como Cristo, sed de padecer, sino sed de gozar y disfrutar los placeres miserables de este mundo. Hay... pero, ¿á qué proseguir?

Procura tú, hija mía, no ser comprendida en el número de esos religiosos, que después de haber hecho el sacrificio, pierden el mérito de él por su inconstancia y mala voluntad. Aspira cada día á sufrir más por el Esposo divino, crucificado por nuestro amor. Sea tu lema el de la gran Teresa: O padecer ó morir! Sean tus deseos los de Magdalena de Pacis: No morir para sufrir más! O bien los de nuestra Verónica de Juliani: Ni morir ni padecer! que, aunque parezca paradoja, es el martirio más atroz para el alma que ha gustado las dulzuras celestiales del padecer. A vivir, pues, sacrificada, siempre sacrificada! sin dejar por eso de rogar á Dios por este tu affmo. P. en Cristo,

Fr. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV

La profesión religiosa y el martirio

Voluntarie sacrificabo Tibi.
Sal. 53.
Te ofreceré, Señor, mi sacrificio de buena voluntad.
Sal. 53. 8.

Tú me dices, querida Margarita, que es muy triste ver que algunos religiosos, después de haber hecho el mayor de los sacrificios, subiendo á la cruz con Cristo, quieren descender de ella, perdiendo por su inconstancia el mérito de su holocausto; porque ciertamente lo pierde el que, cansado de sufrir, busca en la cruz las comodidades, los regalos y el gusto propio, tan opuesto á ella. Y yo á mi vez te digo que si eso es doloroso y triste, es muy consolador y satisfactorio ver que la inmensa mayoría de los religiosos no son así, sino que perseveran crucificados con Cristo, sin descender jamás de la cruz; antes bien haciendo de ella trono de su gloria, y uniendo su sacrificio al sacrificio de Jesús, el cual resplandece en nuestra profesión de un modo admirable, con rasgos de perfecta semejanza.

En el sacrificio del Calvario, Jesucristo fué á un mismo tiempo sacerdote y víctima, oferente y ofrenda;

y en el sacrificio de nuestra profesión fuimos también nosotros ofrenda y oferente, víctima y sacerdote, porque ofrecíamos á Dios un sacrificio agradable á sus ojos, y ese sacrificio no era otra cosa que nuestro mismo sér todo entero, el cual consagramos para siempre á su servicio. En el sacrificio del Gólgota, ofrecióse el Salvador espontánea, graciosa y voluntariamente; y nosotros ofrecimos también nuestros votos libre, graciosa y espontáneamente, y de tan buena voluntad, que pudimos muy bien decir con el Profeta: *Voluntarie sacrificabo Tibi.* De buena voluntad te ofrecí, Señor, entonces aquel sacrificio, y con voluntad más buena todavía lo renuevo ahora, consagrándome para siempre á Tí.

El alma religiosa que ha gustado una vez siquiera las delicias del padecer por Cristo; las que han sentido la sublimidad, la dulzura y regaladísima suavidad de ese amor que embriaga con sabrosas penas, esas ya no pueden vivir sin copiar en sí mismas la pasión del Redentor; no pueden reposar hasta transformarse en Él; no aspiran, ni quieren, ni pueden querer otra cosa más que á Cristo, y éste crucificado, como dice el Apostol. Su sed de padecer nada la aplaca, y con hambre sin hartura, y con deseo insaciable, piden más penas y llevan el atrevido pensamiento á querer transformarse por amor é imitación de padeceres en Cristo crucificado. En Él quisieron transformarse y á Él solo quisieron imitar los héroes cristianos que tomaron su cruz y fueron atentamente poniendo el pie en donde vieron el rastro sangriento y la huella gloriosa de sus pisadas. A Él solo quisieron seguir los mártires esforzados que con invencible constancia dieron su cuerpo á los tormentos y su cabeza á la espada del verdugo. A Él solo quisieron seguir aquellos penitentes padres del yermo, que transformaron los áridos desiertos en jar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dines de santidad. A Él solo quisieron seguir aquellas vírgenes puras, milagros de fortaleza y de candor, que, puestas á sus pies las terrenas concupiscencias, le tomaron por Esposo y le entregaron sus limpios y virginales corazones. A Él solo quisieron imitar todos los justos que, derramando de sus ojos torrentes de lágrimas, reciben las tribulaciones con gozo, y, cargados con la cruz de la penitencia, suben con pie firme el áspero monte de la santidad. Y á Él, finalmente, siguen los buenos religiosos que sufren por su amor el largo y prolongado martirio de su voluntaria crucifixión

Quizás no se habrá reparado bastante que nuestra profesión es un verdadero martirio con todos sus méritos y propiedades; y ese martirio habla muy alto en pro de la vida religiosa, y es una de las grandes excelencias de nuestro estado. Es tan alto, tan sublime y tan heróico el entregarse y consagrarse uno del todo á Dios con los votos religiosos, que á esa obra la comparan los Santos Padres con el martirio, y le dan ese glorioso nombre. "No sólo se reputa por martirio (dice San Jerónimo, escribiéndole á Santa Paula) el derramamiento y efusión de sangre, sino que también es un martirio la consagración perfecta de un alma á Dios; ésta teje su corona de lirios y blancas azucenas, y la otra de violetas y de rosas purpurinas." Y ciertamente, que si lo que da sér y mérito al martirio es el acto heróico de caridad, con que el hombre da una vez su vida por el amor de Dios, no se puede negar que el sacrificio de la profesión, con las múltiples renuncias que le acompañan, suponen también, no sólo un acto de caridad generosísimo y heróico, sino muchísimos actos, que bien pueden igualar y aún superar al mérito y valor del verdadero martirio, por muchas y poderosas razones.

La primera es, porque el martirio de sangre suele

ser pasajero y á veces momentáneo; de tal modo, que un solo esfuerzo de voluntad basta á veces para conseguir la palma y la corona de mártir; pero el sacrificio de los votos es siempre duradero, es un martirio prolongado que adquiere con la duración lo que le falta de intensidad y violencia. Es verdad (dice San Bernardo) que este martirio no tiene en la apariencia tanto horror como el del fuego y el del garfio, el de la parrilla y la espada; pero lo que le falta de apariencia lo tiene de realidad, más penosa y molesta que la de aquel otro; porque el de aquellos mártires antiguos, con una zambullida en caldera hirviente, con un golpe de lanza, ó el zarpazo de una fiera, estaba terminado; pero el martirio del religioso no se acaba de un tajo ó de un golpe, sino que un dia y otro dia, un año y otro año, y la vida entera, lo han de estar golpeando, y martirizando, y mortificando en la propia voluntad y en las inclinaciones más vehementes de la naturaleza. Es verdad también que el mártir no podia escoger muchas veces el género de tormento que le habian de dar, sino que era preciso estar preparado á recibir el que viniera; pero no lo es menos que el religioso está en igual situación, porque no le es lícito escoger el género de martirio que él desea, sino que siempre ha de estar preparado á recibir el que más le repugne, el que más contrario sea á su voluntad y mayor sacrificio le cueste; y esto no sólo una vez, sino tantas cuantas sean las ocasiones que se le ofrezcan.

La segunda razón es porque los mártires morían una sola vez, y sólo de algunos muy privilegiados se cuenta que sufrieron dos ó tres veces el martirio; mas la vida religiosa no se limita á un martirio ni á dos ni á tres, no se muere una ni dos ni tres veces, sino tantas como días tiene el año, porque aquí se ha de morir cada dia, según frase del Apostol: *Quotidie morior.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(Cor. XV.) es decir que cada dia hay que golpear y martirizar á la flaca naturaleza con el azote de la *mortificación,* palabra que significa causar la muerte, y causarla lentamente y cada dia, y todo el dia: como en otro lugar se expresa el Apostol: *Propter te mortificamur tota die.* Y este martirio bien se ve que aventaja con creces al martirio de las persecuciones.

Además el mártir muere por dar testimonio de fidelidad y amor á Cristo, porque mártir significa testigo: pues siendo esto así, ¿qué testimonio es mayor? ¿El del martirío que dura un dia, ó el del martirio que dura toda la vida? ¿Qué fidelidad es más á prueba, la de un tormento pasajero, ó la de un martirio continuado? Ciertamente que el religioso fiel á sus promesas da tanta gloria á Dios y tanto estímulo al prójimo como un mártir verdadero: estímulo al prójimo con el buen ejemplo y con la práctica de las virtudes, que es la predicación más elocuente; y gloria á Dios, proclamando su dominio universal y sus derechos á todos nuestros servicios.

Añádase á lo dicho, que la profesión religiosa no encierra un solo martirio, sino tres, y se verá cuánto sube de punto su mérito y excelencia. La pobreza voluntaria es de por sí sola un martirio, según enseña San Bernardo. Cristo promete la misma recompensa á los mártires que padecen persecución por la justicia, que á los pobres de espíritu; y no se lo promete, sino porque la pobreza de espíritu es de suyo un martirio para la codicia del hombre. Poseer riquezas con la seguridad que traen consigo para lo venidero, y renunciar esos bienes, y hasta la posibilidad de tenerlos, abrazándose con las privaciones de la pobreza y las incertidumbres del porvenir, eso es más duro y doloroso para el corazón humano, que si le arrancaran las carnes con garfios acerados. En el fondo del corazón

está vivo siempre el deseo de las comodidades, el amor á los placeres, la inclinación al regalo y al descanso, y aquí hay siempre que contrariar esa inclinación, sofocar ese amor y arrancar ese deseo, y vencerse á sí mismo, y triunfar cada dia de esos incentivos, triunfo que es para el alma tan costoso como el del martirio.

El voto de castidad es para el hombre terreno otro verdadero martirio, más duro que el de la pobreza, y por lo mismo más glorioso. San Agustín dice, que entre todos los combates del cristiano, los más rudos y difíciles no son los de los tormentos, sino los de la castidad, porque en ellos la lucha es muy frecuente y la victoria muy rara. Y á pesar de eso, ¡cuántas victorias en los claustros! ¡Cuántas vírgenes puras y cuántos religiosos castos los habitan! ¡Qué triunfos tan gloriosos se consiguen en ellos! En verdad que allí se da tanta gloria á Dios como en la arena del Circo y del Anfiteatro, porque en ambas partes se ve igualmente la victoria de la fortaleza divina, que triunfa en la flaqueza humana. El Espíritu Santo dice que la vida del hombre es un combate sobre la tierra, y el objeto principal de ese combate es la castidad, á la cual acometen furiosamente los tres enemigos del alma, y á la cual debe el religioso defender, aunque sea á costa de su vida. Pues si luchar una vez el mártir con un tirano, por confesar á Cristo, se tiene por cosa tan gloriosa, ¿cuánto más lo será el luchar, no una vez, sino mil, no con un tirano, sino con tres, y esto por toda la vida? ¿Puede haber martirio más glorioso, y combate más meritorio, y testimonio más fiel que el del religioso casto?

Pues, pasemos á la obediencia, que es el tercer martirio, y el más meritorio de todos, porque en él se sacrifica la parte mejor, la más noble y más amada del hombre, que es su libertad. Es también más conti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuo y de mayor alcance, porque abraza todos y cada uno de los actos del religioso en esta vida mortal. Pero dejando para su lugar esta materia, quiero sacar ahora la consecuencia de los principios que hemos sentado, la cual es otra prueba más de la excelencia del estado religioso. El martirio es obra de tanto valor, que lleva consigo la remisión de todos los pecados, y al alma la sube al Cielo sin pasar por el purgatorio; y esto de tal modo que hace injuria al mártir quien por él ruega, según dicen los santos. Pues, de la misma suerte la profesión religiosa bien hecha es acto tan meritorio, que lleva consigo la remisión de los pecados, y deja al religioso como si acabara de recibir la palma del martirio. De tal manera, que iría al Cielo sin pasar por el Purgatorio, si en aquel instante muriera. ¿Ves, amada Margarita, cuánta es la nobleza y dignidad de nuestro estado? ¿Ves cuántos son sus méritos y excelencias?

Siendo, pues, tan excelente nuestro estado, pongámosle nosotros el colmo á tantas excelencias, considerándonos como mártires de Cristo, pero mártires cuyo sacrificio es continuado. Y así cuando sintamos la repugnancia y el tormento que causan á la frágil naturaleza las prácticas de la vida religiosa, hemos de renovar nuestro sacrificio, exclamando frecuentemente con el Profeta: *Voluntarie sacrificabo Tibi*. Voluntariamente acepto, ¡oh Señor! este pequeño sacrificio, y te lo ofrezco para gloria y alabanza de tu nombre. Si así lo hacemos, se multiplicarán nuestros méritos, y al salir de esta vida miserable, recibiremos corona de mártires: corona que desea ver sobre tu frente, allá en el Cielo, este tu afectísimo P.

Fr. A.

XV

Los votos religiosos son un segundo bautismo.

Baptismo autem baptizari habeo.
He de ser bautizado con otro bautismo.
Luc. xii. 50.

Devota sierva de Cristo: Predicando una vez nuestro divino Salvador á los hebreos, les dijo esas palabras misteriosas que he puesto al frente de esta carta. Con un bautismo he de ser bautizado, y me angustio y sufro hasta que él se realice. Claro está que aquí no habla nuestro amado Redentor del bautismo de agua, pues éste lo había recibido ya en el Jordán de manos del Bautista; sino que habla del bautismo de sangre con que había de ser bañado en el huerto, en la columna de los azotes y en el ara de la cruz; y este bautismo lo esperaba con tanta ansia, que sufría su espíritu hasta que en él se realizara. Pues á imitación de Cristo, toda alma que ha recibido del Cielo la vocación religiosa y el deseo de consagrarse á Dios, y todas aquellas que pueblan los noviciados de las Ordenes religiosas, pueden muy bien exclamar con el divino Jesús: Con otro bautismo he de ser yo bautizado, y mi alma sufre ansias mortales, hasta que se vea con él purificada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este bautismo no es otro que el de la profesión religiosa, la cual es obra de tan subidos quilates, que los Santos Padres, y en especial San Bernardo, la equipara al bautismo por la igualdad de efectos maravillosos que obra en el alma; porque así como el bautismo perdona al que lo recibe todas sus culpas y pecados, y toda la pena debida por ellos, de tal modo, que si muere después de bautizado sin haber cometido nueva culpa, se va derecho al Cielo; así también, al que hace debidamente la profesión religiosa, se le perdonan todos sus pecados á culpa y pena, de tal suerte, que si después de profeso muere, sin haber cometido ninguna culpa, irá también derecho al cielo, sin pasar por el purgatorio, como te decía en mi anterior. Y esto no sucede así por vía de indulgencia que lleve consigo la profesión, que esa indulgencia plenaria ya la ganan los religiosos el mismo día que toman el hábito, *servatis servandis;* sino que acontece por virtud de la profesión, por ser ella obra tan estimable y de tan alto precio, que satisface toda la pena debida por los pecados anteriores. Y tiene aquí la profesión una ventaja sobre el bautismo, porque en éste se perdonan las culpas gratuitamente, en virtud de los méritos de Cristo: y en la profesión no se perdonan gratuitamente, sino justamente, en virtud de la satisfacción que da el hombre por ellos, porque con sus votos le ofrece á Dios el mayor sacrificio que le puede ofrecer, puesto que se ofrece y se sacrifica á sí mismo con todas sus cosas.

De esto trae un buen ejemplo San Atanasio en la vida de San Antonio Abad, y yo he hallado otro en un manuscrito antiguo, que por parecerme más expresivo lo quiero poner aquí, como prueba de esta verdad (1). Sucedió, pues, que tomó el hábito y profesó en

(1) Leí este ejemplo en unos papeles viejos y de mala letra, que decían: *Ejemplos y apuntes para pláticas.* No tenían nombre ni firma, principio ni fin. Ignoro por lo tanto su autenticidad, y únicamente lo aduzco como un símil ó alegoría para explicar mejor el pensamiento.

nuestra Orden un joven llamado en el siglo Pedro Marín, al cual (siguiendo la santa costumbre de la religión) para que nada le quedara del mundo, se le trocó el nombre de Pedro por el de José, y el apellido de familia por el del pueblo, llamándose entre nosotros Fr. José de Ayamonte. Pocos días después de haber profesado, asaltóle una recia enfermedad que le llevó á las puertas de la muerte. Dábanle ciertos ataques que le privaban del uso de los sentidos, y en uno de ellos dió muestra de tanto asombro y espanto, diciendo al mismo tiempo palabras tan incoherentes y misteriosas, que puso miedo en el ánimo de los que le asistían: volvió del delirio con un sudor frío como el de la muerte, repitiendo entre dientes estas palabras: ¡Bendita profesión! ¡dichosos votos! ¡eso me salva!... El P. Guardián, que era uno de los asistentes, díjole así que se calmó, que dijera por obediencia, sin quitar ni poner, lo que le había pasado; y el obediente hermano dijo que había sido llevado en espíritu al tribunal de Dios, en dónde un horrible demonio lo acusaba de los pecados de su juventud, acusación de la cual no sabía él defenderse; mas que el Angel de su guarda tomó la defensa por él, y le contestó así al enemigo: ¡Embustero! ¡mientes como un canalla! Y como el demonio insistiera en que aquellos pecados eran verdad, porque él mismo había tentado y vencido á Fr. José, el Angel le repuso: ¡Mientes, bellaco! que Fr. José de Ayamonte no ha hecho tales maldades. Eso lo hizo un tal Pedro Marín, que murió y dejó de existir para el mundo el día que hizo su profesión y se consagró á Dios con los votos religiosos. Entonces comenzó á existir este Fr. José, al cual no has podido hacer pecar, por más que lo has procurado. Y por consiguiente, Fr. José no tiene que

responder de culpas que no ha cometido. Lo que hizo Pedro, ya lo pagó él dejando de ser; y no he de consentir que se paguen las cosas dos veces, ni mucho menos que pague Fr. José culpas que no ha hecho. Cada uno pagará por lo suyo: Pedro pagó ya con la profesión religiosa todo lo que hizo, y Fr. José pagará por lo que él haga desde que comenzó á existir, que fué el momento mismo en que pronunció sus votos. Y con esto quedó el demonio burlado y vencido, y el religioso volvió en sí, bendiciendo la hora de su profesión.

San Anselmo cuenta otro ejemplo de un monje de su tiempo, tan semejante á éste, que parece la primera edición del mismo; y así, aunque éste no fuera más que copia de aquél, siempre mostraría otro de los efectos de la profesión religiosa, que es dar muerte al hombre viejo, según frase de la Escritura, lo cual también el bautismo lo causa. En el bautismo el alma renuncia al mundo y á Satanás con sus pompas y vanidades, y deja de ser esclava del demonio para convertirse en sierva de Dios. ¿Pues qué otra cosa más que ésta hace uno con sus votos? Desde el momento que los pronunciamos, morimos al mundo con cuanto le pertenece; renunciamos las obras y los caminos del diablo, y esta renuncia es más enérgica, más entera y más perfecta en la profesión que en el bautismo, como se deja entender: de modo que por los tres votos recibe el *fomes peccati* tres golpes de muerte. La religiosa que los hace muere por completo para el mundo, ya no es la que era antes en el orden social, y la ley canónica la conceptúa como si dejara de existir entre los hombres. El mundo ya no la conoce ni la tiene por suya, y por eso cuando se presenta en él, la mira como si fuera extranjera de región lejana, como si fuera un alma venida del otro mundo. Muerta así la religiosa para la tierra, vive sólo para el Cielo y su vida está escondida con Cristo, en Dios, según la misteriosa frase de San Pablo: *Abscondita est cum Christo in Deo.*

Esta vida misteriosa y nueva es el tercer efecto del Bautismo, que por esto se llama Sacramento de regeneración, porque da nuevo sér al que lo recibe, y lo mismo puede decirse en su línea de la profesión religiosa hecha como se debe; porque el hombre después de haber sido con harta frecuencia en su vida mundana semejante al primer Adán, terreno y prevaricador como él, luego que entra en el claustro y hace sus votos, toma en la profesión la semejanza del segundo Adán, Cristo Jesús, adquiere nueva vida, y se hace inmaculado como Él. Si el alma por dicha suya adquiere esta vida tan nueva como celestial, entonces siente que en ella todo es nuevo; nuevos sus pensamientos, nuevo su modo de ver las cosas, nueva su manera de apreciarlas, nuevos sus gustos é inclinaciones, nuevas sus obras y la manera de hacerlas. En tal caso bien podemos aplicarle las palabras del Concilio de Trento y decir de ella como del recién bautizado, que no anda ya según las malas tendencias de la carne, sino que despojada del hombre viejo es ya por su profesión inocente, inmaculada, pura y amada de Dios en todas las obras y detalles de su vida.

Bien comprendió esto S. Bernardo, cuando escribía estas valientes palabras: "¿Queréis que os diga por qué razón ha sido llamada la profesión religiosa segundo bautismo con preferencia á todas las otras obras meritorias del hombre? Pues, porque ella es una perfecta renuncia del mundo, y porque la excelencia singular de la vida espiritual que la acompaña, la eleva sobre todos los otros géneros de vida que existen en la tierra; de modo que los religiosos, dejando la semejanza de hombres, toman la de ángeles, y aun reproducen en sí mismos la imagen de Dios, conformándose con

Jesucristo, como sucede en el bautismo. Y así como este sacramento nos saca del poder de las tinieblas para trasladarnos al reino de la caridad eterna, así también por esta segunda regeneración de los votos nos libramos de las tinieblas de muchos pecados actuales, para entrar en la luz de las virtudes, pudiendo aplicársenos aquellas palabras del Apostol: "La noche ha pasado y nos ha llegado el día de la luz.. *(S. Ber. de Praecep. et dis.)*

Pues, si gozamos ya nosotros el día de la luz, entonces, querida Margarita, *sicut in die honeste ambulemus*, como dice el Apostol. Andemos con fervor en la presencia de Dios y vivamos escondidos en el corazón de Jesús. Hemos muerto para el mundo, y ni él tiene que ver con nosotros ni nosotros con él: vivamos sólo para Dios que es el que nos ha dado esta deliciosa vida y este nuevo sér del estado religioso. No seamos ingratos á tanto beneficio, ni volvamos los ojos al Egipto de donde salimos. No imitemos á los hijos de Israel que tentaron á Dios en el desierto con sus ingratitudes. Miremos, miremos los ejemplos de nuestros mayores. Imitemos á nuestro llagado Padre, el Serafín de Asís: vivamos como este prodigio de amor, crucificados para el mundo y el mundo para nosotros. No manchemos la vestidura de nuestra profesión religiosa, ya que manchamos la blanca túnica del primer bautismo. No quebrantemos jamás nuestras últimas promesas, que harta desgracia fué quebrantar las primeras. Estrechemos los lazos que con Dios nos unen, renovemos con frecuencia nuestros votos y pidámosle la muerte mil veces, antes que separarnos de Él. Esto es lo que desea para tí, y para sí propio, tu afectísimo Padre en Cristo,

FR. A.

XVI

ERRORES ACERCA DE LA PERFECCIÓN RELIGIOSA.

Nolite errare, fratres mei dilectissimi.

No erréis, hermanos mios carísimos.

JAC. I. 16.

Mi estimada Margarita: Cansado estoy de oir decir á religiosos y religiosas, que aspiran á la perfección, que desean ser perfectos, que estamos obligados á caminar á la perfección, que todos los dias debemos trabajar por perfeccionarnos, que si podemos llegar á la cumbre de la perfección; y perfección por arriba, perfección por abajo, perfección por la derecha, perfección por la izquierda, perfección por delante, perfección por detrás, perfección por los cuatro costados; y á pesar de eso, muchos no saben lo que es perfección, ni tienen de ella más que una idea vaga, confusa é indeterminada, lo suficiente para que nadie los entienda, ni entenderse ellos mismos, pues se enredan y se hacen un lío cada vez que hablan ó escriben sobre este punto tan interesante de la vida religiosa.

Jesucristo, como sucede en el bautismo. Y así como este sacramento nos saca del poder de las tinieblas para trasladarnos al reino de la caridad eterna, así también por esta segunda regeneración de los votos nos libramos de las tinieblas de muchos pecados actuales, para entrar en la luz de las virtudes, pudiendo aplicársenos aquellas palabras del Apostol: "La noche ha pasado y nos ha llegado el día de la luz.. *(S. Ber. de Praecep. et dis.)*

Pues, si gozamos ya nosotros el día de la luz, entonces, querida Margarita, *sicut in die honeste ambulemus*, como dice el Apostol. Andemos con fervor en la presencia de Dios y vivamos escondidos en el corazón de Jesús. Hemos muerto para el mundo, y ni él tiene que ver con nosotros ni nosotros con él: vivamos sólo para Dios que es el que nos ha dado esta deliciosa vida y este nuevo sér del estado religioso. No seamos ingratos á tanto beneficio, ni volvamos los ojos al Egipto de donde salimos. No imitemos á los hijos de Israel que tentaron á Dios en el desierto con sus ingratitudes. Miremos, miremos los ejemplos de nuestros mayores. Imitemos á nuestro llagado Padre, el Serafín de Asís: vivamos como este prodigio de amor, crucificados para el mundo y el mundo para nosotros. No manchemos la vestidura de nuestra profesión religiosa, ya que manchamos la blanca túnica del primer bautismo. No quebrantemos jamás nuestras últimas promesas, que harta desgracia fué quebrantar las primeras. Estrechemos los lazos que con Dios nos unen, renovemos con frecuencia nuestros votos y pidámosle la muerte mil veces, antes que separarnos de Él. Esto es lo que desea para tí, y para sí propio, tu afectísimo Padre en Cristo,

FR. A.

XVI

ERRORES ACERCA DE LA PERFECCIÓN RELIGIOSA.

Nolite errare, fratres mei dilectissimi.

No erréis, hermanos mios carísimos.

JAC. I. 16.

Mi estimada Margarita: Cansado estoy de oir decir á religiosos y religiosas, que aspiran á la perfección, que desean ser perfectos, que estamos obligados á caminar á la perfección, que todos los dias debemos trabajar por perfeccionarnos, que si podemos llegar á la cumbre de la perfección; y perfección por arriba, perfección por abajo, perfección por la derecha, perfección por la izquierda, perfección por delante, perfección por detrás, perfección por los cuatro costados; y á pesar de eso, muchos no saben lo que es perfección, ni tienen de ella más que una idea vaga, confusa é indeterminada, lo suficiente para que nadie los entienda, ni entenderse ellos mismos, pues se enredan y se hacen un lío cada vez que hablan ó escriben sobre este punto tan interesante de la vida religiosa.

Tú misma, querida Margarita, no estás libre de ilusiones en esta materia, pues en tu carta divagas, y te dejas llevar de la imaginación, remontándote en alas de la fantasía á una región, donde no hay tanta perfección como imaginas, sino mucho sentimentalismo y poca realidad. Esto me obliga á dedicar la presente carta á este asunto para que, cuando trates de él, sepas cómo expresarte.

En filosofía se entiende por perfección todo lo que da complemento á un sér, es decir, todo aquello que lo completa y eleva al grado de excelencia y bondad que debe tener según su clase, sin exceder los límites de ella; y por esto se llama perfecta una cosa, á la cual nada le falta, ni le sobra. La perfección puede considerarse de mil maneras y desde puntos de vista muy varios, porque cada cosa tiene en el mundo su perfección especial, perfección que puede ser absoluta ó relativa, sustancial ó accidental, física ó moral, natural ó sobrenatural, y claro está que esta última es la perfección propia del religioso, y de la que nosotros hemos de tratar.

Hay, sin embargo, una perfección genérica que es común á todas las Ordenes religiosas, porque en todas ellas se hacen los mismos votos y se practican igualmente los consejos evangélicos de obediencia, pobreza y castidad. Hay otra perfección religiosa propia y especial de cada orden ó instituto, la cual está relacionada con el objeto ó fin principal del mismo; pues sabido es que la regla de cada instituto da la preferencia entre todos los consejos evangélicos á aquel en cuya práctica quiere que sobresalgan y resplandezcan los que la abracen. Hay por último otra perfección religiosa individual y propia de cada uno, la cual es mayor ó menor, según sea la cooperación del religioso á la gracia divina, en la cual radica nuestra perfección individual.

Esta perfección es la que más nos importa, porque ella es la que dá á cada religioso su mérito personal, la que lo eleva y realza en el orden sobrenatural, y la que lo hace verdaderamente perfecto. Al tratar este asunto debemos tener presente, que una cosa es la perfección personal en sí misma y otra muy distinta el estado de perfección que haya abrazado una persona. Un alma puede ser muy perfecta sin haber tomado estado de perfección, y una persona que haya abrazado el estado más perfecto que exista en la Iglesia de Dios, puede ser imperfectísima hasta el último grado, porque una cosa es la perfección de la vida y otra el estado en que se vive.

Se dice que una persona vive en estado de perfección, cuando se ha obligado estrechamente á trabajar por adquirir la perfección de la vida cristiana, mediante la práctica de los consejos evangélicos, en especial de los que constituyen la profesión religiosa; y se dice que no vive en estado de perfección cuando no ha contraido esas obligaciones. Y claro está que una persona puede ser muy perfecta y muy santa en el mundo, sin haber contraido las obligaciones de la vida religiosa; y un religioso puede ser malísimo, dejando de cumplir las graves obligaciones que ha contraido con Dios; y á pesar de eso, él se halla en estado de perfección, lo cual agrava más sus culpas; y la otra no vive en ese estado de perfección, aunque por otra parte sea santa y perfecta. El vulgo, sin entender teología, conoce muy bien esta distinción, diciendo que *el hábito no hace al monge*, sino el cumplimiento de sus deberes, la observancia de lo que á Dios ha prometido, y el caminar constantemente á la perfección.

Mas deben notarse aquí tres cosas importantísimas en que muchos no reparan: primera, que la perfección individual de cada religioso necesariamente ha de ser

de la misma naturaleza específica, que la perfección propia de su instituto; segunda, que la perfección la ha de buscar por los medios y caminos prescritos en su religión, y no por los prescritos en otra alguna, por santísima que sea; tercera, que debe caminar á la perfección de la manera y forma que su regla ordena, y no del modo ni al paso que á él le agrade. Y si aspira á otra perfección distinta de la de su Orden, ó por otros medios de los que ella prescribe, ó de diferente manera que ella los emplea, entonces yerra sin duda alguna, y jamás será perfecto. De la Hermanita de los Pobres que, olvidando sus deberes, se entregara por completo al retiro, al silencio y á la contemplación, bien podíamos decir que andaba ilusa y fuera de camino; y por el contrario, de la Capuchina que quiera dedicarse á la enseñanza, ó á cuidar enferma, bien podíamos pensar, no sólo que estaba engañada, sino que había perdido el juicio. Las virtudes religiosas son propias de todos los religiosos; pero no por eso puede el religioso dedicarse á la práctica de la que más le agrade, sino que debe ejercitarse con preferencia y de un modo especial en aquella que es el fin y distintivo de su instituto; de lo contrario caerá en muchas ilusiones, cometerá muchos yerros, correrá fuera de camino, y cada vez se irá alejando más de la perfección religiosa.

Cada orden y cada instituto tiene su fisonomía propia, su regla, sus constituciones, sus tendencias, y por decirlo así, su espíritu propio, del cual deben estar penetrados y revestidos todos sus miembros. Ese espíritu y esa tendencia le marca al religioso la dirección que debe seguir, el camino que debe llevar, y las prácticas á que debe dedicarse para cumplir su vocación y alcanzar la perfección individual propia de su instituto: y si toma otra dirección, ó busca otra perfección, ó pretende llegar á ella por otros medios y otros caminos

distintos de los que señalan las leyes y costumbres de su Religión, bien puede creer que el demonio le engaña, que anda extraviado y que nunca será, no digo perfecto, pero ni siquiera buen religioso. Y ¿cuántos caen en este error práctico? He conocido religiosos mendicantes que, alejados de la predicación, del retiro y de la austeridad propia de su Orden, en todas partes querían poner escuelas y dedicarse á la enseñanza, como si fueran escolapios; he conocido escolapios tan fervorosos y amigos del retiro, que aborrecían el bullicio de las clases y amaban el silencio de los claustros capuchinos: he visto clarisas que lloraban por no poder dedicarse á la enseñanza de las niñas, para formar su corazón y educarlas en el temor de Dios; he visto religiosas de la Enseñanza que gemían por no poder zafarse de las niñas para dedicarse á la oración, á la penitencia y contemplación de las clarisas: he visto... pero ¿para qué voy á decirte lo que he visto? He visto errores y horrores en este punto; he visto introducirse en una Orden prácticas de otra Orden de tendencias muy distintas; he visto usurpar á ciertos individuos ó individuas de una religión, las costumbres ó ejercicios de otras religiones, dejando despreciados ó abandonados los de la suya propia: y esto claro está que es cosa diabólica, porque tiende á confundirlo todo, á menospreciar las leyes, usos y costumbres de la propia Orden, lo cual es cosa diabólica y muy ajena de perfección. ¡Nó! Jamás se santificará un religioso, olvidando las prácticas de su religión por seguir las de otra! ¡Jamás llegará una religiosa á la perfección por ese camino! Cada religión tiene su vida propia, su objeto propio, su perfección propia y sus medios propios y adecuados para llegar á esa perfección; y el religioso que va á otra Orden á buscar medios para ser perfecto, crea que el demonio lo engaña, porque lo que es loable en un

instituto, puede ser vituperable en otro; y lo que tal instituto aprueba, tal otro lo da por reprobado. En una religiosa de la Caridad sería virtud y perfección ir de casa en casa, sirviendo á los apestados; en una de clausura sería eso pecado grave.

Esto que te voy diciendo es muy digno de ponderación, porque los institutos religiosos no son todos igualmente perfectos, pero sí son todos escuela de perfección y camino para llegar á ella. Este camino puede ser más estrecho ó más ancho, más ó menos recto, más corto ó más largo; y aunque esto puede influir en que nuestra llegada á la perfección sea más ó menos pronto, sin embargo, tal pueden venir las cosas, que el alma que va por un camino largo llegue á la perfección mucho antes que otra que vaya por un camino corto, comenzando ambas el viaje el mismo día y á la misma hora. La razón de esto es, porque la llegada á un punto determinado no depende sólo de lo largo ó corto del camino, sino también de la ligereza con que se viaja. Y por esto un alma que tomó el camino más breve para la perfección, entrando en la religión más perfecta y más estrecha que se conozca, si anda muy despacio, tardaría más en llegar al término que otra alma que (entrando en instituto menos perfecto) emprendió el camino más largo y de más rodeos, si anda por él muy de prisa. Y como la prisa en caminar por la senda de la perfección depende del fervor con que andemos y de la gracia y ligereza que Dios nos da para correr por ella, síguese claro que el que más corra y más ligero vaya, más pronto llegará.

Esto es muy consolador para el alma que haya abrazado un instituto de vida activa menos perfecto en sí que otros de vida más contemplativa; pues, si Dios le ha colocado en él, es porque en él quiere santificarla, dándole gracias muy especiales, elevándola

á mayor grado de santidad y haciéndola correr por ese camino largo con tal presteza, que llegue á la perfección antes que el religioso de vida contemplativa, que camina despacito, ó que no camina; y está sentado sobre el polvo de sus miserias, confiado en que su senda es más corta ó más recta que la de los otros. ¡Ay, qué reprensible es este descuido, y qué necia esa vana confianza! Muchos piensan que basta pertenecer á una Orden llena de santos para ser santos; vivir en una religión perfecta para ser perfectos religiosos; emprender una senda recta para llegar al término antes del que va por otra senda curva. ¡Error, error craso y lastimoso! La santidad es una cosa personal é incomunicable; la perfección es una cosa propia del religioso, y su adquisición depende en gran parte de la celeridad con que se anda por conseguirla. ¡Oh, y cómo nos avergonzarán el día del juicio muchos que fueron por el camino largo, y llegaron á la perfección antes que nosotros, que vamos por el camino corto! ¿Qué camino más corto para llegar á la unión con Dios que el de la vida contemplativa? ¿Qué medios más apropósito para hacernos santos que la oración continua, el silencio no interrumpido, la abstracción del mundo, la soledad venturosa y la ausencia de peligros con que se vive en clausura?

Y, por el contrario, ¿qué camino más largo para llegar á Dios que el de la vida activa? ¿Qué obstáculos mayores para la santidad que estar todo el día asistiendo á enfermos fastidiosos, cuidando de pobres viejos, tan pobres como ingratos, educando niños revoltosos y mal criados, bregando con locos dementes todo el santo día, en medio del mundo, lejos de la soledad y cercado de peligros por todas partes? Pues sin embargo, veo en medio del siglo muchas religiosas, superando todos esos obstáculos, corriendo por el ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mino de la santidad y llegando á la unión con Dios; y veo también monjas claustrales libres de esos impedimentos, y no vuelan, ni corren, ni andan de prisa por la senda de la perfección, sino á paso de tortuga, y más despacio también. ¡Ay, que dolor! ¿Cuándo nos desengañaremos de que nuestro adelanto depende, más que de la longitud del camino, de la velocidad con que corramos? En tren rápido ó expreso se llega pronto de aquí á París; en el correo se echa más tiempo; en el mixto algunos días; en mercancía se necesitan semanas; en coche, meses; á pie, años; y cojeando, toda la vida, y quizás no se llegue. Y advierte que la clase en que se viaja no aumenta ni disminuye la velocidad. El que va en primera, si va en el mixto, llegará mucho después que los que van en el expreso, aunque vayan en el furgón ó en la perrera. ¡Y cuántos de estos, cuántas religiosas de calle llegan á la perfección antes que las de claustros! ¿Y no es una lástima que pudiendo viajar nosotros en primera y en tren rápido nos quedemos atrás? ¡Ay, por Dios, Margarita, no seamos locos! Ya que lo tenemos en nuestra mano, vayamos en el expreso, volemos por el camino de la perfección y lleguemos pronto á la unión con Dios, que es lo que desea tu afmo. Padre en Cristo,

FR. A.

XVII

NATURALEZA Y ESENCIA DE LA PERFECCIÓN RELIGIOSA

Estote ergo vos perfecti, sicut Pater vester coelestis perfectus est.

Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.

MATT. V. 48.

CARÍSIMA en Jesucristo: Me dices en la tuya (y dices muy bien) que, conocidos los errores en que puede caer un religioso que trata de perfección, y sabidos los caminos que de ella nos apartan, debemos tratar ahora de las sendas que á ella nos conducen y de los medios por donde con seguridad se alcanza; pero que antes deseas saber á punto fijo qué se entiende por perfección religiosa, y en qué consiste esa perfección que buscamos.

Dígote con verdad, mi buena Margarita, que eso y no otra cosa me propuse explicarte cuando tomé la pluma para escribir mi anterior; pero es tan triste ver corriendo extraviadas y fuera de camino algunas almas, que, sin saber cómo, me pasé á mostrarte ese ex-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

traño fenómeno de la vida religiosa, y en eso se nos fué el tiempo, sin llegar al punto que deseábamos tratar. Sigamos, pues, de nuevo nuestro rumbo, y veamos ahora, si podemos formarnos una idea clara y exacta de la perfección religiosa y de la santidad á que aspiramos.

Sabido ya que el religioso ha de buscar la perfección en su Orden, y no fuera de ella; que la ha de buscar en la manera y forma que en ella se usa, y no como á él le acomode; y que debe buscarla por los medios y caminos que su religión prescribe, y no por los que prescribe otra alguna, aunque sea santísima; sabido esto, cúmplenos averiguar ahora en qué consiste esa perfección que con tanto ahinco buscamos. ¿Qué se entiende por perfección religiosa? ¿Será perfección religiosa la mortificación de las pasiones, el cumplimiento de los votos y la fiel observancia de la regla? Sin negar en absoluto que eso sea perfección religiosa, digo que no es la perfección real y verdadera, sino medios para conseguirla, y pruebas de que se trabaja por alcanzarla. ¿Consistirá la perfección que buscamos, en las prácticas de la vida religiosa, en el silencio, en el retiro, en la oración, en los ejercicios de piedad y en la frecuencia de sacramentos? ¡Tampoco! Esos son medios para adquirir la perfección, pero no son la perfección misma, porque entre ella y los medios para alcanzarla hay la misma diferencia que entre el camino y el pueblo ó punto á donde él conduce. Pues entonces, ¿en qué consiste la perfección religiosa? Meditemos y analicemos.

Si perfección es todo lo que da complemento á un sér, perfección religiosa será todo lo que dé complemento á un religioso, todo lo que le engrandezca y eleve al grado de excelencia y bondad que él debe tener: la observancia de su regla, el cumplimiento de sus votos y todos las prácticas de la vida religiosa elevan al religioso á más alto grado de virtud; luego en esas prácticas debe consistir la perfección religiosa. Así parece á primera vista, pero en realidad no es así. La guarda de los votos, la observancia de la regla y todos los ejercicios de la vida religiosa son medios para adquirir la perfección; y si son medios de perfección, no son la perfección misma: esto es tan claro, que no necesitamos insistir más. Lo que hay de verdad es que esas prácticas, consideradas de un modo son perfección, y consideradas de otro, nó; y aún en el caso en que las consideramos como perfección, lo son de un modo secundario, porque tienden á otro fin más alto, á otro objeto más noble, á otra perfección principal: y así de tal manera son esas prácticas perfección, que lo son secundariamente, porque en realidad son medios para adquirir la perfección verdadera. Y si no, hagamos la prueba.

Perfecto es aquel sér al cual nada le falta ni le sobra. Dadme, pues, el religioso más observante de su regla, más cumplidor de sus votos y más ejercitado en virtudes que exista sobre la tierra, y decidme: ¿A ese tal no le falta nada ni le sobra nada? ¡Ah, sí! Le sobran resabios, le sobran peligros y otras mil cosas; y en cambio, por santo que sea, le falta infinito que subir en la práctica de las virtudes para asemejarse al modelo de perfección que nos dió Jesucristo cuando dijo: "Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial." De lo cual resulta claro, que la perfección religiosa no consiste realmente en las prácticas de religión. Pues entonces, ¿en qué consiste? Si se trata de la perfección absoluta y completa, no la busquemos en este mundo; si se trata de la perfección relativa y comenzada, busquémosla, que aquí está.

Si perfección es lo que da complemento al sér, la

última perfección será la que le dé al religioso el último complemento, y en este caso ya nada le faltará ni le sobrará. Pero ¿dónde está ese último complemento? ¿Cuál es? Pues muy sencillo: La posesión completa de Dios. Cuando el religioso posea á Dios completamente, tendrá su último complemento, y entonces nada le faltará ni le sobrará. Bien sé que esto no se alcanza en la vida presente, y por eso decía que era inútil buscar aquí la perfección absoluta y completa; pero también sé que á Dios podemos poseerlo ya en este mundo, y esa posesión de Dios es la medida de nuestra perfección, ó, mejor dicho, esa posesión es la verdadera perfección que buscamos

Averiguado que la posesión completa de Dios es lo que nos hace perfectos, resulta que tanto más perfecto será un religioso en esta vida cuanto más completamente posea á su Dios. La dificultad está ahora en averiguar cómo y de qué manera hemos de poseer á Dios, para ser lo más perfectos que podamos; y esta dificultad queda resuelta con sólo recordar que á Dios, únicamente podemos poseerlo por amor en esta vida y en la otra. Jesucristo mismo nos enseñó esta sublime doctrina cuando dijo: "El que me ama será amado de mi Padre, y yo también le amaré." Y luego: "Mi Padre amará al que me ama, y vendremos á Él, y en su corazón haremos morada" (1). Y el discípulo amado repitiendo estas celestiales enseñanzas del divino Maestro, añade: "El que no ama, no conoce á Dios (ni puede poseerlo), porque Dios es amor." Y más adelante: "Dios es amor, y el que lo ama está en Dios y Dios está en él" (I, IV). De modo que, según esta doctrina del Cielo, por el amor poseemos á Dios y somos de Él poseídos, y como esa doble posesión es la felicidad suprema y el

(1) Joan. 15.

último fin del hombre, síguese que, mientras más amor de Dios tengamos, más perfectos somos y más nos acercamos á nuestro último fin.

Admiremos aquí la infinita sabiduría y bondad inmensa de Dios, que puso por primer precepto de la ley que dió á los hombres ese amor que nos hará eternamente felices y perfectos; y tanto más perfectos y más felices en esta vida, cuanto más gradas subamos en esa escala del amor divino. ¡Ay, Margarita! amemos á ese Dios amorosísimo que nos convida con su amor y nos ruega con él; pero amémosle, como dice su Apóstol, no de palabras ni con los labios, sino con obras y de verdad. Fuera cargos! fuera dignidades! fuera distracciones! fuera mundo! y fuera todo lo que nos aparta de la unión con Dios! Por unirse á nosotros bajó Él del cielo á la tierra, y puso sus delicias en morar con los hijos de los hombres. Por unirse á nosotros se quedó sacramentado, para dársenos en alimento, para que pudiéramos poseerlo y fuéramos dichosos y perfectos con esa posesión. Unámonos á Él, amémosle de verdad, y no lo perdamos nunca de vista, que éste es un medio poderoso para subir cada día á más alta perfección.

Almas conozco yo que emplean este medio de una manera muy facil y provechosa. Consideran siempre á su lado, como si fuera angel de guarda, á nuestro dulcísimo Jesús, y todo lo hacen á su vista, y todo lo hacen por su amor, y hablan con Él continuamente, con el mismo cariño con que se habla á una persona amada. Cuando trabajan, cuando comen, cuando se recrean, cuando hablan y cuando callan, siempre, y en todas partes, le preguntan: Jesús mio, ¿estás contento de mí? Te agrada esto que hago? ¡Pues lo hago por tu amor! ¿Qué dicha hay comparable con la de poder agradarte y darte gusto en todo? ¿Qué mayor gloria que ser tuya y pertenecerte por completo? Tuyo es mi

corazón, tuya mi vida, tuya mi alma, tuyas mis obras, y todas las hago por tu amor...

Cuando caen en alguna falta de esas que cometen hasta los justos, miran al Amado, y como si lo hubieran entristecido con ella, le dicen: ¿Estás disgustado, Bien mio? ¿Qué tienes? ¿Te has enojado conmigo? ¿Y por qué? ¿Por aquella culpa? ¡Perdón, Jesús de mi alma, que yo me corregiré! ¡Soy tan frágil! ¡Soy tan débil! ¡Pero te lo prometo! Quiero enmendarme, y con tu gracia lo conseguiré. ¡Ayúdame, Dios mio, pues sin tí nada puedo!...

Si la tribulación las cerca, si sufren un desaire ó una injusticia, si se ven humilladas, si padecen algún mal, se ofrecen víctimas de amor, y exclaman: ¿Ves lo que me pasa, Dios mio? ¿Te consuelan mis lágrimas? ¿Te agrada que llore? ¿Te gusta que padezca por tu amor? ¡Pues tu gusto es el mio y no quiero tener otro sobre la tierra! Con tal que me dejes suspirar postrada á tus plantas, me doy por satisfecha, porque tu amor endulzará mis penas y será el bálsamo de mis males. Tú conoces mis ansias, tú ves lo que sufro, tú sabes lo que padezco, y esto le basta á mi corazón. ¡Ámete yo, Dios de mi alma, que todo lo demás me importa poco!...

¡Qué hermoso es este pensamiento! La religiosa que vive penetrada de él, ama á Dios y es de Él amada; le posee y es de Él poseída, y mientras más completa es esta posesión, más alta es su perfección y más grande su dicha. Pero no es esto todo: hay otros medios de perfección necesarios para el religioso, medios de que te hablará cuando llegue su hora, éste tu afectísimo Padre en Cristo,

FR. A.

XVIII

RELACIONES ENTRE LA RELIGIÓN, LA SANTIDAD Y LA PERFECCIÓN: OBLIGACIÓN QUE TENEMOS DE TRABAJAR PARA ALCANZARLA.

Qui justus est justificetur adhuc, et sanctus, sanctificetur adhuc.
AP. 22. 11.

El justo justifíquese más, y el santo santifíquese más.
AP. 22. 11.

CARÍSIMA en Jesucristo: Dice el adagio que cada loco con su tema, y yo digo que cada cuerdo también, porque no es pequeña cordura andar siempre alrededor de lo que nos conviene y traer entre manos aquello de que podemos sacar algún provecho. Por esto más que por lo otro insistes tanto en que te aclare bien el concepto de la santidad, para poder conocerla y alcanzarla, añadiendo con candor casi infantil: "Si por mi mucha miseria ó por no estar en mi mano no puedo llegar á santa, quiero muy de veras ser perfecta, y si á tanto no alcanza mi flaqueza, me contentaré con ser una buena religiosa, porque con menos que esto es imposible que yo pueda contentarme."

Estas palabras me indican que para tí la perfección, la santidad y el ser buena religiosa son tres cosas muy distintas, tan distintas por lo menos como el Cura,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corazón, tuya mi vida, tuya mi alma, tuyas mis obras, y todas las hago por tu amor...

Cuando caen en alguna falta de esas que cometen hasta los justos, miran al Amado, y como si lo hubieran entristecido con ella, le dicen: ¿Estás disgustado, Bien mio? ¿Qué tienes? ¿Te has enojado conmigo? ¿Y por qué? ¿Por aquella culpa? ¡Perdón, Jesús de mi alma, que yo me corregiré! ¡Soy tan frágil! ¡Soy tan débil! ¡Pero te lo prometo! Quiero enmendarme, y con tu gracia lo conseguiré. ¡Ayúdame, Dios mio, pues sin tí nada puedo!...

Si la tribulación las cerca, si sufren un desaire ó una injusticia, si se ven humilladas, si padecen algún mal, se ofrecen víctimas de amor, y exclaman: ¿Ves lo que me pasa, Dios mio? ¿Te consuelan mis lágrimas? ¿Te agrada que llore? ¿Te gusta que padezca por tu amor? ¡Pues tu gusto es el mio y no quiero tener otro sobre la tierra! Con tal que me dejes suspirar postrada á tus plantas, me doy por satisfecha, porque tu amor endulzará mis penas y será el bálsamo de mis males. Tú conoces mis ansias, tú ves lo que sufro, tú sabes lo que padezco, y esto le basta á mi corazón. ¡Ámete yo, Dios de mi alma, que todo lo demás me importa poco!...

¡Qué hermoso es este pensamiento! La religiosa que vive penetrada de él, ama á Dios y es de Él amada; le posee y es de Él poseída, y mientras más completa es esta posesión, más alta es su perfección y más grande su dicha. Pero no es esto todo: hay otros medios de perfección necesarios para el religioso, medios de que te hablará cuando llegue su hora, éste tu afectísimo Padre en Cristo,

FR. A.

XVIII

RELACIONES ENTRE LA RELIGIÓN, LA SANTIDAD Y LA PERFECCIÓN: OBLIGACIÓN QUE TENEMOS DE TRABAJAR PARA ALCANZARLA.

Qui justus est justificetur adhuc, et sanctus, sanctificetur adhuc.
AP. 22. 11.

El justo justifíquese más, y el santo santifíquese más.
AP. 22. 11.

CARÍSIMA en Jesucristo: Dice el adagio que cada loco con su tema, y yo digo que cada cuerdo también, porque no es pequeña cordura andar siempre alrededor de lo que nos conviene y traer entre manos aquello de que podemos sacar algún provecho. Por esto más que por lo otro insistes tanto en que te aclare bien el concepto de la santidad, para poder conocerla y alcanzarla, añadiendo con candor casi infantil: "Si por mi mucha miseria ó por no estar en mi mano no puedo llegar á santa, quiero muy de veras ser perfecta, y si á tanto no alcanza mi flaqueza, me contentaré con ser una buena religiosa, porque con menos que esto es imposible que yo pueda contentarme."

Estas palabras me indican que para tí la perfección, la santidad y el ser buena religiosa son tres cosas muy distintas, tan distintas por lo menos como el Cura,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el Alcalde y el Médico de tu pueblo: y sin embargo, yo pienso demostrarte en ésta que la santidad, la perfección y la bondad religiosa no son tres cosas diversas, sino una misma cosa, mirada desde tres puntos de vista diferentes; y por consiguiente, que para ser santo, basta ser buen religioso, y ser buen religioso es ser perfecto, con la perfección que podemos tener aquí, la cual será siempre incompleta.

El lenguaje que muchos emplean al hablar de la santidad, indica que no han meditado bien el asunto, ni tienen ideas claras y concretas acerca de la santidad. "Yo quiero ser santo," dice con frecuencia el religioso de buen temple. "Yo he venido á santificarme," exclaman á cada paso los novicios cuando entran en religión. "Yo deseo llegar á la cumbre de la santidad," dice muchas veces la monja fervorosa; mientras que, por el contrario, el religioso tibio y la monja disipada contestan á esos arranques de fervor con estas expresiones más frías que el granizo: "¡Qué locura! ¡qué vanidad! ¡qué arrogancia! ¡qué imprudencia! ¡ahí es nada! pretender ser santo! ¡Yo me contento con menos: aspirar á ser santo es poner la mira muy alto para lo que yo puedo: me basta con ser bueno!" Y lo peor es que quien habla así, se queda tan fresco, pensando que habla y obra con prudencia.

Pues á uno y á otro, al religioso que quiere ser santo, y al que se contente con no serlo, se le podía preguntar: ya que deseas ser santo, ¿sabes á punto fijo en qué consiste la santidad? Y tú, que te contentas con ser bueno, sin querer ser santo, ¿sabes si es posible conseguir lo que deseas? ¿sabes si el no aspirar á ser santo es renunciar para siempre á ser buen religioso? ¿Crees que para ser santo se necesita algo más que ser un buen religioso? ¿Piensas acaso que la religión y la santidad son cosas tan diversas como un libro y un

melón? ¡Pues te equivocas! La fe y la razón enseñan lo contrario, y puede demostrarse con la autoridad y doctrina del Angélico Doctor.

Según Santo Tomás, la diferencia que hay entre santidad y religión, entre santo y buen religioso es tan imperceptible que no es más que una diferencia de razón. La religión es la virtud que dedica y consagra á Dios todos los actos del hombre, y la santidad es la dedicación ó consagración que el hombre hace á Dios de sí mismo y de todas sus obras. Religioso ó buen religioso es aquel que está ligado y religado íntimamente con Dios, y santo, según la fuerza etimológica de la palabra, es el que está unido á Dios con tal firmeza, que no puede separarse de Él; y tanto al uno como al otro lo une con Dios el dulce y suave lazo del amor divino, sea mayor ó menor el número de nudos que esa lazada tenga. De donde se sigue que santidad y religión, buen religioso y santo, aunque parezcan dos cosas muy distintas, son casi idénticas, son casi una sola y misma cosa.

Si consideradas de este modo, se halla tanta identidad entre la santidad y la religión, entre el santo y el buen religioso, consideradas desde otro punto de vista veremos también que apenas hay diferencia entre la santidad y la perfección cristiana, entre el varón santo y el perfecto. El Apostol Santiago nos asegura que toda cosa buena y todo don perfecto nos viene de arriba, del Padre de las luces; y la fe nos dice y la razón demuestra que todo lo que da Dios, es porque lo tiene y lo contiene en sí por modo eminente y maravilloso. Luego un don tan alto como es la santidad, de Dios nos ha de venir por ser Él la única fuente de Santidad, tan buenísimo y tan santísimo que el cántico siempre antiguo y siempre nuevo que resuena en las alturas, es el ¡Santo, Santo, Santo! que hace extreme-

cer de júbilo al Empíreo, como testimonio perenne y jamás interrumpido de la santidad divina.

Ahora, pues, la santidad en Dios ¿qué es? ¿Es su misericordia, su justicia, su inmensidad, su omnipotencia ó cualquiera otro de sus atributos? ¡No! la Teología católica no encuentra otro fundamento de la santidad de Dios, más que el amor necesario y eterno de sí mismo, de sus perfecciones infinitas y de su sér perfectísimo. El amor divino es la santidad por esencia, el acto constituyente y constitutivo de toda santidad. Luego en el hombre no puede ser la santidad otra cosa más que una participación de ese amor divino, y mientras más participe de él y más amor tenga de Dios, más santo será.

Por otra parte, demostramos en la anterior que la perfección religiosa es la posesión de Dios por amor, es el mismo amor divino participado á la criatura: y de ambas demostraciones resulta que la santidad, la perfección cristiana y el amor de Dios son una sola cosa con tres nombres distintos. El hombre más santo y más perfecto será siempre el que más ame á Dios, y el amor será en el Cielo y en la tierra la medida de la santidad y de la perfección, desde el alma que ocupe el grado más ínfimo en esa escala, hasta el supremo serafín, hasta la Virgen sin mancilla, hasta la Humanidad sacratísima de Cristo, que ocupa el lugar supremo en esa escala misteriosa de los Santos.

Este amor, esta santidad y esta perfección no puede ser aquí en la tierra, bajo cualquier aspecto que se considere, más que un amor, una santidad y una perfección iniciada que tendrá su complemento en la otra vida, allá en las regiones de la luz divina, entre los esplendores de los santos; pero, mientras vive en este valle de lágrimas, obligación grave tiene el religioso, por serlo, de procurar crecer cada día en santidad y

perfección para cumplir aquello que dice Jesucristo en el Apocalipsis: El que es justo, que se justifique más; y el que sea santo, que se santifique más.

Por esta razón el buen religioso no se contenta ni puede contentarse con ser bueno, porque está obligado á procurar ser mejor, aspirando á mayor perfección cada día; y de aquí la conocida y repetida sentencia de los Santos Padres, que en el camino de la virtud, no ir adelante es volver atrás, y no progresar es retroceder. Y no es mucho que los Santos digan esto, puesto que el Santo de los Santos dijo, que "el que pone mano al arado y mira atrás, no es á propósito para el reino de los Cielos." Pues si en el camino de la virtud, sólo el mirar atrás hace inepto al hombre para el reino de Dios, ¿qué será pararse en ese camino? Ya lo dijo San Agustín en una de sus cartas á Demetrio: En este camino mirar atrás equivale á pararse, pararse es no adelantar, no adelantar equivale á retroceder; y así, si no queremos volver atrás, es menester que siempre procuremos ir corriendo hacia adelante. *Si volumus non redire, currendum est.*

Si no queremos que la corriente de las pasiones arrastre la barquilla de nuestras almas al mar de la culpa, menester es bogar y remar siempre, porque, desde que dejemos de hacerlo, iremos agua abajo hacia el abismo. Y ¡ay dolor! cuántos son arrastrados! y á qué estado tan lastimoso llegan! Bien lo dijo el mismo Santo: "Desde que comencé á servir á Dios, no he conocido mejores cristianos que los que viven en los monasterios, cuidando de su aprovechamiento espiritual: pero tampoco los he visto peores que los que cayeron en relajación por no procurar su adelanto en la virtud. Y concuerda muy bien con esta tremenda sentencia de S. Agustín aquel axioma filosófico que dice: *Corruptio optimi pessima.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De suerte que humanamente hablando, hay poco que esperar y mucho que temer de los religiosos descuidados de su própia santificación: de los que empiezan á malearse por no trabajar en adquirir la perfección á que están obligados y en la cual deben crecer siempre. Del arbol bien regado y cultivado que comienza á palidecer en primavera y se le cae la flor y con ella el fruto, quedando solamente con algunas hojas y éstas de color pajizo y amarillo, poco se puede esperar y mucho se puede temer. Ese arbol tiene la raiz dañada, ó la savia corrompida y ambas cosas son harto fatales.

Otro tanto puede decirse del religioso descuidado que va perdiendo poco á poco las flores de las virtudes y los frutos de la santidad. Por eso para prevenir ese daño debiamos grabar en nuestros corazones aquella sentencia de Jesucristo: El que es justo que se justifique más. El religioso que sea perfecto, que se perfeccione más, y el que sea buen religioso, que se haga mejor cada dia, practicando con más ardor é intensidad su virtud propia que es la Religión; y de este modo se hará más perfecto y más santo, porque la religión, la santidad y la perfección tienen tan íntimas relaciones entre sí, que sin dejar de ser cada una lo que es, todas tres son sustancialmente una misma cosa, puesto que las tres se identifican con el amor de Dios bien entendido. Este amor debe informar todas nuestras obras y todos los actos de nuestra vida. Él ha de hallarse en la humildad, y en la obediencia, y en el padecer, y en la pobreza, y en la castidad, y en la paciencia, y en todas las virtudes, porque sin él ninguna vale nada. Ama, pues, á Dios en todo y por todo, y pídele la misma dicha para tu afectísimo Padre,

FR. A.

XIX

LOS VOTOS, MEDIOS ÓPTIMOS DE PERFECCIÓN.

Redde Altissimo vota tua.
Ps. 49. 14.
Cúmplele al Altísimo tus votos.

AMADA en Jesucristo: Me dices con mucha gracia que no sabes "á dónde vamos á llegar por este camino que llevamos, porque como la perfección es cosa tan alta y tan extensa, estaremos hablando de ella todo el año, sin llegar á tratar de los votos religiosos, que es lo que yo deseo y lo que más me importa.„

No te apures por tan poca cosa, Sor Margarita, que si tú no sabes á dónde vamos á parar ni cuándo llegaremos, yo te digo que no vamos á llegar, sino que hemos llegado y nos encontramos ya en el punto á donde deseabas ir. Porque una vez que hemos visto en qué consiste la perfección religiosa, qué cosa es la santidad y qué relaciones ó puntos de contacto hay entre ambas; conocido ya lo que debemos entender por perfección religiosa, viene como anillo al dedo tratar de los medios para conseguirla. ¿Y qué medios son éstos más que los votos religiosos?

La esencia de la santidad y de la perfección reli-

giosa hemos dicho que consiste en el amor divino, en la caridad; pero de tal modo, que ella es la forma, la vida, la madre, el fundamento, el vínculo y el fin de todas las virtudes, tanto, que sin ella ninguna virtud merece el nombre de tal. Mas acontece que hay otras virtudes cuya práctica da incremento y vida al amor divino, virtudes cuyo ejercicio es necesario al hombre para llegar á la perfección del amor, y esas virtudes son precisamente las que forman la profesión religiosa, esto es, la pobreza, la castidad y la obediencia; y hénos aquí ya, tratando de los votos religiosos, cosa que tanto deseabas.

Difícilmente llegará un alma á la perfección del amor divino sin el voto de pobreza, ó sin renunciar voluntariamente todos sus bienes, porque afirma Jesucristo en su evangelio que "el que no renuncia cuanto posee, no puede ser su discípulo„ *(Luc. 14, 33.)* Y más expresamente aún se lo dijo al otro joven que le preguntó lo que debía hacer para llegar á la perfección: "Si quieres ser perfecto (le dijo el Salvador) vende cuanto tienes, repártelo entre los pobres, y después sígueme „ *(Marc. 8, 34.)* El corazón humano se apega desmedidamente á los bienes de este mundo miserable: en la posesión de ellos hace consistir muchas veces su felicidad, en ellos pone su afición, su amor y su cuidado; y esto, dicho se está que es un grave impedimento para adquirir la perfección del amor divino. De aquí la célebre y conocida sentencia de S. Agustín: "Poco, Señor, te ama, el que ama contigo otras cosas, si no las ama por ti.„ Pues ese grave impedimento para la perfección lo alejamos de nosotros con la renuncia voluntaria de todo cuanto podamos tener, y por eso el voto de pobreza es un medio poderoso para llegar á la perfección que pretendemos.

Otro tanto debe decirse del voto de castidad, de la

total abstinencia de los placeres sensuales, porque esos placeres (aun cuando los hace lícitos el último sacramento) son de ordinario un fuerte obstáculo para llegar á la perfección deseada. La fragilidad del hombre es muy grande en este punto, su miseria es indecible, y los afectos de su alma se van hacia las criaturas, defraudando al Criador del amor que le debe, tanto que en frase del Apóstol la persona casada tiene dividido el corazón; dividido entre Dios y la familia, entre el cuidado de los bienes temporales y el cuidado de su santificación; y como tiene que atender á Dios y al mundo, á sí y á los suyos, claro está que mientras más se dedique á los otros, menos le quedará para sí; y que cuanto más tenga que atender á las cosas de esta vida, menos tiempo tendrá para atender á las de la otra. Pues este grande obstáculo, doble más fuerte que el anterior, lo remueve el religioso por el voto de castidad; así tiene expedita la vía, y puede con más facilidad llegar á la cumbre de la perfección.

Otro de los grandes obstáculos que hallamos en este camino es la volubilidad de nuestra voluntad, que ya quiere, ya no quiere, y llevada de su propia inconstancia hoy tiene por amargo lo que ayer le pareció dulce, y mañana tendrá por arduo y dificultoso lo que después creerá facil y hacedero. Este obstáculo queda superado por el voto de la obediencia que nos pone en la dichosa necesidad de no dejar ya el camino comenzado. Sin este voto bien cumplido, ó sin la virtud de la obediencia bien practicada, sería poco menos que imposible elevarnos á la región de la santidad; porque las condiciones impuestas por Jesucristo para conseguirla, todas predican sumisión, rendimiento, sujeción y obediencia: "Niéguese á sí mismo, tome la Cruz y sígame.„ Estas son las condiciones que impone el Hombre-Dios al que quiera ser su discípulo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al que quiera elevarse á las alturas de la perfección cristiana.

Y observa de paso, querida Margarita, que con esta obediencia arrancamos de nuestro corazón el más nocivo de los amores y el más opuesto al amor de Dios, el egoísmo, el amor propio que todo lo inficiona y envilece. El voto de la pobreza acaba con el amor de las cosas terrenas; el de castidad con el amor pegajoso é interesado de carne y sangre; y éste de la obediencia con el amor egoísta, que es el peor y el más esteril de cuantos se conocen. La pobreza voluntaria da muerte á la codicia y deseos de riquezas; la castidad á la concupiscencia y placeres de la carne, y la obediencia al desorden de nuestra veleidosa voluntad. Con la pobreza sacrificamos á Dios los bienes de este mundo, con la castidad los bienes del cuerpo, y con la obediencia los bienes del alma, ofreciendo así un perfecto holocausto en aras del amor divino. Y por eso te decía antes que las virtudes objeto de nuestros votos, son necesarias á la perfección del amor divino, de la santidad verdadera.

Y ya que te hablo de las virtudes, objeto de nuestros votos, quiero decirte una cosa en que muchos no reparan, y es la diferencia que hay entre el voto y la virtud. La confusión en este punto, hace que religiosas ignorantes discurran de esta manera tan desacertada: Hice voto de pobreza, luego soy pobre. Hice voto de obediencia, luego soy obediente... ¡Necedad se llama esta figura! ¡Ah! si para ser obediente bastara hacer voto de obediencia, ¡cuántos obedientes habría! Si para conseguir una virtud fuera suficiente hacer voto de ella, ahora mismo hacía yo voto de ser más santo que mi P. San Francisco! y mañana me tenías en el mundo arrastrando á las muchedumbres con fama de milagrero, y de santo; ¡pero no! el voto de

pobreza, el voto de castidad y el voto de obediencia, no es la virtud de la pobreza, ni la virtud de la castidad, ni la virtud de la obediencia, sino cosa muy distinta, tan distinta, que se puede pecar contra la virtud sin quebrantar el voto, porque una cosa es, v. gr., faltar á la obediencia y otra muy diversa infringir el voto de obediencia. Faltar al voto de obediencia, esto es, quebrantarlo, será siempre pecado mortal; y faltar á la simple virtud de la obediencia no es siempre culpa mortal, sino que puede muy bien ser venial, como de ordinario acontece. Todo pecado contra el voto lo es también contra la virtud, pero no todos los pecados contra la virtud lo son contra el voto directamente, porque éste se limita á lo grave y aquélla se extiende á lo grave y á lo leve. Sin embargo, es mucha verdad que quien falta frecuentemente á la virtud, se pone á peligro de faltar al voto, porque no en vano dice el Espíritu Santo, que el que no repara en cosas pequeñas, poco á poco caerá.

Otra diferencia muy notable entre el voto y la virtud, es que en ésta podemos crecer siempre y en aquél no. En este caso la virtud puede ser comparada á un tesoro, y el voto á la alcancía donde lo guardamos; el tesoro lo podemos acrecentar cada día, pero la alcancía no. Es verdad que ella será tanto más rica cuanta más riqueza contenga, y aumentará su valor á medida que aumenta el tesoro de las virtudes, y precisamente en aumentarlo está la felicidad y la perfección del religioso. Por lo dicho comprenderás que el voto es como un medio para alcanzar la virtud, y siendo medio no falta alguna ignorante que lo tome como fin, y una vez hechos los votos, crea que no hay más que hacer, y descuide las prácticas de las virtudes objeto de sus votos, quedándose por lo mismo dentro del claustro con más defectos y menos virtudes que los

seglares en el mundo. ¡Ven acá, religiosa necia y desgraciada, y más desgraciada que necia! dime: ¿Qué haces? ¿cómo discurres? ¿por qué te engañas de un modo tan deplorable? ¿Qué piensas tú que hiciste con la profesión de tus votos? ¿Qué hiciste, sino adquirir tres alcancías para guardar en ellas los tesoros de la obediencia, de la castidad y de la pobreza? ¿Y para qué te sirven esos trastos vacíos, sino para que se burlen de tí los ángeles, los hombres y los demonios? ¿Crees, tontona, que por tener simplemente tres alcancías para guardar dinero, eres ya rica? Las tienes acaso llenas? ¿Has atesorado mucho? Suénalas y verás que están vacías y suenan á huecas, ó á lo más producen el sonido de alguna monedilla que tienen dentro: y después de todo, quiera el Cielo que esas monedas no sean falsas ó de mala ley, porque si no, ¿qué va á ser de tí el día que se rompa y te halles en cruz y en cuadro? ¡Valiente chasco vas á llevar si no tomas otro camino y atesoras méritos para la eternidad!

Dispensa, querida Margarita, que esto no va contigo, sino con tu vecina, quiero decir, con otra que se puso junto al lugar que ocupabas en mi mente, al empezar el párrafo anterior. Eso se queda para ella, y á tí te repetiré las palabras con que comencé la presente: *Redde Altissimo vota tua!* ¡Cúmplele tus votos al Altísimo y cúmpleselos con fidelidad! Para que así lo hagas, quiero hablarte despacio sobre ellos. Si no te parece mal, estudiaremos antes la naturaleza y propiedades del voto en general, y después haremos aplicaciones prácticas á nuestro estado. Con esto ya sabes la materia sobre que ha de versar la siguiente, y sólo te encargo que pidas á Dios acierto para que á su mayor gloria pueda escribirte sobre tan delicado asunto tu afectísimo P.

FR. A.

XX

NATURALEZA Y PROPIEDADES DE LOS VOTOS RELIGIOSOS.

Melius est non vovere, quam post votum promissa non reddere.
ECCLE. 5. 4.

Vale mucho más no hacer voto, que dejarlo de cumplir después de hecho.
ECLE. 5. 4.

DEVOTA sierva de Cristo: Uno de los más grandes y provechosos consejos que Salomón nos dejó escritos, es el que sirve de epígrafe á la presente. En él nos avisa el Sabio la necesidad de cumplir nuestras promesas, advirtiéndonos antes que es mejor no hacer votos, que dejarlos de cumplir una vez hechos. Si todos los religiosos tuvieran siempre presente este consejo, no habría tantos y tantas que oscilaran entre el disgusto y el arrepentimiento, dando al olvido sus promesas ó descuidándose en cumplirlas. Este descuido y aquel olvido provienen muchas veces de que no se conoce á fondo la esencia, el alcance, la naturaleza y propiedades de los votos; y de aquí la necesidad de pararnos á estudiar este punto

seglares en el mundo. ¡Ven acá, religiosa necia y desgraciada, y más desgraciada que necia! dime: ¿Qué haces? ¿cómo discurres? ¿por qué te engañas de un modo tan deplorable? ¿Qué piensas tú que hiciste con la profesión de tus votos? ¿Qué hiciste, sino adquirir tres alcancías para guardar en ellas los tesoros de la obediencia, de la castidad y de la pobreza? ¿Y para qué te sirven esos trastos vacíos, sino para que se burlen de tí los ángeles, los hombres y los demonios? ¿Crees, tontona, que por tener simplemente tres alcancías para guardar dinero, eres ya rica? Las tienes acaso llenas? ¿Has atesorado mucho? Suénalas y verás que están vacías y suenan á huecas, ó á lo más producen el sonido de alguna monedilla que tienen dentro: y después de todo, quiera el Cielo que esas monedas no sean falsas ó de mala ley, porque si no, ¿qué va á ser de tí el día que se rompa y te halles en cruz y en cuadro? ¡Valiente chasco vas á llevar si no tomas otro camino y atesoras méritos para la eternidad!

Dispensa, querida Margarita, que esto no va contigo, sino con tu vecina, quiero decir, con otra que se puso junto al lugar que ocupabas en mi mente, al empezar el párrafo anterior. Eso se queda para ella, y á tí te repetiré las palabras con que comencé la presente: *Redde Altissimo vota tua!* ¡Cúmplele tus votos al Altísimo y cúmpleselos con fidelidad! Para que así lo hagas, quiero hablarte despacio sobre ellos. Si no te parece mal, estudiaremos antes la naturaleza y propiedades del voto en general, y después haremos aplicaciones prácticas á nuestro estado. Con esto ya sabes la materia sobre que ha de versar la siguiente, y sólo te encargo que pidas á Dios acierto para que á su mayor gloria pueda escribirte sobre tan delicado asunto tu afectísimo P.

FR. A.

XX

NATURALEZA Y PROPIEDADES DE LOS VOTOS RELIGIOSOS.

Melius est non vovere, quam post votum promissa non reddere.
ECCLE. 5. 4.

Vale mucho más no hacer voto, que dejarlo de cumplir después de hecho.
ECLE. 5. 4.

DEVOTA sierva de Cristo: Uno de los más grandes y provechosos consejos que Salomón nos dejó escritos, es el que sirve de epígrafe á la presente. En él nos avisa el Sabio la necesidad de cumplir nuestras promesas, advirtiéndonos antes que es mejor no hacer votos, que dejarlos de cumplir una vez hechos. Si todos los religiosos tuvieran siempre presente este consejo, no habría tantos y tantas que oscilaran entre el disgusto y el arrepentimiento, dando al olvido sus promesas ó descuidándose en cumplirlas. Este descuido y aquel olvido provienen muchas veces de que no se conoce á fondo la esencia, el alcance, la naturaleza y propiedades de los votos; y de aquí la necesidad de pararnos á estudiar este punto

importantísimo de la vida religiosa. En este estudio tomaremos por maestros á los dos grandes doctores de la Edad media, y emplearemos el método escolástico que tan utilísimo es para estos casos.

Ante todo conviene formarnos una idea clara de lo que es el voto en general, y para ello nada más á propósito que la definición que de él hace Santo Tomás de Aquino; hela aquí: *El voto es una promesa hecha á Dios deliberadamente, de una cosa buena, posible de cumplir, y mejor que su contraria.*

El voto es *una promesa*, pero una promesa especialísima, que no puede jamás confundirse con los propósitos que uno haga ni con las resoluciones que tome para mejor servir á Dios; es un compromiso solemne en el que se contrae la obligación de cumplir exactamente lo ofrecido, bajo pena de pecado; y esa obligación es la que diferencia al voto de las demás promesas que el hombre pueda hacer.

Es *una promesa hecha á Dios;* es decir, una acción perteneciente al culto de latría, un acto de adoración suprema, debida sólo á Dios en reconocimiento de su grandeza infinita y del dominio absoluto que tiene sobre todas sus criaturas. Sólo á Él se le pueden ofrecer votos propiamente dichos, mientras que á la Virgen y á los santos se les hacen simples promesas, que no tienen carácter de voto, sino en cuanto se obligue uno á ellas por el honor de Dios, comprometiéndose con Él á cumplirlas bajo pena de pecado.

Promesa hecha á Dios; es decir, un contrato celebrado con la Divinidad, un pacto hecho con el mismo Dios, pacto en el cual prometemos nosotros á Dios grandes cosas, y Él nos las promete á nosotros mucho mayores; que no en vano, cuando hicimos nuestros votos, nos dijo el ministro del Altísimo: "Y yo de parte de Dios, si guardares estas cosas, te prometo la vida

eterna.„ Esta promesa de la vida eterna incluye en sí por parte de Dios la obligación de proporcionarnos todos los medios para conseguirla; y esto solo basta para llenar el alma de consuelos celestiales. ¡Qué consolador es este pensamiento! Dios, fidelísimo en sus promesas, ha pactado conmigo y me ha prometido todo lo necesario para conseguir la vida eterna; ¿qué tengo, pues, ya que temer? Por grandes que sean las dificultades que se me presenten, por muchas que sean las fuerzas con que el enemigo me combata, por desmedida que sea mi flaqueza, Él me dará fuerzas para vencerlo todo y superarlo todo: Él es Omnipotente; al imperio de su voz obedece prontamente la creación entera; y á un signo de su voluntad el sér brota en los abismos de la nada, ó vuelve á la nada de donde salió. ¿Qué podrán, pues, contra mí todos los seres del universo, si Él es mi protector, mi defensa y el Dios de mi corazón?

Además, ese Dios que se ha dignado hacer un trato con nosotros, es rico en misericordias, infinitamente bueno y dadivoso; y un Dios infinitamente dadivoso y rico, no contrata con un alma pobre, sino porque quiere hacerla rica y participante de sus inmensos tesoros. La infinita liberalidad del Criador sólo espera que su criatura le ofrezca algo, para recompensar sus ofrendas con riquezas inenarrables; pues, si nosotros con los votos religiosos no sólo le ofrecemos algo, sino todo lo que somos y poseemos, ¿qué nos dará Él á nosotros en retorno? Nos dará no sólo el ciento por uno en esta vida, y los tesoros de su gracia; no sólo la abundancia de sus bienes eternales y el reino de los cielos, sino que Él mismo se nos da en galardón y en magnífica y eterna recompensa. *Ego ero merces tua magna nimis* (Gén. 15). ¿Puede darse mayor dicha? ¿Puede haber cosa más consoladora para el

alma religiosa? Tengo hecho con Dios un convenio en el que yo me obligo á servirle con fidelidad y Él á premiarme con magnificencia. Quien esto me promete, no sólo es fiel á sus promesas, sino sapientísimo y omnisciente: Él está en todas partes, lo ve todo, y ni el más mínimo servicio mío escapará á su divina mirada. Él penetra mi corazón, Él ve mis intenciones, Él conoce mis deseos, y no habrá afecto en mi alma, ni suspiro en mi pecho, ni obra buena en mi vida sin valor á sus ojos. Nada para Él pasará desapercibido; porque todos mis actos los tiene presentes para recompensarlos, si están en armonía con la promesa que le hice *deliberadamente*.

Esta última palabra expresa otra de las cualidades esenciales del voto, porque un voto hecho sin deliberación, es decir, sin conocimiento de lo que se promete, sin libertad para dejar de hacerlo, sin consentimiento de la voluntad ó sin determinación de obligarse, sería completamente nulo. El voto privado ó particular obliga solamente en la forma, modo y tiempo que uno quiere obligarse; pero el voto religioso obliga en la forma, modo y tiempo dispuesto por la Iglesia; de suerte que uno es libre para hacer ó no hacer votos en la Religión, pero una vez que los hace, no es libre para limitar ó restringir su materia, forma, modo, tiempo y obligaciones; sino que los ha de hacer en el sentido determinado por la regla y Religión que abraza, so pena de cometer un crimen de refinada hipocresía, pecando gravísimamente y haciendo nula su profesión. Es cosa muy seria y muy grave la emisión de los votos religiosos; y por eso la Iglesia Santa ha dispuesto que quien los ha de emitir, pase uno, dos ó más años de noviciado (según las Órdenes y Congregaciones religiosas); para que en ese tiempo el individuo sepa lo que va á prometer, y vea si tiene valor y fuerzas para cumplirlo; y por otra parte, la Comunidad pruebe y experimente al novicio, para ver la voluntad con que procede, la causa que le mueve y la intención que lleva al hacer sus votos, á fin de que sean hechos con plena *deliberación*.

Como los votos se hacen solamente á Dios, y Dios es Santidad inmensa y Bondad infinita, claro está que sería ofenderle y burlarse de Él, prometerle una cosa mala ó irrealizable; y por eso es preciso que el voto sea siempre de *cosa buena y posible de cumplir;* y no sólo buena, sino *mejor que su contraria;* porque siendo el objeto del voto dar á Dios una prueba de amor y un culto especial, ese objeto no se logra, si la cosa que se le promete no es mejor que su contraria Así, pues, el que hiciera, por ejemplo, voto de no dar limosna, haría un solemne disparate, y su voto sería nulo ó no sería voto, porque lo opuesto, es decir, dar limosna, es mejor que lo contrario, y de esto precisamente es de lo que se debe hacer el voto. Por lo tanto, siempre que un voto, aun cuando sea de cosa buena, impida otra obra mejor, como el cumplimiento de un deber ó cosa por el estilo, debe tenerse por nulo y de ningún valor por ser el voto, como dejamos dicho: *Una promesa hecha á Dios deliberadamente de un acto bueno, realizable y mejor que su contrario.*

Tal es, Sor Margarita, la esencia de los votos que hemos hecho á Dios. Sí, ¡á Dios! al Dios tres veces Santo que penetra los senos más recónditos del alma, y ve, si el corazón humano es un sepulcro blanqueado, donde pululan enjambres de asquerosos gusanos, ó un huerto cerrado donde germinan lozanas y fragantes las flores de las virtudes. Él tomó acta de nuestra promesa, la escribió en el libro de la vida, y allí la guarda para presentarla á nuestros ojos, el día en que nos pida cuenta del cumplimiento de nuestra promesa. ¡Cuánto nos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pesarán entonces las pequeñas infidelidades, al vernos en la terrorífica presencia de un Dios celoso que exige lo prometido! Y siendo esto así, ¿hay religiosos en el mundo que piensen siquiera volverse atrás y rescindir el contrato hecho con Dios? Después de haberle prometido fidelidad eterna, ¿hay quien diga que no puede seguir adelante, porque le dieron un disgusto ó le hicieron contradicción? ¿Acaso el religioso hizo sus votos á los hombres? Pues si no los hizo á los hombres, sino á Dios, el cumplimiento de ellos no depende ya en manera alguna de la conducta que con él observen los hombres. En vano alegará la injusticia con que le tratan, en vano opondrá lo mucho que le mortifican, en vano objetará la sinrazón de sus iguales, en vano se quejará de la dureza de los superiores, en vano dirá que se le hace intolerable la vida religiosa, porque todo eso son excusas de mal pagador y pretextos fútiles para dejar de cumplir lo prometido. ¡No! jamás la maldad ó la injusticia de los hombres será un título suficiente para dejar de cumplir nuestros votos religiosos! Líbrenos Dios de semejante pensamiento, madre y raíz de todas las apostasías! Esta es la mayor tentación que puede tener el religioso, y ¡ay de aquél que en vez de rechazarla la fomenta con su tristeza, malevolencia y melancolía, con sus aversiones y rencores, con su resistencia á la autoridad, su oposición á la obediencia y el quebrantamiento de su santa Regla!

No vayamos nunca por ese camino, Margarita mia! guardémonos de nuestra propia inconstancia y seamos fieles á Dios, que á esa fidelidad está vinculada nuestra dicha en esta vida y en la otra. Que tú la goces abundantísimamente desea tu afectísimo Padre,

FR. A.

XXI

EXCELENCIA DE LOS VOTOS RELIGIOSOS Y SUS VARIAS ESPECIES.

Quodcumque voveris redde.
ECCLE. 5. 3.
Cumple lo que hubieres prometido.
ECCLE. 5. 3.

DEVOTA sierva de Cristo: De prisa y corriendo como gato por las brasas traté en mi anterior la delicada materia de los votos, hablándote solamente de su naturaleza, sin decir una palabra de sus varias clases y propiedades, porque no lo creía del todo necesario á nuestro asunto; mas ya que con tanto ahinco deseas que te hable de eso y de lo otro, es decir, de la dispensa y anulación de los votos, voy á darte gusto en la presente, sin extenderme mucho en la materia, por no hacer de esta carta un tratado de Teología.

Ante todo te diré que la excelencia de los votos religiosos es tanta, que tienen la virtud de anular ó suspender las obligaciones contraídas por todos los demás votos que uno tenga hechos antes de la profesión; porque, como con los votos particulares se ofrecen á Dios obras también particulares, y con los votos religiosos se entrega uno todo á Dios enteramente,

claro está que dando el todo se da también la parte; y por lo mismo, mientras uno sea religioso y esté así totalmente consagrado á Dios, no tiene obligación de cumplir los demás votos que hubiere hecho, según declaración del Papa Alejandro III.

Estos votos religiosos no son todos de una misma clase, sino que los hay temporales y perpetuos, simples y solemnes. Temporales son los que se hacen por un tiempo determinado; perpetuos los que se hacen para toda la vida (por parte del profesante); simples los que son hechos y aceptados por la Iglesia con alguna restricción ó condiciones en la materia, modo ó tiempo, y solemnes los que son hechos y aceptados de una manera absoluta. De lo dicho se infiere que los votos simples pueden ser temporales ó perpetuos, y que los solemnes son de mucho más valor que los simplemente perpetuos, puesto caso que ellos no pasan de la categoría de simples, por más que no sean temporales; y la gran diferencia que hay entre los votos simples (temporales ó perpetuos) y los solemnes, es que los primeros son susceptibles de una dispensa ordinaria por parte de la Santa Sede, y los segundos no. Además, los votos solemnes solamente se hacen en las Órdenes religiosas propiamente tales; y los simples, ora sean temporales, ora perpetuos, se hacen en las demás Congregaciones que no revisten todos los caracteres de Órdenes religiosas. De esas Congregaciones, en unas se hacen solamente votos simples y temporales, y en otras, pasado cierto número de años, son admitidos sus individuos á la profesión de los votos perpetuos ó solemnizados.

Se ha disputado mucho y siempre vanamente, si en igualdad de circunstancias es más conveniente ó menos hacer votos temporales ó perpetuos, simples ó solemnes. Indudablemente el voto solemne vale más que el simple, y el perpetuo es de mayor mérito que el

temporal, porque supone mayor sacrificio y fija siempre y totalmente al alma en el estado de perfección. Es verdad que los votos simples y temporales tienen la ventaja de inspirar un temor saludable de ser echado de la Congregación si no se se porta uno bien; y eso es un sostén para nuestra flaca naturaleza. Es cierto también que al que tiene esos votos de vez en cuando se le da ocasión de renovar su sacrificio con plena libertad; pero ¿quién ha dicho que el profeso solemne carece de esa ventaja y no puede renovar cada día sus votos con tanto mérito como si de nuevo los hiciera? No; no carece de esa ventaja, y tiene además la de verse libre de su propia inconstancia y no estar expuesto á las tentaciones del demonio, cada vez que se llega al tiempo de renovar los votos. Llegado ese tiempo, el religioso de votos temporales obraría mal, omitiendo la renovación sin el consentimiento de su Prelado; pero si éste por justo motivo se lo prohibe, ya no puede renovarlos y deja entre tanto de ser verdadero religioso.

En este punto conviene fijar la atención sobre un yerro muy grave que suele cometerse en la elección de instituto ú Orden religiosa. Cuando una persona siente en su alma la llama de la vocación divina, antes de resolverse á ponerla por obra suele preguntarse: ¿Escojo una Orden de votos solemnes, ó una Congregación de votos simples? ¿Dónde estaré yo mejor? ¿Dónde podré hacer más bien? Esta cuestión está mal planteada de ese modo, y es lástima ver que la plantean así algunos confesores ó directores poco versados en los caminos del espíritu. ¿Que dónde estarás mejor? ¿que dónde harás más bien? ¿Acaso vás á la Religión á buscar tus comodidades y bienestar? ¿Por ventura está tu santificación en hacer mucho bien al prójimo y mucho ruido en el mundo, ó en hacer lo que Dios quiera de tí, aunque sea estar escondido debajo de una estera? ¡No!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el problema no está bien planteado de ese modo, porque no se trata de averiguar dónde podrás hacer más bien, sino dónde quiere Dios que lo hagas, y qué servicios exige de tí. Si Dios quiere que le sirvas como San Antonio de Padua, en la humildad y pobreza de la Orden Franciscana, errarás escogiendo otra Orden más rica, en cuyas aulas podrías hacer maravillas: y si Él quiere servirse de tí para fregar platos en la cocina de un Convento como S. Serafin de Monte Granario, eso es á los ojos de Dios lo más grande y lo más alto que puedes hacer en el mundo; porque servir á Dios no es hacer cosas ruidosas, sino ponernos á su disposición, para que Él haga de nosotros su divina voluntad; y esa voluntad la manifiesta Él por medio de la vocación religiosa, la cual no pregunta dónde haré más bien, sino dónde quiere Dios que yo le sirva.

Las necesidades del pueblo fiel son tantas y tan variadas, que no bastarían para socorrerlas pocos institutos religiosos por grandes, numerosos y ricos que fueran; y por eso la fecundidad divina ha hecho surgir en el seno de la Iglesia tan hermosa variedad de Congregaciones religiosas, destinada cada una de ellas á su fin especial, y todas juntas á socorrer á los fieles en las necesidades todas del alma y cuerpo. Para cada una de esas Congregaciones se necesitan aptitudes, cualidades, inclinaciones y vocación distintas; y Dios reparte esas vocaciones, cualidades y aptitudes á sus escogidos, para que cada uno vaya á ocupar su puesto en la Congregación que Él le destina. Desde este punto de vista todas las Congregaciones en general son buenas, ya se hagan en ellas votos simples, ya solemnes; pero en particular aquella á que Dios nos ha llamado es la mejor para nosotros, y por lo mismo ninguna otra debemos amar tanto como la nuestra propia. Este aprecio, este amor y estimación de la propia Orden ha sido

siempre cosa muy recomendable en un religioso, porque amándola, se ama la propia vocación, se cumplen con fidelidad los deberes que ella impone, y se aleja la peligrosa tentación de disgusto ó arrepentimiento de habernos consagrado á Dios.

Viniendo ahora á la dispensa y anulación de los votos, ¿qué quieres que te diga? Pues que no le arriendo las ganancias al religioso que la obtenga, á no ser que una razón muy grave lo autorice para pedirla; y si en esa petición se recurre al fraude ó á supuestos motivos, la dispensa será nula. Lo mismo digo del religioso que por su mala conducta obligara á los Superiores á desligarle de los votos y despedirlo. Es verdad que en ese caso la dispensa sería válida, pero supone la pérdida de la vocación, y eso es cosa muy triste y muy para llorarla. ¡Ay del que da palabra á Dios y no se la cumple! ¡Ay del que pacta con Él, y falta luego á lo pactado! porque no en vano dice la Escritura Santa que ofende á Dios el que es infiel á sus promesas. Y añade en el libro de la ley: "Cuando hicieres á Dios un voto no te descuides en su cumplimiento, porque tu Dios te lo demandará, y si lo retardares, te será imputado á culpa. Dios no te obliga á prometer, mas la promesa que una vez salió de tus labios, la guardarás, y cumplirás lo que prometiste al Señor tu Dios.„ (Deuter.)

Entre las cosas que á Dios hemos prometido ocupa el primer lugar de la escala el voto de pobreza, con el cual renunciamos los bienes de la tierra, para tener el corazón libre y desembarazado de modo que pueda fácilmente volar á Dios; y por aquí vamos á comenzar el estudio de nuestros votos con todo lo concerniente á ellos. Con que á Dios y hasta la otra. No dejes de pedir al divino corazón de Jesús la santificación de tu afectísimo P.

Fr. A.

XXII

Excelencias de la pobreza evangélica.

Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum coelorum.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Mat. 3. 5.

Mi estimada Margarita: Cumpliendo lo que ofrecí en mi anterior, voy á escribirte hoy sobre las excelencias de la pobreza santa; y para dar feliz comienzo á sus elogios, no encuentro palabras tan primorosas como aquellas que en solemnísimo dia brotaron de los purísimos labios de Cristo: *¡Dichosos de los pobres voluntarios!* Con esta peregrina y nunca oída exclamación empezó nuestro adorable Maestro el sermón de la montaña, y en sola ella hizo el más acabado panegírico de la pobreza evangélica. Grandes y solidísimas deben ser las excelencias de esta virtud, puesto que el Artífice divino cuando quiso echar los cimientos de la perfección cristiana, la colocó como piedra angular en la base del edificio, según

se desprende de estas palabras: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y repártelo entre los pobres." No te quedes con nada, déjalo todo, despréndete de todo, renúncialo todo, porque "el que todo no lo renuncia, no puede ser mi discípulo" *(Luc. 14)*.

En idéntico lenguaje se expresó siempre Jesucristo, al hablar de la pobreza, y como si le pareciera poco ensalzar esta virtud con alabanzas y sólo de palabra, la ensalzó con las obras, haciéndola su dama de honor y su compañera inseparable, mientras vivió sobre la tierra. De todas las virtudes fué modelo, y de todas ellas nos dejó sublimes ejemplos Cristo nuestro Señor; pero de la pobreza nos dió un ejemplo que duró toda su vida, empezando por las pajas del Pesebre y acabando por el leño de la Cruz. Pobre fué su nacimiento, pobre su niñez, pobre su juventud, pobre su mocedad, pobre su vida entera, hasta el extremo de poder decir con verdad que las zorras tienen sus cuevas y las aves tienen sus nidos, y Él ni siquiera un mísero rincón donde reclinar su cabeza. Pobre se crió, con los pobres fué su trato, pobres fueron sus discípulos, á los pobres amó siempre con predilección y la pobreza le acompañó desde el Portal hasta el Calvario, donde murió desnudo entre los brazos de la santa pobreza.

Después de esto ya no es de extrañar que empezara su predicación haciendo elogios de la pobreza, prometiendo á los pobres voluntarios el reino de los cielos, y llamándolos felices y bienaventurados. Sí, ¡bienaventurados!; y ¿sabes por qué, Margarita? Porque en la pobreza voluntaria hay encerrados grandes bienes; pues así como la codicia es raíz de todos los males, según afirma el Apostol, así también la pobreza es madre de todas las virtudes, en frases de San Ambrosio: *Radix omnium malorum cupiditas; nutrix omnium virtutum paupertas.* No es pequeña alabanza de

XXII

Excelencias de la pobreza evangélica.

Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum coelorum.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Mat. 3. 5.

Mi estimada Margarita: Cumpliendo lo que ofrecí en mi anterior, voy á escribirte hoy sobre las excelencias de la pobreza santa; y para dar feliz comienzo á sus elogios, no encuentro palabras tan primorosas como aquellas que en solemnísimo dia brotaron de los purísimos labios de Cristo: *¡Dichosos de los pobres voluntarios!* Con esta peregrina y nunca oída exclamación empezó nuestro adorable Maestro el sermón de la montaña, y en sola ella hizo el más acabado panegírico de la pobreza evangélica. Grandes y solidísimas deben ser las excelencias de esta virtud, puesto que el Artífice divino cuando quiso echar los cimientos de la perfección cristiana, la colocó como piedra angular en la base del edificio, según

se desprende de estas palabras: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y repártelo entre los pobres." No te quedes con nada, déjalo todo, despréndete de todo, renúncialo todo, porque "el que todo no lo renuncia, no puede ser mi discípulo" *(Luc. 14)*.

En idéntico lenguaje se expresó siempre Jesucristo, al hablar de la pobreza, y como si le pareciera poco ensalzar esta virtud con alabanzas y sólo de palabra, la ensalzó con las obras, haciéndola su dama de honor y su compañera inseparable, mientras vivió sobre la tierra. De todas las virtudes fué modelo, y de todas ellas nos dejó sublimes ejemplos Cristo nuestro Señor; pero de la pobreza nos dió un ejemplo que duró toda su vida, empezando por las pajas del Pesebre y acabando por el leño de la Cruz. Pobre fué su nacimiento, pobre su niñez, pobre su juventud, pobre su mocedad, pobre su vida entera, hasta el extremo de poder decir con verdad que las zorras tienen sus cuevas y las aves tienen sus nidos, y Él ni siquiera un mísero rincón donde reclinar su cabeza. Pobre se crió, con los pobres fué su trato, pobres fueron sus discípulos, á los pobres amó siempre con predilección y la pobreza le acompañó desde el Portal hasta el Calvario, donde murió desnudo entre los brazos de la santa pobreza.

Después de esto ya no es de extrañar que empezara su predicación haciendo elogios de la pobreza, prometiendo á los pobres voluntarios el reino de los cielos, y llamándolos felices y bienaventurados. Sí, ¡bienaventurados!; y ¿sabes por qué, Margarita? Porque en la pobreza voluntaria hay encerrados grandes bienes; pues así como la codicia es raíz de todos los males, según afirma el Apostol, así también la pobreza es madre de todas las virtudes, en frases de San Ambrosio: *Radix omnium malorum cupiditas; nutrix omnium virtutum paupertas.* No es pequeña alabanza de

la pobreza voluntaria ésta que aquí vamos diciendo, puesto que ella hace al hombre feliz aun en esta vida, de la manera que aquí podemos serlo. Sólo puede llamarse feliz en este mundo el que tiene todo lo que quiere, con tal que no quiera nada malo; y esta felicidad la posee como nadie el pobre voluntario. Él tiene cuanto quiere, porque se conforma y contenta con lo que tiene, sin desear más; y como no habiendo deseos que satisfacer, el hombre descansa satisfecho y feliz, síguese por consecuencia forzosa, que la pobreza voluntaria da la felicidad al hombre en esta vida.

Facil es que en estos tiempos de necesidades ficticias y sibaritismo real no sea entendida ni atendida esta sublime filosofía del evangelio; pero no por eso dejará de ser una verdad patente, á todo el que no sea ciego voluntario, que la verdadera felicidad del hombre en esta vida no consiste en poseer mucho, sino en desear poco, ó en no desear nada; así como la infelicidad no está precisamente en ser uno pobre, ni en carecer de algo, sino en la sed devoradora y en la ambición insaciable que tiene el hombre, y no quiere arrancar de su corazón. Bien lo entendió el que dijo:

Si á ser pobre me acomodo,
Tendré riqueza sobrada;
Pues cuando no quiera nada,
Entonces me sobra todo.

¿Y quién será más dichoso? ¿Aquél á quien todo le sobra, ó aquél á quien todo le falta? ¿Quién será más feliz? ¿El que nada desea, ó el que está continuamente deseando? ¿El que nada quiere ó el que está herido por el aguijón de la avaricia? ¿El que está satisfecho, ó el que está atormentado por una sed devoradora? Claro es que tan dichoso es el primero como desdichado el segundo; que la causa de esa desdicha es la codicia y los deseos no reprimidos de nuestro avaro corazón; y como la pobreza voluntaria reprime esos deseos y ese afán inutil del corazón humano, síguese que ella trae la dicha al hombre que la practica; y por eso el pobre de espíritu es feliz, porque nada desea; y no desea, porque lo tiene todo; y lo tiene todo, porque nada le falta, y nada le falta, porque está satisfecho con lo que tiene y no desea tener más.

Estas verdades las alcanzaron con la luz de la razón los filósofos paganos, y de ello nos da buena prueba el extravagante Diógenes, uno de los más conspicuos varones de la escuela cínica. Esta escuela fué fundada por Antistenes, discípulo de Sócrates, y profesaba como máxima fundamental el desprecio de las riquezas y de todo lo que no fuera sabiduría. Diógenes se alistó en ella, se vistió pobremente, se dejó crecer la barba, las uñas y el cabello, reunió unos cuantos pergaminos manuscritos, escogió por morada un tonel y en él se dió de lleno á la vida filosófica. Allí le sorprendió un dia Alejandro Magno, y viendo la estrechura en que vivia, le dijo: Muchas cosas te hacen falta, yo te las mandaré. Á lo cual respondió él con su acostumbrado cinismo: Te engañas, Emperador; más cosas te faltan á tí que á mí, porque soy más rico y feliz que tú; que la verdadera riqueza no está en tener mucho, sino en tener uno lo que quiere; y la felicidad no consiste en poseer uno muchas cosas, sino en no desear ninguna. Yo nada deseo y tú sí; yo nada quiero y tú estás siempre codiciando; y así más rico y feliz soy yo que tú.

Otra de las grandes alabanzas que se pueden hacer de la pobreza evangélica es ser ella moneda de valor suficiente para comprar el reino de los Cielos. Grande sería el precio de una joya con la cual se pudiera ad-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quirir el territorio de una provincia; grandísimo sería el valor del diamante con el cual pudiera comprarse un reino; é inestimable sería el precio de aquel tesoro que bastara para darse en cambio de todos los estados de Europa. Pues ¿cuál será el valor de la pobreza cristiana que basta para adquirir no una provincia ni un reino temporal, sino el reino de los Cielos? Verdaderamente que esta es la preciosa margarita, cuyo hallazgo enriquece al alma de bienes celestiales.

Y ¿quién podrá aquí contar los bienes que lleva consigo la despreciada pobreza? Ella no conoce la inquietud ni el temor, la sospecha ni los cuidados, que son propios de las riquezas engañadoras. El rico siempre está temiendo un contratiempo ó un revés de fortuna; la negra sospecha y los cuidados roedores le cercan por doquier; la inquietud turba su sueño y no le deja reposar en parte alguna; mas el pobre reposa tranquilo y duerme sosegado y descansa seguro sin inquietudes ni miedo, porque como nada tiene que perder, nada teme.

Grande alabanza de la pobreza evangélica es también ser ella la virtud que da muerte al conjunto de vicios que llamó S. Juan concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Esa concupiscencia es el mayor obstáculo que hallan los hombres para ser virtuosos; y vencerlo es el primer paso que se da en la vida religiosa, cortando de raíz esa mala codicia que brota en el corazón humano, como la yerba en el campo. Ese es el primer enemigo que se ha de combatir y vencer, si queremos tener libre el camino para encumbrarnos á los altos montes de la perfección cristiana, cuyos purísimos aires y perfumado ambiente no se respira en los infectos valles de la abundancia mundana. Esta abundancia de los bienes terrenos da fuerza y ayuda á todos los demás enemigos del alma para que le hagan

guerra y la aparten de su último fin; y la pobreza es la llamada á destruir esa alianza y quitar esa ayuda á nuestro enemigo para que en toda la línea quede triunfante la virtud. ¿Hay acaso virtud alguna á que la pobreza no sea favorable? ¿Y hay algún vicio para el cual no sean poderoso instrumento las riquezas? No en vano dijo Cristo en su Evangelio: ¡Dichosos los pobres! y ¡ay de los ricos!

Líbranos, pues, la pobreza santa de muchos peligros y tentaciones; nos pone en ocasion de sufrir y de practicar virtudes heróicas; nos asemeja á Jesucristo, hecho pobre por nuestro amor; y ésta es otra de sus muchas excelencias. Yo no sé, querida Margarita, lo que tiene la pobreza santa, que nos acerca á Dios, porque Dios la quiere cerca de sí. Para venir al mundo, quiso que le recibieran en sus brazos la virginidad y la pobreza: á los pobres pastores fué á los primeros que admitió en su compañía, llamándolos por medio de un ángel: á los pobres pescadores escogió para apóstoles suyos; á los pobres predicó su evangelio, y á los pobres prometió el reino de los Cielos. Si esto no consuela á los pobres cristianos, no sé qué consuelo hallarán en la vida; y si esto no anima al religioso á practicar y amar la virtud de la pobreza, no sé qué lo animará á ser pobre de espíritu.

Esto sin duda alguna fué lo que hizo á Nuestro Seráfico Padre San Francisco enamorarse tanto de la pobreza, que le cantaba amorosas endechas, la llamaba su esposa, y nos encargó que la amáremos como á madre y fundamento de la Orden. Amemos, pues, la seráfica pobreza, porque ella es mina de santidad, tesoro de la Iglesia, camino del Cielo, mesa del Rey de la gloria, puerto de seguridad, fuente de eternos bienes, vía recta de perfección, descanso de los religiosos y nobleza de los siervos de Dios. ¿Qué más diré? Ella es

amiga de la paz, enemiga de inquietudes, despreciadora del fausto, reina de la moderación, extirpación de los vicios, madre de las virtudes, maestra de la sabiduría, muerte de la avaricia, guarda de la humildad, tranquilidad de las almas, ornamento de los monjes, seguridad de los fieles, posesión de los justos, moneda con que se compra el Cielo, piedra angular del cristianismo y amada compañera del Hijo de Dios.

Pues de esta pobreza santa, de esta virtud tan gloriosa como desconocida en el mundo, y del voto y profesión que de ella hacemos, te hablaré en lo sucesivo, y sobre ella te dirá cosas peregrinas tu afectísimo Padre,

FR. A.

XXIII

LA VIRTUD DE LA POBREZA.

Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra.
MATH. 6. 19.

No queráis atesorar riquezas para vosotros en la tierra.
MATH. 6. 19.

DEVOTA sierva de Cristo: Lo que me dices en tu grata pone patente ante mis ojos una verdad que ya conocía yo por experiencia, y que cada dia me voy confirmando más en ella. Es verdad y mucha verdad que las religiosas conocéis las virtudes de vuestro estado más bien por instinto ó por sentimiento, que por estudios é intuición; y así, la idea que de ellas os formáis, tiene por necesidad que ser confusa é incompleta unas veces, y otras exagerada. Por eso, accediendo de buena gana á tus deseos, paso á definirte la virtud de la pobreza, y á explicarte algunas de las excelencias que le atribuí en mi anterior.

La pobreza evangélica es una virtud cristiana que tiene por objeto quitar del corazón humano el amor de los bienes caducos de este mundo, desprendiéndolo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la afición á las riquezas temporales. Es virtud muy amada de Cristo y muy recomendada por Él, en las palabras con que dí principio á ésta: "*No queráis atesorar riquezas para vosotros en la tierra;*„ donde se ve claro que el Salvador va directamente al corazón, prohibiéndole la afición desordenada y el apego á las cosas materiales. *No queráis atesorar:* y para no querer lo hay que estar siempre en acecho, reprimiendo los deseos del corazón. La codicia es una pasión que no muere, sino con el hombre, y hay que vigilarla siempre, so pena de que nos haga traición y nos domine. ¡Ojalá que los religiosos no olvidaran nunca esta verdad tan probada por la experiencia! Ni la profesión de nuestro estado, ni el voto de pobreza que hacemos da muerte á esa pasión: siempre está viva, aunque alguna vez parezca muerta; y cuando trata de salirse con la suya, se levanta y es fecundísima en pretextos y sutilezas para legitimar la afición y el apego del religioso á bagatelas y niñerías. ¡Ay del que se deja seducir de ella! porque aquí lo verdaderamente malo es la afición y el apego á las cosas, aunque ellas sean pequeñas y viles, y cuanto más lo sean tanto peor, porque con eso tiene la pasión abierta la puerta para aficionarnos á otras cosas; y esto es precisamente lo prohibido por Cristo en las citadas palabras: *¡No queráis atesorar!*

Resulta, pues, que la pobreza evangélica nos estimula á renunciar prácticamente los bienes temporales, no disponiendo de nada independientemente de la Obediencia; nos incita á contentarnos con lo necesario, apartando no sólo el afecto desordenado, sino también el exceso ó superfluidad de las cosas; nos persuade á escoger lo inferior de casa para nuestro uso en el vestido, habitación y comida; nos mueve á desear carecer algunas veces de lo necesario para padecer un

poco por Dios; y por último, nos lleva á regocijarnos y alegrarnos cuando nos falta alguna cosa y sentimos los afectos de la pobreza profesada. Cada una de estas cinco cosas debemos mirarla como grado de esa virtud por los cuales hemos de ir subiendo á la perfección de la santa pobreza. El religioso que así lo hace y llega al último grado es completamente feliz en el claustro, porque no tiene apego á nada, y está pronto á despojarse de todo. Si le niegan una cosa no se ofende, antes bien, goza en carecer de ella; si se la dan, la recibe con gratitud, como el pobre recibe una limosna; y las cosas de su uso y las de los demás las mira como propiedad de Dios y cosas consagradas á su servicio y al de sus siervos. ¡Oh qué felicidad, si la pobreza se practicara siempre de este modo!

Y aquí es de advertir que te voy hablando solamente de la virtud y no del voto de pobreza, que aun dejando aparte el voto, esa virtud es obligatoria para el religioso y puede pecar contra ella, sin quebrantar aquél. La monja que se arrepintiera de haber renunciado sus bienes por el voto de pobreza y abrigara en su corazón deseos de poseerlos otra vez, no quebrantaría materialmente su voto, pero pecaría contra la virtud de la pobreza. El religioso que tenga á su uso cosas superfluas ó no superfluas, con dependencia del Superior, y tenga el corazón apegado á ellas, de modo que se resintiría, si se las quitaran, ese, sin quebrantar el voto, será prevaricador de la pobreza. Lo mismo digo del que se queja porque el Superior no le dió lo que pedía, ó se lo dió de menos valor ó ya usado. En esto, y algún otro caso que se pudiera poner, aunque el religioso no infrinja su voto, pecará contra la virtud de la pobreza y minará por sus cimientos el edificio de la religión.

No en vano llama nuestro padre San Francisco á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la pobreza fundamento de la Religión, porque ella es la base sobre la cual se levanta airoso el edificio de la perfección adornado por la obediencia, la castidad, la mortificación, la humildad y todas las demás virtudes del estado religioso. Y no es sólo su fundamento, sino muro que la cerca, y baluarte que la defiende de sus enemigos y adversarios. Baluarte contra el mundo, al cual tiene puesta la puntería para librar al religioso de sus seducciones, de sus falaces encantos, de sus aires pestilentes, de la corrupción que en él reina, y de los cuidados, distracciones y embarazos que causan sus mentidos bienes. Baluarte contra la carne á cuya sensualidad se dirigen todos los tiros que en él se disparan á fin de domar la rebeldía de la concupiscencia; y para ello aparta del religioso los goces lícitos de la vida, dándole de ordinario comida pobre, cama dura, mesa parca, vestidos humildes, utensilios modestos, todo respirando pobreza, todo santificado por la obediencia, todo marcado con el sello de la penitencia, de la abnegación y el sacrificio, virtudes de que se vale la pobreza para tener sujeta á la sensualidad. Baluarte contra el demonio, pero baluarte cuya principal batería apunta directamente á ese enemigo irreconciliable de la vida religiosa; baluarte que cierra al demonio la puerta para entrar en el corazón del religioso, pues sabido es que, si este enemigo arrastra tantas almas hacia el infierno, es porque tiene de donde cogerlas; pero al religioso verdaderamente pobre, al que de todo afecto terreno está desnudo, á ese no le puede coger por parte alguna.

Este es el muro que resiste los primeros asaltos de los enemigos de la religión, y mientras ese muro se conserve, segura está la fortaleza, porque no tiene entrada el enemigo. Bien sabe esto el demonio, y por eso hace tantos esfuerzos y pone en juego tantos medios

para abrir brecha en esa muralla que los santos fundadores levantaron alrededor de sus edificios para librarlos de las acometidas del tentador. Y el día que éste logra escalar ese muro, se pierde la religiosidad, se cambia lo dispuesto por los fundadores, se anula lo que ellos sabiamente ordenaron, se introducen novedades contrarias á la pobreza, se desprecia la austeridad primitiva, se hacen innovaciones opuestas al espíritu de la Orden ó Congregación, y la ruina y la desolación viene necesariamente sobre aquella Religión ó sobre aquel convento en que esto suceda.

¡Ay qué cosas tan tristes me ha enseñado sobre esto la historia íntima de algunos monasterios, las tradiciones de otros, y algunos manuscritos anteriores á la primera exclaustración! Conozco conventos de monjas que mantuvieron intacta la observancia á través de los siglos; en ellos brillaron las virtudes de las Claras y Teresas, de las Gertrudis y Catalinas: fueron nidos llenos de palomas sencillas y castas; y hoy están desalojados y vacíos, habitados por cuatro ancianas vestidas de hábito. ¿Quién ha causado esa mudanza? ¿quién ha llevado allí la desolación? ¿quién alejó y aleja hoy de sus recintos las vocaciones, las virtudes, la abundancia y la prosperidad material y espiritual? ¡La ausencia de la pobreza! ¡no me cabe duda! Cayó por tierra ese muro, y se perdió la religiosidad, y con ella todo lo demás.

Antiguos conventos de religiosos, moradas un tiempo de grandes santos y de ilustres varones, glorias de España, se ven hoy por todas partes convertidos en cuarteles, en teatros y en alguna cosa peor. ¿Quién les dió ese destino? ¿Cómo se convirtió la casa de Dios en escuela del crimen? ¿Cómo logró el demonio tan satánica transformación? ¡No lo dudes, hija mia; derribando el muro de la santa pobreza! Con él

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en pie jamás hubiera llegado á conseguirlo; pero cuando ese baluarte se derrumba, cuando falta la pobreza evangélica, el edificio religioso se desploma, los conventos en su parte moral vienen al suelo, y caen por tierra convertidos en escombros. Dios los entrega en manos del enemigo, sirviéndose de la maldad y de la injusticia de los hombres para instrumento de nuestro castigo, para tomar venganza de la prevaricada pobreza, y para la ejecución de sus designios inefables.

Y si los edificios monásticos, si los conventos en su parte material no se derrumban también y continúan de pie todavía sin el muro de la pobreza, entonces ofrecen el triste espectáculo de la soledad, la escena de cuatro religiosas que se pierden en los largos claustros donde antes moraron cuarenta; ó el espectáculo más triste aún de una mascarada. la vista desconsoladora de personas religiosas por de fuera, y mundanas por dentro; vestidas en el cuerpo con un hábito santo y desnudas en el alma de las virtudes y de la santidad. Y esas casas religiosas casi no tienen ya de religiosas más que el nombre; y sus moradores ó moradoras tampoco tienen de religiosos más que el hábito y la regla; por eso las vocaciones huyen de esos conventos alejadas por la mano de Dios, y están á punto de perecer como arbol agostado, sin flores, sin frutos y sin retoños que sobrevivan al viejo tronco: digno castigo de quien derribó ó dejó derribar el muro de la pobreza santa y desoyó ó despreció este consejo de Jesucristo: "No queráis atesorar riquezas para vosotros en la tierra... Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás lo recibiréis por añadidura."

La pobreza, por último, es muralla que defiende á la religión en general, á la comunidad en particular y

al religioso individualmente considerado; ella es sostén y defensa de la vida religiosa, del espíritu religioso y de las virtudes religiosas, tanto en particular como en común. Sin ella se arriesga la estabilidad de la religión, porque entrará la relajación y tras ésta la decadencia y la ruina. Con ella fácilmente será el religioso humilde, casto, obediente, mortificado, caritativo, fiel á su vocación, cumplidor de sus deberes: y las comunidades compuestas de tales religiosos prosperan siempre, y ofrecen al mundo el grato espectáculo de la piedad, de la mortificación, religiosidad y edificación.

De lo dicho se desprende una consecuencia práctica de mucha importancia, y es que debemos amar la pobreza con amor grande, y no de cualquier género, sino con amor de hijos, teniéndola por madre, según el consejo de nuestro santo Patriarca. Sólo el amor es capaz de grandes y continuos sacrificios; y como la pobreza exige tantos y tan continuos, claro es que, si no la amamos mucho, fácilmente nos cansaremos de ella; pero si la amamos como á madre, ese amor se manifestará en las obras, evitando sus transgresiones y practicándola con alegría y fervor.

Y aquí termino, querida Margarita, casi estremecido de lo mismo que te dejo escrito; aquí termino por hoy, encargándote mucho el amor á la pobreza y rogándote que le pidas á Dios esa misma gracia para tu afectísimo P.

Fr. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIV

Extensión y deberes de la pobreza.

Factus est Dominus refugium pauperi.

El Señor se ha hecho refugio del pobre.

Salmo 9. 10.

Carísima en Jesucristo: No me extraña que mi anterior te haya obligado á fijar la vista en pasados y tristes hechos, descubriendo así á tu mente un horizonte nebuloso y confuso, cuya perspectiva infunde pavor; y no me extraña, porque yo también quedé espantado, cuando descubrí entre los escombros y ruinas de algunos conventos la transgresión de la pobreza santa, y vi claro que aquellas ruinas y escombros no eran más que el castigo natural y la consecuencia necesaria de haberse removido la piedra angular y el fundamento moral del edificio de la perfección evangélica. Y aun hoy me lleno de compasión cuando veo la decadencia de algunos institutos religiosos, la desolación de algunos conventos, la escasez de algunas comunidades; y buscando la causa

de esa escasez, desolación y decadencia la hallo casi siempre en la prevaricación de la pobreza, en el olvido de aquellas palabras de Jesucristo: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, que lo demás vendrá por añadidura.

Cuando se invierte el orden de esta divina sentencia, cuando se busca la abundancia material y los puestos honoríficos, y los primeros cargos y el bienestar terreno y la seguridad de que nada falte y el lujo de que todo sobre, ó todo sea de calidad superior, entonces se truecan los términos de esa proposición, se olvida la doctrina de Cristo, se mina por su base el muro de la religión, y el convento ó la orden donde esto acontezca, no tardará en sentir los efectos y en tener que lamentar su ruina moral, si con tiempo no se repara la brecha abierta en la muralla de la pobreza evangélica.

Viniendo ahora á la pregunta que me haces acerca de la obligación ó extensión de la pobreza en particular y en común, te diré que lo que toca á la pobreza individual del religioso, lo explicaré otro día, al hablarte del voto de pobreza y de los deberes que impone; y lo que toca á la pobreza en común y en general lo trataremos en ésta, ayudado de la gracia. Ante todo es menester recordar que, aunque la pobreza es el fundamento de todas las Congregaciones religiosas, no lo es del mismo modo para todas, ni se practica de la misma manera en todos los institutos; porque como cada uno tiene un fin particular en la Iglesia, debe cada cual abrazar la pobreza en aquella medida y forma más acomodada á su fin y objeto. Por eso hay Congregaciones que poseen mucho en común, otras que poseen poco y otras que nada tienen. Á unas les es permitido la posesión de bienes comunes que produzcan frutos ó rentas para asegurar la subsistencia de

los Religiosos; y á otras les está prohibida semejante cosa. La orden que profesa más alta pobreza es, sin duda alguna, la primera de las tres que fundó N. S. P. San Francisco; porque los franciscanos, ya sean observantes, ya capuchinos, por decreto del Concilio de Trento, no pueden poseer nada en particular ni en común. No somos dueños ni de los conventos en que vivimos ni de las limosnas que nos dan; de éstas, porque no podemos convertirlas en fondos propios de la Comunidad, sino que pasan al dominio del Papa, cuyo delegado *(Síndico apostólico* le llamamos nosotros) las emplea en las necesidades de los religiosos; y de aquéllos, porque ó son de los fundadores, si se han reservado el derecho de propiedad, y si no se lo han reservado, pasan directamente al dominio de la Santa Sede.

Esta pobreza altísima que profesa la Orden en común, alcanza á cada uno de sus miembros en particular, puesto que ninguno tiene asegurada la subsistencia para el día de mañana; todos están pendientes de la clemencia de Dios, y descansan confiadamente en la promesa de aquel que dijo: "No os preocupéis por lo que habéis de comer ó vestir: Vuestro Padre celestial sabe lo que necesitáis: buscad ante todo su gloria y lo demás os lo dará gratuitamente." Y la experiencia me ha enseñado que cuanto más confiamos y nos abandonamos en brazos de la Providencia, tanto más largamente suele Dios proveernos y regalarnos; porque, como el salmista dice, Dios se ha hecho refugio del pobre y no desoye sus clamores.

Aquí debo añadir que el mérito de la pobreza no consiste solamente en la carencia de propiedad, ni en el uso moderado y pobre de las cosas, sino que también le da mérito la dependencia y sujeción á la obediencia para servirnos de cualquier objeto. Por esta

razón una Comunidad rica, cuyos individuos están fielmente subordinados al Superior para el uso de todas las cosas, guardará la pobreza particular mejor y con más mérito que otra Comunidad pobrísima, cuyos individuos dispongan libremente de las limosnas que le dan, sin someterse para eso á la total dependencia del Superior, ya sea por la mala costumbre introducida, ya por permitírselo la regla. De modo que en este punto no sólo hay que atender á la austeridad, sino también á la dependencia del prelado, porque sin esto la pobreza perdería gran parte de su valor, y quizás todo.

Pues según esta doctrina, que es la verdadera, ríome yo de la pobreza de aquellas monjitas que dan ó reciben chucherías (y no chucherías) á escondidas de la Prelada; de la que sin permiso guarda ciertos regalillos para cuando venga fulanita, ó cuando menganita llegue al torno; de la que, llevada de su afición, al confesor le envía un recuerdo sin licencia de nadie; de la que por adornar su celda pide á su familia muebles, sin saberlo la Superiora; de la que pide permiso para dar un escapulario y luego da una docena; de la que murmura de la Madre porque no la dejó regalar lo que ella quería; de la que se queja porque la Abadesa le prohibió repartir la caja de dulces que le mandaron de casa; de la que temiendo que la quiten los idolillos, fruto de su trabajo, los da por el locutorio, sin que nadie lo vea, á las visitas que recibe; de la que por sí y ante sí dispone de cosas no concedidas á su uso; y por último, de todas las que hacen de su capa un sayo, sin contar antes con la Madre Priora. ¡Sí! de todas me río, ó por mejor decir, de todas me compadezco, porque son dignas de compasión. ¿No es una lástima que quien tuvo pecho y valor para romper con el mundo y dejarlo todo, pierda el mérito de la pobre-

za por no vencerse en esas tonterías? ¿No es un dolor que quien despreció lo más, pierda el mérito de su sacrificio, por no deshacerse de lo menos? ¿No es una miseria que naufrague en el puerto la nave que en alta mar superó la furia de las tempestades?

No seas tú del número de estas tontas, discreta Margarita; no dispongas de cosa alguna sin contar antes con la venia de tu Prelada, pues de lo contrario perderás el mérito de la pobreza. No seas tampoco de esas religiosas que quieren ser pobres y que todo les sobre. Esa debe ser una pobreza muy singular; pobre y que nada falte; vamos! es una pobreza muy cómoda! De ese modo creo yo que hasta el judío Rotschild se comprometía á ser pobre, porque á pesar de todos sus millones, dudo que nada le falte. Y si aun el millonario carece de algo, ¿es posible que la religiosa, pobre voluntaria, quiera tenerlo todo muy cumplido y que nada le falte? Y en tal caso ¿qué pobreza sería la suya? ¿Es posible que sea esa la pobreza predicada por Cristo y recomendada por su Regla? No! esa es una pobreza de nuevo cuño, una pobreza inventada por la relajación, y no la pobreza de espíritu, á la cual prometió Jesucristo el reino de los Cielos.

Aunque la pobreza en común no sea igual para todos los institutos religiosos, eso no obstante, en el punto concreto de que tratamos ahora se puede afirmar con toda certeza que en ninguna Congregación religiosa es lícito á ningún súbdito disponer de las cosas sin dependencia del Superior, porque eso lo prohibe en todas partes el voto de pobreza, por simple que sea. Más diré: ni de los regalos ó donativos que reciba la religiosa á título de parentesco, de afecto, de gratitud ó de limosna; ni del producto de su trabajo, de su industria ó de su talento, sea el que fuere, en cuanto es reducible á precio; ni aun de los mismos

bienes que ella haya cedido en propiedad á la Congregación y ésta aceptado, de nada de eso puede disponer por sí propia sin pecar contra la prometida pobreza. Esta es doctrina universal para todas las religiosas, y como el amor propio nos inclina á creer que sobre esas cosas tenemos algún derecho, es menester ponernos en guardia contra esa maligna inclinación para ser fieles á Dios y á los superiores, dándoles cuenta de todo.

La pobreza no permite que sus seguidores tengan con respecto á los bienes materiales, ni los pensamientos, ni el juicio, ni el lenguaje, ni las tendencias de los seculares; quiere que nos despojemos de esos hábitos viciosos para revestirnos de los sentimientos de aquel que, siendo rico, se hizo pobre por nuestro amor, naciendo en un establo y muriendo en una Cruz. Y esto que digo no es cosa mia, sino doctrina recientemente declarada por la Iglesia, la cual prohibe al religioso, aunque sea de votos simples, el usufructo y administracion de sus bienes sin el permiso del Superior. Más todavía, necesita ese permiso hasta para aceptar un legado ó una donación que le hagan.

Hablando de la pobreza dice San Francisco de Sales, que debemos ser los religiosos pobres en efecto y en afecto: en efecto, no teniendo nada; y en afecto, dejando la afición á las cosillas de nuestro uso y á ciertos dijes que pudiéramos llamar curiosidades ó vanidades de religiosos. Y el bendito padre San Juan de la Cruz afea, reprueba y condena mucho el asimiento del religioso á esas preciosidades, aunque sea bajo el pretesto de devoción, porque dice él que son muy contra la pobreza de espíritu. Y añade el Santo con mucha sal: "Yo conocí á una persona que más de diez años se aprovechó de una cruz hecha toscamente de un ramo bendito, clavado con un alfiler retorcido alrededor, y

nunca la había dejado, trayéndola consigo hasta que yo se la tomé; y no era persona de poca razón y entendimiento. Y ví otra que rezaba por cuentas que eran de esos huesos de las espinas del pescado; cuya devoción es cierto que no era por eso de menos quilates delante de Dios, pues se ve claro que estas cosas no la tenían en la hechura y valor.„ (Hasta aquí San Juan de la Cruz).

Y basta por hoy. De buena gana comenzaría ahora á contestar á tus preguntas sobre el voto de pobreza, si esta carta no fuera ya tan pesada. Lo dejaremos, pues, para la siguiente, y así dividido el peso, será más facil de llevar, Conque hasta la otra; adiós y manda á tu afectísimo P.

FR. A.

XXV

EL VOTO DE POBREZA Y CÓMO OBLIGA.

Reddam tibi vota mea quae distinxerunt labia mea. Ps. 65.

Te cumpliré los votos que mis labios pronunciaron.

SAL. 65.

Mi estimada Margarita: Voy á satisfacer hoy tus deseos, hablándote del voto de pobreza y de las estrechas obligaciones que impone al religioso. El voto de pobreza es una renuncia voluntaria, solemne, irrevocable y perpétua que hace el religioso, de no tener ni poder tener jamás cosa alguna como suya propia. Tal es el voto solemne que se hace en las Órdenes religiosas propiamente dichas, y tal fué siempre en la Iglesia Católica el verdadero voto de pobreza, hasta que la multiplicidad de Congregaciones y la calamidad de los tiempos la obligaron á disminuir este rigor y á crear el voto simple sin el carácter de irrevocabilidad y perpetuidad, para poderlo dispensar ó anular más fácilmente, según lo pidan las circunstancias. En las Ordenes religiosas el voto de pobreza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quita al religioso, no solamente el acto de propiedad ó el manejo de los bienes terrenos, sino también el derecho de propiedad, ó sea la facultad de poseer y de adquirir alguna cosa para sí ya le venga por herencia, ya por donación, por testamento ó por cualquier otro camino; pero en las Congregaciones modernas que no hacen votos solemnes, ó á lo menos en muchas de ellas, el voto simple de pobreza deja al religioso el derecho de propiedad y sólo le quita la libre administración ó manejo de sus bienes.

De lo dicho se infiere que el voto solemne de pobreza es un sacrificio con el cual se priva el hombre por amor de Dios de todos los bienes que posee, renunciando no sólo el derecho de posesión, sino la facultad de adquirir y hasta la de disponer á su arbitrio de las cosas concedidas á su uso; de suerte, que ya no puede tener en la tierra dominio, posesión, señorío, administración, ni uso jurídico de nada, ni aún de las cosas nesesarias á la vida, porque de ellas sólo puede servirse lícitamente con dependencia de los superiores. Y el voto simple es un sacrificio por el cual se priva el religioso, no del derecho de propiedad, ni del dominio radical de sus bienes, ni de la facultad de adquirir algo en lo sucesivo, sino solamente del acto de propiedad, esto es, del manejo y administración de los bienes temporales, (propios ó ajenos). Y así mientras le dure el voto, de ninguna cosa terrena puede disponer lícitamente sin el permiso de su Prelado. De modo que aunque teóricamente haya inmensa distancia entre uno y otro voto, en la vida práctica es poca la diferencia que hay entre el voto simple de pobreza y el solemne, puesto que ni con uno ni con otro podemos disponer de las cosas á nuestro arbitrio; sino dependientes siempre de la obediencia; y esto hace que podamos precisar los casos en que una religiosa, sea la que fuere, tenga votos simples ó solemnes, pecará contra el de pobreza.

Viniendo, pues, á ello, te diré que peca la religiosa que posee, tiene, da, recibe, compra, vende, cambia, retiene, presta, destruye, se lleva, esconde ó dispone de alguna cosa temporal, sin licencia de su Prelada. Y si me preguntas qué cantidad será suficiente para constituir culpa grave en esta materia, te diré, con la generalidad de los Doctores, que el valor de dos pesetas basta y sobra para eso; y hay autores que el valor de una peseta lo dan ya como materia grave. Pues según esto, la religiosa que da, recibe, compra, vende, cambia, retiene, consume, oculta, destruye, presta ó dispone á su antojo de una cosa que valga dos pesetas, sin el permiso correspondiente, esa bien podemos tenerla por prevaricadora de la santa pobreza. Mas como quiera que estas cosas dichas así en globo suelen deslumbrar á las que son por conveniencia cortas de vista para ver las faltas que en este punto cometen, no será ocioso que digamos cuatro palabritas más sobre el asunto.

La religiosa que sin permiso regala fuera lo que le dan para su uso, como una pieza de su vestido, parte de su comida, etc., peca contra su voto de pobreza, porque dispone de aquello á su arbitrio, dándole un destino distinto del que le fijó la obediencia. Por la misma razón, pecará la religiosa á quien su Prelada dé dineros para que vaya en el tren á tal parte, y ella se va andando ó en clase inferior á la que le ordenan, para ahorrar alguna cosa y dársela á los pobres ó comprarse un mueble con los ahorros; y si lo compra hará un segundo pecado. La misma culpa comete la que sin permiso rehusa aceptar el premio de su trabajo, la paga de sus labores, la limosna que le dan; y peca también contra justicia, privando á su comunidad de una cosa que le pertenece, según aquel princi-

pio de derecho; lo que adquiere el monje lo adquiere para el monasterio.

Quebranta también su voto de pobreza la que presta ó pide prestada alguna cosa sin permiso, porque en ello hay un acto de propiedad, ya disponiendo de aquel objeto, ya usándolo sin licencia. Esto debe entenderse con las personas de fuera, pues tratándose de individuos de la misma Comunidad no habrá esa falta á no ser que medie prohibición por parte de la obediencia.

Comprar, vender ó cambiar un objeto por autoridad propia, aunque se haga en bien y provecho de la Comunidad, es también pecado contra el voto de pobreza, siempre que se haga sin permiso, ó en otras condiciones de las prescritas por el Superior. La misma culpa contrae la que se apropia para sí alguna cosa sin licencia, aunque sea un regalo que le manden de fuera, un plato de dulces ó un manjar para que se lo coma en su día.

Dar una cosa, sea la que fuere, sin permiso, y lo mismo recibirla para sí, es contra el voto; y digo para sí, porque para la Comunidad sería otra cosa; y digo recibir, porque si sólo la acepta provisionalmente hasta pedir permiso, y con la condición de devolverla, si no lo obtiene, entonces no será culpa alguna.

Retener sin permiso un objeto en su poder ó en el de otro, ocultándolo al Prelado para que no lo quite, es manifiesta violación del voto de pobreza. La que se lleva, cuando la mudan de casa, alguna cosa sin permiso, sean libros, sean objetos de cualquier clase, peca también contra su voto. Ocultarle al Superior las cosas de nuestro uso, tener llave sin que él lo sepa y guardar las cosas bajo llave por temor de que en ausencia nuestra las cambie con otras ó las dé á otro hermano, es pecado contra el voto de pobreza. Consumir un objeto cualquiera voluntariamente, quemar un cuadro, tomar á escondidas un manjar ó licor precioso, dejar perder una cosa de nuestro uso ó deteriorarla por descuido culpable, es pecado contra el voto de la pobreza.

Por eso el religioso encargado de una oficina, despensa, ropería, cocina, etc., puede muy facilmente pecar, ya por descuido y negligencia ya por dar á las cosas otro destino ó hacerlas servir para otro uso distinto del que ha fijado la obediencia. En una palabra, todo lo que sea un acto de propiedad, todo lo que sea disponer de una cosa sin permiso, es prevaricar y faltar al voto de pobreza.

Los Superiores de las comunidades religiosas están obligados personalmente á la guarda de la pobreza lo mismo que cualquier súbdito, y así deben tener la misma comida, el mismo traje y la misma forma de vida que los demás, para ser modelo de sus inferiores. Y por lo que hace á la administración de los bienes ó fondos de la Comunidad, no puede obrar como propietario, sino como administrador, y en conformidad con lo dispuesto por su Regla, pues de lo contrario puede pecar lo mismo que el súbdito, en todos los casos que dejamos expuestos, si la Regla no le autoriza para otra cosa; y en él el pecado contra el voto revestiría la malicia de escándalo, por el mal ejemplo que daría. Además él se hace reo de pecado contra el voto, siempre que conceda lo que no tiene derecho de conceder, esto es, cosas supérfluas, lujosas y vanas, y en tal caso la concesión sería nula, siendo ambos, súbdito y Superior, cómplices de un mismo pecado.

De lo dicho puedes colegir que no basta cualquier permiso para asegurar al religioso en este punto, sino que es preciso que el permiso sea legítimo; es decir, que el Superior lo pueda conceder lícitamente, y con-

cediéndolo así, ya sea expresa, ya implícitamente, puede el religioso servirse de él con tranquila conciencia, sin quebrantar el voto de pobreza. No se puede decir otro tanto del permiso que llaman presunto, por ser muchas veces un permiso sospechoso, porque la pasión nos hace presumir que al Superior agrada lo que á nosotros agrada, y en muchas ocasiones sucede lo contrario, que el Prelado reprueba presente, lo que se presumió ausente que le placería.

El voto de pobreza, además de los deberes particulares que dejamos mencionados, impone al religioso un deber general, y es, el someterse á la vida común la cual consiste en que todos, desde el mayor al menor, y desde el primero hasta el último, tengan el mismo régimen en la comida, vestido, habitación, muebles, etc., todos conformes, todos sujetos á una mesa común, sin la menor dispensa ni privilegio en favor de nadie, á no ser que una enfermedad ú otra causa razonable lo exija; y en este caso la vida común puede tenerse por firme, porque sabido es que la excepción confirma la regla. Esta vida común es la personificación del espíritu de pobreza, y por eso los Superiores están obligados á mantenerla con solicitud, y los súbditos á observarla con puntualidad, huyendo de singularidades y enviando á la oficina común cuantos regalillos les envíen particularmente. El que esto no haga, bien podemos decir que queda reñido con la pobreza, y el que riñe con la pobreza, no está muy lejos de divorciarse de ella, y el que se divorcia de ella, sentirá sobre sí los castigos con que Dios amenaza á los prevaricadores de este voto.

Llenas están las obras de los Santos Padres y las crónicas é historias de las órdenes religiosas, de relaciones de sucesos tremendos con que Dios ha castigado á los transgresores de la pobreza. ¿A quién no espanta lo que se lee en las crónicas antiguas de nuestra orden, de aquél hermano lego que apareció condenado por haberle ocultado al guardián un libro que tenía escondido? ¿Quién no se estremece al leer lo que mandó hacer San Gregorio Magno, siendo Papa, con aquél monje que murió teniendo escondidos tres reales; y eso bastó para que tan gran Pontífice le negara sepultura eclesiástica y lo tuviera por excomulgado? ¿Quién no se pasma de lo que escribe San Agustín que hizo él mismo con aquél monje suyo llamado Januario, al cual después de muerto le encontraron un peculio, y el santo mandó que enterraran con el cadáver el dinero del peculio, cantando al mismo tiempo, no los salmos de la Iglesia, sino aquella tremenda sentencia de la Escritura: Tu dinero sea contigo para tu condenación? *Pecunia tua tecum sit in perditione*. ¡Ay *peculio!* peculio y vida particular! nombres horribles, como el rostro de una fiera, desapacibles al oido como el lamento de un condenado ó el alarido de un diablo. ¿Quieres que te hable de eso? Pues en otra será, que ya esta va larga y no hay tiempo para más.

No olvides los ejemplos arriba indicados, y escarmienta en cabeza ajena; guarda escrupulosamente la prometida pobreza, y así te harás merecedora, no del castigo, sino del premio que Dios tiene prometido á los pobres de espíritu. Que tú lo consigas desea más que nunca tu afectísimo Padre,

FR. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVI

El martirio de la santa Pobreza

Qui aurum diligit, non justificabitur.

Quien ama el oro, no será justificado.

Eccli. 31. 5.

Mi estimada Margarita: Riéndome á todo reir terminé la lectura de tu grata, viendo las preguntas que me haces sobre el peculio: ¿No conoces tú ese bicharraco? ¿No se cría por ahí por los rincones de tu convento? ¡Pues entonces, dichosa tú! y dichosa tu Comunidad, y dichoso tu monasterio, en el cual no se oye el aullido feroz de ese mónstruo, ni los gemidos de la pobreza santa por él sacrificada, ni el llanto de la caridad fraterna, espirante entre las garras sangrientas de esa fiera, ni los quejidos de la religiosidad, víctima de su implacable saña.

Peculio, ¡nombre maldito! con el cual se designa una cantidad de dinero, procedente de bienes extraños al convento, y permitido al religioso para atender con él á sus necesidades particulares, de modo que á

su arbitrio y libremente puede emplear en ellas tal dinero. Esto, y desterrar del convento á la pobreza, es una misma cosa. Es verdad que el peculio, del cual dispone el religioso con total dependencia de su prelado, no es, absolutamente hablando, contra el voto de pobreza; pero también es cierto que, si el Superior concede un permiso nulo, ya por ser opuesto al espíritu de la regla y constituciones, ya por renunciar el derecho de revocarlo, el peculio es contrario también al voto.

¿Y quién puede contar los males que el peculio lleva consigo? El convento donde ese mónstruo anida, ofrece el repugnante espectáculo de aquellas asambleas reprobadas por San Pablo en su primera epístola á los Corintios. Júntanse á comer las religiosas, pero no á la mesa del Señor, sino á la del diablo; no á la mesa de la caridad, sino á la del egoísmo; porque en la mesa de Dios, que es mesa de caridad, todos comen de un mismo manjar, y en la mesa del egoísmo, que es mesa del diablo, cada cual come el manjar adquirido con su peculio. Y.... *alius quidem essurit, alius autem ebrius est.* Unas salen de la mesa ahítas y relamiéndose, mientras que otras padecen hambre.

Las que tienen buen peculio, se regalan opíparamente, y la que no lo tiene, se contenta con bostezar. La primera desprecia á la segunda, porque la cree inferior, y ésta murmura de aquélla, porque la ve regalarse, y... adiós paz! adiós caridad fraterna! Luego el dinerillo da cierto aire de superioridad, y... adiós obediencia! La superioridad y el dinerillo crían arrogancia y soberbia, tan facilmente como el madero, la polilla, y... adiós humildad! El temor de que el peculio se acabe ó disminuya hace buscar la manera de acrecentarlo, y... adiós rectitud de intención y celo por la gloria de Dios! Para acrecentar ó conservar ese

peculio hay que atender al trato con los seglares, y... adiós retiro y oración! Sin retiro, sin oración, y con mucho trato de mundo... adiós religiosidad! y sin religiosidad, ¿qué es el religioso?

Maldición, pues, al peculio, causador de tantos males! Prefiero la soledad del yermo al monasterio donde anida ese mónstruo de iniquidad! Y alabo á los Prelados que prefieren la extinción de los conventos á que se viva en ellos vida particular. Duro con ellas! y á cerrar los noviciados, para que acaben por consunción las monjas que no quieren vida común, ni desprenderse de su mísero peculio! Él da muerte á la pobreza santa y á la paz del claustro, á la caridad fraterna y á todas las virtudes religiosas: por eso te dije antes que dichosa tú y dichoso tu convento donde no es conocido. Y no, porque digo esto, vayas á creer que aquí le conocemos, que á Dios gracias no hay tal: aquí lo perseguimos de muerte y preferimos derribar el convento á consentir que anide en su recinto.

Ya en su tiempo el Bto. Jacopone de Todi, el gran cantor de la pobreza, fustigó con finísima sátira á los quebrantadores de este voto. Penetra él con la mente en suntuosas moradas de religiosos, y... cuántas comodidades! qué abundancia! cuántas cosas superfluas! qué lujo! qué grandeza!... recorre con ávida y escrutadora mirada los aposentos, los claustros, las iglesias, y en ninguna parte halla á su amada pobreza: sólo descubre rastros de su paso por aquel sitio, huellas que traducidas á un idioma cualquiera, podrían formar este epitafio:

Aquí estuvo la pobreza
En tiempos que ya pasaron.

A la sátira añade la caricatura este bienaventurado; y á los, y á las mal avenidas con la práctica de

este voto, me los pinta escoba en mano, echando del monasterio á la santa pobreza; y á ésta como mártir perseguida de los suyos, y conducida al suplicio, donde la escarnecen, la azotan, y le dan la muerte. Sí! que á la santa pobreza los regalos le atan las manos, las comodidades la escupen al rostro, lo supérfluo la abofetea, el dinero la corona de espinas, el peculio la crucifica y la propiedad la despedaza entre sus sangrientas garras.

No en vano Jesucristo en su evangelio dió á las riquezas el nombre de espinas, espinas conque algunos religiosos suelen coronar á su madre la Pobreza santa, hiriéndose de paso ellos mismos, al tejerle tal corona. Espinas llamó Cristo á los bienes de esta vida, espinas que se pegan al vestido de los caminantes y no los dejan andar libremente; espinas que tomadas en la mano punzan, y apretadas hieren y dan dolor; espinas que pisadas se clavan en los pies y detienen el paso del viajero. Y ¿qué es el religioso, sino un viajero que camina hacia su pátria? Pues sepa que andar entre espinas y no lastimarse, es cosa dificultosa, y tal vez imposible.

Poco importa, por otra parte, que esas espinas sean pocas ó muchas, cortas como las del rosal ó largas como las de pitas; porque las espinas todas hieren, todas punzan y todas lastiman y dan dolor. Pues del mismo modo, poco importa que las cosas supérfluas de que usa el religioso sean grandes ó pequeñas, si tiene á ellas apegado el corazón. Mirar un objeto como propio, y no aficionarse á él, es cosa harto difícil, y la afición es la que hace brotar esas espinas de cuidados y temores, y la afición es la que hace que el religioso las busque y se apegue á ellas, saliendo tanto más herido y ensangrentado, cuanto más se enredó entre esas espinas. Y ¿qué es lo que éstas hieren y ensangrientan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el religioso? Pues la pobreza, y nada más que la pobreza! ¿Y no es ésto martirizarla? ¿No es coronarla de espinas?

Finalmente se martiriza á la pobreza, gastando donde no hay necesidad, comprando objetos más bien curiosos que necesarios, adquiriendo cosas más bien de lujo que de provecho, y procurando lo mejor, cuando lo mediano basta. ¿Qué le importa al religioso que sus libros estén dorados ó por dorar, con registros de seda ó de papel? ¿Qué le importa que su hábito esté cosido con seda ó con hilo, muy tieso y encopetado, ó muy flexible y sencillo? ¿Qué le importa que sus muebles sean de caoba ó de pino, y su pluma de caña ó marfil? ¿No escribe lo mismo una pluma que otra? ¿No sirve lo mismo un vaso de oro que uno de cristal? ¿No es igual un pobre hábito cosido con hilo que con seda? ¿Sirve más el libro dorado, que el que no ha visto el oro? Y esto tratándose aún de las cosas necesarias, que las que no son tales, ¿para qué le sirven? ¡Ah, sí, no me acordaba! para martirizar á la santa pobreza. Estos son los instrumentos de su martirio.

Para ver, pues, si tú tienes algunos instrumentos de esos, bueno será que, al terminar la lectura de esta carta, des una vuelta por tu celda, preguntándole á las cosas que hay en ella: ¿tú que haces aquí? ¿Nada? Pues ahora irás donde no estés ociosa. ¿Y esto, qué falta me hace? ¿Ninguna? Pues á otro sitio donde la haga. ¿Y tú, de qué sirves aquí? ¿De adorno? ¡Pues ídolos fuera! Que la celda de un religioso no debe estar adornada, sino pobre! Y ten entendido, que mientras no tomes esa enérgica resolución, tendrás apego á muchas vanidades, y no serás de esos pobres de espíritu á quienes está prometido el reino de los cielos.

Mucho más pudiera decirte sobre la pobreza religiosa y sobre la manera de practicarla, porque hasta

el presente no he dicho de ella más que generalidades; he hablado en general de los deberes que impone á todo religioso, y cada Orden religiosa tiene en este punto algo especial, superándolas á todas la pobreza franciscana. Por eso es obligación del religioso estudiar desde el noviciado el alcance y extensión que en su Orden tiene el voto de pobreza, para practicar y guardar esta virtud en la forma prescrita por su regla.

Demos fin á esta materia, y pasemos á otra, recordando antes los avisos dados por el Espíritu Santo en los libros sapienciales. En ellos condena los afectos contrarios á la pobreza; y elogia á los pobres de espíritu por estas palabras: "Quien ama el oro no será justificado, y quien sigue la corrupción lleno será de ella.„ "Muchos cayeron por el oro, y en su brillo hallaron la perdición. ¡Ay de los que se van tras él! Dichoso, por el contrario, quien nunca corrió tras del oro, ni puso su esperanza en las riquezas. ¿Quién es éste, y lo alabaremos, por haber hecho maravillas en su vida?„ Este es, sin duda, el pobre de espíritu, el buen religioso que ama la pobreza y desprecia el regalo del cuerpo y las comodidades de la vida. Este, fiel á su voto, es probado como el oro en el crisol, y de la prueba sale perfeccionado, por lo cual tendrá gloria eterna, pues al pobre de espíritu está, no sólo prometido, sino dado ya el reino de los cielos, aunque él no lo haya todavía recibido.

Y aquí, mi buena Margarita, quiero que te fijes en las palabras del Espíritu Santo arriba dichas: "Quien ama el oro no será justificado, y quien sigue la corrupción será lleno de ella," porque en estas palabras parece que hay una transición de la pobreza á la castidad, de la cual vamos á tratar más adelante. Diciendo, pues, la Verdad divina, que quien sigue la corrupción será lleno de ella, bien podemos colegir, que quien sigue la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

virtud será iluminado con sus resplandores; y quien siga la castidad será perfumado con la fragancia que esa flor exhala, y ennoblecido con los altos timbres que ella ostenta.

El oficio de la castidad es refrenar valerosamente los ímpetus de la concupiscencia, ya procedan del espíritu, ya de la carne, moderando los apetitos y afectos desordenados, para que no arrastren al religioso hacia el precipicio del pecado. Este oficio lo cumple ella poniendo á raya las malas inclinaciones del cuerpo, mortificando los sentidos, marcando su límite á los afectos del corazón, rechazando los malos pensamientos, ahogando los deseos torpes y guardando los sentidos, que son como puertas del alma, para que nadie entre en ella á robar el tesoro de la pureza.

Quien no tiene cuidado de la puerta de su casa, muchas veces hallará dentro lo que no pensaba, ó le faltará algo de lo que allí tenía, y de aquí la vigilancia que se ha de tener con la entrada Por eso la puerta se hace de modo que pueda abrirse y cerrarse, según las ocasiones: se cierra á los enemigos y á las gentes sospechosas, y se abre á los amigos y á las gentes de bien. Pues ese, repito, es el oficio de la castidad, y sobre las muchas excelencias de esa virtud y sobre los deberes que impone te hablará en lo sucesivo tu afectísimo Padre,

FR. A.

XXVII

EL VOTO DE CASTIDAD: LA VIRGINIDAD Y SUS GRANDEZAS.

Nihil inquinatum in ea incurrit, candor est enim lucis aeternae.

Nada manchado cabe en ella, porque es candor de eterna luz.
SAP. VII. 25.

DEVOTA esposa de Cristo: No puedes figurarte con cuánto gusto me pongo á escribirte sobre el voto de castidad. Me agrada tanto tratar de esa virtud, como aspirar la fragancia de las flores, tanto como pasear por un jardín ameno poblado de blancas azucenas, flor que simboliza á la pureza santa. La mayor alabanza que de esa virtud puedo decirte, es que ella excede á todo encarecimiento, que no hay en las lenguas de las gentes palabras para alabarla bastante, ni en el entendimiento de los hombres bastante capacidad para estimar sus maravillosas excelencias. Dejando á un lado los bienes que en sí encierra, y cuantas grandezas y glorias pudiera de ella contarte de tejas abajo, remonto el vuelo muy alto para decirte de una vez que ella convierte al hombre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en angel, y á la carne flaca en espíritu fuerte; pero esto has de entenderlo de la castidad perfecta, es decir, de la virginidad.

La palabra virginidad la tomo aquí como flor y nata de la pureza, como quinta esencia de la castidad, como privación de todo placer impuro, privación que libremente se impone el alma por motivos sobrenaturales, por aborrecimiento al vicio y amor á la virtud. Y la virginidad así entendida consiste en la abstinencia completa de todo deleite carnal, en no gustar nunca voluntariamente la copa venenosa de los deleites de Babilonia. Pues de esta castidad virginal es de la que digo que hace competencia á los espíritus angélicos, que no abaten jamás sus alas al cieno de la tierra. Esa pureza es la que tú has profesado, y con ella te has hecho competidora de los ángeles del Cielo. Atiende ¡oh Margarita! á la alteza de tu dignidad y á la cumbre de tu gloria, que ya perteneces á las jerarquías angélicas y has entrado en el gremio de los espíritus celestes.

Y no sólo compite la pureza de una virgen con la de un angel, sino que la excede y aventaja, según nos enseñan los Santos Padres; porque el angel no tiene en sí ningún principio de corrupción que le impida ser puro, y las virgenes sí lo tienen; y, á pesar de eso, es tal la naturaleza de la virginidad, que acrisola y refina de tal arte ese principio de corrupción, que lo convierte en incorruptibilidad y en objeto de triunfo, transfigurando al hombre en angel, al cuerpo en alma y á la carne en espíritu de pureza. Grande maravilla es, por cierto, que sin mudar la virginidad nuestra naturaleza, ni quitarnos las malas inclinaciones, tenga virtud suficiente para dominar á éstas y revestir aquella de entereza y candor que aventaje á los espíritus puros.

Esta ventaja resalta más si consideramos que los ángeles viven en una región purísima, donde no pueden llegar los impuros miasmas que la tierra exhala. Porque ¿dónde tienen ellos enemigos que les hagan guerra? ¿Dónde pasiones que les inciten? ¿Dónde demonios que los tienten? ¿Dónde la carne que los incline al pecado? ¿Dónde los malos ejemplos que los provoquen al mal? ¿Dónde los sentidos que los arrastren á la culpa? En ninguna parte. Y nosotros, por el contrario, vivimos en una tierra llena de inmundicias y abominaciones, rodeados de enemigos que nos combaten, de diablos que nos tientan, de carne que nos inclina al pecado, de ejemplos que nos provocan al mal y de sentidos que nos arrastran hacia el abismo de la impureza. Pues, habiendo tanta desigualdad entre ellos y nosotros, ¿no es de mayor mérito y estima conservarnos á su altura en la práctica de esta virtud? Claro está que sí, y por eso las almas vírgenes merecen con toda propiedad el nombre glorioso de *ángeles de la tierra*.

Síguese de aquí que los profesores de la virginidad han hallado un poderoso artificio para ser ángeles de más alta manera que lo son los espíritus celestes; porque lo que éstos tienen por naturaleza, lo alcanzan aquéllos con su valor y su industria, ayudados de la gracia divina. La pureza en los ángeles es un don natural y necesario, que cuanto más tiene de necesario, menos tiene de libre, y cuanto menos tiene de libre, tanto menos tiene de meritorio; pero en los hombres esa virtud no es natural, ni necesaria, sino contingente; y mientras más tiene de contingente, más tiene de libre y voluntaria; y cuanto más libre y voluntariamente la abraza el religioso, mayor mérito adquiere delante de Dios.

De modo que la virginidad abrazada y profesada

con voto perpetuo nos enaltece tanto, que nos eleva al coro de los ángeles, obligándonos á ser por elección y por gracia lo que son ellos por naturaleza; y nos da el realce de ser á fuerza de cuidados y sacrificios meritorios, lo que son ellos sin mérito alguno, porque ningún trabajo les cuesta. Yo bien conozco la ventaja que en el sér natural nos llevan los ángeles; pero conozco también que, á pesar de eso, podemos correr pareja con ellos en lo tocante á la virginidad y conseguir que no nos dejen atrás. Abre, pues, los ojos, querida Margarita, y repara en el valor y hermosura de la pureza virginal, pues ella hace que los habitantes de este sucio y enlodado suelo tengan, si quieren tenerla, la misma limpieza que los moradores del Cielo; y que los hombres mortales y corruptibles corran parejas con los espíritus inmortales é incorruptos, sin dejarse vencer de ellos.

Cosa es esta que adarva, maravilla y aturde á quien bien la considera; porque una persona que profesa virginidad es un portento que asombra á quien tiene ojos para contemplarlo. ¿Qué dirían las gentes, si vieran volar por los aires á una doncella con alas de Serafín? ¿Qué dirían, si vieran su cuerpo vestido de blanca túnica y agil como una paloma, cruzando los espacios? Atónitos á la vista de ese prodigio, unos dirían que era angel con cuerpo humano, y otros dirían que era mujer con propiedades de angel; y aun á los mismos ángeles admiraría ese prodigio y exclamarían entre sí, como exclamaron á vista de la pureza de María, figurada en la esposa de los Cantares: *Quae est ita?* ¿Quién es esta que sube del desierto, como columna de humo de odoríferos inciensos? ¿Quién es esta que se levanta risueña, como la aurora cuando amanece, hermosa como la luna y escogida como el sol? Si es angel, ¿cómo habita entre los moradores de la tierra? Y si es

mujer, ¿cómo se eleva á la altura de los ángeles? Esto mismo digo yo, siempre que descubro los esplendores de la virginidad, al través de las sombras con que el infierno quiere oscurecerla; siempre que hallo una virgen pura, rodeada tal vez de impuras tentaciones; tentaciones que de ordinario sirven para más purificarla y hermosearla, como hermosean á la roca solitaria de una playa las olas furiosas que se estrellan sobre el peñasco, dejándolo cubierto de blanca espuma.

Mas si esta pureza nos trueca por gracia en ángeles terrenos, dándonos en cierto modo ventajas sobre los celestiales, nos debe también revestir de las dos propiedades angélicas que sirven de complemento y adorno á la virginidad. Es propio de los ángeles ser ordinariamente invisibles á los ojos humanos: y esto deben imitarlo las vírgenes del claustro, haciéndose invisibles á los ojos del mundo. ¿Qué tiene que hacer una monja en el locutorio? ¿Qué se le ha perdido á ella en las rejas? ¿Por qué tan fácilmente se hace visible? Poco se parece en esto á los ángeles, y me temo que por esa causa se le parezca también poco en la pureza virginal. La segunda cosa es que cuando los ángeles se dejan ver ó se aparecen á los hombres, se presentan con tanta modestia y dignidad, que no sólo infunden respeto, sino que también inspiran amor á la pureza. Así, pues, la virgen de Cristo, la esposa mística del Cordero inmaculado, siempre que se deje ver de los hombres lo ha de hacer con tal recato, que parezca un angel aparecido, que con sus miradas y sus modales difunda por todas partes el precioso olor de la pureza santa que ha profesado. ¡Ay qué mal sienta la desenvoltura en los religiosos! ¡Qué mal parece una broma alegre ó una inmodestia en quien ha profesado pureza! Mas dejémonos de reprensiones y sigamos cantando las excelencias de la virginidad.

Esta virtud soberana no sólo hace á los hombres angelicales, sino que los hace divinos; no sólo les da semejanza con los ángeles, sino que los hace semejantes á Dios. Más todavía: la virginidad hizo á Dios hombre, y al hombre lo elevó á la dignidad de Dios, haciéndonos consortes de la naturaleza divina; y ésta quizas será la mayor de sus prerogativas. Había determinado Dios bajar del Cielo á la tierra para que los hombres pudieran subir de la tierra al Cielo; había determinado humanarse, salvando el hondo abismo que mediaba entre la pureza divina y la impureza humana; y para surcar ese abismo sin nombre, necesitaba una nave que le llevara á la opuesta orilla; y esa nave fué la virginidad de nuestra Madre inmaculada. Ella lo recibió en su seno virginal, y cargada con tan preciosa mercancía cruzó el ancho mar que media entre lo divino y lo humano, uniendo para siempre á la Divinidad con la humanidad, haciendo Dios al hombre y hombre á Dios, que por eso á Dios humanado, Cristo Jesús, le llama la Iglesia flor de la virginidad, *Germen virginitatis.*

Antes de haberse humanado, deseaba el Verbo eterno venir á este mundo, y no hallaba camino bastante limpio y conveniente á su altísima pureza; deseaba bajar á esta tierra miserable, pero no por el camino cenagoso por donde todos venimos, que antes dejara de hacerse hombre que pasar por tan inmundo sendero; y no hubiera bajado, si la virginidad no le ofreciera pasaje en su purísimo tálamo. Ella le trajo del Cielo á la tierra y de regreso lleva al hombre desde la tierra al Cielo; ella hizo á Dios semejante al hombre, y al hombre que la profesa lo hace semejante á Dios. Bien dijo San Ambrosio, que desde que la virginidad unió lo divino con lo humano, juntando la divinidad del Verbo con la carne del hombre, sin mezcla ni resabios de

impureza, desde entonces se introdujo en la humanidad y se ingirió en nuestros cuerpos el vivir al uso del Cielo, al modo de los ángeles y á la manera de Dios. Y dice muy bien mi glorioso Santo, porque la persona casta que profesa virginidad es un ingerto de celestial en terreno, de angel en hombre y de divino en humano! ¡Virginidad, virginidad! ¡Virtud esclarecida! ¡flor de las flores! Dón divino en que por modo altísimo se comunica la divinidad al hombre, bendita seas! ¡Dichosos los que te poseen! ¡Dichosa el alma que contigo se deleita! ¡Dichosas las esposas de Cristo que contigo se adornan; y dichosa tú, mi buena Margarita, si conservas intacta esa joya de precio incomparable!

Son tantas las excelencias de esta virtud que, si quisiera seguir hablándote de ella, sería el cuento de nunca acabar; porque ella hace al alma esposa de Jesucristo, dignidad la más alta á que puede aspirar la criatura. Pero ten presente lo que dice el proverbio castellano: *Nobleza obliga:* y pues la virginidad ennoblece tanto, claro está que impondrá también sérias obligaciones. Cuáles y cuántas sean estas, lo iremos diciendo con el favor de Dios, á fin de que cumplas, en este punto, como perfecta esposa de Jesucristo. El sea contigo, y te haga tan pura y santa como desea tu afectísimo P.

FR. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVIII

Deberes que nos impone el voto de castidad.

Vota mea Domino reddam.
Cumpliré mis votos al Señor.
Ps. 115.

Mi querida Margarita: Te decía en mi anterior que nobleza obliga, esto es, que todo lo que nos eleva á un estado más alto, nos impone la obligación de vivir conformes á la elevación de ese nuevo estado; y como la profesión de la castidad religiosa nos enaltece tanto, que nos levanta á la esfera y dignidad de los ángeles, es muy conforme á razón que nos imponga el deber, no sólo de que nuestras costumbres sean morigeradas, sino también de que sean angelicales, en cuanto lo sufre la humana fragilidad.

El voto de castidad es una renuncia solemne que hace el religioso de todos los placeres contrarios á la pureza, é incluye en sí una promesa formal de abstenerse completamente de todo acto, sea interno ó externo, opuesto á dicha virtud. Esta renuncia y esta promesa puede ser pública y privada, por toda la vida

ó por tiempo determinado, y de aquí la división del voto de castidad en simple y solemne, temporal y perpétuo; pero de todos modos, mientras que el voto dura, nos obliga á privarnos en absoluto de todo deleite impuro, hasta del simple pensamiento. De manera que si una persona que tiene voto de castidad consiente ó se deleita voluntariamente en un acto interior ó exterior contrario á la pureza, además del pecado contra la ley de Dios, comete otro pecado de sacrilegio, porque juntamente quebranta el sexto precepto y su voto de castidad; y en este quebrantamiento advierten los teólogos que no se da parvedad de materia, porque aquí todo consentimiento deliberado es culpa mortal, y doble culpa, como te dejo dicho.

Esta doctrina, que es verdaderísima, podría convertirse para tí en un manantial de ansiedades y escrúpulos, si alguna vez te sintieras muy combatida y tentada contra esa virtud celestial; y por eso quiero que te fijes en las palabras *deliberada* y *voluntariamente*, porque donde no hay voluntad, no puede haber pecado. Es la pureza la flor más preciosa que puede producir el jardín de nuestras almas, es la joya más rica que podemos tener en este mundo, es el tesoro más grande que podemos poseer sobre la tierra, y por eso el demonio, como ladrón hambriento de riquezas, trabaja lo indecible para robarnos ese tesoro y arrebatarnos esa joya de tanto precio. De aquí las mil tentaciones, los mil lazos y las múltiples asechanzas que nos arma para hacernos caer. Almas conozco yo tan combatidas, que las tentaciones vienen sobre ellas continuadas y furiosas, como los aguaceros y granizadas en días de tempestad; almas que á pesar de eso son puras como la luz del sol y los destellos de la aurora, porque resisten con todas las fuerzas de su voluntad, y no dan consentimiento á la tentación, por más que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sientan sus efectos con una viveza que parece infernal. No habiendo, pues, en tu alma voluntad ni afición á esos placeres impuros, bien puedes estar tranquila, aunque sientas más tentaciones que Santa Angela de Foligno y San Antonio Abad.

Es menester no olvidar que los pensamientos y movimientos desordenados que sentimos no son culpables, sino cuando voluntariamente los sentimos y nos entretenemos en ellos Hay unos pensamientos malos que los produce el alma por afecto al mal, y otros que le vienen de su mala inclinación ó del demonio, á pesar de ella no quererlos; los primeros le pertenecen, porque son suyos y la hacen culpable ante Aquél que ve lo íntimo del corazón; y los segundos no le pertenecen, porque no son suyos y la hacen inculpable á los divinos ojos; y no sólo inculpable, sino grata y hermosa, pues resistiendo á esos pensamientos, lejos de ofender á Dios, le agradamos y tenemos el mérito de la victoria; mérito tanto mayor, cuanto más pertináz haya sido la lucha. Lo mismo te digo de los movimientos desordenados: no somos culpables sino de aquellos en que la voluntad toma parte, procurándolos de alguna manera, ó no quitando la causa que los produce; pero los que sentimos á pesar nuestro, y los detestamos de veras, éstos, lejos de hacernos culpables, nos hacen dignos de premio y de gloria.

Volviendo, pues, á los deberes que nos impone el voto de castidad, te diré ante todo que nos obliga á una vigilancia continua y á una lucha constante con los adversarios que nos la quieren arrebatar. La vigilancia nos ayudará á evitar las ocasiones peligrosas y la lucha á cerrar el paso al enemigo, castigando el cuerpo y mortificando los sentidos, que son las puertas por donde ellos entran al corazón para robarnos nuestro tesoro. En la mortificación de los sentidos merece

especial atención el de la vista, pues sabemos que por ahí derribó el demonio al Real Profeta. Job hizo un pacto con sus ojos de no mirar el rostro de ninguna doncella; y ojalá que todos los religiosos y religiosas hicieran lo mismo para no tener que llorar después, no digo ya fijar la vista en personas de otro sexo, sino en objetos menos decentes y por lo mismo más peligrosos y más expuestos á tentación. También nos obliga al recato de los demás sentidos, á evitar conversaciones vanas, palabras equívocas ó demasiado tiernas, cumplimientos mundanos ó adulaciones impropias de nuestro estado, cerrando los oidos y despreciándolas, cuando se dirijan á nosotros. Y si esto hemos de evitar, con más razón lo que se relaciona con el tacto, que es el más grosero de los sentidos; las familiaridades pueriles, los juegos de mano y toda manifestación de afecto sensible, por esta vía, debes apartarlos de tí, y horrorizarte de ellos, como de la presencia de venenosa serpiente que quisiera envolverte entre sus terribles anillos.

Obliganos también la castidad á evitar toda destemplanza en la comida y bebida, siendo parcos en regalar el cuerpo, porque, como dijo nuestro Señor, los enemigos de la pureza no se vencen, sino con la oración y el ayuno; pues así como el vicio opuesto á ella se fomenta regalando la carne, así la castidad se fortalece castigando el cuerpo corruptible, que es su mayor contrario. Nos obliga además á evitar la ociosidad, que es maestra de maldad, según dice la Escritura; y las máldades que enseña son casi siempre contra la pureza. San Jerónimo daba este consejo á los tentados: "Que el demonio te halle siempre ocupado y nunca ocioso, y de este modo sus tentaciones serán pocas é impotentes para derribarte;„ pero en caso que el enemigo nos acometa, es nuestro deber rechazarlo enér-

gica y prontamente, tan pronto como sacudiríamos un ascua ardiente que nos cayera en la mano.

También nos impone el deber de ser humildes; humildes en lo interior, desconfiando de nosotros mismos, y humildes en lo esterior, procurando que el vestido, los modales y todo nuestro continente respire modestia y religiosidad. Es tan necesaria esta virtud para conservar la pureza, que los santos tienen por cosa cierta y averiguada no poder sostenerse por mucho tiempo un alma soberbia sin caer en el cieno de la impureza. La humildad es el mejor adorno de la pureza, es el traje que la hermosea; y así como una persona hermosa resultaría fea y desagradable sin adornos ni vestidos, así la pureza, despojada y desnuda de humildad, es desagradable á los divinos ojos; y San Bernardo es de parecer que la misma pureza de María, la virginidad incomparable de nuestra dulce é inmaculada Madre, no le hubiera agradado á Dios, si hubiera estado desprovista de humildad.

De la paloma que Noé echó del arca para ver si habían cesado las aguas del diluvio, dice la Escritura que, no hallando donde posar sus plantas sin mancharlas con el lodo de que estaba lleno el mundo, se volvió al arca, queriendo más bien vivir encerrada que contaminar la blancura de sus plumas con el fango de la tierra. A esta paloma debe imitar el alma casta, y esa es otra de sus mayores obligaciones. Mire mucho la religiosa dónde posa sus plantas, y sus ojos, y sus manos, y sus pensamientos, y los afectos de su corazón. Sea casta como la paloma del arca, y, á imitación de la abeja, no se pose nunca más que en flores odoríferas y de cáliz perfumado. Hazlo tú así, Margarita, y á ver si por este medio consigues ser la paloma del Corazón de Jesús, paloma que haga el nido de sus amores en la abertura de aquel Corazón divino.

Obliganos por fin el voto de castidad á recurrir á Dios por medio de la oración. Vivir siempre en pureza es una cosa que supera todas las fuerzas humanas: conservar siempre la castidad es cosa tan alta, que no basta para conseguirla toda la industria del hombre: de otra parte nos ha de venir esa perseverancia en la pureza, y el camino por donde viene es el de la oración. A fuerza de ruegos hemos de conseguir la posesión de ese don celestial, y á fuerza de lágrimas hemos de regar y tener siempre frondosa la flor de la virginidad. ¡Ojalá que todos los que profesan castidad conocieran estos deberes y los pusieran en práctica, aprovechando estos y otros medios, para vencer á los enemigos de la virtud angélica! Hay entre todos ellos uno muy temible; pero de él dije bastante en la Carta XIV á Teófila, y no quiero repetir en éstas ni un sólo concepto de los que desarrollé en aquellas.

Lo que sí quiero decirte, respondiendo á la insinuación que me haces en la tuya, es que no estás en lo cierto al creer que deba entristecerse el alma religiosa que no posee la castidad virginal, viendo que las vírgenes seglares le llevarán ventaja delante de Dios; y no estás en lo cierto, porque es opinión y sentencia de graves autores que la castidad religiosa bien observada, aunque no sea virginal, es más perfecta, y más meritoria, y de más realce, y más grata á Dios que la simple virginidad profesada fuera del claustro: la razón de esto se halla en la profesión religiosa que da un nuevo modo de ser al cristiano, y encierra en sí un acto excelentisimo de caridad equiparado al martirio, y otro acto de la suprema virtud moral, que es la Religión; y estos dos actos le dan á la castidad religiosa fielmente guardada mucha excelencia, mucha perfección, y el principado y supremacía entre todas las del siglo. Y cuenta que no digo esto en menoscabo de la

virginidad, porque si esta vá unida á la profesión religiosa, sube de punto su excelencia y perfección.

Y aquí termino, sin saber qué más decirte sobre esta materia, si tu no me preguntas ó me abres camino para que de ella siga escribiendo tu afectísimo Padre,

FR. A.

XXIX

RIGORISMO EXAGERADO EN MATERIA DE CASTIDAD.

Omnia munda mundis.
AD TIT. I. 15.
Todas las cosas son limpias para los limpios.
A TIT. I. 15.

DEVOTA sierva de Cristo: Mucho me ha dado que pensar la tuya, porque lo que en ella me dices es un error trascendental, capaz no sólo de intranquilizar á las almas, sinó de llevarlas á la desesperación. Copiaré tus palabras para mostrarte que no exagero:

"Temía como la muerte que usted me escribiera sobre las obligaciones de la castidad, porque soy algo tentada contra esa virtud, mal inclinada por naturaleza, y predispuesta á experimentar sensaciones que me fastidian y martirizan hasta el extremo de no poder hablar con nadie, ni mirar nada, ni mostrarme cariñosa, ni tener esas espansiones naturales de júbilo que todas tienen. ¿Qué más? Hasta en la oración, hasta en la sagrada Comunión, hasta cuando siento algún consuelo espiritual, toma parte el cuerpo y esto me fatiga y me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

apura y me hace creer que estoy dejada de la mano de Dios: y debo estarlo, cuando los confesores me dicen que deje la Oración y las Comuniones, si siento esa mala impresión en ellas.„

"Pero todo eso, Padre mio, es contra mi voluntad; yo aborrezco eso que siento, amo con delirio la castidad, y por ser pura como un angel y no sentir lo que á veces me pasa, daría un ojo de la cara. Y á pesar de eso, cuanto hago, me lo dan por pecado, y yo no puedo estar en recreo como las demás, no puedo hacer lo que ellas hacen, no puedo jugar como ellas juegan, porque dicen que, dada mi fragil condición, esas cosas que siento son pecado, por dar yo motivo para sentirlas y ser la causa de que me sucedan. Esperaba que la carta de V. me diera alguna luz ó algún consuelo; mas al leer en ella que somos culpables de los movimientos desordenados, *no quitando la causa que los produce*, me morí de pena y por poquito me vuelvo loca. ¿Pues qué me hago yo ahora? A mí el ver, el hablar, el oir, el asearme, todo me sirve de tentación: hasta las imágenes de los santos, hasta la vista del Redentor es causa de que se vale el demonio á veces para tentarme: qué hago pues? Lo dejo todo? Lo quemo todo? Y si nó, ¿qué he de hacer? Qué remedio me queda? Esconderme en un rincón donde ni vea, ni oiga, ni entienda, ó desesperarme de una vez, si V. no me da más luz en este asunto.„

¡Bien, mi pobre Margarita, bien! Ante todo siento haber contribuido, sin pensarlo ni quererlo, á ese estado de ofuscación en que te encuentras, y del cual hubieras tal vez salido, si á la expresión, *no quitando la causa que los produce*, hubiera yo agregado esta otra: *si está en nuestra mano el removerla, y estamos obligados á quitarla, ó no tenemos ningún derecho á ponerla.* Por lo demás te diré que en el párrafo que dejo transcrito,

no solamente hay un error teológico, sino dos á cual más grosero y funesto, perteneciente uno al orden moral y otro al orden místico. Este voy á combatirlo con la doctrina del gran Doctor en mística, San Juan de la Cruz, y aquél lo voy á refutar con la doctrina de San Ligorio, el máximo de los Doctores morales. Este Santo se hubiera reido al leer lo que de tu carta dejo copiado, ó quizás hubiera llorado, al ver puesto en práctica de un modo tan pesimista el rigorismo que él combatió con todas sus fuerzas, queriéndolo desterrar del mundo.

Viniendo, pues, á sacarte del atolladero en que te hallas, dices que no puedes hablar con nadie, ni mirar nada, ni asearte, ni mostrarte cariñosa, ni tener las expansiones naturales de júbilo que todas tienen, ni estar en recreo como las demás, ni jugar como ellas juegan, porque te dicen que dada tu fragilidad, lo que sientes en tales casos es pecado, por dar tú motivo para sentirlo, y ser causa de que te suceda. Aquí estaría muy en su punto aquel *Dios libre á mis monjas de confesores espantadizos y medio letrados*, atribuido á Santa Teresa de Jesús; mas dejando á un lado las bromas en cosa tan seria, digo que en Teología moral, es muy cierto que peca el que, pudiendo apartar la ocasión próxima de caer en pecado, no la aparta, y el que pudiendo quitar la causa productora de él, no la quita; pero esto último se entiende, en el caso de que uno esté obligado á quitar esa causa, y no la quite, pudiéndolo hacer; ó se sirva de esa causa productora del mal, sin tener ningún derecho á servirse de ella; y aquí está el error.

Concretándonos ahora al caso que nos ocupa debemos dejar sentado que las virtudes y los vicios, son propiedades del alma y no del cuerpo, porque éste no es más que un medio de que ella se vale para practicar el vicio y la virtud; de modo que á esa práctica

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contribuyen las dos substancias de que está compuesto el hombre; el alma formalmente y el cuerpo materialmente; el alma á manera de artífice y el cuerpo á manera de instrumento. Cada una de esas dos substancias tiene, sin embargo, sus tendencias é inclinaciones propias, tendencias que á veces conducen á un mismo fin, y para llegar á él juntas, se excitan facilmente las unas á las otras. El alma por afecto al mal puede con pensamientos feos ó con otros medios escitar la concupiscencia de la carne, para que le ayude á conseguir su objeto; y la carne con su mala tendencia al mismo fin, puede despertar las facultades del alma para que le empujen en ese camino hasta llegar á su término, al cual suele llegar muchas veces, no sólo sin la ayuda del alma, sino contra la voluntad de ésta, como á ti te pasa.

Esto supuesto, te diré que todo lo que procede de la primera raiz, es pecado, y no lo es lo que procede de la segunda, hasta que el alma no consiente. Todo lo que el alma haga con mala intencion ó por afecto impuro es pecado, aunque lo que haga sea por otra parte tan lícito y bueno como besar la mano á un sacerdote; mas por el contrario, nada de lo que sienta el cuerpo contra la voluntad ó sin consentimiento del alma es pecado, aunque por otra parte sea lo que sienta la cosa más horrorosa del mundo. Lo diré muy alto para curarte de espanto y quitarte el temor que tienes: las inmundicias de la carne por sí solas, no pueden manchar nunca la pureza del espíritu, ni la suciedad del cuerpo puede jamás afear la hermosura del alma, si ésta no quiere contaminarse. La única puerta que el pecado tiene para entrar en nosotros es la voluntad, y no habiendo ésta, quédate tranquila, que tu alma está pura y libre de todo pecado. Y habiendo en tí tan buena voluntad y tanto horror al vicio como afirmas, ¿quién ha

podido darte por pecado lo que contra tu voluntad te pasa?

Dicen que es pecado, porque atendida tu fragilidad, das motivo para sentirlo. ¿Pero qué fragilidad es esa? ¿Se entiende acaso por fragilidad los movimientos de la mal inclinada naturaleza? ¡¡Nó!! ¡eso es una necedad! La fragilidad verdadera no está en las sensaciones, ni en la mala inclinación del cuerpo, sino en el consentimiento del alma; y aquí no te veo fragil, sino fuerte como una roca, puesto que aún no se ha quebrado, ni rendido tu voluntad á querer ni consentir la culpa. ¿Pues en dónde está la fragilidad? ¡Y darle á la fragilidad y á que con ella das motivo para sentir tentaciones! ¿Qué motivos son esos? El jugar con las demás y como las demás, el asearte, el ser afable, reirte en las recreaciones, mostrarte cariñosa y familiar, todo con la mejor intención y despreciando cualquier tentación que por eso te venga, ¿es verdadero motivo de pecado? ¿Es eso querer el mal en su causa, cuando no hay tal querer, sino lo contrario? ¿Son por ventura ilícitas esas acciones? ¿Conducen directamente al pecado? ¿Influyen algo en la tentación? Y aunque algo influyeran, ¿no tienes tú derecho para hacer lo que hacen los demás y obrar como obran tus iguales? Y si lo tienes, ¿dónde está la culpa, cuando por una parte falta la voluntad, constitutiva del pecado, y por otra sobra el derecho para obrar así? Y si te niegan ese derecho, ¿por qué te conceden el otro? Si te prohiben esas acciones (de suyo lícitas y honestas) por los efectos que en tí causan, ¿por qué no te prohiben también rezar á los santos y mirar al Crucifijo, causas ocasionales, según afirmas, de los mismos efectos? ¿Por qué quitar una causa y dejar otra igual? *¿Cur tan varie?* ¿Por qué no te hacen de una vez iconoclasta, mandándote quemar las imágenes venerandas? ¿Quién no se horroriza

ante esta última consecuencia á la cual conduce inevitablemente ese rigorismo vituperable? ¿Quién no vé que es falso el principio de donde tal consecuencia se deduce?

Quédate, pues, tranquila, Margarita mia; y en adelante á quien te trate con ese rigorismo, mándalo á leer la teología moral de San Ligorio en el libro 3.° tratado 4.° capítulo 2.° y número 481, donde el Santo Doctor dice cosas muy curiosas, que terminan con este consejo muy consolador para las almas que sufren lo que sufre la tuya: "El que en acciones de suyo lícitas, honestas ó indiferentes, tema sentir ó sienta tentaciones, despréciela y siga adelante; que más bien se librará de ellas despreciándolas, que haciéndolas caso, porque con hacérselo, se aumenta el temor y la tentación."

No temas, pues, ni te apures ni te acobardes por cualquier tentación que sientas en acciones que de suyo no son malas: porque si de veras aborreces el pecado, y te da asco y horror de la impureza, y son puros los afectos de tu alma, nada tienes que temer, pues estás comprendida en el número de aquellos de quienes dijo el Espíritu Santo: *Omnia munda mundis*. Todas las cosas son limpias para los limpios de corazón: y nada hay limpio para el alma impura, que lo contamina todo con sus torpes deseos y depravados afectos.

Esta es la pura verdad, y Dios sabe que te lo digo, no para que pierdas el temor al pecado, sino para apartarte del camino desesperante, en que desaconsejadamente te han metido. Disculpo la buena intención y alabo el celo de los que, por alejarte del mal, te han metido en tales apreturas; porque sin duda han olvidado que los extremos se tocan, que huyendo de *Escila* caigo en *Caribdis*, que el rigorismo en moral está tan condenado como el laxismo, y que en mística, es tan

horrible el jansenismo como el molinismo. La virtud consiste en un término medio, del cual no quiero que te apartes y en todo caso, más vale inclinarnos al rigor que á la blandura, sobre todo en esta materia, en que realmente somos frágiles. Recuerda lo que hicieron los santos por conservar la castidad, y mírate en esos espejos: unos se revolcaron sobre espinas, otros sobre nieve, otros sobre ascuas, otros se afearon el rostro, y todos huyeron los peligros y evitaron familiaridades que no eran ni peligrosas. Aprende, pues, de ellos, y por Dios no tomes pié de lo que te digo para ser menos vigilante en la guarda de la pureza, perque eso me daría mucha pena. ¡Fuera escrúpulos y exageraciones pesimistas; pero viva el santo temor de Dios, que conserva al alma lejos de la culpa!

El otro error en que estás metida es también de mucha monta, porque cierra á tu alma el camino de la santificación. Tarde es ya para comenzar á refutarlo; pero, Dios mediante, no se quedará la refutación en el tintero. Por hoy llevas lo suficiente para tranquilizar tu ánimo acongojado, para respirar con desahogo, y ver que los caminos del Señor son anchos y holgados para los amadores de su ley, como cantó el profeta: *Ambulabam in latitudine....* Adios, y que ésta lleve á tu alma la paz que te desea tu afectísimo P.

Fr. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXX

Engaño de los que por temor á las tentaciones dejan la Oración.

Trepidaverunt timore, ubi non erat timor.

Temblaron de miedo, donde no había que temer.

Sal. 52. 6.

Inolvidable Margarita: Alégrome en el alma de que mi anterior produjera en tí el resultado que me propuse al escribirla, y que ella haya sido para tu alma como el rocío del cielo para las flores marchitas, como la sombra de copuda encina para el segador tostado por los rayos del sol, como fuente cristalina para el caminante sediento, como la luz del sol para quien vivía en mansión tenebrosa, como medicina que calma de repente un dolor agudo, como tabla de salvación al náufrago desvalido, y como mano fuerte que remueve el enorme peso bajo el cual gime sofocado y oprimido el niño, sobre cuyas espaldas cargaron lo que un hombre robusto no podía llevar; y por eso ahora te parece el peso de la religión tan dulce como antes te parecía amargo.

Mucha razón tienes en esto último que dices, porque Jesucristo, verdad infalible, dijo que su yugo es

suave, su carga ligera y el peso de su ley muy facil de llevar: y así es realmente; pero los hombres unas veces por ignorancia, otras por temores infundados, y otras por exageraciones pesimistas, añadimos peso sobre peso y carga sobre carga, haciendo insoportable lo que de suyo es harto llevadero. Hay personas tan exageradas que no saben mantenerse en un buen medio, y si les da por la manga ancha, los verdaderos pecados los miran como escrúpulos de monja; y si les dá por el rigor, las acciones más lícitas les parecen pecado ú ocasión próxima de él. En el primer caso á nada temen y les pasa lo que dice el Salmista, que se apartan del camino del bien y no hay temor de Dios ante sus ojos; y en el segundo acontéceles lo que á otro propósito dijo el mismo profeta, esto es, que se llenan de espanto y tiemblan de miedo, donde no hay por qué temer.

Esto precisamente es lo que te pasa con las tentaciones en la oración por las cuales te creias abandonada de Dios, según decías por estas palabras: "En la oración, en la sagrada comunión, hasta cuando siento algún consuelo espiritual toma parte el cuerpo, y esto me fatiga y me apura y me hace creer que estoy dejada de la mano de Dios, y debo estarlo, cuando los confesores me dicen que deje la oración y las comuniones, si siento esa mala impresión." Estas palabras encierran el otro error de que te hablé en mi anterior, error que paso á combatir para sacarte de él y que sepas á qué atenerte en un punto que puede servirte de mucha ayuda ó de grande obstáculo en tu santificación.

Dígote, pues, que es una solemne tontería en el alma que ama la pureza creerse abandonada de Dios, porque en la oración, en la comunión ó en los consuelos de espíritu, á pesar suyo, siente todo eso que tú me dices: y afirmarle á esa criatura que es pecado lo que siente, y aconsejarle que deje la oración y los ejerci-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cios de piedad para no sentirlo es un error tremendo, un disparate garrafal, el colmo de los errores místicos. Con un consejero de esta clase en cada convento de monjas, tenía el diablo hecho su agosto. No! el simple sentir nunca es pecado, y menos cuando el cuerpo toma parte en las cosas del alma, sin ésta quererlo. Esa es una de las muchas imperfecciones y miserias del hombre, según enseña San Juan de la Cruz por estas palabras:

"Muchas veces acaece que en los mismos ejercicios espirituales, sin ser en manos de ellos, (de los buenos) se levantan y sienten en la sensualidad movimientos no limpios, y á veces aun cuando el espíritu está en mucha oración, ó ejercitando los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Los cuales, sin ser como digo en su mano, proceden de una de tres cosas. La primera procede algunas veces (aunque pocas y en naturales flacos) del gusto que tiene el natural en las cosas espirituales. Porque como gusta el espíritu y sentido, con aquella recreación se mueve cada parte del hombre á deleitarse según su porción y propiedad. Porque entonces el espíritu, se mueve á recreación y gusto de Dios, que es la parte superior; y la sensualidad, que es la parte inferior, se mueve á gusto y deleite sensible, porque no sabe ella tomar ni tener otro. Y así acaece, que el alma está en oración con Dios, según el espíritu; y por otra parte, según el sentido, siente rebeliones y movimientos sensuales pasivamente, no sin harta desgana suya„...

„La segunda causa de donde proceden á veces estas rebeliones es el demonio, que por inquietar y turbar el alma, al tiempo que está en oración ó la quiere tener procura levantar en el natural estos movimientos torpes: con que si al alma se le da algo de ellos, le hace harto daño. Porque no sólo por temor de esto afloja en la oración, que es lo que él pretende, por ponerse á luchar contra ellos; mas aun algunos lo dejan del todo, pareciéndoles que en aquel ejercicio les acaecen más aquellas cosas que fuera de él, como es la verdad; porque se las pone el demonio más en aquella que en otra cosa, para que dejen el ejercicio espiritual. Y no sólo eso, sino que llega á representarles muy al vivo cosas muy feas y torpes, y á veces muy conjuntamente acerca de cualesquiera cosas espirituales y personas que aprovechan sus almas, para aterrarlas y acabarlas; de manera, que los que de ello hacen caso, aun no se atreven á mirar nada ni poner la consideración en nada, porque luego tropiezan en aquello ó esto; particularmente á los que son tocados de melancolía acontece con tanta eficacia y vehemencia, que es de haberles lástima„...

"El tercer origen de donde suelen proceder y hacer guerra estos movimientos torpes, suele ser el temor que ya tienen cobrado estos tales á esos movimientos y representaciones torpes; porque el temor que les dá la súbita memoria en lo que ven ó tratan ó piensan, los hace padecer estos actos sin culpa suya.„ Hasta aquí San Juan de la Cruz. Tenemos, pues, que según la doctrina de este Santo y místico Doctor, no debe temer ni acobardarse el alma casta por las sensaciones impuras que en su cuerpo experimente, ni por ellas debe dejar la oración ni los ejercicios de la vida religiosa, sino despreciar y aborrecer todo lo que sea tentación, sin hacer más caso de ella que del ladrido de un perro atado que no puede romper la cadena. Lo que ha de hacer es no acercarse á donde alcance la cadena, es decir, evitar las ocasiones, huir de los peligros, no dormirse sobre los laureles, no confiar en las victorias pasadas ni tenerse por segura, porque la seguridad es madre del descuido, éste produce el abandono y por ese camino fácilmente se llega al pecado.

La demasiada seguridad en esta materia ha hecho caer á muchos, y no es extraño, porque la seguridad suele ser hija de la soberbia, vicio que según San Gregorio, lo castiga Dios muchas veces, humillando al alma y permitiendo que caiga en el profundo abismo de la torpeza. No te fíes pues de tí misma, y mira como grandes enemigos de la castidad el poco temor de perderla y la mucha seguridad de conservarla. Tanto ésta como aquel hacen al religioso atrevido y negligente, y lo uno y lo otro pone en peligro la pureza del corazón. Quien fía mucho de sí mismo fácilmente se expone á los peligros, y quien se expone á los peligros, suele perecer en ellos. El jugador es el que puede perder, que quien no juega nunca pierde. El nadador que fiado en su destreza se arroja al río, es el que suele ahogarse, que quien tiene miedo de mojarse los pies difícilmente se ahoga.

La conversación y el trato familiar, máxime con personas de otro sexo, es también grande enemigo de la castidad, porque de ahí suele nacer cierto cariño y afición que aunque al principio parezca buena y lo sea, más tarde viene á degenerar y convertirse en peligrosa, si no está el alma muy sobre sí. Por eso nuestro Seráfico Doctor San Buenaventura aconseja al religioso que ande alerta con esas aficiones, aunque se trate de personas virtuosas y recatadas, aunque la afición sea puramente espiritual, porque de lo contrario, si no hay vigilancia, el diablo sacará partido y saldrá con la suya.

Pero como necesariamente hemos de tratar y conversar con los demas, mientras estamos en el mundo; y como de ese trato ha de nacer indispensablemente algún cariño y afición, bueno será darte aquí alguna señal por la cual vengas en conocimiento de si tal afición, es desordenada ú ordenada, peligrosa ó provechosa, que de todo puede haber; y esta señal nos la dará también el Santazo de Fr. Juan de la Cruz en su *Noche obscura*. Según se desprende de su doctrina, entre las personas virtuosas que se tratan y comunican, puede haber una afición espiritual que es buena, por venir de buen principio, y otra afición mala ó imperfecta, por no traer tan buen origen; una que nace de la carne y otra que nace del espíritu; una que procede de la naturaleza y otra que viene de la gracia.

Cuando la afición es puramente espiritual y nace de buen principio, se conoce en que á medida que ella crece, crece también el amor divino y los deseos de perfección; y cuanto más se acuerda uno de aquella persona, tanto más se acuerda de Dios, y le dá más gana de santificarse, y de vivir en Dios, por Dios y para Dios, tanto que este amor divino viene como á eclipsar al otro y dominar sobre él. Mas cuando la afición no es puramente espiritual, y procede de viciado origen ó va mezclada de imperfección, se conoce en que con la memoria de aquella persona no aumenta la memoria y amor de Dios, sino por el contrario se disminuye, dejando en el alma cierto remordimiento de conciencia, y cierto olvido de Dios, como si el amor de la criatura quisiera superar al del Criador. Tal es la diferencia que halla el Santo entre el amor puramente espiritual y el que no tiene tan subidos quilates.

Mide pues, con esta medida tus aficiones, pésalas en la balanza del santuario, examínalas á los destellos de esta luz, y si las hallas defectuosas, arráncalas de tu corazón, ó échalas en el crisol del amor divino hasta que de allí salgan bien purificadas: y si por fortuna son tan puras que no necesiten acrisolación, entonces vive prevenida para no consentir que en adelante se mezcle en ellas nada imperfecto. En una palabra, aparta de tí lo que de Dios te aparte, y acér-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cate á lo que á Dios te acerque, pero con la advertencia de que el corazón no se te pegue á lo que te acerca á Dios, sino á Dios mismo, supremo fin y último objeto de nuestro corazón.

¡Más, mucho más! pudiera decirte de las cosas á que nos obliga el voto de castidad, y de otros varios deberes que nos impone; pero no todos son deberes en este punto, que también hay derechos muy grandes; no todo son obligaciones en este voto, que tiene también privilegios y exenciones dignas de una santa envidia. Si los hombres tuviesen ojos para ver esos privilegios, y luz adecuada para examinarlos, y conocimiento bastante para estimarlos, estoy seguro que la inmensa mayoría profesarían castidad, y Dios tendría que mandar á más de un siervo suyo (como á los antiguos Patriarcas) que tomaran el otro estado para conservar la humanidad sobre la tierra; pero ya que ellos carecen de esa luz, nosotros que la poseemos vamos á examinar con ella nuestros títulos, exenciones, preeminencias, derechos y privilegios, para gozarnos en el Señor, viendo que no todos son deberes y penosas obligaciones; y aquí tienes, si no te desagrada, el objeto á que dedicaremos nuestra siguiente carta. Dispensa lo pesada que va ésta, y ruega á Dios por tu afectísimo Padre,

FR. A.

XXXI

PRIVILEGIOS Y VENTAJAS DE LA VIRGINIDAD

Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.

Todos los bienes me vinieron con ella.

SAP. 7.

CARÍSIMA en Cristo: Veo por la tuya que no sólo te agrada pasar un rato leyendo algo bueno, que se relacione con la virginidad, sino que eso forma tus delicias y tus encantos; y por lo mismo deseas que esta carta dedicada á tratar de los privilegios y dotes de las almas puras, sea muy larga y muy primorosa para prolongar con ella el delicioso rato que esperas. En tratándose de esto—añades—suelo yo decir lo que Salomón dijo de la sabiduría, esto es, que con ella me han venido todos los bienes y todas las virtudes, pues por amor á ésta se me hacen fáciles y agradables los actos más difíciles y penosos de las otras: y si con ella me han venido todos los bienes, dicho se está que recibiré contento y gozo en leer lo que V. me escriba sobre este punto.

Dices bien, Sor Margarita, y para no dilatar más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la empresa, comenzaré recordando los privilegios que Dios promete á los vírgenes por el profeta Isaías, diciendo: Yo les daré entrada en mi casa, y morada dentro de mis muros, y un nombre más glorioso que el que les dan los hijos y las hijas, porque les daré un nombre sempiterno. En cuanto á lo primero que es morar en la casa de Dios y habitar en su palacio, tú que lo gozas, sabes por experiencia lo que esa dicha vale; y si vivir en la casa terrestre del Señor es cosa tan rica, ¿qué será morar en su casa celestial? Pues esa dicha promete Dios á los vírgenes, dándonos á entender que la virginidad tiene el privilegio de ser señal cierta de predestinación. Dice más el Señor; que les dará un nombre glorioso; ¿y cuál será éste? ¡Ah! el dulcísimo, el incomparable, el regaladísimo nombre de esposas de Cristo, como veremos después. Esta es otra gloria de las vírgenes, y esclusivamente de ellas, por lo cual se distinguen del resto de los demás santos que moran en la tierra y en el Cielo.

Otro tercer privilegio tiene la virginidad, y es dar á Dios completa posesión de la persona que la profesa. El corazón de una virgen pertenece enteramente á Dios, no está dividido entre el Creador y las criaturas, porque ella no pertenece ya al mundo. La virgen verdaderamente tal, dice el Apostol que es santa en cuerpo y alma, desprecia todos los placeres de la tierra, no se digna siquiera fijar su vista en los deleites del mundo, y rompiendo con mano fuerte todos los lazos humanos, vuela con la libertad de los hijos de Dios, se remonta al igual de los espíritus puros, y adquiere la soberanía y el imperio de la naturaleza, casi como lo tenía el hombre antes del pecado.

Otro privilegio de la virginidad está incluido en aquellas palabras de Jesucristo: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios. Hay

algo en esa virtud que purifica y fortifica los ojos del alma, alarga su vista ó acorta la distancia que de Dios nos separa, de tal modo, que las almas puras lo ven, aun en este mundo, con más claridad. Por éso dice San Juan Clímaco que el que quiera saber y entender mucho de Dios y de sus perfecciones infinitas, ame mucho la castidad de cuerpo y alma, porque ella es la maestra de los grandes teólogos, y la que los levanta al conocimiento de los misterios divinos. Lo mismo enseña San Gregorio Niseno, diciendo que la pureza es como una atmósfera clara, transparente y diáfana, que permite ver todo cuanto abraza el horizonte; mientras que la impureza es semejante á una atmósfera oscura, llena de vapores condensados y de espesa neblina, que no deja percibir lo que pasa en los divinos horizontes.

El quinto privilegio de las vírgenes es recibir de Dios mayor y más íntimo consuelo que las otras almas. Esto parece ser lo que Dios promete á los que guardan pureza, cuando dice en la Sabiduría que les dará una dicha deleitable, y llena de júbilo santo. Esta virtud celestial que jamás ha sido comprendida por la humana filosofía, paréceles á los amadores del siglo que hace triste y penosa la vida de quien la profesa; y para sacar de este necio error á los mortales, promete Dios aquí una suerte envidiable á los que la guardan. Esta suerte ó esa dicha es un júbilo celestial que reboza en el alma, y no cabiendo en ella, se vierte y se comunica al cuerpo, hasta el extremo de sentir deliquios y verse uno obligado á exclamar con David: Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Vírgenes conozco yo á quienes Dios comunica tanta dulzura interior, que no pudiendo contenerla en lo profundo del alma, prorrumpen en suspiros de amor y en cánticos de alabanzas, glorificando á Dios en el silencio de la

noche; y así como el ruiseñor en tiempo de primavera, posado en arbol frondoso, canta horas enteras sus amores, llenando los aires de melodías y alegrando los oidos del pasajero; así ellas, almas puras en cuerpos castos, llenan los espacios de ardientes exclamaciones, alegrando á los ángeles del Cielo y al mismo Dios.

Otra prerogativa de la virginidad es brillar en la tierra y en el Cielo, como el lirio entre las espinas, como la azucena entre las flores, como el oro entre los metales y como el sol entre los astros; y sobre esta prerogativa está la de seguir los vírgenes en la gloria al Cordero inmaculado por donde quiera que vaya; y sobre ésta la de llevar escritos sobre la frente como auréola de gloria, el nombre gloriosísimo de ese mismo Cordero y el de su Eterno Padre; y sobre ésta la de cantar en su presencia un cántico nuevo, siempre nuevo! que sólo ellos podrán cantar en las alturas: y sobre ésta la de ostentar un título de nobleza la más alta, cual es la de ser el alma reina consorte del rey del Cielo. ¡Qué privilegios y qué prerogativas! Todos ellos constan en la Escritura santa, y de todos ellos nos habla el profeta apocalíptico en su portentosa visión. Vió al Cordero sobre el monte Sión, y con él á una gran multitud que llevaban el nombre de Él y el de su Padre grabados sobre la frente; y oyó una voz del Cielo semejante al ruido de muchas aguas..... y la voz era como de citaristas que tocaban sus cítaras y cantaban un cántico nuevo que nadie más que ellos podían cantar. Estos son..... los vírgenes;.... éstos siguen al Cordero donde quiera que va..... porque fueron hallados sin mancha ante el trono de Dios.

¡Qué hermosísima visión y qué consoladora! En lo más alto del Empíreo, figurado por el monte Sión ve San Juan á Jesucristo, Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y á su alrededor divisa á los vírgenes. ¡Ah! las almas que nunca han manchado su pureza, no pueden vivir más que en lo alto del monte santo, donde se respira el puro aire de la castidad! Se han elevado en la tierra sobre la condición humana, y en el Cielo se elevan también á la cumbre de la gloria. *Y llevan escrito sobre la frente el nombre del Cordero.* ¿Por qué razón? ¡Ah! la gloria de una religiosa, la gloria de una virgen es no haber pertenecido á nadie más que á Jesucristo. Ese nombre divino grabado sobre una frente más blanca y candorosa que el lirio de los valles, lo llevan las vírgenes en el Cielo, porque es el nombre del Esposo celestial á quien se consagraron en la tierra. *Y cantan un cántico nuevo que sólo ellas pueden cantar.* ¿Qué cántico será éste? sin duda el cántico de la gratitud, el cántico del amor, el cantar de la pureza, el himno de triunfo, el himno de la victoria conseguida después de largos combates con el mundo, el demonio y la carne, por conservar intacta la flor de la virginidad. ¡Oh qué cántico será aquél! qué divinas armonías! qué concierto tan inefable! quién pudiera escucharlo y tomar parte en él! Y añade el texto que *siguen al Cordero donde quiera que va,* porque la esposa debe seguir á su esposo, y la Virgen á Dios consagrada es verdadera esposa de Cristo, lo cual constituye su mayor título y el más grande de sus privilegios.

En la misma Escritura hallamos este incomparable título: San Pablo dice á los Corintios: Os he desposado con Cristo, para presentaros como virgen casta al único Esposo; y los Santos Padres dicen que este desposorio es perfecto, cuando un alma se une á Cristo, consagrándose á Él con voto de perpetua virginidad. El mismo Salvador se llama á sí propio en el Evangelio *Esposo,* y la Iglesia, maestra de la verdad, dice quién es la desposada, cuando entona en la profesión de la religiosa aquel sublime canto que empieza así: Ven, espo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sa de Jesús, y recibe la corona..... Pues, siendo las vírgenes esposas de Jesús, claro está que si son fieles, comunican con Él confidencialmente, son de Él amadas con amor más especial, están unidas á Él con más estrechos lazos, y alcanzan de Él mayores gracias.

Aquí tienes en compendio, no todos, sino sólo catorce privilegios de la Virginidad. Ella es señal de predestinación, da al alma un nombre glorioso, la hace herencia y propiedad de Dios, comunica un conocimiento más claro de la divinidad, inunda al alma de júbilo santo, la adorna de cierta luz que la hace brillar como el sol entre los astros, sigue de cerca al Cordero divino, es adornada con el nombre del Esposo celestial, cántale á éste un cántico singular y siempre nuevo, hace al alma esposa de Cristo, comunica con Él más confiadamente, recibe mayores gracias, está unida á Dios con más estrecho lazo, y alcanza para los demás favores especiales.

Bien declaró este último privilegio el gran San Leandro, Arzobispo de Sevilla. Tenía este Santo una hermana virgen, llamada Florentina; y con ser tantos los méritos de este varón esclarecido, puso toda su confianza en los méritos de su santa hermana, por haberla él consagrado á Dios con el velo de religiosa. Y así le escribe diciendo: "Tu eres mi seguridad y defensa en el tribunal de Cristo; tú la prenda por cuyo respeto espero obtener sentencia favorable; tú la víctima preciosa que expiará mis faltas; no ha de entristecerte ni negarte nada el que te escogió para esposa, y por esto tu desposorio con Cristo me da esperanza de salvación, porque el amor que Él te tiene le obligará á tratarme con indulgencia. Teniéndote por hermana, no temo tanto el juicio, porque el castigo que merezca se aplacará, si tu castidad se pone por medio. Por no contristarte el Juez á tí, me perdonará á mí, para que

no perezca el hermano de la que desposó consigo. Ten pues, piedad de mí, querida hermana; y la pureza, que á tí te sirve de gloria, sírvame á mí de sufragio; y la virginidad, que será tu corona, sea también la causa de mi perdón."

Lo mismo te digo yo á tí, querida Margarita, antes de poner fin á la presente: mucho confío en tus oraciones y en tu título de esposa de Cristo: sírvete de él para hacer algo en favor de tu afectísimo Padre,

FR. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXII

De la clausura y encerramiento de las monjas

Intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua.

Entraron con el Esposo á las bodas y se cerró la puerta.

MAT. 25.

Querida Margarita: Dice Jesucristo en su Evangelio, que cuando las vírgenes prudentes entraron á las bodas del celestial Esposo, cerróse la puerta y ellas quedaron en clausura: *et clausa est janua.* Esto parece una imagen de lo que pasa á la verdadera monja, que cuando entra en el convento para hacer su profesión, se cierra tras de ella la puerta, la cual no se ha de abrir más para dejarla salir al mundo que renunció. Esta clausura y apartamiento del mundo se ha mirado siempre como la mejor defensa y guarda de la virginidad; porque así como el lirio cercado de espinas se libra del asalto de los animales, así la pureza santa se conserva intacta, se libra de los aires corrompidos del siglo y de los peligros del mundo entre los muros del claustro. Por esto la Iglesia santa ha recomendado siempre á las vírgenes la soledad y el

retiro del mundo, hasta que andando el tiempo lo prescribió con precepto formal á las religiosas, instituyendo el voto de clausura. Sobre este voto y sus correspondientes obligaciones quieres tú que te escriba extensamente por dos motivos: el primero, porque los libros que tratan de los otros votos apenas nombran á éste; y el segundo, porque te parece que en los conventos deben pasar cosillas opuestas á él, más por ignorancia que por ninguna otra causa.

Tienes mucha razón, Sor Margarita; el voto de clausura es más serio de lo que muchos piensan, é impone preceptos muy formales, no sólo á las religiosas, sino también á los seglares; á éstos prohibe la entrada en clausura sin legítima causa, y á ellas prohibe la salida con mayor rigor. Oigamos cómo habla el sagrado Concilio de Trento: "A ninguna monja es lícito salir del convento después de profesa, ni un solo momento ni por ningún pretexto..... á pesar de cuantos indultos y privilegios tuviere. Tampoco es lícito á persona alguna, de cualquier linaje, condición, sexo ó edad que sea, entrar dentro de la clausura del monasterio, so pena de quedar excomulgado en el mismo acto." Donde es mucho de notar que la excomunión se refiere tanto á la monja que sale, como á la persona que entra. Y para que no haya duda en este punto, el Santo Pontífice Pío IX, en la famosa Bula *Apostolicæ sedis*, confirmó en los mismos términos la excomunión contra la religiosa que sale de la clausura, contra la persona que entra en ella y contra las monjas que introducen ó admiten á la tal persona.

Es verdad que no pecaría la religiosa que en un caso muy apurado, como en un incendio que abrase el convento, una inundación que las ponga en peligro de ahogarse ú otro caso por el estilo, quebrantara la clausura por salvar su vida; pero fuera de esos casos de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

extrema necesidad, peca la monja que sale de la clausura é incurre en excomunión, y eso aunque salga sólo por un momento ó por broma y sin ánimo de apostatar; y aun le bastaría para incurrir en ese doble crimen sacar fuera de la puerta ó del muro de la clausura la mayor parte del cuerpo. Es cierto también que puede entrar el médico para curar las enfermas, el sacerdote para administrar los sacramentos, el que ha de hacer dentro algún trabajo que no pueden hacerlo las monjas y el prelado ó su delegado en visita canónica, que no se hace más de una vez al año; pero en estos casos manda el derecho que el visitador y confesor regular vayan con honesta compañía, y todos los demás sean vigilados y acompañados por las religiosas más graves ó las que tengan el cargo de hacerlo, por guardar consigo las llaves de la clausura. Fuera de estos casos, no se puede entrar en ella sin incurrir en pecado y en la excomunión reservada al Papa.

Esto te parecerá muy rígido y muy severo por los abusos que hay en contrario; pero esta es la ley, esta es la verdad, y los decretos que sobre este punto ha dado la Sagrada Congregación, son bien claros para que dejen lugar á duda. Fíjate en lo que dicen éstos que copio aquí con la fecha en que fueron dados. "El confesor (ó capellán) no puede entrar en la clausura para hacer las exequias de una monja difunta. (Sac. Cong. Ep. 10 Martii 1577.) Ni para rociar las celdas con agua bendita el Sábado Santo (Sac. Cong. Ep. 4 Sept. 1566.) Ni para acompañar al médico ó trabajadores; ni para confesar á una enferma ó tullida que pueda bajar ó ser bajada á las rejas; ni para imponer el hábito á alguna; ni para un enterramiento. (Sac. Cong. Ep. 13 Sept. 1583;)„ Y si esto está prohibido, ¿qué diré de la diabólica costumbre de meter por el torno niños pequeñitos de la familia (ó extraños) para que las religiosas los vean y los acaricien? Esto está tan prohibido, que las religiosas que lo consienten pecan mortalmente y caen en la excomunión, porque es un quebrantamiento de clausura, pues el Concilio prohibe la entrada, cualquiera que sea la edad, sexo y condición de quien entra.

Hay en esta materia otro engaño que no quiero dejar pasar, y es que cuando por una justa causa de las arriba indicadas entra una persona en la clausura, cree (y aun lo creen muchas monjas) que ya puede verlo ó recorrerlo todo y estar allí el tiempo que se le antoje. Nada más falso que este modo de pensar. El médico, confesor, trabajador, etc., etc., que entra en el monasterio, no puede estar en él más tiempo que el necesario para cumplir con su deber; y si demora la salida por más de un cuarto de hora después de terminado el negocio que lo lleva á la clausura, todos los autores lo dan por pecado mortal en él y en quien lo consiente; si bien es verdad que en este caso no incurrirán en excomunión por haber entrado con legítima causa. Tampoco puede recorrer á su antojo el convento, ni ser invitado á ésto por las religiosas, porque (como ha sido ordenado muchas veces por la Santa Sede), terminado el asunto que detiene á un seglar en la clausura, vía recta debe salir de ella, sin andar rodeando ni visitando las dependencias del monasterio. Y ¡ojalá que la clausura se guardara en todas partes con este rigor que prescribe la Iglesia, que así florecería la observancia y no habría tantas ortigas en el jardín de las esposas de Cristo! Miren bien las Prioras y Abadesas lo que consienten en este punto, porque de ello han de dar estrecha cuenta á Dios. Y cuida tú, mi querida Margarita, no sólo de la clausura del cuerpo, sino del espíritu también. Huye del trato y aun de la vista de toda persona que entre en el convento, y ten cerrado tu

corazón y tu mente para que no se vayan á vaguear por el mundo, que así tendrás aseguradas las flores de la pureza santa, que son las más hermosas de tu jardín.

Complemento de la ley de la clausura son las otras cosas que la Iglesia tiene mandadas ó prohibidas en el trato con las monjas. Hubo un tiempo en que se prohibió bajo severísimas penas el trato y conversación frecuente con las religiosas. El Concilio Lateranense impuso excomunión á los seglares y á los clérigos suspensión *a divinis*, si hablan frecuentemente con religiosas; y esta frecuencia la entienden por tres días seguidos los moralistas, ó tres veces en un día, ó una vez al mes, durante un año. Y á los religiosos prohibió el Papa Sixto V el hablar con las monjas, bajo pena de pecado mortal y privación de voz activa y pasiva, aunque sólo hablaran una vez durante veinticinco minutos. Y lo más gracioso es que estas leyes no han sido abrogadas ni revocadas por nadie, sino al contrario, confirmadas varias veces por la Sagrada Congregación y puestas en práctica en muchas partes. Sólo exceptúa esta ley á los parientes de la monja en primero y segundo grado, aunque sean religiosos: pero en este caso han de tener licencia del Obispo y no han de hablar más de cuatro veces al año. Estos son los exceptuados en la ley, juntamente con los pobres que piden limosna y otros semejantes. Tal es la ley general de la Iglesia, y ojalá que se observara en todo su rigor; pero aquí en España nunca ha estado vigente, y la costumbre en contrario se puede seguir, según el Padre Morán y otros autores, con tal que no traspase los límites de la honestidad y la conveniencia.

Bien sea por el carácter piadoso y esencialmente católico de nuestro pueblo, bien por el profundo respeto con que siempre ha mirado á las Esposas del Cordero, ó bien por las gloriosas tradiciones que unen á Clero y pueblo con los religiosos y religiosas desde los tiempos de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, San Ignacio de Loyola y el Beato Ávila; bien sea por esto ó por lo otro, el resultado es que esa ley no se ha hecho lugar entre nosotros y la costumbre contraria ha corrido siempre (aun entre los regulares y el Clero) sin que los Obispos hayan reclamado, ni se hayan visto en la precisión de tener que aplicar la ley. Antes al contrario, me consta de alguno que ha mostrado extrañeza, cuando se ha pedido licencia para hablar con religiosas, como dando á entender que la ley consuetudinal es legítima y bien fundada. Esto habla muy alto en favor de las religiosas, que son miradas con tanto mayor respeto, cuanto más alejadas viven del mundo y más desdeñan las visitas de toda clase de personas. ¡Ojalá que siempre fuera así! ¡ojalá que las religiosas no perdieran nunca su buena fama, ni los españoles su buen sentido!

Pero ¡ay! atravesamos tiempos muy malos; el demonio hace esfuerzos por introducir la abominación de la desolación en el lugar santo, y es preciso que estemos muy alerta y andemos sobre aviso, para que no entren las babosas á empañar con su impura baba las azucenas de Cristo. Pero ¿qué digo? ¿Nó han entrado ya alguna vez? ¿No hay gomosos que se pegan á las rejas de un locutorio, sin que haya una religiosa digna que á escobazos los eche de allí? ¿No hay perillanes que llegan á introducirse en el corazón de las religiosas, como asquerosos gusanos en el cáliz de una flor? ¿Y no hay también algunas religiosas que, si con el cuerpo viven en el claustro, tienen el pensamiento y el corazón fuera de él? ¿Y de dónde procede ésto, sino de la inobservancia de la clausura? ¿De dónde proviene, sino del trato con el mundo? ¿Por qué no se cierran

todos los locutorios de monjas á piedra y lodo? ¿Por qué no tienen doblada plancha metálica, y tupido velo, para que no vean ni sean vistas? ¿O por qué las preladas no arrojan de él con piedra y honda á los que vienen á quitar el tiempo á las religiosas, y otra cosa que vale más que el tiempo, los afectos, que deben ser sólo para Dios? ¡Oh, qué mal me sabe la amistad que se traba por entre rejas y velos! Bien ha hecho la Iglesia con dar leyes tan estrechas, para tener seguro en el recinto de los claustros el tesoro de la virginidad! porque el licor precioso sólo se conserva encerrado é incomunicado con la atmósfera.

Quiera el cielo que todas las religiosas se persuadan de esta verdad y vivan gustosamente encerradas é incomunicadas con el siglo para que no las inficionen sus aires corrompidos. A lo menos tú, hija mia, hazlo así; pórtate como esposa de Cristo y enemiga del mundo, para conseguir la santidad que te desea tu afectísimo Padre,

FR. A.

XXXIII

LA SOLEDAD COMPAÑERA DE LA CLAUSURA

Elongavi fugiens et mansi in solitudine.

Me alejé huyendo, y reposé en la soledad.

PSAL. 54. 8.

HIJA mía muy amada en el Divino Corazón: Dices que mi anterior te ha estremecido, te ha llenado de espanto y te ha hecho llorar, al ver la razón con que me quejo del descuido de algunas religiosas y la energía con que reprendo el trato y conversación con el mundo. Crees tú que yo no escribiría de ese modo, si la experiencia no me hubiera enseñado que de ahí se originan grandes males para las Esposas de Cristo; y como religiosa prudente y discreta sacas inmediatamente la consecuencia, diciendo que para evitar peligros y remordimientos lo mejor será no ir nunca á las rejas, aborrecer el mundo, amar el retiro y huir á la soledad. ¡Qué bien me parece esto! Esto es imitar la cordura del rey David que dice en un salmo. "El temor y el temblor han venido sobre mí; me han cercado las tinieblas, y heme visto precisado á excla-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mar: ¡Quién me diera alas de paloma para volar y descansar! Y he aquí que me alejé huyendo y reposé en la soledad.„ ¡Dichosa tú, si ese temor santo que se apodera de tu alma, te da como al rey profeta alas de paloma para huir del mundo y morar gustosa en la soledad! porque, si bien lo consideras, ella es la guarda de la inocencia y uno de los mejores medios para la santificación de las religiosas.

Es cosa indubitable que el alma no puede santificarse sin los auxilios de la gracia y las inspiraciones de lo alto: y por experiencia sabemos que el trato con las gentes, los negocios seculares y el ruido del mundo, nos ensordece y nos inhabilita para oir la suave y dulce voz de las inspiraciones divinas. Por eso dice el Señor, hablando del alma que quiere santificar, que la llevará á la soledad y le hablará al corazón; mas esto se debe entender, no precisamente de la soledad del cuerpo, sino de la soledad del alma, puesto que como dice San Bernardo, Dios no es cuerpo sino espíritu, y así no pide soledad corporal, sino espiritual. Porque ¿de qué le aprovecharía á una monja la soledad exterior, si tuviera el interior distraido y su corazón en medio del ruído y tráfago del mundo? Lo que Dios quiere es que allá dentro del corazón haga la religiosa una morada solitaria, donde viva unida con su Dios, sin que basten á separarla de Él todas las ocupaciones y negocios en que le ponga la obediencia. Esto es lo que Dios desea y lo que Él nos pide.

Aquí podrás objetarme que, si se junta esa abstracción del mundo con el recojimiento interior, y éste con el silencio exterior, y todo eso con la clausura, el convento parecerá un desierto y las monjas anacoretas ó ermitañas: y que esto haría la vida religiosa melancólica y triste. La primera parte de la objeción te la concedo, advirtiéndote antes que estás muy engañada, si

piensas que no debe ser así. Poco alcanzas en achaques de etimologías, si ignoras que la palabra monja significa solitaria, anacoreta, ermitaña ó mujer que vive en soledad; y monasterio ó convento el lugar donde convienen ó se juntan esas anacoretas para vivir bajo una misma regla, sin dejar por eso su recogimiento y retiro, tanto interior como exterior. De modo que, si por esta causa el monasterio parece un desierto y las monjas solitarias, no hacen más que parecer lo que en realidad deben ser. La monja debe vivir en retiro constante, huyendo siempre del comercio del mundo y del trato con los hombres, porque debe vivir sólo para Dios: y muchas no viven para Dios, sino para sí mismas y quizás para el mundo. ¡Qué lástima!

Lo que no puedo concederte es la otra parte de la objeción, á saber, que la soledad y el retiro hagan triste y amarga la vida religiosa. Antes que tú me han hecho de palabras esa misma objeción. Una Priora llegó á decirme (con cierto tonillo de doctora) que el mucho retiro no conviene á las monjitas, porque se vuelven melancólicas y ponen una carita muy triste ¡Qué expresión tan mundana! Quien me la dijo me pareció algún tanto aseglarada, y seguramente no había gustado nunca las dulzuras del retiro santo. ¡Qué ignorancia, Dios mio! ¿Amarga la soledad? ¿Triste el retiro? ¿Hay acaso en la vida cosa más agradable y deleitosa que la soledad santa, donde el entendimiento recogido y el corazón desembarazado de aficiones terrenas se unen á Dios recreándose con sus celestiales coloquios? ¿En dónde nos visitan los ángeles del cielo, y en dónde nos habla Dios interiormente más que en la soledad? En ella se llena el alma de afectos devotos, se ejercita en las divinas alabanzas, adquiere inocencia de vida, libra sus ojos de vanidades seductoras, no necesita para su lengua freno que la guarde de contiendas y porfías

y todo le ayuda á levantar su mente al cielo y purificar su corazón. Y, para decirlo de una vez, la religiosa que ama la soledad de su celda y en ella mora, vive en delicias llena de alegres esperanzas, tranquila de ánimo, segura de conciencia, amada de Dios y rodeada de ángeles: allí tiene una quietud apacible, un dulce sosiego y posee silencio celestial en vez del mundanal ruído, y tranquilidad en lugar de perturbación, y libertad sin servidumbre, y descanso sin pena, y alegria sin tristeza y gozo sin fastidio que le impida levantar su corazón á Dios.

¡Oh soledad! tú elevas
De este suelo lodoso y polvoriento
Al hombre; ¡tú le llevas
Al alto firmamento
En alas de sublime pensamiento!

¡Ay del que te contempla,
Oh grata soledad, y tu alegría
Sus pesares no templa!
¡Ay del que se desvía,
De tu dulce y amable compañía!

Yo tengo por desgraciada á la religiosa que no es amiga de la soledad y por infeliz al religioso que está bienavenido con los quehaceres que le apartan del retiro de su celda. Nosotros dejamos al mundo, porque no queríamos pertenecer á él; y no queríamos pertenecer á él, porque nos apartaba de Dios; y porque nos apartaba de Dios, buscamos la soledad del claustro, para librarnos de sus lazos; ¿pues cómo somos tan inconsecuentes y tornadizos, que volvemos á ligarnos con los lazos que rompimos?

No es la soledad, como piensan muchos, causa de tristeza para los buenos religiosos, sino al contrario, causa de gozo y delicias inefables. Esa es una buena

señal para juzgar del aprovechamiento de las monjas, porque así como la salud y enfermedad del cuerpo tienen sus síntomas por los cuales se descubren, así también el aprovechamiento ó desaprovechamiento del religioso se conoce por ésta y otras señales. Cuando vemos á uno de mal color, amarillo, con ojeras, inquieto, sin reposo y sin poderse dedicar á su oficio ó sus negocios, decimos: Mal anda fulano; ¡no está bien de salud! Pero cuando le vemos colorado, de buen semblante, tranquilo, quieto y ocupado constantemente en su oficio, entonces decimos: Bien está fulano: da gusto verlo trabajar. Pues del mismo modo cuando vemos una monja habladorcilla, inquieta, corriendo de acá para allá, frecuentando el locutorio, preguntando cosas del siglo, acercándose mucho al torno, comunicándose mucho con la familia (ó no familia), sin sosiego en la celda y sin poderse dedicar muchas horas á la soledad y á la oración, que es su verdadero negocio, entonces decimos: Mal anda Sor Fulana, poco aprovechada está; lástima causa verla. Mas. por el contrario, si la vemos recogida, amiga del retiro, enemiga de traer ó llevar noticias, que va al coro corriendo y al locutorio arrastrando, quieta y sosegada en su celda ó su oración, pasando en esto horas enteras, entonces decimos: Bien está esa monjita: cada día adelanta más: ¡da gusto verla!

Podrá ser que la religiosa que así vive, parezca triste, por la igualdad de su trato y lo escaso de su conversación; y que la otra parezca alegre, por la liviandad de su porte, la ligereza y risa de su trato y su demasiada charla; pero esta alegría es vana y mezclada de penas, como aquella de quien dice la Escritura que *dolore miscebitur;* mientras que la tristeza de la otra es sólo aparente y está llena de gozo, según aquello que dice el Apostol: *Quasi tristes, semper autem gaudentes·*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aunque parece que anda triste, no existe la tristeza más que en la apariencia, porque su corazón está lleno de gozo y de los consuelos divinos que Dios comunica en el retiro. La otra sí que está triste, porque aunque la veais reir y andar contenta, ese contento es sólo aparente, por sentir en su corazón la amargura del remordimiento y la tristeza que deja en el alma el tiempo perdido y la gracia mal empleada. Y si no, véalo cada cual en sí misma. ¿Cuándo ha sentido más pena y mayor vacío en su corazón, que cuando ha empleado un dia lejos del retiro, en pasatiempos y conversaciones impropias de una religiosa? ¿Y cuándo ha sentido más gozo en su alma y más consuelo en su espíritu, que cuando ha estado retirada todo el dia ó pasado una hora en fervorosa oración? ¿No es verdad que al salir de ella, se halla el corazón rebosando de alegría? ¿No es verdad que entónces fastidian todas las cosas del mundo y sólo agrada el retiro y el silencio? ¿Cuándo está el alma más lejos de la tristeza que cuando ama la soledad? ¿Y cuándo se desengañarán las religiosas de que la verdadera alegría está en acogerse á ella y en apartarse del trato del mundo?

Persuádete, querida Margarita, de que una religiosa que no ama la soledad, no puede estar bien con Dios, ni con los prójimos, ni consigo misma; es imposible que sin guardar retiro, viva ella contenta ni pueda contentar á las demás, ni mucho menos á Dios que la quiere solitaria y silenciosa para que oiga las palabras de vida eterna que Él nos habla al corazón. Por eso, hija mia, te encargo el retiro, *mucho retiro!* que en él hay encerrados tantos bienes como te dirá otro dia tu afectísimo P.

Fr. A.

XXXIV

Alabanzas y provechos de la soledad.

Ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus.

La llevaré á la soledad, y le hablaré al corazón.

Oseas, II. 14.

Devota sierva de Cristo: Aunque no tuviera la soledad más ventaja que la prometida por Dios en las palabras que dejo escritas, ella bastaría para hacerla recomendable y deseable. La soledad es el lugar en que se encuentra el alma con Dios, y en que se junta á conversar Él con ella; el alma á preguntar, y Dios á responder amorosamente. A la soledad huían los Patriarcas, y á ella se acogían los Profetas, cuando querían tratar algo con Dios: á la soledad se retiraban los Apóstoles, en ella se escondían los mártires, y á ella se refugiaban las vírgenes; éstas para guardar su pureza, los otros para aprender á vencer los tormentos, y todos para tratar con Dios, ofreciéndole una oración pura y fervorosa, libre de cuidados terrenos y llena de celeste suavidad. Pues si tú, Sor Margarita, quieres aprender cosas tan sublimes como se aprenden en el trato con Dios, y sacar de este trato

Aunque parece que anda triste, no existe la tristeza más que en la apariencia, porque su corazón está lleno de gozo y de los consuelos divinos que Dios comunica en el retiro. La otra sí que está triste, porque aunque la veais reir y andar contenta, ese contento es sólo aparente, por sentir en su corazón la amargura del remordimiento y la tristeza que deja en el alma el tiempo perdido y la gracia mal empleada. Y si no, véalo cada cual en sí misma. ¿Cuándo ha sentido más pena y mayor vacío en su corazón, que cuando ha empleado un dia lejos del retiro, en pasatiempos y conversaciones impropias de una religiosa? ¿Y cuándo ha sentido más gozo en su alma y más consuelo en su espíritu, que cuando ha estado retirada todo el dia ó pasado una hora en fervorosa oración? ¿No es verdad que al salir de ella, se halla el corazón rebosando de alegría? ¿No es verdad que entónces fastidian todas las cosas del mundo y sólo agrada el retiro y el silencio? ¿Cuándo está el alma más lejos de la tristeza que cuando ama la soledad? ¿Y cuándo se desengañarán las religiosas de que la verdadera alegría está en acogerse á ella y en apartarse del trato del mundo?

Persuádete, querida Margarita, de que una religiosa que no ama la soledad, no puede estar bien con Dios, ni con los prójimos, ni consigo misma; es imposible que sin guardar retiro, viva ella contenta ni pueda contentar á las demás, ni mucho menos á Dios que la quiere solitaria y silenciosa para que oiga las palabras de vida eterna que Él nos habla al corazón. Por eso, hija mia, te encargo el retiro, *mucho retiro!* que en él hay encerrados tantos bienes como te dirá otro dia tu afectísimo P.

Fr. A.

XXXIV

Alabanzas y provechos de la soledad.

Ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus.

La llevaré á la soledad, y le hablaré al corazón.

Oseas, II. 14.

Devota sierva de Cristo: Aunque no tuviera la soledad más ventaja que la prometida por Dios en las palabras que dejo escritas, ella bastaría para hacerla recomendable y deseable. La soledad es el lugar en que se encuentra el alma con Dios, y en que se junta á conversar Él con ella; el alma á preguntar, y Dios á responder amorosamente. A la soledad huían los Patriarcas, y á ella se acogían los Profetas, cuando querían tratar algo con Dios: á la soledad se retiraban los Apóstoles, en ella se escondían los mártires, y á ella se refugiaban las vírgenes; éstas para guardar su pureza, los otros para aprender á vencer los tormentos, y todos para tratar con Dios, ofreciéndole una oración pura y fervorosa, libre de cuidados terrenos y llena de celeste suavidad. Pues si tú, Sor Margarita, quieres aprender cosas tan sublimes como se aprenden en el trato con Dios, y sacar de este trato

muchos y divinos bienes, menester es que te acojas también á la soledad que es maestra de todo eso.

Ya te indiqué en mi anterior, que iba á tratar de los bienes y provechos que en sí tiene la soledad, por parecerme que esto era necesario para hacértela cada dia más amable. Naturalmente somos amigos de la disipación y de las vanas conversaciones, por ser esto suave y de buen gusto para nuestra mala inclinación; y somos enemigos de la soledad y el retiro, por ser esto áspero y desabrido al paladar de nuestra corrompida naturaleza; y de aquí nace que algunos religiosos, aunque amen la soledad, huyan de ella, como hace el niño enfermo, que aunque estima la salud, detesta la medicina, por parecerle amarga ó desabrida; de modo que para tomarla es preciso que antes la endulcen y le pongan delante el azúcar, y le digan uno por uno los provechos que se le seguirán, si la toma. Esto mismo haré hoy contigo, no porque seas niña en la virtud, ni porque necesites de esto para vivir siempre retirada, sino para que tú, como maestra, puedas persuadir esta verdad á las que lo necesitan.

Pues el primero y el mayor de estos bienes es el trato y unión con Dios, que en la soledad se experimenta. Bien lo dijo el extático San Juan de la Cruz, ¡como que le había gustado por experiencia! En la canción treinta y cinco de su inimitable *Cántico espiritual entre el alma y Cristo*, dice que ella, como paloma casta

En soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guía
A solas su querido,
También en soledad de amor herido.

Y declarando el Santo esta canción, dice que dos cosas hace en ella el Esposo divino: la primera alabar la soledad en que el alma quiso vivir, diciendo cómo fué

medio para en ella hallar y gozar á su Amado...., y la segunda decir que por cuanto ella se ha querido quedar á solas de todas las cosas criadas por su Esposo, Él mismo, enamorado de ella por esta su soledad, se ha hecho cuidado de ella, recibiéndola en sus brazos, apacentándola en sí de todos los bienes y guiando su espíritu á las cosas altas de Dios..... Quiere decir que en esa soledad en que el alma está á solas con su divino Esposo, Él la guía y mueve y levanta á las cosas divinas; conviene á saber, su entendimiento á las divinas inteligencias, su voluntad al amor divino y su memoria á recuerdos celestiales; porque memoria, voluntad y entendimiento con la soledad se hacen aptos para esa elevación. De este modo la guía su querido,

También en soledad de amor herido.

Esto es, herido del amor de ella, porque además de amar mucho el Esposo á la soledad del alma, está mucho más herido del amor de ella, por haberse ella querido quedar á solas de todas las cosas, por cuanto estaba herida de amor de Él; y así Él no quiso dejarla sola, sino que herido de ella por la soledad que por Él tiene, viendo que no se contenta con otra cosa, Él solo la guía á sí, trayéndola y absorbiéndola en sí, lo cual no hiciera Él á ella, si no la hubiera hallado en la soledad espiritual.

No se me oculta que en todo este pasaje habla el místico Doctor de una soledad muy superior al retiro de la celda, de que yo te hablo; mas á pesar de eso, he querido poner aquí sus palabras para que por ellas veas lo que vale la soledad y á cuán estrecha unión con Dios puede llevarnos. Porque, en hecho de verdad, si se endiosa el alma en alguna parte, es en la soledad, donde ella posee á Dios y se siente de Él poseída, pu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diéndose contar (aunque de un modo pasajero) entre los bienaventurados. Y así suele ser, porque como afirma San Bernardo, los ángeles y bienaventurados tienen especial gusto en tratar con los que se retiran del bullicio del mundo y viven en soledad, lo cual es otra grande alabanza de la vida retirada.

De aquí podemos colegir que la monja recogida y amante de su celda estará bien con Dios y lo hallará sin buscarlo; mientras que la religiosa disipada y poco amiga de su celda, no lo encontrará ni dará con Él, por más que lo busque por calles y plazas, como la Esposa de los Cantares. De aquí proviene la sequedad y el desconsuelo de ésta, como el consuelo y dulzura de la otra; porque los ojos y el corazón, las lágrimas y los afectos se secan con los aires del mundo y se humedecen con los del retiro. En él suele dar nuestro Señor la compunción dulcísima de los pecados y el llanto que lava, purifica, riega y fecundiza al alma; por eso San Basilio llama á la soledad manantial y fuente de puras y sabrosas lágrimas.

¿Pues qué diré de la paz que el alma goza en la soledad de la celda? Allí tienen fin todos los pleitos, rencillas y quejas de la mísera condición humana, porque un religioso retirado no tiene quejas de nadie más que de sí propio. Ya lo dijo San Pedro Damiano cuando exclamó: ¡Oh soledad venturosa y qué fuerza tienes para templar los desasosiegos y turbaciones del alma! En tí se apaga la llama de la ira y se adormecen las pasiones, y se endulzan los amargos sentimientos y se libra uno de los juicios, siempre injustos, de los hombres! Sobre estos provechos tan grandes está el adelanto espiritual y el aumento de méritos que se alcanzan en el retiro; que por eso lo llamó San Basilio tienda de preciosas mercancías, porque, según dice el santo Doctor, la oración, el silencio, la guarda de los

sentidos y la mortificación constante son mercancías que se compran y recogen en la soledad para cambiarlas después por el reino de los cielos.

Tiene también la soledad otra grande ventaja, y es hacer venerable y respetable al alma que mora en ella. No sé lo que tiene el retiro, que el religioso más retirado suele ser siempre el más querido y mejor mirado dentro y fuera del convento: dentro, porque su recogimiento le hace digno del aprecio de los demás; y fuera, porque á los ojos del pueblo aparece como esas imágenes venerandas que apenas se descubren ni se dejan ver más de tres ó cuatro veces al año. Tal vez de aquí nació aquel adagio: *la familiaridad engendra desprecio*, y el trato austero estimación: adagio que la experiencia enseña ser harto verdadero, cuando se aplica al religioso bullanguero y al solitario y recatado. Finalmente, si quisiera poner aquí las alabanzas que los santos traen de la soledad y el retiro, sería cosa de estar escribiendo una semana contínua, y después de todo no resultaría una carta con tantos elogios como trae la que escribió San Jerónimo á su amigo Eliodoro, *de laude solitariæ vitæ*.

Por eso voy á poner fin amontonando aquí algunas de las muchas alabanzas que los santos dicen de ella. ¿Pero quién podrá decir lo que es y lo que vale la soledad? Ella es fragua del amor divino, maestra de la oración, vida de las virtudes, muerte de todos los vicios, puerto de seguridad, refugio del alma casta, asilo de perseguidos, morada de paz inalterable y delicias de todos los santos. Ella es la madre de los altos y elevados pensamientos, la consoladora de los afligidos, la palestra de los ejercitados, la guarda de la inocencia, el manantial de las gracias, la fuente de la compunción y la santificadora de los que á ella se acogen. Ella es la que calma las tempestades del corazón, la que

nos descubre los secretos del cielo, la que acaba con el estrépito del mundo, la que engendra los buenos deseos, la que echa los cimientos de la humildad y la que corona el edificio de la perfección religiosa. En ella se une el alma con su Dios, goza la compañía de los ángeles, adelanta en todas las virtudes, se libra de las tinieblas del mundo, es iluminada con lumbre del cielo y guiada por secretos caminos al alto monte de la santidad. En ella es herida el alma con la flecha del amor divino, se encienden más y más los buenos deseos, se apaga la centella de la ira, se adormecen las otras pasiones, se endulzan los pesares de la vida y nos libramos de la lengua de los mortales. ¿Pero á qué proseguir? Digamos de una vez que es jardín de las flores de Cristo, anhelo de todos los santos, fomento de todos los bienes espirituales, escala para subir al cielo y lazo que ata al alma con su Hacedor.

Si después de sabidas estas cosas, no haces un esfuerzo por gustar los bienes que encierra la soledad, te parecerías, querida Margarita, al pobre que teniendo delante y á su disposición un arca llena de oro, se quedara siendo un miserable, por no probar á abrirla, ó por no tomarse el trabajo de romperla. Prueba á vivir siempre retirada, á esconderte en tu celda, á poner tu nido en la soledad y verás como en ella te habla

El esposo querido,
También en soledad de amor herido.

¡Qué así sea! Adiós, y pide al Cielo por tu afectísimo Padre,

FR. A.

XXXV

EL VOTO DE OBEDIENCIA: TRIPLE LAZO CON QUE ATA AL RELIGIOSO

Obedite praepositis vestris.
Obedeced á vuestros superiores.
HEBR. XVII. 13.

Mi apreciada Margarita: Ya es hora de fijar nuestra atención en el voto de obediencia, voto fundamental y constitutivo de la vida religiosa y voto sin cuya observancia no tenemos de religiosos más que el hábito y el nombre.

Santo Tomás y San Buenaventura, que prueban sus afirmaciones con rigor escolástico, afirman y demuestran con tres razones muy poderosas, que este voto es mucho más noble y excelente que todos los demás que hacemos. En primer lugar, porque el voto de obediencia incluye en sí á todos los otros votos que el religioso haga ó tenga hechos, y él no está incluído en ningún otro: la guarda de la castidad, de la pobreza, de la clausura y de otras muchas cosas caen bajo el voto de obediencia; pero éste no cae bajo ninguno y así está por encima de todos como mejor y más excelente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En segundo lugar, porque con este voto ofrecemos á Dios más que con los otros, pues en hecho de verdad, por el voto de pobreza damos á Dios nuestros bienes y riquezas terrenas, por el de castidad los bienes corporales y por la obediencia los bienes espirituales del alma, la voluntad, el juício propio y la dulce libertad, tan amada de los hombres. La pobreza, castidad y clausura son, si se quiere, grandes sacrificios que la religiosa ofrece á Dios; pero la obediencia es un holocausto perfecto, en que se despoja hasta de su libre albedrío, para no tener en la tierra más voluntad que la de sus superiores. Esta obediencia es aquella inmolación completa que agrada á Dios más que el sacrificio, aquel holocausto pleno en cuya comparación carece de importancia á los divinos ojos la víctima degollada en aras de la propia voluntad, porque para Dios *melior est obedientia quam victima*, como dijo á Saul el Profeta Samuel.

La tercera razón consiste en que la nobleza y excelencia de un medio está en relación directa con el valor y aptitud que tiene para conseguir su fin, de modo que tanto más excelente y perfecto será el voto religioso cuanto más nos ayude á conseguir nuestro fin en la Religión, y claro es que el voto de obediencia, lleva la supremacía en este punto; porque, aunque uno haga voto de pobreza voluntaria y de guardar castidad no por eso sería religioso; y sí lo sería, haciendo voto de obediencia, según la Regla, porque en ese voto va incluído el de pobreza, castidad, clausura y todos los demás que la Regla abrace. De donde se sigue que el voto de obediencia es el fundamental, el constitutivo y esencial de nuestro estado.

Síguese también de lo dicho que la obediencia es el alma y la vida de las Ordenes religiosas; es la savia que vivifica, y mantiene verde, robusto y frondoso el

arbol de la religión, de tal modo que hasta donde llega la savia de la obediencia, hasta allí y no más, llega el verdor y lozanía del arbol religioso. En el arbol, la rama ó el pimpollo que no participa de la savia de su tronco, se seca sin remedio, y por tanto queda estéril para fructificar; y en la Religión apenas se aparta uno de la obediencia deja de fructificar para el cielo, queda estéril, se seca y no vive vida de religioso, porque no participa de la savia que corre por las venas de ese arbol bendito. Por eso te decía y te repito que el religioso sin obediencia no tiene de religioso más que el hábito y el nombre; como la rama seca de un arbol no tiene de rama más que el nombre, pues en realidad no es otra cosa que leña seca para el fuego.

Es, pues, la obediencia religiosa lazo que da trabazón y unidad al edificio de la religión, juntando y uniendo con fuerte y poderosa lazada á los miembros de la congregación unos con otros, y á todos con su cabeza, estableciendo relaciones de dependencia entre súbditos y superiores. Tres son estas relaciones, debidas al triple lazo con que se hallan misteriosamente unidos los religiosos de una misma congregación por medio de la obediencia santa. El primero es el de las reglas y constituciones á las cuales deben someterse todos los individuos de la congregación en la forma, modo y manera prescritos en los estatutos de la misma; porque desde el momento en que profesamos una regla aprobada por la Iglesia Católica, ésta con su magisterio infalible y autoridad soberana nos impone la obligación de guardarla; y la sujeción y obediencia á esa regla, ó mejor dicho su observancia, impuesta á los que voluntariamente quieren abrazarla, es la primera lazada que une á los religiosos de una misma orden entre sí.

Y aquí es preciso advertir que la regla de una or-

den religiosa ó los estatutos de una congregación no tienen más virtud, más fuerza, ni más valor de aquel que con su aprobación le da Nuestra Santa Madre Iglesia; y ésta puede por sí misma ó por los superiores mayores aumentar ó disminuir el rigor y austeridad de la regla, acomodarla á las necesidades de los tiempos, añadir ó quitar lo que bien le parezca, variar los estatutos en todo ó en parte, y hasta anularlos, si lo cree preciso ó conveniente. Y el religioso que rechace ó mire con recelo las variaciones que la Iglesia haga en su orden ó las que legítimamente introduzcan los Superiores mayores, ese es víctima de triste alucinamiento, le engaña su propio juicio, le seduce el espíritu privado y lo inclina sin él pensarlo, hacia el protestantismo, el cisma y el error.

El segundo lazo que une á los religiosos entre sí es el de la fraternidad, el cual se funda en la autoridad Paterna y Patriarcal que por necesidad ha de hallarse en las órdenes religiosas. Cada comunidad es una verdadera familia, que necesita de Padre, Jefe ó cabeza que la gobierne, dándole unidad y dirección; y el conjunto de esas familias, cuando no están aisladas entre sí, forma una especie de tribu que tiene su patriarca, general ó prepósito, sucesor del Fundador. Pero en uno y otro caso, la autoridad Paternal en la orden une á los religiosos entre sí con el vínculo precioso de la fraternidad, hijo de la obediencia, por serlo de la autoridad. Esta autoridad es por lo menos tan extensa como la paternal en la familia, y puede el superior comunicarla á otros, en cuyo caso debemos obedecerlos, teniendo entendido que en virtud de esta autoridad pueden los superiores mandarnos y disponer de nosotros en todo lo que sea del servicio de Dios y bien de la comunidad.

El tercer lazo con que la obediencia liga á los religiosos entre sí y con sus prelados, es más fuerte y más sagrado que los otros dos, con serlo tanto; y este lazo es el voto que hacemos de sujetarnos á la voluntad del superior siempre que nos mande en virtud del mismo voto, de tal suerte, que si entonces desobedeciéramos, cometeríamos un pecado gravísimo. Esta lazada, por lo mismo que es más fuerte y más sagrada que las otras dos, es también más limitada, pues la materia precisa del voto de obediencia se reduce únicamente á los casos en que los superiores mandan una cosa en virtud de dicho voto, usando de fórmulas solemnes, como *en nombre de Cristo, por santa obediencia,* y otras semejantes. Fuera de estos casos la obligación de obedecer no nace precisamente del voto, sino de la virtud de la obediencia que hemos profesado y de la autoridad que la Iglesia da á los superiores sobre los súbditos. Y no vayas á creer por eso que sólo en los casos predichos tiene el religioso obediente el mérito de su voto, porque él puede muy bien, cada vez que obedece, hacerlo por cumplir lo prometido á Dios y así tendrá el doble mérito de la virtud y del voto de obediencia.

Debemos, pues, obediencia á nuestra regla y constituciones por la profesión que hemos hecho de observarlas; á nuestros superiores, porque son nuestros padres en Cristo; y por el voto que hacemos de negar nuestra voluntad, sujetándola á la suya. Poco ó nada pienso decirte de este voto, pero sí quiero decirte mucho de la obediencia, virtud de la cual tenemos mucha necesidad.

Por no haber sido obedientes cayeron los ángeles del cielo al infierno; por no haber sido obedientes perdieron nuestros primeros padres el paraíso y hallaron este valle de lágrimas; por no haber sido obediente perdió Saúl el reino y la corona, y por no ser obediente pierde la religiosa todo eso junto. Religiosas que pare-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cían ángeles, las he visto por desobediencia trocadas en demonios; religiosos para quienes el claustro era paraíso, los llevó la desobediencia al siglo, trocando su Edén por un mar de miserias; y religiosos y religiosas que reinaban sobre sí y tenían preparadas hermosísimas coronas en el cielo, perdieron por caprichosas y desobedientes el dominio sobre sí y la corona de la inmortalidad.

Esto sólo basta y sobra para que entendamos cuánta necesidad tenemos de la virtud de la obediencia. Por eso termino ésta con las palabras del Apostol que la encabezan: *Obedite præpositis vestris.* Obedece á tus preladas, que en esa obediencia está toda la perfección de la vida religiosa, como te dirá en otra tu afectísimo Padre,

FR. A.

XXXVI

LA OBEDIÉNCIA PERFECTA

Vir obediens, loquetur victorias.
El varón obediente cantará victorias.

PROV. 21. 28.

DEVOTA sierva de Cristo: De un santo fundador, que si mal no recuerdo, fué nuestro glorioso compatricio San José de Calasanz, cuenta su historia, que en cierta ocasión se acercaron á él sus más fieles hijos, pidiéndole que les diera por escrito algunos consejos de perfección religiosa, para llevarlos consigo y ponerlos en práctica. El Santo accedió gustoso á la petición, y tomando la pluma escribió en varios papeles estas palabras: ¡Obediencia! ¡obediencia! ¡obediencia!; y los repartió entre ellos, dándoles á entender con esto que en la obediencia bien practicada está toda la perfección y todo el mérito del religioso.

No se puede dudar que para ser santo es preciso agradar á Dios contínuamente; que á Dios no se le agrada, sino cumpliendo su voluntad santísima; y que el religioso cumple la voluntad de Dios siempre que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cían ángeles, las he visto por desobediencia trocadas en demonios; religiosos para quienes el claustro era paraíso, los llevó la desobediencia al siglo, trocando su Edén por un mar de miserias; y religiosos y religiosas que reinaban sobre sí y tenían preparadas hermosísimas coronas en el cielo, perdieron por caprichosas y desobedientes el dominio sobre sí y la corona de la inmortalidad.

Esto sólo basta y sobra para que entendamos cuánta necesidad tenemos de la virtud de la obediencia. Por eso termino ésta con las palabras del Apostol que la encabezan: *Obedite præpositis vestris.* Obedece á tus preladas, que en esa obediencia está toda la perfección de la vida religiosa, como te dirá en otra tu afectísimo Padre,

FR. A.

XXXVI

LA OBEDIÉNCIA PERFECTA

Vir obediens, loquetur victorias.
El varón obediente cantará victorias.

PROV. 21. 28.

DEVOTA sierva de Cristo: De un santo fundador, que si mal no recuerdo, fué nuestro glorioso compatricio San José de Calasanz, cuenta su historia, que en cierta ocasión se acercaron á él sus más fieles hijos, pidiéndole que les diera por escrito algunos consejos de perfección religiosa, para llevarlos consigo y ponerlos en práctica. El Santo accedió gustoso á la petición, y tomando la pluma escribió en varios papeles estas palabras: ¡Obediencia! ¡obediencia! ¡obediencia!; y los repartió entre ellos, dándoles á entender con esto que en la obediencia bien practicada está toda la perfección y todo el mérito del religioso.

No se puede dudar que para ser santo es preciso agradar á Dios contínuamente; que á Dios no se le agrada, sino cumpliendo su voluntad santísima; y que el religioso cumple la voluntad de Dios siempre que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

practica la obediencia; de donde se sigue que la obediencia es el medio más seguro que tenemos los religiosos para conocer la voluntad de Dios y ponerla por obra; la senda más segura para subir al alto monte de la Santidad, el camino más llano para llegar á la perfección de nuestro estado; y por eso los santos que conocian á fondo estas verdades, pusieron tanto cuidado en la obediencia y la cumplian con una exactitud que á nosotros nos parecen exageraciones. Ellos conocian bien el valor de la obediencia, nosotros ignoramos en la práctica el valor de ese tesoro, y de aquí la diferencia que hay entre los santos y nosotros. Vamos, pues, á estudiar bien la naturaleza de esta virtud, ya que tan poderoso medio es para hacernos santos.

La obediencia es una virtud que inclina el ánimo á obedecer al superior legítimo, como representante de la autoridad de Dios, que ha dicho de ellos: El que á vosotros obedece, á mí me obedece; y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia. Hay, pues, en la práctica de esta virtud algo heróico, grandioso y ennoblecedor, porque heroísmo encierra el sujetarnos libremente por virtud á otro hombre; y ennoblecedor y grande es hacer ese sacrificio por unir nuestra voluntad á la voluntad divina, contribuyendo así por nuestra parte á mantener el orden y harmonía que Dios puso entre Él y sus criaturas; mientras que por el contrario, en la desobediencia hay algo desordenado, maléfico, abominable, destructor y satánico, que tiende á perturbar la maravillosa harmonía que Dios puso en todas las cosas visibles é invisibles.

Por eso la desobediencia mina por la base con su rebelión satánica á las Ordenes religiosas; al paso que la obediencia con su benéfico influjo les da vida, estabilidad y firmeza. ¡Dichosa por tanto la Orden cuyos individuos sean obedientes de verdad! y desdichada

aquélla cuyos hijos no estén unidos al Superior con el lazo precioso de la obediencia interna. La primera prosperará y brillará, como el arco entre las nubes del cielo; la segunda, como reino dividido, será desolada, y no se verán en ella más que discordias, rebeliones, decadencias, estragos y ruinas; y la desobediencia sentada entre los escombros y ruínas causados por la discordia y la rebelión podrá decir: Esta es mi obra de destrucción y de muerte.

De aquí la necesidad que tenemos de la virtud de la obediencia, fundamento de la Religión, porque tanto tendremos de religiosos, cuanto tengamos de esta virtud. Preciso es, pues, que hagamos mucho caso de cuanto á ella se refiere, no sea que después de tantos años de vida religiosa, sea nuestra religión infructuosa y vana. Por eso voy á presentar á tus ojos el retrato de un alma obediente para que te mires en él y veas si te falta algo.

El alma que de verdad es obediente ejecuta con prontitud todo cuanto se le ordena, persuadiéndose que lo ordenado es voluntad de Dios que ella lo haga. Cuando oye la señal de la obediencia que le llama al cumplimiento de sus deberes, no se entretiene en decir: ya voy, es temprano, tengo tiempo, luego iré; sino que deja lo que tiene entre manos y acude pronto á obedecer. Acompaña la obediencia externa con el afecto interior, acordándose que por amor de Dios renunció su propia voluntad, y por eso obedece tanto más gustoso, cuanto más repugnantes á su gusto son las cosas que se le manda. Obedece humildemente, como un buen hijo á su padre, sin buscar otro motivo de obediencia más que la obediencia misma. Obedece universalmente á todos sus prelados, no sólo á los buenos y afables, sino también á los díscolos y molestos, como enseña San Pedro: á todos, ya sean prudentes ó imprudentes, per-

fectos ó defectuosos, sabios ó ignorantes, jóvenes ó viejos, de alta ó baja esfera. Y obedece con diligencia y sin demora, haciendo las cosas no á su gusto, sino á gusto de quien se las mandó. Tal es el retrato de un verdadero obediente pintado por mano de los Santos.

San Bernardo y nuestro seráfico Doctor San Buenaventura dicen además que la obediencia para ser perfecta, ha de ser pronta, ciega, alegre y generosa. Pronta, porque la tardanza en obedecer es obsequiar y dar gusto al diablo; y por eso el buen obediente cuando le mandan alguna cosa, aplica el oído para escuchar lo que le ordenan, prepara los pies para ir á cumplirlo y las manos para ponerlo por obra, llegando hasta dejar la letra comenzada por irse á obedecer y no perder un ápice del mérito de esta virtud. Y cuán grata le sea á Dios esta prontitud en obedecer, lo ha demostrado Él en muchas ocasiones con repetidos milagros.

Ciega debe ser también la obediencia, y esto quiere decir que no tenga ojos para ver ni examinar los motivos ni razones de lo que se le manda; ni quiera averiguar el por qué se le manda á él y no á otro, con qué intención se le ordena ésto y no aquello, porque el que estas cosas examina, no es perfecto obediente. La obediencia verdadera, como enseña el Doctor melífluo, *curiositate carens*, carece de curiosidad, no examina por qué ni para qué, cómo ni cuándo. El único argumento que se le ofrece es el siguiente: ¿Es obediencia? luego es voluntad de Dios; luego es lo mejor que yo puedo hacer; luego no hay más que cumplirlo pronta y ciegamente.

La tercera condición de la obediencia perfecta es que sea alegre, y esto quiere decir que se obedezca de buena voluntad, con gozo de alma y agrado exterior, sin quejas, desconfianzas ni murmuraciones, pensando

que los ángeles escriben en el libro de la vida aquel acto de obediencia, creyendo que aquello es lo mejor, lo que más nos conviene, lo más agradable á Dios y lo más meritorio que podemos hacer, porque en hecho de verdad, un acto de obediencia perfecta vale más á los ojos de Dios que muchas y grandes penitencias practicadas por voluntad propia. Y aquí se debe advertir que la tristeza que se siente, ó la repugnancia natural que experimentamos en la práctica de la obediencia, lejos de quitarle mérito á esa virtud se lo aumenta, si sabemos vencer esa repugnancia, y á pesar de ella cumplimos con lo mandado.

Por último, la obediencia debe ser generosa, sin mirar dificultades ni peligros, con ánimo de arrostrar todos los que se presenten y de ofrecer á Dios cuantos sacrificios sean necesarios para cumplir lo que Él ordene por medio de su representante. Esa generosidad es muy meritoria y muy grata á Dios, porque pone al religioso en manos de su prelado, para que disponga de él á la mayor gloria de Dios, colocándolo en el lugar, oficio, cargo ó sitio que más le acomode, seguro de que allí estará satisfecho, tranquilo y persuadido de que cumple la voluntad divina. Obedezcamos pues así, pronta, ciega, alegre y generosamente, que quien esto hace canta siempre victoria, según la promesa del Espíritu Santo.

Cuando á la obediencia religiosa le faltan algunas de las cuatro condiciones mencionadas, deja de ser perfecta y su imperfección arguye siempre falta en el religioso que la comete; porque la imperfección cometida es siempre efecto de la soberbia, de la vanidad, del respeto humano, de la pereza, ó de otro cualquier vicio que tiene raíces en el pobre corazón humano. Y lo peor de todo es que las faltas é imperfecciones en obedecer, si son repetidas, destruyen fácilmente el es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

píritu de obediencia y, perdido éste, el alma religiosa es nave sin timón ni gobernalle en el revuelto mar de la soberbia humana, expuesta siempre á peligro de perderse.

Por esto debemos acostumbrarnos á obedecer con perfección, no sólo á los prelados y superiores, sino también á nuestra Regla y Constituciones, verdaderas leyes de la Religión, obligatorias á todos y á cada uno de sus miembros respectivamente, porque fueron hechas para regir nuestros actos y unirlos á un fin determinado con los lazos de la obediencia. La trasgresión de la Regla y Constituciones es tan culpable á los ojos de Dios, como la desobediencia al Superior, y por lo mismo debemos sujetarnos á ellas con la misma sumisión y practicarlas con el mismo espíritu de abnegación con que nos sujetamos al prelado, si queremos que nuestra obediencia sea perfecta. Y nos importa tanto que lo sea, que sin ella jamás seremos buenos religiosos: á fin, pues, de que evites los defectos y faltas contra esa virtud, te hablará otro día de ellos tu afectísimo Padre,

FR. A.

XXXVII

FALTAS CONTRA LA OBEDIENCIA

Sunt multi inobedientes, vaniloqui et seductores.

Hay muchos desobedientes, habladores de vanidad y seductores.

AD TIT. I. 10.

CARÍSIMA en Jesucristo: Quedamos en dedicar la presente á tratar de los defectos y faltas que suelen cometerse contra la obediencia; y para tomar las cosas desde su origen, quiero comenzar la presente por la fuente y raiz de donde nacen esos defectos. El Espíritu Santo nos dice que en la soberbia tuvo principio todo mal, y pues la desobediencia es un mal tan grande, claro está que tendrá su raiz en ese vicio capital, fuente de donde manan todos los males.

El espíritu de soberbia lo invade todo, reviste todas las formas y se adapta con facilidad á todas las miserias del corazón humano, como se adapta el agua á tomar la forma y figura del vaso donde se echa. A veces se presenta en forma de *antipatía* natural ó de *prevenciones* contra el superior: á veces se manifiesta envuelto en *pretextos, excusas* y *dobleces* para librarse de la obediencia; á veces se vislumbra entre *críticas* y *murmuraciones* sobre lo mandado; á veces toma la forma de *tristeza, displicencia, enfados voluntarios* y *flo-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jedad en obedecer; á veces se convierte en *rebeldía enmascarada,* obedeciendo exteriormente y resistiendo con el interior; y, por último, toma hipócritamente el traje de la virtud y obedece con solicitud, pero por salirse con la suya, por amor propio, por captarse la voluntad del superior, para que éste condescienda con él en otras cosas. Defectos son los mencionados que atacan directamente á la obediencia y debemos estar prevenidos contra ellos para hacerles guerra á muerte, sin darles jamás tregua ni cuartel, porque de lo contrario nos exponemos á perder el mérito de la obediencia y á ser hojas secas en el árbol frondoso y bendito de la Religión. Ya ves, pues, mi buena Margarita, cuán ancho campo descubrimos desde aquí y cuánto nos interesa tratar bien de este asunto para librarnos de las faltas contra la obediencia santa.

Para todos esos defectos hay un remedio común y universal, que es la humildad; porque como todos ellos nacen del espíritu de soberbia, todos se curan con el espíritu de humildad, que es su contrario. Y á la verdad, si fuéramos humildes de corazón, no seríamos desobedientes ni tendríamos faltas contra esa virtud; pero la humildad entra por muy pequeñas dósis en la constitución del hombre prevaricador; desde su prevaricación le es repulsiva la humildad, á pesar de serle muy necesaria; y por eso es menester dársela envuelta en la capa de la conveniencia propia, como se dá al enfermo la quina envuelta en capa azucarada para que la tome sin repugnancia. Vamos, pues, á propinar en esa forma la medicina á nuestra enferma naturaleza, empezando por mostrar cuánto nos interesa librarnos de los defectos contra la obediencia.

Primeramente nos va en ello la paz del alma: el religioso que obedece con perfección está siempre alegre y tranquilo; y el que tiene defectos en obedecer,

siempre ha de andar inquieto y turbado. La obediencia santa es voluntad de Dios que la cumplamos; y ¿quién resistió jamás á la voluntad de Dios y tuvo paz en su alma? Esto preguntaba el santo Job, porque estaba seguro que la desobediencia y la paz del alma se excluyen mutuamente como la luz y las tinieblas. En segundo lugar nos va el corto caudal de nuestros méritos, porque obedeciendo con perfección adquirimos nuevos tesoros y desobedeciendo ú obedeciendo mal, perdemos los ya adquiridos. Y ¿quién habrá tan necio que, puesto en el trance de perder ó ganar, opte por la pérdida antes que por la ganancia? En tercer lugar, la obediencia perfecta hace al religioso casi impecable, en frase de San Jerónimo; y ¿qué cosa puede interesarnos en la vida tanto como ésta? ¡Ahí es nada! ¡ser casi impecable! ¡Bendita obediencia la que tiene tanto poder! Ella es excusa segura delante de Dios, como dice San Juan Clímaco; porque, si Él me preguntare en el juicio:—¿Por qué hiciste esto?—y yo le contesto con verdad:—Señor, por obediencia,—esta excusa me salvará; porque, si la cosa no estuvo bien mandada, el Superior dará cuenta de ella y no yo, que sólo debí obedecer en lo que no conocí haber ofensa de Dios. Finalmente, en obedecer con perfección nos va nada menos que la corona de la gloria, y con esto se dice todo; porque dar entrada en nuestro corazón á las faltas contra la obediencia, es ponernos en camino de ser desobedientes y perdernos para siempre, por lo cual jamás nos guardaremos bastante de esas faltas y defectos.

Estre éstos ocupan el primer lugar por su malicia las *prevenciones* y *antipatías* contra el superior ó contra lo que él manda. Una de las armas con que más guerra nos hace el demonio y más victorias consigue en los claustros es esa *antipatía*, esas *prevenciones*, *sos-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pechas y *juicios* contra el superior, porque son á manera de fuego que reduce á polvo el lazo precioso de la obediencia. La *antipatía* nace siempre de soberbia ó de envidia; de lo primero, si uno se juzga más favorecido que el otro en dones de naturaleza; y de lo segundo, si sucede lo contrario; y en ambos casos, ¡ay de la religiosa víctima de cualquiera de esos vicios! porque ellos trocarán la antipatía en aversión, y ésta acabará con la obediencia y con todas las demás virtudes.

Las *prevenciones, sospechas* y *juicios* contra la obediencia nacen casi siempre de un corazón maleado y lleno de miserias. El hombre caído tiene la negra fatalidad de colocar fuera de sí sus propios deseos y pensamientos, atribuyéndoselos á los demás; tiene la maldita inclinación de medir á los otros con su propia medida, de juzgar por su corazón el ajeno; y como el suyo es tan ruin y miserable, que puesto en lugar del Superior obraría con fines torcidos y miras aviesas, juzga y sospecha que el Superior obra del mismo modo llenándose de *prevenciones* contra él y echándolo todo á la peor parte. ¡Oh qué miserablemente se porta la religiosa que esto hace, y cuán nauseabundo debe ser su corazón á los ojos purísimos de Dios! Del fondo de su miseria brotará bien pronto, si ya no ha brotado y crecido la repugnante aversión y el triste descontento que harán de su vida una vida de infierno.

A las prevenciones, sospechas y juicios siguen, como la consecuencia á sus principios, ó como la soga al caldero, las *críticas* y *murmuraciones* contra lo mandado ó contra quien lo manda. Esta es la peste de la religión, cosa tan aborrecible para Dios, que en la Escritura santa dice Él que la detesta y abomina con toda su alma. Sembrar discordias entre los hermanos ya es cosa detestable para Dios, porque va contra la caridad; pero sembrar y fomentar discordias contra los prelados, en lo cual juntamente se falta á la caridad y la obediencia, es cosa tan abominable que Dios no la puede sufrir y la toma como ofensa hecha á sí propio, según aquello de Jesucristo: *Qui vos spernit, me spernit*. Y para incurrir en la indignación divina no se necesita en esta materia grandes cosas, ó, mejor dicho, bastan cosas que son tenidas por pequeñas entre religiosas habladoras y poco escrupulosas. Está una monja muy contenta con su oficio y obediencia, fiándose de su Prelada, pensando muy bien de ella y teniéndole la estimación y cariño que como prelada merece; y viene la otra murmuradora y suelta una palabrita, como quien no dice nada, y con esa palabra desprestigia á la Superiora y arranca del corazón de la súbdita el aprecio, la confianza, la fe y el amor que tiene á su prelada, sembrando en lugar de eso, sospechas, malicias y desconfianzas. ¿Piensas que la palabrita que causó tanto mal era culpa leve? Pues no, que es grave y muy grave, aunque sea verdad lo que dijo. ¿Qué sería, pues, si lo dicho no es cierto, sino sólo malicia y sospecha de su avieso corazón?

Tratándose de esto, dicen los Santos que jamás digamos á nadie nuestras sospechas, y, si es preciso comunicarlas ó confesarlas para pedir consejo, que ni al confesor digamos el nombre de la persona contra quien se dirigen, para no ponerlo en el peligro de sentir la misma tentación que á nosotros nos combate. Y siendo esto así ¿hay religiosas que tengan valor, no sólo para juzgar mal, sino para criticar y murmurar contra la obediencia y las preladas? ¡Oh, y á qué tiempos tan tristes hemos llegado! No sólo se hace eso, sino mucho más. En algunas comunidades, no sólo está picado el fruto, sino secas las ramas y podrido el tronco del arbol santo de la religión; y ¿qué digo el tronco? hasta la raiz está dañada, tan dañada que sólo el poder divi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no puede hacer el milagro de que brote nuevamente y dé frutos de virtud. ¿Nó son los noviciados la fuente y raiz de las comunidades? ¿Y nó hay noviciados donde las alumnas oyen murmurar de las preladas y de sus mandatos? ¿Nó hay novicias que desde los primeros meses se ven solicitadas por las prefesas á formar en el bando de la Superiora ó en el otro, como si el convento fuera un parlamento liberal, donde unas viven de la oposición y otras del mando, hasta que se vuelven las tornas? ¡¡¡Horror!!! Esto pasa, y donde pasa, ha entrado ya la maldición de Dios y el espíritu de rebelión domina á sus anchas.

Estos efectos tan horribles, estos tremendos estragos, tienen su principio en las *antipatías, prevenciones y envidias;* chispas que, si no se apagan pronto, hacen de las comunidades donde prenden un campo de Agramante, un incendio espantoso de aversiones y rencores, una imagen del infierno y un camino seguro para ir á él. ¡Cuántas infelices religiosas habrán caído en sus abismos corriendo por esa vía! Líbrenos Dios de semejante desgracia y aleje de nuestro corazón y de nuestra mente las prevenciones y los recelos, principio de tanto mal. Ahoguemos en nuestro corazón esas pequeñas faltas; arranquémoslas de raiz antes que crezcan y seamos dóciles de corazón, dispuestos siempre á cumplir la obediencia, sabiendo que en ella no nos sujetamos á la criatura, sino al Criador; y que cuanto más pobre y de más baja esfera es la persona á quien por amor de Dios obedecemos, tanto la obediencia es más meritoria y á Dios más agradable, como dice nuestro Seráfico P. San Faancisco.

Y basta por hoy: de los otros defectos contra la obediencia, hablaremos otro día. Adiós, y pide por tu afectísimo P.,

FR. A.

XXXVIII

MÁS DEFECTOS CONTRA LA OBEDIENCIA

Obedite... in simplicitate cordis vestri, sicut Christo.

Obedeced... con simplicidad de corazon, como obedeceríais á Cristo.

AD EPH. VI. 5.

Estimada Margarita: Labor ingrata y tarea pesadísima es para mí tratar de los defectos contra la obediencia; pero lo prometí en mi última y me precisa cumplirte la promesa! De las antipatías, críticas y murmuraciones bastante hemos dicho; y de la rebeldía enmascarada que obedece exteriormente, resistiendo con el interior á lo mandado, de esa sólo tengo que decirte que no es un simple defecto contra la obediencia, sino pecado formal y verdadero contra ella. Mostrar desagrado, tristeza ó enfado por lo que á uno le ordenan, es también falta muy considerable, sobre todo si eso da motivo para que el Superior deje de mandar; y de intento he dicho mostrar desagrado ó tristeza, porque sentirlo solamente no sólo no es falta sino que puede ser causa de un vencimiento grande y de un acto de virtud heroico.

Los pretextos y excusas para librarse de la obe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no puede hacer el milagro de que brote nuevamente y dé frutos de virtud. ¿Nó son los noviciados la fuente y raiz de las comunidades? ¿Y nó hay noviciados donde las alumnas oyen murmurar de las preladas y de sus mandatos? ¿Nó hay novicias que desde los primeros meses se ven solicitadas por las prefesas á formar en el bando de la Superiora ó en el otro, como si el convento fuera un parlamento liberal, donde unas viven de la oposición y otras del mando, hasta que se vuelven las tornas? ¡¡¡Horror!!! Esto pasa, y donde pasa, ha entrado ya la maldición de Dios y el espíritu de rebelión domina á sus anchas.

Estos efectos tan horribles, estos tremendos estragos, tienen su principio en las *antipatías, prevenciones y envidias;* chispas que, si no se apagan pronto, hacen de las comunidades donde prenden un campo de Agramante, un incendio espantoso de aversiones y rencores, una imagen del infierno y un camino seguro para ir á él. ¡Cuántas infelices religiosas habrán caído en sus abismos corriendo por esa vía! Líbrenos Dios de semejante desgracia y aleje de nuestro corazón y de nuestra mente las prevenciones y los recelos, principio de tanto mal. Ahoguemos en nuestro corazón esas pequeñas faltas; arranquémoslas de raiz antes que crezcan y seamos dóciles de corazón, dispuestos siempre á cumplir la obediencia, sabiendo que en ella no nos sujetamos á la criatura, sino al Criador; y que cuanto más pobre y de más baja esfera es la persona á quien por amor de Dios obedecemos, tanto la obediencia es más meritoria y á Dios más agradable, como dice nuestro Seráfico P. San Faancisco.

Y basta por hoy: de los otros defectos contra la obediencia, hablaremos otro día. Adiós, y pide por tu afectísimo P.,

FR. A.

XXXVIII

MÁS DEFECTOS CONTRA LA OBEDIENCIA

Obedite... in simplicitate cordis vestri, sicut Christo.

Obedeced... con simplicidad de corazon, como obedeceríais á Cristo.

AD EPH. VI. 5.

Estimada Margarita: Labor ingrata y tarea pesadísima es para mí tratar de los defectos contra la obediencia; pero lo prometí en mi última y me precisa cumplirte la promesa! De las antipatías, críticas y murmuraciones bastante hemos dicho; y de la rebeldía enmascarada que obedece exteriormente, resistiendo con el interior á lo mandado, de esa sólo tengo que decirte que no es un simple defecto contra la obediencia, sino pecado formal y verdadero contra ella. Mostrar desagrado, tristeza ó enfado por lo que á uno le ordenan, es también falta muy considerable, sobre todo si eso da motivo para que el Superior deje de mandar; y de intento he dicho mostrar desagrado ó tristeza, porque sentirlo solamente no sólo no es falta sino que puede ser causa de un vencimiento grande y de un acto de virtud heroico.

Los pretextos y excusas para librarse de la obe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diencia son también mayor falta de lo que á primera vista parece, y más si esos pretextos y excusas no son verdaderos, como de ordinario acontece; y la prueba de que no son verdaderos la da una triste experiencia de lo que pasa entre religiosas poco amantes de obedecer. Hay unas que, cuando les mandan hacer labores de comunidad, se excusan con sus muchos quehaceres y su falta de tiempo, de tal arte, que es preciso dejarlas por imposible; y esas religiosas tan ocupadas se pasan el año haciendo flores y vanidades para darlas de aguinaldo por Navidad á sus conocidos. ¡Qué tesoro de obediencia amontonarán al cabo del año! He visto otras que, con mucha suavidad, se excusaban de hacer un trabajito indicado por la Superiora, diciendo que estaban muy ocupadas, que lo hiciera Fulana; y mientras esta Fulana lo hizo, ellas estuvieron regando macetas y echando pan á los peces del estanque. ¡Qué modelo de obediencia! ¡Cuántos pretextos falsos y cuántas dobleces de este género hallará el Señor en muchos y en muchas que han profesado obediencia y han hecho renuncia de su propia voluntad! ¡Oh, qué camino tan ancho y tan de perdición es éste! ¡Líbrete Dios, querida Margarita, de andar por él! Cuando haya un motivo verdadero para dejar de obedecer, exponlo con libertad, y, expuesto tu motivo, haz lo que se te ordene; pero los pretextos mendigados y las excusas falsas estén lejos de ti, porque á los ojos de Dios son verdaderas desobediencias.

Hay otro gran defecto contra la obediencia que no sé qué nombre darle ni cómo calificarlo: defecto que nace del apego de unas religiosas á otras, apego que insensiblemente hace que el alma quite la vista de Dios para ponerla en la criatura, y que mire, más que á la autoridad, á la persona que la ejerce y representa. ¡Oh, cuántos males siembra el demonio entre

las religiosas por este camino! Parecería mentira, si la experiencia no lo enseñara. Acaba una Prelada el tiempo de su oficio, y dos ó tres paniaguadas, que durante aquél han hecho lo que han querido, al ver que con la Prelada entrante no pueden hacer lo que hacían con la saliente, se van á ésta y le dicen con una suavidad de dos mil diablos: «Madre, no se apure S. R., que nosotras somos las mismas; mándenos como antes, que para nosotras S. R. será siempre la madre y nadie más.„ Ésta, si es mujer fuerte y de virtud, las mandará á paseo ó les inculcará la sumisión y el cariño á la nueva Prelada; pero si es débil y tonta cree aquellas palabras, cae en el lazo del demonio y se hace cabeza de motín contra la nueva Prelada y contra Dios, á quien representa. Y no se formará una vez la camarilla sin que salgan á relucir los defectos de la Superiora y se haga burla de su modo de proceder.

Para ofuscar más á esas infelices religiosas, el demonio les hará ver todos los defectos aparentes de la que está en lugar de Dios; de tal modo que, aunque pinte santos, serán diablos; y al mismo tiempo presentará á la otra tan perfecta, tan digna de ocupar el primer puesto y tan santa, que no le faltará más que hacer milagros. Y, cuando las cosas llegan á este punto, ya el diablo las tiene cogidas en la trampa de ver en la Prelada no la representante de Dios, sino la mujer llena de faltas y despreciable por sus defectos; mientras que de la otra han hecho su ídolo, al cual veneran como á un semidiós, sin reparar que en ella no adoran más que á sus propias pasiones, la rebeldía, la desobediencia y el *non serviam* del maldito Luzbel.

Esta es una de las causas que dan por resultado los bandos y divisiones, peste de la vida religiosa. Donde tal calamidad exista, miren las hijas del claustro de dónde tuvo principio, y hallarán que provino del

apego de unas cuantas cabezas de ciruelos á la Madre tal ó cual: apego que les vendó los ojos para no ver en la Prelada á la representante de Dios: sino á la rival de su idolillo, y en éste á la Madre necesaria, á la única que puede ocupar dignamente la prelacia y llevar adelante el buen nombre de la comunidad. Dios te libre, querida Margarita, de ser ídolo de nadie ni de tener á ninguna ese apego de que te voy hablando. Dios te libre de ver en tu Prelada á la mujer y no á la representante de la Autoridad divina, porque de lo contrario tendrias abierta la puerta y expedito el camino para faltar á la santa obediencia. Mujer por mujer, tanto lo eres tú como la Prelada, y hasta puedes ser más mujer, quiero decir, más alta y más dispuesta que ella; y esto no te moverá á obedecer, sino á replicar en lo que no te guste.

Además, si la miras como mujer, te ocurrirá que como tal puede tener sus defectos, sus aficiones y sus miras particulares; sobre todo, cuando te ordene algo contrario á tu amor propio, que entonces te vendrán á porrillo las razones y réplicas contra lo mandado, y nunca se rendirá tu entendimienio á ello, porque á razones humanas no se rinde fácilmente la soberbia razón de los mortales. Mas si quitas los ojos de eso para ponerlos en lo que representa; si miras que en ella reside la autoridad de Dios; si la tomas como medio de que Jesucristo quiere valerse para manifestarte su voluntad soberana; y si piensas que es el mismo Dios quien te habla por su boca, entonces caen por tierra todas las razones humanas, se rinde con docilidad el juicio, se practica con facilidad la obediencia, y se cierra la puerta á la desobediencia y rebeldía. Este mirar á Dios en la persona del Superior, es un medio muy poderoso para obedecer con perfección, y como tal aconsejado de los santos, desde que el Apostol San Pablo lo dió á los de Efeso en las palabras que puse al frente de ésta: Obedeced... con simplicidad de corazón, como obedeceriais á Cristo.

Hay religiosas que dicen con mucha frecuencia: Aquí no hemos venido más que á obedecer y cumplir en todo la voluntad de Dios! y así lo hacen ellas, mientras que su parecer va adelante; mas apenas la prelada con mansedumbre de cordero dice ú ordena otra cosa distinta de la que ellas quieren, todo cambia de aspecto y se revuelven contra la Superiora que así contraría su parecer, llegando hasta perderle el respeto con palabras ásperas y atrevidas, casi con amenazas y movimientos de manos, como acostumbran las mujeres del siglo. Horror! que verdaderamente es horrible que una religiosa pierda el respeto á su Prelada. Si á esta religiosa se le reprende, contesta con mucha frescura: La trato así, porque es mi hermana de noviciado, y tengo con ella mucha confianza. Insensata! y por ser tu hermana de noviciado, deja de ser tu Superiora? Nó ves, ciega, que Dios ha puesto en sus manos el báculo de la prelacia? Nó ves que desedificas á las demás y escandalizas á las jóvenes que corren ó anhelan correr como gacelas por el camino de la perfección, humildes y obedientes? Es esto obedecer á la Madre como á Cristo?

El último defecto contra la obediencia y quizás el más frecuente, es procurar con disimulo que el superior condescienda con nosotros y nos mande aquello á que mostramos afición, porque nos gusta y agrada. Engaño grande es este, porque, como enseña San Bernardo, esto no es obedecer al Superior, sino sujetarlo á nuestro querer. ¡Ay de aquel que tiene el cargo, ministerio, ocupación ú oficio que él deseó y procuró! Pensará tal vez que ha hecho algo, que ha trabajado mucho, que ha merecido de la religión, y por ventura

será así á los ojos de los hombres; pero á los de Dios quizás estará vacío de merecimientos y tan lleno de propia voluntad que merecerá por recompensa aquellas palabras del Evangelio: *Recepisti mercedem tuam.* Ya recibiste tu paga.

El religioso que está en el sitio, empleo ó puesto que él se ha procurado, no sé cómo puede vivir tranquilo, ni qué consuelo puede hallar en los tristes azares de la vida. Cuando le suceda algún percance ó las cosas le salgan mal, no tendrá otro remedio que echarse la culpa á sí mismo y exclamar: Bien empleado me está, y bien merecido lo tengo! En este cargo y en este sitio, sé que cumplo mi voluntad, pero no sé si cumplo la de Dios, ó mejor dicho, sé que no la cumplo, y que todo esto me sucede en castigo de mi poca abnegación. Si me hubiera dejado en manos de la obediencia, estaría en otro puesto, en otro lugar, y todo me saldría bien: ¡pero aquí!... *¡juste haec patimur!* bien merezco este castigo.

Mas por el contrario, cuando uno nada busca ni procura, sino que se deja completamente en manos de Dios y ocupa el lugar y empleo que la obediencia le ha mandado, entonces ¡qué paz! ¡qué satisfacción! ¡qué consuelo y confianza se experimenta en las contrariedades de la vida! Oh, qué consolador es para un alma religiosa poder hablar con Dios de esta manera: "Señor, yo no vine aquí por mi gusto, ni estoy en este cargo por voluntad propia: Tú me pusiste en él, tú me trajiste á este sitio. De tu cuenta corre sacarme airoso, ayudarme, defenderme, y cumplirme la palabra que tienes dada de hacer cantar victoria al obediente." ¿Hay cosa en el mundo más consoladora que esta para un religioso? Y si no la hay, ¿es posible que las almas religiosas busquen en la obediencia su propio gusto y su propia voluntad? ¿Es posible que no vean en la persona de su prelado la autoridad de Dios, cuyas veces hace? ¿Es posible que se cometan tantos y tan garrafales defectos contra la obediencia santa?

No los cometas tú, mi buena Margarita, sino ejercítate continuamente en obedecer con perfección, en hacer la voluntad de Dios, medio muy poderoso para andar en su divina presencia y encendernos en su santo amor. Que él arda siempre en tu pecho, desea por conclusión tu afectísimo P.

FR. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIX

Remedios contra el mal de la desobediencia.

Per inobedientiam unius hominis peccatores constituti sunt multi.
Rom. V. 19.

Por la desobediencia de uno, todos hemos sido hechos pecadores.
Rom. V. 19

Carísima en Jesucristo: A tantos males y faltas como hemos descubierto en la desobediencia, justo es que busquemos algún remedio y con él pongamos fin á esta materia. Este remedio existe sin duda alguna en el seno de nuestra religión sacrosanta, donde hay medicina para todas las llagas del alma y antídoto para todas las enfermedades que el hombre contraiga en el orden moral: sólo falta que éste reconozca su dolencia y, una vez conocida, se aplique á sí mismo la medicina, si no encuentra quien haga con él las veces de médico espiritual, duro y compasivo juntamente.

Que la humana naturaleza está enferma por el pecado, es verdad incontestable, y una de las verdades fundamentales de nuestra fe; y la enfermedad crónica de que adolecemos, es la desobediencia, la rebeldía y

la soberbia trasmitida por Adan á su descendencia toda entera. Quizás fué esto lo que nos quiso enseñar el grande Apostol en las palabras que ves al frente de ésta: *Por la desobediencia de uno, todos hemos sido hechos pecadores;* es decir, todos hemos sido hechos desobedientes por la desobediencia de nuestro primer Padre; todos hemos sido manchados con su culpa, todos hemos heredado su flaqueza, todos hemos nacido con su pecado y todos hemos contraido su enfermedad, porque en la constitución de nuestro ser ha entrado un elemento maléfico, una cualidad morbífica, un germen virulento llamado orgullo, el cual destruye la bondad nativa y la perfecta rectitud con que Dios crió al hombre, dejándonos torcidos, inclinados al mal y enfermos con la triste enfermedad del egoismo, que tiende ridículamente á la independencia absoluta.

Pues conocer esta enfermedad y estar persuadidos de nuestro mal es un gran paso para llegar á sanar, porque interesado está el enfermo en buscar medicina para curarse, y no menos interesado el médico de nuestras almas en propinar á su tiempo el remedio para que consigamos la salud. Un enfermo que siente su mal y conoce su enfermedad, se sujeta de buena gana á la cura por dolorosa que ésta sea, y sigue el tratamiento que se le prescribe sin dejarse llevar de sus apetitos, ni guiarse por sus deseos, sino por el régimen de quien tiene á su cargo curarle. Si le amarga la medicina, si le duele el cauterio, si le atormenta la dieta, si le repugna el purgante, no por eso lo rechaza ni lo tira, sino que apechuga con ello y todo lo sufre y todo lo pasa por conseguir la salud. Y si por acaso el hambre le desvela, y apetece comer frutas ú otros manjares nocivos; si la sed le devora en el ardor de la fiebre, no por eso come ni bebe lo que su apetito demanda, sino que guiado por la razón, se priva de aquello por temor de que le daño,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

haciendo consigo mismo éstas ó parecidas reflexiones: "Como estoy enfermo, no encuentro gusto á la comida sana y provechosa; apetezco todo lo que me puede dañar, y me repugnan las medicinas y manjares que me pueden aprovechar; pero no me conviene dejarme engañar de mi apetito de enfermo, porque de lo contrario la muerte no se hará esperar."

Pues, esta es la cuenta que cada religioso debe echar consigo mismo: y en ella tendrá un remedio seguro para todas las faltas que suelen cometerse contra la santa Obediencia. ¡Oh qué buen remedio es este, cuando se ofrecen juicios y objeciones contra lo mandado! "Mi pobre naturaleza está enferma por el pecado, y mi enfermedad se llama orgullo, ese orgullo de la rebelión que tiende al absurdo de la independencia absoluta: y como enfermo, no sé apetecer sino lo que me daña, ni aborrecer sino lo que me aprovecha. Mi amor propio y mis pasiones desordenadas tienen repugnancia y asco á la medicina de la obediencia, y apetecen la verde fruta del propio querer y de la propia voluntad. No necesito yo más que ésto para conocer que mi enfermedad se va agravando, y que empeoraré, si no tomo la medicina, y que moriré si satisfago lo que se le antoja á mi indómita voluntad. A grande mal me expongo, si quebranto el régimen que me ha impuesto el médico de mi alma, y temibles complicaciones tendrá mi enfermedad, si no me sujeto á la obediencia. Corte, pues, el superior por donde quiera y haga lo que guste, que á mí me toca obedecer, seguro de que por ese camino conseguiré mi salud. Tal vez á mi amor propio le parezca que el superior manda sin fundamento; tal vez me quiera hacer creer que este médico de mi alma es cruel, que corta sin compasión, saja sin piedad, aprieta sin temor y se rie de verme sufrir: pero estos son delirios de mi imaginación calenturienta, porque la razón me dice que la verdadera compasión del médico consiste muchas veces en ser cruel, en cortar y apretar la llaga, hasta que salga la podre que encierra y mane sangre pura, única manera de sanar. Y aunque algo de esto que sospecha mi malicia cupiera en el superior, no puede caber jamás en aquel Médico Divino que dirige la cura desde lo alto y ha tomado á éste de aquí abajo por instrumento de mi salud. ¡Vengan, pues, apretones sobre mi llaga! corte, pinche y queme por donde quiera la obediencja santa; príveme de lo que me agrada y mándeme lo que me repugna, que yo, como buen enfermo, me sujetaré á su régimen, lo haré todo, y me privaré de todo, según sus prescripciones: pues sé que por ese medio adquiriré salud robusta, esa salud del alma cuya esencia es la santidad, que tiene por base el sacrificio y por corona el amor divino con sus consuelos inefables."

Estas sólidas reflexiones son medicina segura para todos los juicios que se ofrezcan contra la obediencia; pero no es esto todo, porque así como en las enfermedades corporales la curación depende tanto de la disposición del enfermo como de la práctica y destreza del médico; así también en las enfermedades y miserias de que vamos tratando, la curación radical no depende sólo del que obedece, sino también de quien manda. Buena es y mucho vale la disposición de ánimo en el súbdito; y si la tiene tal como indican las reflexiones que acabo de hacerte, será sin duda buen obediente y cometerá pocos defectos contra su voto; pero no depende todo de él, y si tuviera un superior experto que le ayudara, llegaría á la cumbre de la perfección en esa virtud de la obediencia.

Nuestra voluntad, por causa de la enfermedad de que te vengo hablando, es naturalmente rebelde, indómita, tiesa y poco flexible, como cuero sin curtir ni

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sobar; y por eso le repugna la sujeción, la obediencia y la sumisión á todo lo que no sea según su capricho y querer; y esa inflexibilidad, esa tensión y esa dureza no se ablanda ni se doma más que á fuerza de abnegación, á fuerza de violencia, según el aforismo de San Gregorio: *Contrariis contraria curantur.* Es verdad que en esa violencia ha de entrar y no en pequeña dosis el bálsamo de la caridad para suavizarla y que no haya quiebras; pero con todo, así como el aceite solo no bastaría para dar flexibilidad al cuero crudo, sin su correspondiente sobadura; así tampoco la sola dulzura y condescendencia de un Superior no bastaría nunca para rendir la voluntad del súbdito á la perfecta obediencia, si no emplea con él frecuentemente el ejercicio de la abnegación, de modo que en la obediencia no busque otra razón que la obediencia misma.

Bien entendian esta doctrina los santos y maestros de la vida espiritual, y fundados en ella mandaban á sus discípulos cosas que hoy los religiosos superficiales y de poco espíritu llaman ridiculeces. A unos mandaban plantar un palo seco y regarlo muchas veces; á otros sacar agua de un pozo y echarlo en otro; á otros deshacer por la tarde lo que habían hecho por la mañana; á otros plantar la hortaliza con la raiz hacia arriba y las hojas para abajo, como hizo nuestro Padre San Francisco con aquel novicio; y ¡ojalá que este ejercicio de abnegación del propio juicio se usara mucho entre los religiosos en estos desgraciados tiempos de racionalismo y liberalismo! ¡Ojalá que los superiores y maestros de novicios lo emplearan con frecuencia! porque á ello obliga una razón muy poderosa. El nuevo en religión es un arbolito tierno, facil de enderezar, y tomar la forma que se le dé; pero si se le deja crecer según su mala inclinación, torcido se quedará siempre, y cuando más adelante se le quiera enderezar, ya no

será posible; antes se romperá. ¿Cómo es posible que al principio un enfermo tome con gusto medicinas desabridas? ¡Eso nó puede ser! Es preciso acostumbrarle el paladar á esos brebajes tan desabridos, y la costumbre le hará la medicina más llevadera y menos desagradable. De aquí la necesidad de que los superiores usen con los súbditos ese ejercicio de propia abnegación y de vencimiento del propio juicio, alabado y practicado por los santos; que si lo usaran frecuentemente, más floreceria la obediencia en el jardín de la Religión.

Parece mentira el poder que la costumbre ejerce en el hombre para contraer vicios ó adquirir virtudes. Pocas cosas hay más desagradables y repugnantes al paladar que el humo del tabaco chupado ó extraido de un cigarro; no hay fumador en el mundo que las primeras veces haya encontrado gusto en esa operación ni le haya sido sabrosa; más aún, no hay uno que al principio de fumar no haya experimentado náuseas, repugnancia y mareo con el humo del tabaco; y sin embargo de eso, repitiendo la operación una y otra vez, todos los días, se acostumbran de tal modo, que la costumbre ejerce sobre ellos un dominio tiránico, que les lleva al extremo de querer más bien carecer de pan que de tabaco, como ellos dicen. Pues si la costumbre hace sabrosa al hombre una cosa de suyo tan desabrida, ¿qué haria la obediencia en los religiosos, si el superior los acostumbrara y les ayudara á negar continuamente su propio querer y su propia voluntad? Por esto te decia que para llegar á la cumbre de esta virtud, necesita el súbdito del superior, como el enfermo del médico; y ojalá que cada maestro de novicios y cada superior monástico fuera un médico que se ejercitara en curar del modo dicho á nuestra enferma naturaleza.

Pidamos, pues, al Señor que nos dé superiores de esta clase; y no hagamos nosotros más pesado su oficio con nuestras quejas y llanto. El superior al mismo tiempo que médico es padre, y para un padre es muy doloroso tener que curar á su hijo y cauterizar sus llagas. Si el hijo se muestra contento, animoso y agradecido, todavía el padre se anima y quema, corta ó aprieta, según la necesidad; pero si el hijo llora, chilla y pone el grito en el cielo, entonces se expone á que el padre, si no es muy animoso, lo deje por imposible, y la enfermedad se haga crónica, y acabe con él. ¡Oh, cuántos viven enfermos por esta causa! ¡Librenos Dios por su misericordia de tal desdicha!

Aquí tienes, pues, Margarita mía, las dos medicinas que unidas entre sí remedian todos los males y defectos contrarios á la obediencia: en nosotros, conocimiento humilde y persuasión íntima de la enfermedad que nos combate; y en el superior brio y energía para curarnos: en nosotros la disposición de ánimo para negar siempre nuestra propia voluntad, sacrificándola en aras de la obediencia; y en él acostumbrarnos á esa abnegación y facilitarnos su ejercicio por medio de una práctica prudente y continuada; y con estas dos cosas tengo por seguro que desaparecerán todas las faltas contrarias á la virtud de la obediencia. Ánimo, pues, que si tenemos lo primero, lo segundo no puede faltar, porque cuando falta el mandato del superior, tenemos la regla y el horario que nos mandan lo que hemos de hacer cada instante; y podemos tomar sus prescripciones por ejercicio de abnegación y obediencia. Hazlo así, y serás tan perfecta en este punto como desea tu afectísimo Padre,

FR. A.

XL

LA OBSERVANCIA REGULAR.

Lignum vitae est iis qui tenuerint eam.

Arbol de vida es para los que la poseán.

PROV. 3.

DEVOTA sierva de Cristo: Hablando Salomón de la Sabiduría, entre otros muchos elogios que de ella hace, dice que es arbol de vida para los que la tengan. La sabiduría del religioso, como tal, consiste en saber ser buen religioso, es decir, en observar bien las leyes de su estado, de modo que se santifique y conquiste el cielo; porque

La ciencia calificada
es que el hombre en gracia acabe,
pues al fin de esta jornada
aquél que se salva, sabe,
y el que no, no sabe nada.

Siendo, pues, la sabiduría para el hombre arbol de vida y consistiendo la sabiduría del religioso en la práctica de la observancia regular, síguese por consecuencia forzosa que ésta es para nosotros el arbol de vida plantado por Dios en el paraíso de la Religión.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pidamos, pues, al Señor que nos dé superiores de esta clase; y no hagamos nosotros más pesado su oficio con nuestras quejas y llanto. El superior al mismo tiempo que médico es padre, y para un padre es muy doloroso tener que curar á su hijo y cauterizar sus llagas. Si el hijo se muestra contento, animoso y agradecido, todavía el padre se anima y quema, corta ó aprieta, según la necesidad; pero si el hijo llora, chilla y pone el grito en el cielo, entonces se expone á que el padre, si no es muy animoso, lo deje por imposible, y la enfermedad se haga crónica, y acabe con él. ¡Oh, cuántos viven enfermos por esta causa! ¡Librenos Dios por su misericordia de tal desdicha!

Aquí tienes, pues, Margarita mía, las dos medicinas que unidas entre sí remedian todos los males y defectos contrarios á la obediencia: en nosotros, conocimiento humilde y persuasión íntima de la enfermedad que nos combate; y en el superior brio y energía para curarnos: en nosotros la disposición de ánimo para negar siempre nuestra propia voluntad, sacrificándola en aras de la obediencia; y en él acostumbrarnos á esa abnegación y facilitarnos su ejercicio por medio de una práctica prudente y continuada; y con estas dos cosas tengo por seguro que desaparecerán todas las faltas contrarias á la virtud de la obediencia. Ánimo, pues, que si tenemos lo primero, lo segundo no puede faltar, porque cuando falta el mandato del superior, tenemos la regla y el horario que nos mandan lo que hemos de hacer cada instante; y podemos tomar sus prescripciones por ejercicio de abnegación y obediencia. Hazlo así, y serás tan perfecta en este punto como desea tu afectísimo Padre,

FR. A.

XL

LA OBSERVANCIA REGULAR.

Lignum vitae est iis qui tenuerint eam.

Arbol de vida es para los que la poseán.

PROV. 3.

DEVOTA sierva de Cristo: Hablando Salomón de la Sabiduría, entre otros muchos elogios que de ella hace, dice que es arbol de vida para los que la tengan. La sabiduría del religioso, como tal, consiste en saber ser buen religioso, es decir, en observar bien las leyes de su estado, de modo que se santifique y conquiste el cielo; porque

La ciencia calificada
es que el hombre en gracia acabe,
pues al fin de esta jornada
aquél que se salva, sabe,
y el que no, no sabe nada.

Siendo, pues, la sabiduría para el hombre arbol de vida y consistiendo la sabiduría del religioso en la práctica de la observancia regular, síguese por consecuencia forzosa que ésta es para nosotros el arbol de vida plantado por Dios en el paraíso de la Religión.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allá en los principios del mundo, dice la Escritura santa que plantó Dios en medio del paraíso el arbol de la vida, arbol de virtud tan particular y maravillosa que su fruto estaba destinado á conservar las fuerzas del hombre, su salud y robustez, preservándolo de las enfermedades y de la muerte. De modo que si el hombre hubiera permanecido en su inocencia y la humanidad se hubiera propagado en el paraíso, todos se hubieran mantenido con aquel fruto misterioso y mientras comieran de él serían inmortales, pues, sólo cuando se abstuvieran de ese alimento, perderían la salud y la vida.

Pues en el Edén de los claustros religiosos ha plantado Dios nuestro Señor otro arbol, de vida, cuyo fruto está destinado á conservar la salud espiritual de los religiosos y á preservarlos de la muerte del pecado. Este arbol es la observancia regular y mientras los religiosos coman de su fruto y se atengan extrictamente á las leyes de su orden, estarán llenos de vida, gozarán de buena salud espiritual y no morirán con la muerte de la culpa; pero en el momento que dejen de comer los frutos del arbol de la regular observancia, se debilitarán y morirán, ó se acercarán á la muerte. El fruto de este arbol es el que da vida y valor á todas las prácticas religiosas, porque en la religión el confesar y predicar, el mandar ú obedecer, el cocinar ó cantar en el coro, en tanto es meritorio y agradable á Dios, en cuanto está conforme á lo dispuesto en el conjunto de leyes que se conoce con el nombre de observancia regular. Por donde se ve que para nuestro caso no es menos importante esta observancia regular, que lo sería para los moradores del Paraíso la conservación del arbol de la vida.

Pues consideremos ahora, si los hombres habitaran en el Paraíso, cómo cuidarían de aquel arbol; con cuanto esmero lo cultivarían y regarían; cómo procurarían que los chiquillos no subieran por el tronco á encaramarse en las ramas, para que no las quebraran; cómo espantarían á los animales que vinieran á sestear á su sombra y á los insectos que se posaran en sus hojas para que nada le dañara ó echara á perder su fruto; y de esta consideración saquemos el aprecio y el cuidado que debemos tener de la observancia regular. Niños son en la religión los novicios y los jóvenes y no hemos de consentir que esos niños toquen en lo más mínimo, ni mucho menos se encaramen en lo alto de nuestro arbol: antes al contrario, les hemos de infundir respeto y veneracion á todo lo que se relaciona con la observancia regular, porque de ahí depende el bien de todos. Animales que quieren morder y dañar á ese arbol bendito son nuestras pasiones y por eso hemos de enfrenarlas y tenerlas atadas para que él no pierda su verdor y lozanía. Insectos y gusanos que pueden afear la hermosura y picar los frutos de ese arbol son nuestras faltas y defectos; y por eso hemos de velar mucho sobre ellos para no dejarlos anidar entre sus hojas. Y nadie se excuse diciendo que tal falta es ligera ó tal defecto pequeño; porque pequeño es un gusano y si se introduce en el corazón de un arbol, acaba con él. Pequeño es un insecto; pero si se le deja anidar en ese arbol, se multiplicará con tanta rapidez y formará tal emjambre, que acabará con los frutos, y quiera Dios que no acabe también con el arbol.

Por esta razón todos hemos de velar por la observarcia regular y defenderla de todos los que atenten contra ella, sean propios ó extraños, menores ó mayores, como lo hizo aquel soldado de Saúl con el príncipe Jonatás (1). Iba Saúl al alcance de los filisteos, y

(1) *Reg.*

para que sus tropas se animasen á derrotarlos completamente, dió este bando: "Maldito el soldado que comiere bocado hasta que haya tomado venganza de mis enemigos." Y con ser este bando tan injusto y tan riguroso, todos se sometieron á él y nadie pensó en quebrantarlo. Y lo más notable fué que llegando el ejército á un bosque de árboles seculares en cuyos troncos grieteados ó huecos habían formado las abejas multitud de panales, cuya miel corría hasta el suelo; con llevar ellos hambre y ver preparada la mesa y un tan exquisito manjar á mano, ninguno se atrevió á comer ni á faltar á lo ordenado, aunque lo pudo hacer sin ser visto ni notado. Sólo Jonatás, que no había oído el bando de su padre, alargó la lanza y tomó con la punta un pedazo de panal. Y con ser él hijo del rey, un simple soldado que lo vió quebrantar la ley, volviendo por la observancia de ella, le dijo que no podía hacer aquello lícitamente, porque su padre lo había prohibido. Así lo hemos de hacer nosotros, avisando amistosamente al que por ignorancia ú olvido falta á lo mandado, guardando siempre la gradación evangélica y acudiendo al Superior, cuando nuestras advertencias fueren despreciadas. A todos nos toca la regular observancia y todos hemos de mirar por ella.

Para esto es muy provechoso acostumbrarnos desde el principio á llevar sobre nosotros el yugo de la ley, según aquéllo de Jeremías: *Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua.* Bueno es para el religioso ajustar su conducta desde el noviciado á las prescripciones de su regla, llevando el peso de la observancia con soltura y alegría. ¡Sí! con soltura y alegría, y no como otros mal sufridos y quejumbrosos que andan siempre rostrituertos, suspirando, quejándose, retrayéndose de la observancia y poniéndose cariacontecidos para que les dispensen de todo. Estos

serán siempre la carga del convento y se harán pesados con sus quejas y clamores; al paso que los otros merecerán en silencio, elevándose sobre sí mismos á las regiones de la Santidad, como añadió el Profeta: *Sedebit solitarius et tacebit, quia levabit super se.* ¡Dichoso el que así se porta y pasa su vida sin abrir la boca para quejarse!

De esto nos dió maravilloso ejemplo Cristo Nuestro Señor, del cual dice Isaías que fué llevado como oveja al degolladero y no abrió su boca para exhalar un gemido. Y el mismo dice en el evangelio que no vino para hacer su voluntad, sino la voluntad del Padre que le envió; que no vino á quebrantar la ley, sino á observarla y cumplirla; y la cumplió tan á la letra que fué víctima de ella y murió hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz, como enseña el Apostol. Pues tomemos el ejemplo de nuestro amantísimo Salvador y sigamos sus pasos hasta consumar el sacrificio de nuestra vida en la cruz de la observancia regular. Mucho nos conviene hacerlo así, porque en el cumplimiento de ese deber esta cifrado nuestro bien, nuestra santificación y nuestra gloria.

Ánimo, pues, mi querida Margarita y á ser víctima de la observancia regular, á vivir esclava de tus deberes y á ser paloma amante del Corazón de Jesús. Esto último te lo encarece mucho tu afectísimo Padre,

FR. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLI

EL ALMA RELIGIOSA, PALOMA DE JESÚS.

Surge, propera, amica mea, columba mea, et veni.

Levántate, amiga mia, paloma mia, y ven.

CÁNT. 2. 10.

Carísima en Cristo: Buena viene la tuya que tengo delante; pero buena! inmejorable! Citaré tus palabras para que no lo tomes á broma.

"Al leer, Padre mio, el último encargo que V. me hacía en su grata, fijé mis ojos en una hermosa estampa del Sagrado Corazón que tenía en un libro abierto sobre la mesa, y me quedé embelesada ante aquel idilio de amor divino. En ella se ve á Nuestro Señor lleno de majestad y hermosura, rodeado de blancas palomas, unas volando á su alrededor; otra posada sobre su hombro, como hablándole al oido; otra colocada en su rodilla, inclinada bajo el suave peso y las dulcísimas caricias de la mano mil veces bendita de Jesús; otra haciendo en la abertura de aquel Corazón divino el nido de sus amores; y todas ellas con flores en el pico; cuál llevando un hermoso pensamiento, cuál una linda azucena y cuál una rosa encendida, cuyo aroma, sin

duda, agradará mucho á Jesús, porque se leve en la estampa mirando á sus palomas con cariño entrañable, con amor indefinible, con una mirada que quiere decir algo; pero algo celestial que el corazón presiente y el alma casi adivina, sin hallar palabras ni símbolos conque poderlo explicar. ¡Oh qué ganas sentí entonces de ser paloma de Jesús! ¡Cómo deseé tener alas para volar y descansar á la sombra de mi amado! ¿Cuándo lo conseguiré, Padre mio? ¿Podré yo ser palomita de Jesús? ¿Qué he de hacer para conseguirlo? ¡Dígamelo V. por Dios! que mi corazón está dispuesto á todo por conseguir esta dicha."

Magnífico, Sor Margarita: hablas como una santa, como un libro, ó como el libro de una santa; y á la vista está que no me burlo. ¿Quieres de veras ser paloma de Jesús? ¿Deseas saber lo que has de hacer para conseguirlo? Pues yo te voy á decir lo poquito que sé de esta materia, explicándote las condiciones que ha de tener un alma para ser palomita de Jesús; condiciones que son al mismo tiempo las señales por donde se conoce, si una religiosa ha llegado ó no ha llegado á conseguir esa dicha que tú anhelas.

Mas ántes quiero decirte que en los libros santos da Dios muchas veces el nombre de paloma al alma santa. Unas veces la llama paloma mía y hermosa mía; otras llama al alma hermana mia y paloma mía, y dice en su elogio que tiene los ojos como de paloma; y por fin la invita á que remonte el vuelo y se esconda en las aberturas de la roca para que se defienda de la tempestad, como diremos después. Además la paloma es un animalito muy simbólico y muy nombrado en la Sagrada Escritura. El Espíritu Santo, tercera persona de la Trinidad Beatísima, se ha mostrado muchas veces sensiblemente bajo la forma de paloma. En la antigua ley mandó el Señor que se le ofreciera en sacrificio la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

paloma con ceremonias muy misteriosas. El Profeta David pedía á Dios que le diera alas de paloma para volar y descansar. Isaías dice que gemirá como la paloma; y hasta el mismo Jesucristo nos encargó que fuésemos sencillos como la paloma: todo lo cual abona mucho tus deseos de querer convertirte en paloma amante del Divino Corazón.

Pues, la primera señal para reconocer á un alma por paloma de Jesús, es la pureza de conciencia. La limpieza es condición natural de la paloma. Ya puede estar sucio y asqueroso el palomar donde habita, que á ella jamás la verás manchada, sucia y asquerosa. Nunca la veras posada en el fango ni en sitio donde pueda manchar la blancura de sus alas; antes al contrario, volando por lo alto, donde no la pueda salpicar el lodo de la tierra. Pues, el alma religiosa que no posa sus plantas, ni sus ojos, ni su pensamiento en el fango de este mundo, la que tiene siempre pura su conciencia, y ama con delirio y guarda con esmero la limpieza de alma y cuerpo que ha profesado, ésta está ya en camino para ser paloma de Jesús.

La segunda condición que ha de tener el alma para conseguir este fin, ha de ser la sencillez, según aquello de Cristo que antes citamos: Sed prudentes como la serpiente y sencillos como la paloma. La sencillez es una virtud muy grata á Dios, pero más rara de lo que parece; y sin ella nunca podrás llegar á conseguir la dicha que pretendes. Hay almas llenas de doblez, simuladoras, chismosas, enredadoras y mentirosillas, que alaban á uno en su presencia y ausente lo vituperan; que tienen una cosa en los labios y otra en el corazón; que escriben una carta, fingiendo amistad y cariño á una persona, cuando la están vendiendo y difamando ante otros; y estas almas ya pueden despedirse de ser palomas de Jesús, que no lo conseguirán

jamás, mientras abriguen en su pecho esa falta de sinceridad. Pero el alma sincera, verídica y sencilla, que no dice con la boca lo que su corazón no siente, y es tan prudente para callar lo que no se debe decir, como simple para decir lo que se puede hablar; ésta ya tiene mucho adelantado para ser paloma de Jesús, y lo será, si tiene las demás condiciones que te voy á decir.

La tercera condición que se le impone al alma que que quiere ser paloma de Jesús, es que durante su vida no ha de posarse más que en un arbol, en el arbol desnudo, solitario y espinoso de la cruz. Todos los demás árboles del mundo están vedados para ella, y cuánto más frondosos sean y más follage ostenten, tanto más prohibidos le están. Por eso la religiosa que es mortificada, la que busca en todo su abnegación, y sabe dominar sus pasiones, y siempre se vence á sí misma, y ama los desprecios y humillaciones, y en nada busca su querer, sino el de Dios; la que es paciente en las adversidades, mirándolo todo como venido de mano del Señor, y no está contenta si no sufre y se ve posada en el arbol de la Cruz: la religiosa que esto hace, tiene consigo una señal cierta de que es paloma de Jesús; pero la religiosa inmortificada, la que en todo se busca á sí misma, la que huye de padecer, la que se impacienta en las adversidades, ama al regalo, se deja llevar de sus caprichos y antojos, y anda buscando su gusto, saliéndose con la suya, y posándose á cada paso en el arbol de su amor propio y de su propia voluntad; esa dista mucho de ser paloma de Jesús, y por ese camino no lo será jamás; se quedará siempre en la categoría de cuervo, ó de gaviota ó de otro avechucho por el estilo.

La cuarta condición que ha de tener la paloma de Jesús es buscar para hacer su nido un lugar solitario y retirado, que esté lejos de las miradas de los hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres, y envuelto entre las alegres sombras de dulcísimos misterios; y este lugar solamente lo encuentra el alma en el sagrario. Allí es donde la paloma de Jesús hace el nido de sus amores, y en él pone su pensamiento, su corazón, su vida, su alma, sus potencias y sentidos, y todo su ser lo concentra en aquel estrecho, pero delicioso recinto. Por eso cuando veo á una religiosa que conoce su altísima dignidad, y cumple con perfección los gloriosos deberes que trae consigo el ser esposa de Cristo, y enamorada de este divino esposo sólo piensa en él, sólo á él ama, y sólo para él vive; cuando la veo olvidada del mundo, y acordándose contínuamente del prisionero del Sagrario, cuando sé que pasa horas enteras al pié del tabernáculo, y siente pena al separarse de allí, y separada con el cuerpo está á él unida con el corazón y con la mente; ¡ah! entónces digo para mí: ¡Buena señal! ¡esta alma es paloma de Jesús! Pero cuando sé que una religiosa tiene puesto su pensamiento en las vanidades del mundo; cuando sé que en vez de pasar las horas al pié del Sagrario se las pasa en el locutorio, ó distraída haciendo juguetes para regalos; cuando sé que tiene amistades, relaciones, correspondencia, perdimiento de tiempo, y su corazón dividido entre Dios y las criaturas; cuando veo que olvidada de su altísima dignidad no mira á Cristo como á Esposo amante y celoso, sino como á un amo ausente; cuando sé que no frecuenta el coro, huye de la oración, y estando en ella con el cuerpo, está en otra parte con la mente y el corazón; ¡ay! entonces digo para mí: ¡Mala señal! ¡Esta religiosa no es paloma de Jesús! ¡Qué dolor de monja! ¿Para eso vino al claustro? ¿Para eso se desposó con Jesucristo? ¡Ingrata! ¿Y no teme que el Señor la repudie por infiel?

¡Cuán de otro modo se portan las almas fieles, las religiosas perfectas, las verdaderas palomas de Jesús!

Yo sé de muchas que no sólo han formado su nido en el sagrario, sino que apenas salen de él, ni durmiendo ni velando, unidas siempre al Dios de la Eucaristía con el pensamiento ó con el corazón. Si la ocupación que tiene entre manos una de estas palomas, la deja libre la atención, vuela con el pensamiento al sagrario, y allí está hablando con Jesús, mientras trabaja con las manos; y si el trabajo que hace exige su atención y ocupa el entendimiento, entonces le dice á su corazón: Corazón mio, tú aquí nada tienes que hacer: entretente, pues, en amar á Jesús, mientras yo hago esto, y que cada latido tuyo sea un acto de amor. Si durante el dia tiene una adversidad ó una contradición; si oye una palabrita picante que la humilla y mortifica; si sufre algún desaire ó tiene que hacer un sacrificio de esos que ocurren á cada paso en la vida religiosa, no se inquieta, sino como paloma diligente recoge aquellas pajitas para hacer su nido y se las lleva con el pensamiento al sagrario para ofrecerle allí á Jesus Sacramentado cuanto sufre por su amor.

Otras veces, llena de santos deseos, se figura que vuela, como paloma enamorada, llevando en el pico un lindo pensamiento para su amado; y se posa en el altar delante del tabernáculo, y allí gime, arrulla, y toca en la puerta con el pico, diciendo como la Esposa de los Cantares: Abreme, Amado mio, mira qué pensamiento tan hermoso te traigo; mira qué flor tan preciosa he cogido en mi jardín para ofrecértela. Y cuando el Señor le abre y ella entra, entablan entre sí un coloquio dulcísimo que dura todo el dia. Otras veces se considera encerrada en el sagrario y dice con el Profeta: Esta es mi morada para siempre: aquí habitaré, porque yo la elegí. Y allí mora, y de allí no sale; y si oye abrir la puerta del sagrario, se alborota, pensando que le van á quitar su tesoro; y al ver al sacerdote que coge el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

copón para dar la comunión á los fieles, se posa en su brazo, y allí vá con tiernos arrullos acompañando á Jesús hasta que vuelve al sagrario; y vuelto, de nuevo se encierra con él, y se ofrece víctima de expiación, de reparación y de adoración perpétua. Otras veces.... Pero ¿á dónde voy? Tente, pluma, y no reveles misterios de amor! Basta lo dicho! Sí; basta con esto, mi buena Margarita, y aún lo borraría, si no supiera que has de aprovecharte de ello.

Mas para la paloma de Jesús no todo son delicias, como las que te acabo de contar: no todos son dias tranquilos y serenos; hay también dias de tribulación y de tempestad, dias en que el horizonte se oscurece con nubes de ingratitudes y desengaños amontonados por la envidia y la maledicencia; dias en que soplan desencadenados los aires del averno, ruge furioso el huracán de las pasiones, brilla el relámpago de la tentación, y se oye á lo lejos el trueno de la persecución retumbando en el espacio; y en esos tristes dias la paloma de Jesús necesita un refugio, un agujero donde meterse para que la tormenta no la arrolle y la haga perecer. Pues bien; en buscar ese refugio se conoce qué alma es ó no es paloma de Jesús, porque la condición de esta paloma es buscarlo siempre bajo el manto de la Inmaculada ó en la llaga del Corazón Divino. Así lo da á entender el mismo Señor, cuando dice en los cantares: Ven, paloma mia, ven á guarecerte en las aberturas de la piedra: y esta piedra dice el Apostol que es Cristo; y sus llagas son las quiebras y aberturas de esta piedra misteriosa.

De modo que cuando una religiosa se ve perseguida, despreciada, llena de aflicciones, vilipendiada, enferma, atribulada, muerta de penas, castigada, siendo inocente, tentada, combatida, hecha el blanco de las contradicciones y burlas de todo el mundo; cuando

venga sobre ella esa tempestad deshecha y busque para refugiarse el manto de la Vírgen ó el costado de Jesús, sin quejarse, sin murmurar, sin zaherir ni reprochar, humilde, paciente, y sin hablar con nadie de sus penas, más que con su Padre espiritual; entonces tiene en su favor la última señal de que es paloma de Jesús. Pero si en esos dias de tribulación pierde la paciencia, se llena de ira, murmura, se queja, zahiere á quien la ofende, busca con quien desahogarse y habla con cualquiera de su mal y de la injusticia que se le hace; entonces *¡malum signum!* ¡mala señal! Esa no es paloma de Jesús, porque no ha buscado para guarecerse durante la tormenta ni el Corazón de Jesús, ni el manto de la Inmaculada; y á esa se la llevará el viento y la estrellará el huracán contra una roca.

Aquí tienes, Margarita mia, las cinco condiciones que ha de reunir tu alma para ser paloma de Jesús: la pureza de conciencia, la sencillez, no posarte más que en el arbol solitario de la cruz, pasar tu vida en el sagrario, haciendo en él el nido de tus amores y no buscar en los días de aflicción el consuelo de las criaturas, sino el de nuestra dulce Madre y el del Corazón de Jesús, puerto seguro contra todas las borrascas, castillo inexpugnable á todos los ataques del enemigo y refugio cierto en todas las tormentas de la vida. Mírate en este espejo, mídete con esta medida, cumple estas cinco condiciones y serás paloma amante y amada de Jesús. Que trabajes por conseguirlo pronto, desea muy mucho tu afectísimo P.,

FR. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLII

LAS TEMPESTADES DEL ALMA.

¡Domine, salva nos, perímus!
¡Sálvanos, Señor, que perecemos!
MAT. VIII. 25.

Hija mia muy amada en el divino Corazón bien sé yo que en la vida espiritual hay ciertas épocas de pruebas amarguisimas, enviadas por Dios para purificar al alma: pruebas de que no puede formarse idea el que no las haya gustado; y pruebas en fin que ponen á la pobre alma en las puertas de la desesperación. Ya te decía en mi anterior que para la paloma de Jesús, no todo es paz y regalo, sino que tiene también sus dias de borrascas espantosas; pero no sabía ni me lo pensaba siquiera, que estuvieras pasando ahora una de esas terribles pruebas interiores; y sin embargo, así debe ser, á juzgar por la vehemencia con que expresas los sufrimientos de tu espíritu.

"Yo soy—me dices—esa pobre paloma arrollada por la tempestad. Tiempo ha que se cerró para mí la puerta de los consuelos y de aquellos sentimientos divinos que tanto me alentaban; se cerró... y hase abierto en mi corazón una fuente de amargura que rebosa y

se desborda y no me deja vivir. Las penas del Purgatorio me cercan por todas partes y no tengo donde guarecerme para librarme de ellas: penas insufribles en lo interior y en lo exterior, en los sentidos del cuerpo y en las potencias del alma; pero penas cruelísimas causadas, á lo que yo entiendo, por los espíritus malignos que, aunque invisiblemente, me rodean por todas partes, haciéndome experimentar todo el furor de sus iras. El lago de los leones en que fué Daniel metido no creo que sea peor, porque las pasiones se levantan contra mí como lobos hambrientos y los enemigos del alma como leones enfurecidos, haciéndome sentir cosas indecibles que casi me conducen á las puertas de la desesperación. Porque todo eso malo que me pasa interiormente, todo lo que allá siento, me dice el enemigo que es cosa mía, que yo lo consiento y lo quiero, que estoy perdida, que Dios me ha entregado en sus manos y que no hay remedio para mí. En fin, Padre, imagínese V. R. todos los tormentos, amarguras y tentaciones que pueda; presuma de mí todo el mal y todos los horrores que quiera, que por mucho que presuma corto se quedará. Y lo peor es que de vez en cuando alumbra las tinieblas de mi alma un rayo de luz divina que me obliga á verme delante de Dios tal cual soy; y al descubrir en mi alma con esa luz tanta miseria, al verme tan afeada ante la hermosura infinita y tan manchada ante el Dios de la pureza, nueva amargura devora mi alma, y me convenzo de que soy indigna de Dios, de que estoy perdida, de que El me ha abandonado ó me abandonará sin remedio. Vamos, que la tempestad es horrible, la barquilla fragil, las olas furiosas, el viento huracanado, el naufragio inminente y no veo salvación para mí."

¡Muy bien dicho, Margarita! No sé si habrás exagerado algo; pero yo conozco almas que, si dijeran eso,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no exagerarían, ni dirían con ello la mitad de lo que les pasa. Cuando Dios quiere purificar bien á un alma para unirla á sí de extraordinario y maravilloso modo, la hace sufrir el Purgatorio en vida, según dicen los santos que lo han experimentado; y no sólo el Purgatorio, sino los horrores del infierno, en frase de San Juan de la Cruz. Y no es de extrañar que así suceda; porque, si Jesucristo, Cordero inocentísimo, la noche de su pasión *fué entregado al poder de las tinieblas* para pagar nuestras culpas, justo es que el alma pecadora para pagar las suyas propias, para imitar al Cordero de Dios, para tomar parte en su pasión, ó para ser purificada, sea también en cierto modo entregada *al poder de las tinieblas*, á los espíritus malos: que con sus tormentos horribles y sus maldades sin nombre la harán exclamar como á un antiguo profeta: *¡Dolores inferni circumdederunt me!* (Salm. 17).

Libros enteros hay escritos y otros muchos se pudieran escribir sobre esas pruebas del alma, sus causas, objetos, fin y admirables efectos; pero esas cosas son para directores y no para dirigidos, y por eso las dejo aparte, limitándome en ésta á decirte cómo te has de portar en ese triste estado. Tú misma me dices que "la barquilla es frágil, la tempestad horrible, las olas furiosas, el viento huracanado, el naufragio inminente„, y esto me recuerda la borrasca que los apóstoles sufrieron en el mar de Genesareth, imagen perfecta y símbolo acabado de esas tempestades del alma; por lo cual voy á presentarla á tu consideración para que medites en ella y aprendas lo que has de hacer. He aquí como refieren el suceso los evangelistas.

"Aconteció que un dia entró Jesús con sus discípulos, en una barquichuela, y les dijo: Pasemos á la otra orilla del mar. Y partieron hácia allá. Mientras los discípulos navegaban, Él se durmió, y de repente se levantó una gran tempestad de viento que bamboleaba la barca, llenándola de agua, de tal modo, que estaban á punto de hundirse y naufragar. Cuando ya las olas casi cubrían la nave, se llegaron á Él y le despertaron gritando: Maestro, ¿no se te da nada que naufraguemos? ¡Sálvanos, Señor, que nos ahogamos! Y levantándose Él, increpó al mar diciéndole: *¡Cálmate!* y cesó la tempestad, sucediéndole una tranquilidad apacible. Entonces se volvió á los discípulos y les dijo: Hombres de poca fe, qué es lo que teméis? Y ellos temerosos y maravillados, decían entre sí: ¿Quién será éste que manda al viento y al mar y ellos le obedecen? Y pasaron á la otra orilla del mar.„

Muchas cosas hay que notar en este hecho referido hasta en sus menores detalles por tres evangelistas; pero ante todo quiero fijar tu atencion en que la tormenta se cernia sobre la barca, á pesar de estar Jesús en ella; y que El entre tanto dormía, y aparentaba no cuidar de la nave, ni del peligro de sus discípulos. ¡Qué lección tan admirable nos da aquí el Salvador! En ella nos enseña á no creer que estamos abandonados de Dios ni dejados de su mano, por más que nos falte la paz del alma, por mas que suframos las violencias de enemigos interiores y exteriores, por más que horrenda tempestad de tentaciones se levante contra nosotros y nos ponga á peligro de perecer y sucumbir. En ella nos dice Cristo que no tenemos razón para abandonarnos al llanto, ni á la tristeza, ni á la desconfianza, por más que Él esté dormido, por más que no oiga nuestros gemidos, por más que aparente no cuidarse de nosotros y por más que veamos ya ir á pique la fragil navecilla de nuestra alma. Sí, Margarita; cuando seas objeto de ataques infernales; cuando te sientas casi sumergida en el tenebroso mar por donde navegas; cuando el demonio te diga que Dios te ha puesto en sus manos

como al santo Job, y cuando él afirme que estás perdida, que no hay remedio para ti, y que Dios no habita en tu alma; entonces, no lo creas, pobrecilla! Acuérdate de que Cristo estaba en la barquichuela, á pesar de que la inundaban las amargas olas: acuérdate de que Cristo dormía entonces muy tranquilo, como aparenta dormir ahora, sin acudir á tu socorro. Acuérdate de eso, y cree que Jesús navega, aunque dormido, en la nave de tu alma; y nave en la que él navega no puede perecer ni naufragar, por más combatida que esté de los enfurecidos mares.

Otra de las cosas dignas de atención que hay en ese pasaje, es la pregunta algún tanto irreverente con que los discípulos se quejaron de su Maestro. "Señor, ¿no se te dá nada que perezcamos? Estaban los pobrecillos luchando con la tormenta, les faltaban las fuerzas, se veían naufragar y esto les obligó á decir una expresión que en otras circunstancias normales hubiera sido poco respetuosa. Tal vez tú también al sentir levantarse contra ti las furias del averno, al verte arder en el fuego de la ira ó de otras pasiones, exasperada interiormente y llena de irritabilidad, prorrumpirás en amargas quejas contra Dios, creyéndote abandonada. Estas quejas que en otra ocasión serian pecaminosas, en esa no lo serán con tal que, á imitación de los discípulos, las dirijas al Salvador humildemente, diciendo: "¡sálvame, Señor, que perezco!„

Y aqui es mucho de notar que Jesucristo se levanta de seguida y reprende á sus discípulos; pero no los reprende porque le han despertado; no porque se han quejado de Él tan amargamente, sino porque no han confiado en su bondad y en su providencia; porque han creído que, durmiendo, no los podía socorrer. Esta es á mi juicio la mayor falta y la más facil de cometer en ese estado de prueba; las dudas y desconfianzas injuriosas para Dios. ¡Ay, Sor Margarita! no vaciles jamás; no dudes nunca de la amorosísima providencia de Nuestro Señor; no le hagas la injuria de creer que te abandona, que no atiende á tus plegarias, ni escucha los gemidos de tu corazón. Si difiere socorrerte, es para tu mayor bien; si permite la lucha, es para que consigas la victoria; si te deja arder en ese fuego, es para más purificar tu alma, y si te permite tantos sufrimientos, es para multiplicar tus méritos y tu gloria. ¡Animo, pues, y no vaciles! Cuando estés á punto de ahogarte, acude á Jesús, como los discípulos y despiértalo con tus clamores; que, si Él consiente que se levante contra ti esa deshecha borrasca, es para mostrar su poder, su bondad y el grande amor que te tiene. Acude á Él y despiértalo, que una mirada de sus divinos ojos basta para calmar esos mares alborotados. Y levantándose Jesús, amenazará al viento y dirá á la tempestad: ¡Calla! ¡Enmudece! Y cesarán los vientos y seguirá la bonanza.

No desfallezcas, pues, ni te dejes engañar del demonio. Por ese mar tempestuoso han navegado todas las almas que han arribado al puerto de la santidad, y Jesús te hace la gracia de llevarte por él: no le seas ingrata ni desagradecida. Poco importa que tú no conozcas el rumbo que llevas, ni á dónde te arrastra esa corriente impetuosa. Cristo es el piloto que conduce la barca y ésta no podrá perecer. Él conoce el derrotero y te llevará á las ignotas playas de los amores divinos; y allí, después de probada y purificada como el oro en el crisol, tendrás por descanso al Corazón Divino de Jesús. Y entonces, al sentir sus inefables caricias, te parecerá que has sufrido poco por su amor, que la paga es mayor que el trabajo y la bonanza más deliciosa que horrible fué la tormenta.

Te repito que seas muy confiada, porque Dios que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

permite el levantamiento de la borrasca sobre el alma le ha señalado también su duración y su término; y cuando menos lo esperes, el imperio de su palabra divina tranquilizará la agitación de tu espíritu, haciéndole oir este mandato: *¡Cálmate!* Y al sentir la dulce y deseada calma, exclamarás admirada como los Apóstoles: ¿Quién es éste á quien el mar obedece? Es..... el Esposo de tu alma: aquel de quien canta el Salmista que domina el furor de los mares y mitiga el movimiento de sus ondas. Que Él sea contigo, dirija tu navecilla y la lleve al puerto de la paz desea tu afectísimo Padre,

FR. A.

XLIII

VALOR Y MÉRITO DEL PADECER POR DIOS.

Libenter gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi.
Me gloriaré en mis enfermedades, para que habite en mí la virtud de Cristo.
II AD COR. 12.

HERMANITA mía: Muy equivocada andas, al pensar que yo me habría de aburrir y fastidiar con el relato de tus males y tus penas, porque, en realidad de verdad, una de las mejores noticias que puedes darme es la de que sufres y padeces mucho exterior é interiormente. ¿Qué cosa mejor que padecer por Dios? ¿Cuál más agradable que ver castigado por la mano divina á un tan grande enemigo como es el cuerpo? En castigarlo tú, podrías tener dudas y temores de si me excedo ó no me excedo, si agradará á Dios que yo haga esta penitencia ó no le agradará; pero en sufrir trabajos, enfermedades y dolores, no hay nada de eso, porque se reparte la carga entre Dios y nosotros, de tal suerte que á Él le toca dar la disciplina y á nosotros rezar el *Miserere;* y una disciplina que Dios nos dé vale más que todas las penitencias que podamos hacer nosotros.

Esta verdad quiero que grabes bien en tu corazón

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para sufrir con paz todas las adversidades; que las enfermedades y penas que Dios nos envía, bien sobrellevadas, valen más y son de más merecimiento y de menos peligros que todas las mortificaciones que podamos hacer nosotros, por grandes que sean. Esos males y tribulaciones nos asemejan mucho á Jesucristo, hacen subir de quilate nuestra virtud y nos ponen en aptitud de recibir muchas mercedes y gracias del cielo. Así lo dió á entender el Apostol cuando dijo que de buena gana se gloriaba él en sus enfermedades y penas para que en él habitara la virtud de Cristo. Mira, pues, si podías darme nueva más grata que la de hacerme saber los males y tribulaciones con que Dios te prueba. Las penas y los dolores son de tanta estima á los ojos de Dios, que muchas veces suele Él pagar con eso los grandes servicios que le hacen sus amigos y siervos muy regalados, como se ve en la vida de todos los santos.

Cansado y fatigado de hacer obras de misericordia, se acuesta el patriarca Tobías á descansar un poco, y estando dormido, de un nido de golondrinas que había en el techo, cayó suciedad sobre sus ojos, de cuya resulta quedó ciego. ¿Es este el galardón que merecían aquellas obras de piedad y aquellos servicios hechos á Dios? ¡Sí, sin duda alguna! Ese es el mayor premio que Dios puede dar á quien bien le sirve; así lo enseña la razón y vamos á probarlo con este pasaje de la Escritura Sagrada.

Cuando el rey Asuero quiso pagar á Mardoqueo el servicio que le hizo, descubriendo la conjuración tramada contra él, preguntó á su primer ministro qué debía hacer el rey que quisiera honrar á un vasallo suyo, cuanto fuera posible honrarle; y Amán le contestó: Señor, paréceme que el mayor honor que un rey puede hacer á un vasallo es adornarlo con sus mismas vestiduras reales, ponerlo en su mejor caballo ó en su propia carroza y mandar que los grandes de su córte le acompañen por la ciudad gritando en alta voz: Esta es la paga que da el rey por los servicios que se le hacen y así honra á los que él quiere honrar.„ Y á la verdad, ¿qué mayor premio puede dar un rey por los servicios que se le hacen? ¿Qué galardón mayor que ponerle sus vestiduras, darle su cetro y ceñirle su corona? ¿Y cuál es la corona, cuál es el cetro y cuál es el traje de nuestro Rey celestial, sino la cruz, las afrentas y los dolores? ¿Luego á quien Cristo dé parte de su cruz, de sus tormentos, de sus injurias y de su pasión toda entera, á ese le hace la mayor honra que le puede hacer en el mundo. ¡Oh, si entendiéramos bien ésta verdad! ¡Oh, si miráramos la honra que Dios nos hace cuando nos envía males y tribulaciones! ¡Cuánta paz tendríamos y qué bien recibiríamos todas las penalidades de la vida! ¡Cómo bendeciríamos la mano que nos hiere, y la lengua que nos maldice, y el corazón que nos aborrece, y la cabeza que maquina el modo de hacernos mal!

Bien sé que nuestro amor propio y el demonio para engañarnos, hacen esta objeción: Si los trabajos me vinieran de la mano de Dios, yo los recibiría de buena gana; pero no vienen de Dios, sino de fulana, que me quiere mal; ó de la otra que me tiene envidia; ó de aquella, que no me puede ver y me persigue. Dios te libre, Margarita mía, de discurrir así, porque entonces vas perdida y no sacarás provecho, sino daño, de las cruces que Dios te envía. Bien puede ser que aquella te quiera mal y la otra te persiga, y que con eso peque; pero esto no es cuenta tuya, que ella la dará á Dios, y muy estrecha; lo que tú debes pensar es que, aunque Dios aborrezca el pecado que ellas cometen, quiere, sin embargo, los efectos de ese pecado;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esto es, las humillaciones, penas y tribulaciones que te hacen sufrir. Y no pienses que este es un simple parecer mío, que no es sino una verdad de fe contenida en la Sagrada Escritura. *Non est malum in civitate quod non fecerit Dominus.* Es verdad que Dios se vale de instrumentos para hacer su obra, como se vale el escultor de los suyos para labrar la madera; pero el artífice verdadero es él y no la barrena que taladra ni la gubia que roe; y si esos instrumentos se inutilizan, él los tira á la basura y se vale de otros para proseguir su obra; quiero decir, que si las criaturas escogidas por Dios para intrumentos de tu santificación, ofenden á su divina Majestad, porque ponen de su parte la mala voluntad y el pecado que Dios aborrece, Él las castigará según la culpa que cometan y á tí te dará el premio de tus sufrimientos.

Quiero que vivas muy persuadida de esta verdad, porque sin ella perderás el fruto de tus trabajos, y así me voy á servir de una comparación bien sencilla. Supongamos que estás enferma y que el médico te manda una medicina amarga y un par de cáusticos, los cuales te propina la enfermera en cumplimiento de su deber: dime ¿á quién atribuirás tú esa medicina, á ella ó á él? ¿Quién te la manda, la enfermera ó el médico? Pues supongamos que la enfermera no te puede ver, y por lo mismo se alegra de tus males y llena más el vaso de bebida, y carga más el sinapismo por verte sufrir; pero con tan feliz resultado, que por haberte tratado con crueldad te has puesto mas pronto buena: dime, ¿no se lo debías agradecer? Es verdad que ella ofendió á Dios é hizo mal en alegrarse de tu dolencia y en hacerte sufrir; Dios detesta su falta y la castigará, pero Dios quería tu salud y la consiguió por ese medio. Ella pudo contribuir muy bien á tu salud por caridad y no por aversión, como lo hizo; culpa suya fué portarse así, pero culpa que redundó en tu provecho, y por lo mismo le debes estar agradecida. Mira, pues, si tenía razón para decirte que debemos bendecir la lengua que nos maldice, y amar el corazún que nos odia, y volver bien por mal, como Cristo nos aconseja en su evangelio. Miradas las cosas de este modo, dan paz al alma y ayudan mucho á nuestra santificación; pero miradas humanamente, no traen sino disturbios y rencillas, perdición de algunas comunidades.

¡Vengan, pues, enfermedades, dolores, tentaciones, penas, tribulaciones, calumnias, persecuciones y cuantas cruces quiera el Señor enviarnos! ¡Viva la Cruz! ya la mande Dios por sí mismo ó por las criaturas. ¡Viva la Cruz! venga por medio de las criaturas visibles ó invisibles. ¡Viva la Cruz! ya venga de adentro ó de afuera, ya de los hombres ó ya de los demonios. ¡Viva la Cruz y viva el padecer! que no hay en el cielo ni en la tierra cosa más estimable que ésta para el verdadero religioso. Tengo para mí que si en los ángeles y Santos del cielo pudiera haber envidia, la tendrían ciertamente de los justos que son afligidos y atribulados en esta vida, porque con estas tribulaciones merecen lo que ellos no pueden merecer. Los que gozan ya con Dios en el cielo deben á Dios aquellos goces, y son deudores suyos; pero los que por amor de Dios padecen y sufren acá en la tierra, son á su manera acreedores de Dios, y en cierto modo el Señor se hace deudor de ellos. Pues valiendo tanto el padecer, que hace á Dios deudor nuestro, ¿cómo tiene tan pocos amadores aun entre las esposas del Crucificado? ¿Cómo se huye tanto de la Cruz? No le hagas tú esos desaires, sino ámala con fervor de espíritu, ama las enfermedades, desprecios y humillaciones vengan por donde vinieren; no te quejes jamás de verte perseguida ó menospreciada; y sea tu consuelo en toda tribulación aquella sentencia del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Apostol: Lejos de mí gloriárme en otra cosa que en la Cruz de mi Señor Jesucristo.

¡Oh qué gran bien nos hace el Señor cuando nos envía tribulaciones! en eso muestra querernos bien, y es la mayor y más señalada prueba de cariño que nos puede dar, la prenda más segura y cierta de que somos sus amigos, pues porque lo somos nos prueba y regala para que hagamos asiento en la virtud. La virtud que no se prueba es de pocos quilates y de poco valor mientras que la muy probada es de mérito exquisito, mérito que acrecienta el derecho á nuevas gracias y á nuevas recompensas. Siendo, pues, cosa tan preciada las cruces y los trabajos, y sabiendo que todos ellos los envía Dios para nuestro provecho, gran sandez y gran locura sería inquietarnos por ellos y recibirlos mal. No digo que la carne flaca y la naturaleza rebelde no sientan la Cruz y giman bajo su peso; lo que digo es que el espíritu no la rechace ni aborrezca, sino qué la abrace con entera conformidad.

Habiendo esto, no es falta ninguna sentir en la parte inferior repugnancia al padecer, ni pedir al Señor que nos libre de él, con tal que tengamos conformidad con la voluntad de Dios: pues vemos que Cristo en el huerto pidió á su Eterno Padre le librara de aquel Cáliz; añadiendo empero que no se cumpliera su voluntad sino la del Padre. Tampoco es falta quejarse amorosamente á Dios cuando estamos atribulados, pues vemos que Cristo en la Cruz se quejó al Padre de que lo había desamparado, pero con tanto amor que inmediatamente le entregó su espíritu, encomendándolo en sus manos. Sea éste tu modo de proceder en las tribulaciones, y él te hará tan semejante á Jesucristo, como desea tu afectísimo Padre,

FR. A.

XLIV

CRÉDIDI Ó EL SALMO DE LAS RELIGIOSAS.

CARÍSIMA en Cristo: Buen pensamiento me ha sugerido la lectura de tu grata. Dices en ella que, aunque no entiendes bien el significado del salmo 115, no obstante, cada vez que lo rezas, hallas en él un gusto especial, un sabor de cielo que te encanta y embelesa, sobre todo las palabras *Vota mea Domino reddam*, y aquellas otras que dicen *Quid retribuam Domino*, te parece á tí que fueron dichas de intento para que las religiosas expresaran con ellas los sentimientos y afectos de su corazón agradecido; y que tanto esas palabras como todas las demás deben ser objeto muy digno de meditación para las almas á Dios consagradas. Y como consecuencia de esto añades: "Si estoy en lo cierto, entreténgase usted un día en parafrasearme ese cántico del profeta-rey para consuelo mío y de mis hermanas; y si no, dispense mi atrevimiento."

Al leer esto, reflexioné un poco, ví que tenías razón y me propuse darte gusto, dedicando la presente

Apostol: Lejos de mí gloriárme en otra cosa que en la Cruz de mi Señor Jesucristo.

¡Oh qué gran bien nos hace el Señor cuando nos envía tribulaciones! en eso muestra querernos bien, y es la mayor y más señalada prueba de cariño que nos puede dar, la prenda más segura y cierta de que somos sus amigos, pues porque lo somos nos prueba y regala para que hagamos asiento en la virtud. La virtud que no se prueba es de pocos quilates y de poco valor mientras que la muy probada es de mérito exquisito, mérito que acrecienta el derecho á nuevas gracias y á nuevas recompensas. Siendo, pues, cosa tan preciada las cruces y los trabajos, y sabiendo que todos ellos los envía Dios para nuestro provecho, gran sandez y gran locura sería inquietarnos por ellos y recibirlos mal. No digo que la carne flaca y la naturaleza rebelde no sientan la Cruz y giman bajo su peso; lo que digo es que el espíritu no la rechace ni aborrezca, sino qué la abrace con entera conformidad.

Habiendo esto, no es falta ninguna sentir en la parte inferior repugnancia al padecer, ni pedir al Señor que nos libre de él, con tal que tengamos conformidad con la voluntad de Dios: pues vemos que Cristo en el huerto pidió á su Eterno Padre le librara de aquel Cáliz; añadiendo empero que no se cumpliera su voluntad sino la del Padre. Tampoco es falta quejarse amorosamente á Dios cuando estamos atribulados, pues vemos que Cristo en la Cruz se quejó al Padre de que lo había desamparado, pero con tanto amor que inmediatamente le entregó su espíritu, encomendándolo en sus manos. Sea éste tu modo de proceder en las tribulaciones, y él te hará tan semejante á Jesucristo, como desea tu afectísimo Padre,

FR. A.

XLIV

CRÉDIDI Ó EL SALMO DE LAS RELIGIOSAS.

CARÍSIMA en Cristo: Buen pensamiento me ha sugerido la lectura de tu grata. Dices en ella que, aunque no entiendes bien el significado del salmo 115, no obstante, cada vez que lo rezas, hallas en él un gusto especial, un sabor de cielo que te encanta y embelesa, sobre todo las palabras *Vota mea Domino reddam*, y aquellas otras que dicen *Quid retribuam Domino*, te parece á tí que fueron dichas de intento para que las religiosas expresaran con ellas los sentimientos y afectos de su corazón agradecido; y que tanto esas palabras como todas las demás deben ser objeto muy digno de meditación para las almas á Dios consagradas. Y como consecuencia de esto añades: "Si estoy en lo cierto, entreténgase usted un día en parafrasearme ese cántico del profeta-rey para consuelo mío y de mis hermanas; y si no, dispense mi atrevimiento."

Al leer esto, reflexioné un poco, ví que tenías razón y me propuse darte gusto, dedicando la presente

á comentar ese salmo, en cuyos versículos tanto consuelo halla tu alma. El se halla en el texto hebreo unido con el anterior formando un solo cántico, el cual, desde la palabra *Credidi* con que empieza en la Vulgata, es un verdadero himno de gratitud al Señor por los beneficios recibidos. De buena gana omitiria, al comentarlo, el texto latino; pero eso equivaldría á quitarle ese sabor de cielo que tú le hallas en el idioma de la Iglesia, y esto no conviene; por lo cual lo iré intercalando en su lugar, dande ya principio con la enérgica frase del profeta: *Credidi, propter quod locutus sum.*

He creído y esperado en Dios: ¡por eso hablo! Y hablo para cantar las misericordias que ha usado conmigo el Todopoderoso; hablo para narrar los favores de su diestra bondadosa, y despliego mis labios para contar con las misericordias del Señor la triste historia de mi vida. Ahora me veo ensalzado en la casa del Señor; pero no siempre ha sido así, porque hubo un tiempo aciago en que fuí humillado grandemente. ¡Sí! hubo un tiempo en que moré allá en los desiertos del mundo, y allí me dominaron sus leyes y mis caprichos; allí me vencieron y aprisionaron los enemigos de mi alma; allí arrastré la cadena de la esclavitud, y esclavo y prisionero de la culpa, fuí humillado en gran manera. *Ego autem humiliatus sum nimis.*

Y bien mirado, ¿qué hay en el mundo, fuera de la virtud, que no humille á los hijos de Adán? ¿No es humillante que las almas criadas para el Cielo se arrastren por el lodo como animales inmundos? ¿No es doloroso ver cautivas y atadas á la tierra las almas que crió Dios para que volaran por los espacios infinitos? ¿No es degradante el imperio que sobre los hijos de Dios ejerce el mundo, ese mundo infame reprobado en el Evangelio? Tiende tu vista por él ¡oh alma mía! y verás en él tanta maldad, tanta mentira, tanto fraude,

tanta vanidad, tanta abominación, tanto engaño, tanto olvido de Dios y tanto desprecio de su ley eterna, que quedarás atónita y espantada. En él verás triunfante la imprudencia, perseguida la virtud, despreciada la verdad, honrada la mentira, ensalzado el vicio, extragadas las costumbres, perdida la vergüenza y corrompidas todas las clases sociales. En él se estima más el oro que la virtud, y por un puñado de dinero se vende la conciencia y se atropellan todas las leyes divinas y humanas: de tal suerte, que apenas queda más que el nombre de justicia y honradez sobre la tierra. En él apenas hay ya bondad ni temor de Dios, sino que la malicia, la astucia, el dolo y la maldad lo llenan todo; de tal arte, que la tierra está hoy convertida en una sentina de vicios, en una escuela de pecados, en una cueva de bandidos, víctimas de la ambición, de la torpeza, de la envidia y de todas las malas pasiones. En ese mundo hay amigos que, aparentando cariño, nos venden; y quien presente nos alaba suele en nuestra ausencia hablar mal y escupir contra nosotros el veneno de la murmuración y la calumnia escondido en su lengua de serpiente. ¡Oh qué tristes desengaños de esta especie se sufren en el mundo! Hasta seres amados que debían corresponder agradecidos nos hieren el corazón con la punzante espada de la ingratitud, y amargada el alma, exclama en el exceso de su dolor: ¡Todo hombre es mentiroso! *Ego dixi in excessu meo: Omnis homo mendax.*

Herido por la ingratitud y huyendo de las mentiras del mundo me escondí en la soledad, buscando en ella el consuelo y la quietud que el mundo infame y cruel me negaba; en ella pedí á Dios un lenitivo para mi corazón, un bálsamo que cicatrizara las heridas de mi alma: y ese verdadero y amoroso Padre de los afligidos me consoló mucho más y mejor de lo qué pedirle

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

supe. Sus bondades sin cuento iluminaron mi vida con los destellos de su amor y de seguida apareció en mi horizonte la aurora de la vocación religiosa. Oí la voz de Dios que me llamaba para si, y yo, confundido con el peso de sus favores y desconocedor de su destino, le contestaba: ¡Sí, Dios mío! ¡quiero dejar el mundo, quiero seguirte; pero guíame tú, condúceme tú, que yo ignoro las sendas de tus escogidos! Y Él me guió al través de largo y penoso camino, me alentó en mis desmayos, allanó las mil dificultades que se oponían á mi marcha, superó todos los obstáculos que se presentaron y me trajo aquí á su palacio para llamarme su hijo y hacerme su siervo ¿Con qué pagaré al Señor tantos beneficios? ¿Qué le daré en retorno de tanto como me ha dado? ¿Con qué le retribuiré mercedes tan señaladas? *¿Quid retribuam Domino, pro omnibus quæ retribuit mihi?*

Ya sé lo que debo hacer para pagarle. Tomar el caliz salutífero en mi mano, aplicarlo á mis labios y apurar hasta su última gota, invocando el nombre del Señor. *Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo.*

¡Sí, Padre mío y Dios mío! Yo quiero cargar aquí con el yugo de la penitencia, quiero colocar tu cruz como sello sobre mi pecho, mortificarme y padecer por tí. Aquí, lejos del mundo, encerrado y prisionero de amor, yo haré de la pobreza mi tetoro, de la obediencia mis delicias, de la castidad mi gloria, de la clausura mi recreo; y así te cumpliré mis votos en presencia de tu pueblo entero. *Vota mea Domino reddam coram omni populo ejus.*

Cumplir sus votos es el primer deber de un alma religiosa y ese cumplimiento es la cosa más aceptable que puede hacer á los ojos de Dios y la más provechosa para sí misma: por eso, ¡¡alma mía!! ¡olvídalo todo,

abandónalo todo! ¡déjalo todo por Dios! y aquí en la soledad del claustro, alejada del mundo, oculta á los ojos de los hombres, muere á tí misma, para que tu vida esté escondida con Cristo en Dios. Cumple con perfección tus promesas y vive santamente, si quieres tener un fin dichoso y una muerte preciosa en el acatamiento de Dios, porque escrito está: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

¡Dichosos los santos que muertos al mundo y á sí mismos, reposan en Dios, sirviéndole con fidelidad durante la vida! ¡Oh qué cosa tan dulce, tan grande y tan gloriosa es este servir al Señor! ¡Servir á Dios es reinar! reinar sobre el demonio enemigo de Dios, es reinar sobre el mundo, semillero de pecados y conjunto de todas las pasiones malas. El desgraciado que no sirve á Dios con fidelidad, se pone al servicio de sus propias pasiones, del mundo, del pecado y del demonio, porque demonio, mundo y carne, pasiones y pecados reinan sobre el pecador, y lo dominan como á esclavo miserable; mas el verdadero siervo de Dios reina sobre todo eso y sobre mucho más que no es dado al hombre decir; porque cuanto mayor es su santa y voluntaria servidumbre, tanto más grande es su dominio sobre el reino de la naturaleza y de la gracia, pues la gracia y la naturaleza, el mundo visible y el invisible los pone siempre Dios á disposición de sus verdaderos siervos. ¡Oh qué gran cosa es ser siervo de Dios! Y esa dicha negada á tantos me la concede Dios á mí, haciéndome su siervo. ¡Sí, Dios mio! por dicha mia soy tu siervo, soy tu esclavito, hijo de la Religión Seráfica que tiene á gala ser tu sierva. *¡O Domine quia ego servus tuus; ego servus tuus et filius ancillae tuae!*

Ser tu esclavo, ¡oh mi Dios! es la mayor libertad que conozco en el mundo; ser tu siervo es la honra más alta á que puede aspirar el hombre; y entregarse com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pletamente á tu servicio es romper de un golpe todas las cadenas que nos atan al suelo, y cobrar alas para volar por más altas regiones. Al hacerme, pues, tu siervo, rompiste mis cadenas y me diste la verdadera libertad. Rompiste la cadena de las riquezas fraguada con eslabones de ambición y cuidados roedores; la cadena de las vanidades y galas, que sólo sirven para ocultar fealdades, deformidades y miserias; la cadena de la negra honrilla bajo la cual gimen tantos, oprimidos con su peso; la cadena de los deleites, cadena afrentosa con que el mundo ata á sus esclavos; la cadena de las pasiones, y la cadena de la propia voluntad con que los hombres tan fácilmente se dejan aprisionar del demonio. Todas esas cadenas rompiste para darme libertad, y por eso debo ofrecerte sacrificios de alabanzas. *Dirupisti vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis.*

Lo que hacen, Señor, los ángeles en el Cielo, cantando tus glorias, alabando tu grandeza y bendiciendo tu bondad, eso mismo haré yo en la soledad de mi claustro para ser angel de la tierra y pagarte aquí con cánticos de amor y gratitud lo mucho que te debo. Ni de día ni de noche cesaré de cantar tus alabanzas, porque, cuando se cierren mis labios, gemirá mi corazón, hablarán mis obras; y mis penas y dolores sufridos en paz por tu amor serán para tus oídos harmonía más grata que la de cítaras angélicas, porque lo haré todo y lo sufriré todo, invocando tu nombre, el nombre del Señor. *Et nomen Domini invocabo.*

Y con el aliento que esta dulce invocación infunde en mi alma, cumpliré fielmente mis votos al Señor; y porque así lo exige la fidelidad, lo pide la gratitud, lo demanda la justicia y lo ordena la religión, se los cumpliré delante de todo su pueblo. *Vota mea Domino reddam in conspectu omnis populi ejus.*

Pero no sólo los cumpliré á la faz de todo el mundo, haciendo gala de serlo que soy, aunque alguien se me burle; sino que pondré también mi cuidado en cumplirlos, cuando nadie me vea, cuando esté en mi retiro, oculto en mi celda ó mi convento, verdadero atrio de la casa del Señor. Ea, pues, alma mia; á vivir santamente en la soledad del claustro! ¡Dios y solo Dios por testigo de tus sufrimientos y de tu vida interior! ¡Jesucristo por modelo á que ajustar tu conducta; la Virgen por refugio donde acudir en la tribulación: y después... nada! ¡sino amor y sacrificio! con lo cual no sólo cantarás las misericordias de Dios en los atrios de su casa, sino en medio de aquella ciudad gloriosa, querida madre nuestra, que lleva por nombre *celestial Jerusalén. In atriis domus Domini, in medio tui, Jerusalem.*

Aquí tienes, mi querida Margarita, lo que deseabas; y no puedes figurarte cuánto trabajo me ha costado reducir á los estrechos límites de una carta la abundante materia de este salmo. Como habrás observado, no lo he puesto en boca de su autor, sino en labios del religioso, que expresa con él los afectos de su alma agradecida. En cada verso no hago más que indicar las profundas reflexiones á que se presta, dejando á tu cuidado profundizarlas y amplificarlas, según la luz que Dios te dé. Tómalas alguna vez por objeto de tus meditaciones, y sea tu cántico predilecto para dar á Dios gracias por haberte hecho religiosa. El sea contigo y te haga tan suya como le pide tu afectísimo P.

FR. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLV

Los Confesores de monjas.

Mi estimada Margarita: El asunto de esta carta es tan interesante y serio, que prescindo de preámbulos y rodeos al hablarte de él. La confesión es de necesidad para el pecador y de utilidad para el justo: es un gran medio para la santificación de las religiosas, pero en la forma que la Iglesia lo dispone, y no de otro modo: por lo cual quiero decirte para tu gobierno lo que la Iglesia ha ordenado sobre el particular á las monjas, á fin de que no yerres sobre este punto tan interesante de la vida religiosa. No voy, pues, á explicarte los deberes del confesor de monjas, que eso es cosa de él y no tuya; ni á decirte los dotes que él ha de tener, porque los Prelados suelen nombrar para dicho cargo á los sacerdotes más aptos, á los de más virtud y ciencia de que pueden disponer: voy únicamente á contestar tus preguntas, explicándote las disposiciones vigentes de la Iglesia en lo tocante á los confesores de religiosas y á las confesiones y comuniones de éstas.

Para evitar ambigüedades y confusiones, quiero

que distingas bien al confesor, del director y del capellán de monjas. El simple capellán no tiene más cargo que decir la misa y dirigir las ceremonias del culto en la iglesia del convento; el director particular de la religiosa, como tal, no tiene más incumbencia que la de dar consejo, cuando se lo pida su dirigida, conduciéndola por el camino de la virtud, según el espíritu de la regla; y el confesor tiene, en el fuero interior de la conciencia, las atribuciones que le dan su carácter sacerdotal en la administración de ese sacramento. Estos tres cargos son bien diferentes el uno del otro, pero no son incompatibles entre sí, y pueden muy bien estar juntos en un solo sujeto ó repartidos en dos ó en tres distintos, según lo exijan las circunstancias.

Pues, dejando á un lado al director y al capellán, hablemos sólo del confesor, del cual te diré con palabras de un tan grande Pontífice como Benedicto XIV, en la Bula *Pastoralis cura*, que "es ley de la Iglesia, ley muy meditada, ley corroborada con la autoridad de la experiencia y de la tradición antigua, que en cada convento de religiosas haya un solo confesor ordinario, que oiga las confesiones sacramentales de toda la comunidad; y que no sea lícito á monja alguna elegir á su arbitrio un confesor particular, sino que los Prelados, para calmar las inquietudes y angustias que pueden sentir las religiosas en sus conciencias, les darán, según manda el Concilio de Trento, dos ó tres veces en el año un confesor extraordinario, al cual deben presentarse todas las religiosas, ya sea para confesarse, ya para recibir de él saludables consejos."

Recientemente Su Santidad León XIII, dejando en todo su vigor esta legislacion antigua de la Iglesia, ha hecho nuevas concesiones á las religiosas en lo tocante al confesor extraordinario. He aquí las palabras del famoso decreto *Quemadmodum:* "Dejando firme y

en todo su vigor cuanto respecto á los confesores ordinarios y extraordinarios de las Comunidades prescribe el Santo Concilio de Trento *(Ses. 25 cap. 10 de Regul.)*, y ordenó la Santidad de Benedicto XIV en la Constitución *Pastoratis cura;* Su Santidad previene á los Prelados y á los Superiores *(regulares)* que no nieguen á sus súbditos el confesor extraordinario tantas cuantas veces se sientan de él necesitados para la tranquilidad de sus conciencias, y en manera alguna averigüen el motivo de la petición ni den á conocer por ella su desagrado. Y á fin de que no resulte ineficaz tan prudente disposición, exhorta Su Santidad á todos los Ordinarios á que en los lugares de sus respectivas diócesis en que existan comunidades de mujeres, designen sacerdotes idóneos provistos de las oportunas facultades, á quienes puedan aquéllas recurrir con facilidad para que las oigan en confesión.„

Resulta, pues, de este decreto, como dijo con admirable precisión el *Boletín Eclesiástico* de Sevilla, que el confesor de religiosas puede hoy ser ordinario, extraordinario y *ad casum,* dando este último nombre á los designados por los obispos para que, en caso de necesidad, puedan las religiosas acudir á ellos, fuera de las témporas ó tiempo del extraordinario. Esta ley, ampliatoria de lo antiguamente decretado sobre el confesor de monjas, será de mucha utilidad para ellas y de mucha gloria para Dios si se observa con fidelidad, se aplica con lealtad y no se abusa de ella: abusos que pueden ser cometidos por los confesores, por las mismas religiosas ó por sus Preladas.

Para evitar los primeros, el actual Prelado hispalense (en quien propios y extraños admiran el espíritu de San Francisco de Sales) advierte á los tales confesores *ad casum,* que "no pueden prestarse á las exigencias de las religiosas ni absolverlas, aun siendo

llamados por ellas, cuando no existan poderosas razones para hacerlo: y, muchas veces, en vez de tales razones existen caprichos, escrúpulos, antojos y quizás el deseo de eludir la sapientísima disciplina de la Iglesia.„ Y añade que "obrarán muy mal é incurrirán los confesores dichos en grave responsabilidad ante Dios, si por debilidad ó condescendencia contribuyen á destruir esa disciplina, en la que el Vicario de Cristo no ha querido hacer variación alguna, según declara en su decreto.„

Para evitar los segundos, el glorioso antecesor del Sr. Spínola, en la silla de San Isidoro, el llorado Cardenal Sanz y Forés, advierte á las religiosas que "el Sumo Pontífice quiere que se mantenga en todo su vigor y fuerza la ley eclesiástica de un solo confesor ordinario para cada comunidad; y por lo mismo es evidente que no deja al arbitrio de cada religiosa escoger un confesor para sí, sino que solamente en caso de necesidad puede pedir uno de los confesores designados *ad casum* por el Prelado. Piensen seriamente las religiosas estos puntos; piensen que no la simpatía ó afecto natural, ni razones puramente humanas, ni vano deseo de singularizarse ha de moverlas en asunto tan grave y tan relacionado con la salvación de su alma, para la cual tanto ayudan la humildad y sincera obediencia á las leyes de la Iglesia y á las disposiciones de los Prelados; piensen (añade) que gravan mucho su conciencia si, por razones humanas, piden un confesor distinto de aquél que el Prelado ha deputado para toda la Comunidad; y que en lugar de atraer sobre su alma luces y gracias del Cielo, se indisponen para recibirlas por su singularidad, su espíritu de insubordinación ó su afecto personal, cosas de que deben estar totalmente desnudas las almas á Dios consagradas, y obligadas á buscar la perfección por la negación de sí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismas y la renuncia de su propia voluntad, según aquello de Jesucristo: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame: El que quiera salvar su alma la perderá; y quien por mí la perdiere, ese la ganará para la vida eterna." (Math. 17.)

¡Oh si las monjas encaprichadas por tener un confesor particular entendieran esta sentencia de Cristo! ¡oh si las que temen que no aprovecharán, si no es con el que ellas quieren, tuvieran luz para penetrar estas sublimes palabras del Salvador! *Quien quiera salvar su alma,* (por ese camino) *la perderá.*

Tales son las advertencias que para evitar abusos hacen estos dos virtuosísimos Prelados, uno á los confesores *ad casum* y el otro á las religiosas; pero para evitar abusos mayores, Su Santidad, no sólo advierte, sino que previene ó prescribe á las Preladas y superioras, que no nieguen á sus súbditas el confesor *ad casum* tantas cuantas veces lo pidan para tranquilidad de sus conciencias; y de ningún modo pregunten ó traten de averiguar la causa ó motivo de la petición, ni manifestar por ella desagrado alguno. Fíjense bien las Preladas en la fuerza que tienen estas palabras del Papa y pónganlas en práctica, si no quieren ser en el tribunal de Cristo responsables de algún sacrilegio. Cumplan bien las Superioras esto que dice el Vicario de Cristo; no abusen las religiosas de la libertad que él les da; y los nuevos confesores extraordinarios ó *ad casum* harán un bien muy grande y muy positivo á las comunidades religiosas.

Del confesor extraordinario nada dice el reciente Decreto, y así sus atribuciones y deberes son los mismos que antes. Suelen darse á las religiosas en las cuatro témporas del año, y sería de mucho provecho que cada vez fuera uno solo el extraordinario en cada Comunidad. Este confesor tiene el derecho de oir y preguntar á todas las monjas, y éstas el deber no de confesarse, pero sí de presentarse á él; deber sabiamente impuesto por Clemente XI, porque en él se provee á las necesidades de las religiosas, se deja intacta la libertad de la que no quiere confesarse, y se cierra la puerta á las murmuraciones, disturbios y notas que resultarían de si fué ésta y la otra no, si aquella no lo necesita y ésta sí. Por eso las Preladas no deben tolerar que ninguna monja se abstenga de ir con el extraordinario, ni consentir que durante las dias que éste ejerce su ministerio, se acerque al confesonario ningún confesor ordinario; y haría muy mal en tolerar cualquiera de estas dos cosas, porque con esa tolerancia podría gravar su conciencia ante Dios.

En cuanto al confesor ordinario, dice el Papa Benedicto XIV, que debe ser uno solo para cada Comunidad. Y por lo mismo no comprendo el abuso garrafal de haber en algunos conventos seis, diez, doce, hasta quince confesores ordinarios. Esto es incalificable, contrario á las leyes de la Iglesia y opuesto al espíritu de la Religión, pues no hay Regla de Congregación, ni orden Religiosa que autorice semejante calamidad; y por eso creo firmemente que si los Prelados tuvieran conocimiento de tales abusos, los cortarían, dejando uno ó dos confesores, según lo numeroso de la Comunidad, aunque lloraran como Jeremías. Este corte es un bien positivo, porque en el convento que hay muchos confesores, por fuerza ha de haber desunión; ellos serán todos muy prudentes, y ellas todas muy santas; mas á pesar de eso, la comunidad necesariamente se resentirá de la dirección de tantas cabezas, y la union de miras, la cohesión disciplinar y la perfección común serán tan difíciles, como fáciles la desunión, los bandos y parcialidades. El menor mal que en tales con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ventos puede acontecer es que las que se confiesan con uno mismo se llamen entre sí hermanas de confesión, hijas espirituales de un mismo Padre, y empiecen á formar corrillo aparte en el seno de la comunidad: corrillos muy expuestos á las amistades particulares, á querer introducir en las demás la doctrina y dirección del propio confesor, haciendo comparaciones, siempre odiosas, procurando llevarle nuevas ovejitas, y cuidando que ninguna de las antiguas se aleje de su pastor; y si alguna, sea por lo que fuere, se aleja y se vá con otro, pobre de ella!: las indirectas caerán sobre su cabeza, como las gotas de agua en dia de lluvia. Dada la fragilidad de la criatura, este mal es inevitable en la comunidad donde haya muchos confesores ordinarios, y por eso la Iglesia los tiene tan prohibidos. Y hoy menos que nunca se comprende ni se permite esa aglomeración de confesores ordinarios, puesto que además del extraordinario de témporas, tiene cada comunidad señalados otros extraordinarísimos, á quienes pueden llamar las religiosas en caso de necesidad.

En algunas Comunidades claustrales dan al confesor más importancia de la que realmente tiene, tanto que, si él no es advertido, lo harán intervenir como si fuera un Superior monástico, en la administración de las cosas y negocios temporales ó en la disciplina interior del monasterio, que pertenece á la Prelada y no á él. Por lo mismo debe limitarse en esto á dar consejo, si se lo piden, acordándose que, según la Santa Sede, *de ningún modo puede el confesor reputarse por Superior del convento, interviniendo en el régimen disciplinar y administrativo, ni ser procurador de cosas temporales el que sólo ha de tratar de las espirituales.* (Analecta Juris Pontif., vol. IV, col. 1,324 y 2,140.)

Las religiosas que no tienen clausura parece que

se inclinan á la parte opuesta, habiendo algunas que miran al confesor como un empleado de la Comunidad para oir faltas y dar absoluciones en días determinados: y esto claro es que menoscaba la autoridad del confesor y su representación divina. Á este menoscabo contribuyen mucho ciertos chistecillos sobre la sencillez del confesor y su modo de proceder, chistes que corren de boca en boca con aprobación de la Prelada, labrando el descrédito del confesor, al cual descrédito contribuye ella, tildando á la súbdita que se entretiene algo en el confesonario, y quizás señalándole la materia y duración de las confesiones. ¡Parece increíble á donde ha llegado la temeridad de algunas Superioras en este punto! Y yo no creería, si no lo hubiera leído en consultas elevadas á los Prelados y á la Santa Sede, que en algún tiempo y en alguna Comunidad se han reprendido á las religiosas que empleaban más de seis minutos en confesarse, ó se les tiraba callandito del velo para que se levantaran, aunque les quedara su conciencia alborotada como el mar en días de tempestades. Esto es horrible, y temo por la Superiora que lo haga y por la salvación de las súbditas que á la fuerza lo practiquen. Repruebo con toda el alma que una religiosa emplee cada semana una ó más horas en confesarse, porque sé que eso es perder tiempo; pero repruebo más aún que se le marquen cinco ó seis minutos para confesarse, porque esto es ahogar el alma y arrancar la libertad y la tranquilidad de conciencia, tan necesaria en la vida religiosa.

Esta reprobable tiranía nace casi siempre de celo indiscreto ú orgullo mal entendido; es decir, de tenerse por una ofensa á la Congregación el pedir consejo fuera de ella, ó de querer la Superiora ser la única consejera en la Comunidad, la única directora de sus súbditas, invadiendo así el terreno de la conciencia y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las atribuciones del confesor. Afortunadamente en España no han llegado las cosas á ese extremo tan lamentable, porque la mujer española es bastante sensata para conocer que no ella, sino el sacerdote, ministro de Dios y representante suyo en la tierra, es el que tiene gracia de estado y misión especial para dirigir almas al Cielo: y que ella, por más que sea Superiora, por muy versada que esté en las cosas de espíritu, por muy dada que sea á la vida interior y por mucha práctica que en ella tenga, no tendrá jamás en asuntos de dirección espiritual otro valor que el puramente personal, valor casi nulo comparado con el del confesor que tiene representación divina y asistencia del Espíritu Santo para ejercer bien su ministerio; y esto sin contar los años de preparación y estudios que él lleva para ejercerlo, mientras que ella se prepara ó la preparan para Superiora de improviso por medio de un nombramiento ó unas elecciones: y para la verdadera dirección espiritual, esta preparación y la carabina de Ambrosio vienen á ser lo mismo.

Y aquí termino, Margarita mía, dejando abierto el tajo para otra, en la que procuraré aclararte más aún estos conceptos. Acomódate en la del confesor al espíritu de la Iglesia, y no olvides en tus oraciones á tu afmo. P.

Fr. A.

XLVI

Jurisdicción de la Prelada y del Confesor en las Comuniones y mortificaciones.

Devota sierva de Cristo: Para entender bien la materia de la presente, es preciso aclarar un poco más los conceptos con que terminaba mi anterior sobre las atribuciones del confesor y de la superiora de una Comunidad religiosa. Esta tiene el cargo y el deber de dirigir á sus súbditas en la observancia de la regla, en las prácticas y santas costumbres de la religión y en el buen orden de las oficinas ó empleos monásticos: y sobre todo esto debe velar y corregir, cuando sea preciso, porque cuanto pertenece al foro exterior, administrativo y disciplinar es cosa suya y no del confesor.

A éste pertenece el foro interior de la conciencia y cuanto con ella está directamente relacionado, como la confesión de las faltas, las dudas, temores, tentaciones, peligros y cuanto sea materia probable de acusación, inquietud ó turbación de conciencia; y por lo mismo el juicio definitivo de las disposiciones de la religiosa para acercarse con más ó menos frecuencia á la sagrada Comunión.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las atribuciones del confesor. Afortunadamente en España no han llegado las cosas á ese extremo tan lamentable, porque la mujer española es bastante sensata para conocer que no ella, sino el sacerdote, ministro de Dios y representante suyo en la tierra, es el que tiene gracia de estado y misión especial para dirigir almas al Cielo: y que ella, por más que sea Superiora, por muy versada que esté en las cosas de espíritu, por muy dada que sea á la vida interior y por mucha práctica que en ella tenga, no tendrá jamás en asuntos de dirección espiritual otro valor que el puramente personal, valor casi nulo comparado con el del confesor que tiene representación divina y asistencia del Espíritu Santo para ejercer bien su ministerio; y esto sin contar los años de preparación y estudios que él lleva para ejercerlo, mientras que ella se prepara ó la preparan para Superiora de improviso por medio de un nombramiento ó unas elecciones: y para la verdadera dirección espiritual, esta preparación y la carabina de Ambrosio vienen á ser lo mismo.

Y aquí termino, Margarita mía, dejando abierto el tajo para otra, en la que procuraré aclararte más aún estos conceptos. Acomódate en la del confesor al espíritu de la Iglesia, y no olvides en tus oraciones á tu afmo. P.

Fr. A.

XLVI

Jurisdicción de la Prelada y del Confesor en las Comuniones y mortificaciones.

Devota sierva de Cristo: Para entender bien la materia de la presente, es preciso aclarar un poco más los conceptos con que terminaba mi anterior sobre las atribuciones del confesor y de la superiora de una Comunidad religiosa. Esta tiene el cargo y el deber de dirigir á sus súbditas en la observancia de la regla, en las prácticas y santas costumbres de la religión y en el buen orden de las oficinas ó empleos monásticos: y sobre todo esto debe velar y corregir, cuando sea preciso, porque cuanto pertenece al foro exterior, administrativo y disciplinar es cosa suya y no del confesor.

A éste pertenece el foro interior de la conciencia y cuanto con ella está directamente relacionado, como la confesión de las faltas, las dudas, temores, tentaciones, peligros y cuanto sea materia probable de acusación, inquietud ó turbación de conciencia; y por lo mismo el juicio definitivo de las disposiciones de la religiosa para acercarse con más ó menos frecuencia á la sagrada Comunión.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este es el terreno propio del Confesor, como el otro es el de la Superiora; y entre ambos, esto es, entre lo que pertenece al foro interior de la conciencia. y lo que pertenece al foro administrativo y exterior, hay un campo comun, cuyos límites es muy difícil señalar: y por ende muy fácil de extralimitarse uno en él, pasando la raya y usurpando lo ageno. En ese campo hay cosas que pertenecen por igual al confesor y á la prelada, porque los descuídos y faltas en la observancia regular, la indolencia y pereza en la práctica de las virtudes, lo mismo debe reprenderlas el Confesor que la Prelada; pero cada cual en su esfera sin invadir la agena.

El confesor debe pensar que nunca podrá él conocer á la religiosa en todos sus aspectos: que hay en la vida práctica y cuotidiana de su confesada cosas que serán forzosamente para él desconocidas ó poco menos; que su índole, sus actitudes, su temperamento y el alcance de sus defectos ó virtudes son cosas casi extrañas á su ministerio sacerdotal, y muy propias de la Superiora, porque ésta dia y noche está viendo á la religiosa, conoce los pormenores de su vida interna, su tendencia á la tristeza ó alegría; sus expontaneidades y primeros movimientos, su inclinación á una virtud ó á un defecto determinado, los puntos flacos de su natural; y en todo esto ella es la llamada á corregir y á formar el espíritu de la súbdita. Por donde verás, mi buena Margarita, cuán en harmonía y cuán de acuerdo deben marchar los dos en todo, para el bien particular y común de las religiosas.

Uno de los puntos en que ha faltado esta harmonía, por haber las Superioras invadido la jurisdicción sacerdotal, es el de las comuniones, y lo han invadido de tal modo que parecería increible, si no estuvieran sus hechos consignados y reprobados en contestaciones y

decretos de la Sagrada Penitenciaría y Congregaciones romanas. Y por esto Su Santidad Leon XIII en el decreto en que reprueba la cuenta obligatoria de conciencia, prohibe á las Superioras que se mezclen para nada en las comuniones de sus súbditas: He aquí los párrafos del Decreto.

"Por lo que se refiere al permiso ó prohibición de recibir la Sagrada Eucaristía, declara Su Santidad que es de la exclusiva competencia del Confesor ordinario ó extraordinario, sin que las Superioras tengan autoridad alguna para mezclarse en lo más mínimo de esta materia, esceptuándose únicamente el caso en que alguno de sus súbditos hubiese causado escándalo con posterioridad á su última Confesión sacramental, ó hubiese incurrido en culpa grave externa, en cuyo caso podrán prohibirle que reciba la Sagrada Comunión, hasta que de nuevo se haya acercado al Tribunal de la Penitencia."

Este decreto destruye por completo y arranca de raiz lo que algunas Superioras creyeron un derecho y una forma práctica de su autoridad, de la cual usaban y abusaban, concediendo y negando comuniones á las religiosas y educandas, sin contar para nada con el confesor, como si no existiera. Es donoso lo que sobre esto dice N. Rmo. P. Pio de Langogne, consultor de la Sagrada Congregación del Concilio en su precioso libro titulado *La Cuenta de Conciencia.*

"Para una Religiosa que acertó á caer en gracia á la Superiora, hay pocos dias en la semana para poderla premiar con Comuniones; y porque otra ha sido menos afortunada en ello, cualquier distracción, la más ligera falta basta para que se le prohiba comulgar. Es V. hermana la que ha dejado caer esta palmatoria con su arandela? Pues dejará de comulgar una semana." ¡Esto es histórico! ¿Y qué penitencia, pues, habría usted

impuesto, R. Madre, si en vez de una palmatoria hubiera la infeliz religiosa dejado caer un quinqué con su pantalla? A buen seguro que la penitencia no hubiera sido menor que privarla por un año entero de comulgar.„

"Quiere decir esto, que en ningún caso las Superioras podrán conceder ó negar la Comunión á sus súbditas? Independientemente ó contra la voluntad del confesor nunca podrán hacerlo, ni aun de un modo excepcional. En cuanto á prohibirla, expreso y muy claro está el Decreto que sólo concede este derecho á los Superiores en el caso de que uno de sus súbditos, diere, en el tiempo que media entre la última confesión y la hora de la Comunión, un notable escándalo á la Comunidad ó cometiere una falta exterior gravemente culpable. Pero eso de romper por descuido un candelero y aun si se quiere cosa mayor (y esto ténganlo las Superioras muy presente) dista mucho de ser culpa grave y que, por consiguiente, dé motivo á semejante castigo.„

"Mas aún: si cometida la falta y fulminada la prohibición el súbdito se confesare, los Superiores después de la confesión pierden todo derecho á conceder ó privarle la Comunión; de manera que prácticamente este derecho de prohibición no tanto afecta á la Comunión, cuanto á las disposiciones esteriores del súbdito; es decir, que puede prohibirle no el hacer la Comunión, sino el hacerla con tal y cual disposición, que según se manifiesta al exterior es insuficiente ó parece serlo.„

"Pero dirás; ¿no podrá suceder alguna vez que alcancen del confesor permiso para comulgar con mayor frecuencia y aun cada dia Religiosas, cuya conducta no es por eso más edificante y por ventura menos que la de las otras que se contentan con las

Comuniones de costumbre? El Decreto ha previsto este caso, ordenando que quienes alcanzaren el permiso para la Comunión frecuente ó diaria lo pongan en conocimiento de la Superiora; y si ésta creyere que existen causas justas y graves que se opongan á la indicada frecuencia, estará obligada á ponerlas en conocimiento del confesor, aquietándose y conformándose después en absoluto con el juicio de éste.„ Hasta aquí el mencionado P.

Otro de los puntos en que falta á veces la harmonía y chocan fácilmente Confesor y Prelada es el de las mortificaciones ó austeridades que él permite á la religiosa que dirige. En esto hay Superioras tan exageradas, que hasta han prohibido á la súbdita cumplir la penitencia sacramental, como si su autoridad y jurisdicción llegara á tanto. ¿Quién es ella para entremeterse en el foro sacramental? ¿Quién le ha dado poder para ello? Yo bien sé que los confesores deben ser muy mirados en conceder ó imponer grandes penitencias; pero sé también que las Preladas deben sujetarse y no oponerse á los designios de Dios sobre sus hijas ni medir el espíritu ó valor de éstas por su propia flojedad y cobardía.

Es muy triste y doloroso lo que alguna vez acontece acerca de esta materia: apenas una religiosa da señales de espíritu y la ven amiga del silencio y austeridad evangélica, la observan, la espían, la persiguen á todas partes, le registran hasta las almohadas, prueban su comida, averiguan todos sus pasos, y unas por envidia mujeril, porque ven en el fervor de aquella hermana una reprensión muda de la relajación propia, se burlan de ella á más y mejor; y otras, por un cariño mal entendido, por temor de que la hermana enferme ó se inutilice, le quitan ó esconden los instrumentos de mortificación y obligan á la Prelada á que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le prohiba hasta las penitencias de Comunidad. ¡Oh! ¡Cuán mal obran las que así se portan! Con esto alejan la santidad de los conventos, se oponen á los designios de Dios y atraen males y enfermedades sobre las mismas á quienes quitan las penitencias por temor de que enfermen; porque entonces Dios consigue por este camino de las enfermedades, lo que las criaturas no le dejaron conseguir por el de las penitencias. Así lo vemos en muchos santos.

Á Santa María Magdalena de Pazzis le pide Dios el sacrificio de andar descalza; se lo aprueba el confesor; la Prelada se opone tenazmente á ello por temor de que enfermara; y el Señor castigó la tenacidad de la Superiora enviando á la Santa una enfermedad que le hincha los pies monstruosamente y tiene que andar descalza á la fuerza, porque no hay calzado en el mundo que le venga bien. Á Santa Verónica de Juliani le pide Dios un riguroso ayuno de tres años á pan y agua: se opone la Abadesa diciendo que perdería el estómago, y Dios castiga la oposición de la Prelada enviando á la Santa unos vómitos horribles que no la dejan parar en el estómago más que pan y agua. Á otra Santa religiosa le permitió su confesor un cilicio continuo, porque tenía el convencimiento de ser ésta la voluntad de Dios; enterada la Priora le mandó por obediencia quitárselo, alegando que aquello podía causarle una erupción ó inutilizarla para los actos de comunidad: obedeció la súbdita y dos semanas después le salió una erupción herpética en el lugar del cilicio que duró algunos años, y no se le quitó hasta que se lo volvieron á conceder de nuevo.

De estos ejemplos pudiera yo referirte muchos y recientes que por brevedad omito. Lo que sí te digo en conclusión es que con esto algunas Preladas se oponen abiertamente á los designios de Dios y ahuyentan la santidad de sus monasterios con temores vanos dictados por la prudencia de la carne. La religiosa es en verdad una víctima de expiación; pues ¿por qué no dejar que esa víctima se inmole en la forma que Dios le inspire y el confesor le permita? Es una vela cuyo destino es arder y consumirse en el altar del Señor; ¿por qué ha de oponerse la Superiora á que arda y se consuma dónde, cómo, cuándo y en la forma que Dios y su director determinen? ¿Para qué sirve la vela apagada? Con esto no es mi ánimo aprobar la indiscreción de algunos confesores ni las imprudencias que cometan las religiosas en el uso de las mortificaciones, sino sólo advertir á las Preladas para que no invadan el campo del director ni se opongan sistemáticamente á la voluntad de Dios.

Cuando Dios quiere sacrificar á un alma por el camino de la penitencia, se conoce en que las mortificaciones que practica, por grandes y espantosas que sean, no la inutilizan para el cumplimiento de sus deberes; antes al contrario, le ayudan á cumplirlos con perfección; pero si sucede al revés, bien podemos creer que aquellas mortificaciones las inspira el diablo ó el amor propio. Miren mucho las religiosas dedicadas á la enseñanza y á los trabajos de la vida activa que no las engañe el diablo con fervores indiscretos ni mortificaciones imprudentes que las inutilicen para el cumplimiento de sus deberes, porque esto sería correr fuera de camino y apartarse de Dios. Sométase en esto la religiosa al parecer de su Director y de su Prelada: ésta y aquél caminen acordes en este punto y la virtud florecerá en los conventos.

Y con esto termino, mi buena Margarita; Dios te haga tan santa como le pide tu afmo. P.

FR. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLVII

Elecciones y Prelacías.

Hunc non elegit Dominus.
Á este no lo eligió el Señor.
Reg. 16.

Mi estimada Margarita: Con muchas instancias me pides que dedique unas cartas á instruirte en el delicado negocio de las elecciones y en los deberes de una Prelada, Maestra de Novicias, Procuradora, Tornera, etc, para saber cómo has de portarte si alguna vez la obediencia te impone uno de esos cargos; pero como contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar, esta vez pienso negarme á darte gusto por dos motivos: el primero es por no dar materia de murmuración á las siervas de Dios, porque si trato de esos deberes con mucho rigor y estrechez, me criticarán seguramente las de manga ancha; y si doy en ellos amplitud y libertades, me tacharán con razón las que sean rígidas y observantes; y hartarme de escribir para que luego me critiquen, tiene tan poca gracia que no quiero pasar por ello.

En segundo lugar, porque yo nunca pensé hacer de estas cartas un ceremonial monástico ni un sumario de los deberes de las religiosas en sus varios oficios ó empleos: que eso cada Orden y cada Comunidad lo tiene para sí; y si no lo tiene hallará lo que le falte en la *Monja santa* de San Ligorio, en San Leonardo de Portomauricio ó en el P. Arbiol, que hizo pesada la lectura de su *Religiosa instruída* con tantas menudencias como allí insertó. En esos y en otros libros parecidos puedes hallar lo que necesites para saber conducirte bien en el empleo que te diere la obediencia, que yo me limito únicamente á decirte que, en materia de elecciones y cargos, lo más perfecto, lo más sencillo y lo que más te conviene es no desear nada ni rechazar nada: el desear es ambición, el rehusar falta de abnegación; y tanto lo uno como lo otro debe estar muy lejos de tu ánimo si quieres ser verdadera esposa de Cristo.

No rechaces ningún cargo por trabajoso y humil de que sea ni desees ninguno por bueno y conveniente que te parezca; sobre todo huye de prelacías, y si alguna vez las deseas, créeme que esos deseos son del demonio. Aunque te parezca que, siéndolo tú, puedes contribuir al bien de la Comunidad y al sostén del convento, y á la reforma de unas y á la santificación de otras, con todo eso, no creas á tu parecer; créeme á mí, que ese parecer tuyo es sugestión y engaño del tentador. ¡Ay de aquella que es Prelada porque tuvo empeño en serlo! ¡Ay de aquella que ocupa un puesto distinguido porque ella lo procuró! ¡Infeliz! El haberlo procurado es indicio de que no era voluntad de Dios que estuviera en él, y por lo mismo en él está contra la voluntad de Dios, perdiendo tiempo, y gracia, y mérito, y santidad, lo cual tendría, sin duda, si no hubiera deseado ni rehusado nada, indiferente siempre para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacer la voluntad de Dios manifestada por la obediencia.

Mucho me temo que por esta causa se pueda decir de alguna Prelada la sentencia de Samuel que va por epígrafe de la presente: *Á ésta no la eligió el Señor.* Había Dios mandado á este profeta que fuera á ungir por rey de Israel á uno de los hijos de Isaí: llegó y vió al primogénito, hombre de gallarda presencia, y pensó si sería aquél el elegido por Dios; pero el Señor le dijo: No mires á su arrogante estatura, porque lo he desechado, que no juzgo yo como los hombres, pues éstos juzgan por lo que aparece y yo veo el corazón. Se le puso delante Abinadab, lo miró el profeta y exclamó: *A éste tampoco lo ha elegido Dios.* Pues, si con la mirada escrutadora de Samuel pudiéramos ver el resultado de las elecciones, quizás se pudiera decir de alguna Prelada: *A ésta no la eligió el Señor*, lo cual sería desastroso y horrible, por lo que supone y por las consecuencias que eso trae consigo. Merced á ellas, en más de una comunidad he observado un fenómeno estupendo: el fenómeno de que cada miembro, aisladamente considerado, sea hermoso; y el conjunto de ellos, la comunidad, el cuerpo que esos miembros forman, sea deforme y horrible; y estudiando la causa de ese fenómeno paradógico, creo haberla hallado en las elecciones, ó mejor aún, en la falta de indiferencia en las religiosas para no apetecer ningún cargo ni rechazarlo tampoco.

Por falta de esa indiferencia santa he visto comunidades en tal estado que moverían á risa si no movieran á compasión y llanto. Si se observa á cada monja en particular, todas son de buen espíritu, todas quieren lo mejor, todas piden la observancia; y sin embargo, la observancia no parece por ninguna parte y la comunidad va de mal en peor. ¿En qué consiste esto?

Todas á una voz piden ejercicios espirituales; todas están ansiosas de perfección; todas claman á su confesor ó su Prelado que arregle la comunidad; y el arreglo no se hace, porque para hacerlo hay que quitar á cada cual el puesto que ocupa, poniéndolo en otro; y eso no lo quieren ni las mismas que piden reforma, arreglo y ejercicios. En estas comunidades es imposible hacer florecer la virtud en común, porque todo está en ellas desordenado y fuera de quicios.

Dime: si vieras un hombre con los ojos en los pies, la cabeza en la cintura, la boca en las rodillas, las orejas en los codos y las manos en las espaldas, ¿no te parecería una monstruosidad digna de risa si no moviera á espanto y compasión? Pues así puede verse alguna comunidad en la cual todo sea monstruoso, porque ninguna ocupe el lugar que le corresponde, sino el que escoja su ambición ó el que le dé la envidia. Y allí será cabeza la que debía ser lengua, y lengua la que debía ser pies; y todo andará trastornado y fuera de concierto merced á unas malas elecciones; y mientras estén las cosas así, no hay arreglo ni perfección posible, y son inútiles las pláticas, inútiles los ejercicios, inutil todo, hasta que todo entre en caja y cada una ocupe el lugar que le corresponde: no el que ella desea, ni el que su ambición pretenda, ni el que le dé el capricho de una necia que en todo se mete, sino el que Dios le dé por medio de la obediencia. He aquí el único remedio, y éste no se pondrá, porque antes de llegar las nuevas elecciones, unas irán pidiendo un puesto, otras que las dejen libres del cargo, y todas buscando una Prelada á su gusto para que las deje hacer su propia voluntad. ¡Qué engaño y qué alucinación!

Tristísimo es lo que pasa ó ha pasado alguna vez sobre este particular. Unos cuantos meses antes de lle-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gar las elecciones se encuentran por el convento á cada paso corrillos de monjas entretenidas en este diálogo: —Mira, Sor mía, vamos á sacar Abadesa á la Madre Fulana, que es de nuestro bando ó de nuestra tierra.—¡No! Vamos á sacar á Zutana, que es parienta de V. R.—No, á mi parienta no, que nos va á tener todo el día en silencio rigoroso, sin dejarnos hablar.—Pues entonces ¿á quién elegimos?—A la Madre Tal, que trata mucho con los de fuera, los bienhechores la quieren bien y no nos faltarán regalillos ni nos prohibirá las rejas frecuentes.—Mira, quizás será mejor la Madre *Cual*, que ésa nos dará buenas recreaciones, porque es aficionada á éso.—Bien; pero si la nombramos va á poner en el torno á Tal, y ese sitio lo quiero yo para mí.—Pues eso es muy facil, apenas salga ella nombrada pides tú ese puesto delante del Visitador y no te lo negará: etc., etc. En el corrillo de más allá se dice otro tanto; y para elegir Prelada ponen la mira en sus propios intereses y pretensiones; en que aquélla es mi amiga, ó es de las mías, y me favorecerá ó me dejará hacer lo que yo quiera, ó contribuirá después á que yo sea elegida otro trienio; y cuando llega la hora de elegir lo hacen como lo han hablado ó peor.

De tales elecciones se queja Dios amargamente por el Profeta Isaías con estas palabras: *¡Vae filii desertores!... ut faceretis consilium et non ex me.* ¡Ay de vosotros hijos desertores!... que os juntais en concilio sin mí! Habeis tocado la campana á Capítulo y os habeis reunido para hacer vuestras elecciones sin contar conmigo, sin tomarme parecer; antes echándome de ellas, para que yo no las presida ni en ellas tenga voto. ¡Ay de vosotros! Consejo..., y ¿sin dar parte al cielo? ¿Capítulo y elecciones sin Dios? ¡Así saldrán ellas! tan desastrosas que la religiosidad vendrá á tierra y todo parará en relajación. Eso es lo que vosotras que-

reis, volver á las ollas de Egipto, como añade el Profeta, *ut descendatis in Egiptum!* volver á tomar el libre albedrío que renunciásteis en la profesión; vivir libres y á vuestras anchas, sin tener quien os reprenda y castigue; comer otra vez las cebollas egipcias, entregándoos á los gustos, comodidades, regalos y placeres del mundo que abandonásteis.

Para que no te escandalices de mí, ni creas que exagero ó que trato á las pobres monjas con rígor excesivo, con dureza ó crueldad desmedida, te advierto aquí, Margarita mia, que lo dicho anteriormente, no es cosa mia, sino de un venerable escritor Carmelitano del siglo diez y siete, Fr. Juan de Jesús María, que así lo dice en su epistolario. Mas aun: el Beato Francisco de Posadas y otros muchos santos venerados hoy en los altares han escrito de las monjas y para las monjas otras cosas mucho más duras que ni siquiera he querido mencionar aquí. No te escandalices, pues, por lo que he dicho, antes bien agradéceme lo que omito, teniendo en cuenta que todo es poco para preservar á una Comunidad religiosa del grande mal que por aquí puede entrarle. ¡Oh cuánto mal puede venir á un convento de unas elecciones mal hechas! y ¡cuanto bien le puede venir á un convento de unas elecciones hechas según Dios! Dadme en una Comunidad, por relajada que esté, una Prelada según el corazón de Dios, y la reformación es segura y pronta. Dadme en una Comunidad muy santa una Prelada sin virtud, elegida por miras humanas, y la relajación no se hará esperar; porque en esa elección y en la distribución de empleos que le siga, cada una ocupará el lugar que le agrade y no el que Dios quiere; y así andarán los pies haciendo de cabeza, y la cabeza de manos. y todo desconcertado y fuera de tino. ¡Cualquiera arregla luego una Comunidad de esta clase! Ya le pueden echar predicadores y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

santos, que lo más que harán será cortar las ramas para que luego brote el tronco con más fuerzas. ¡No! hasta que las elecciones no se hagan como Dios manda y las religiosas no tengan la virtud de no desear ningún oficio ni rechazar ninguno que la obebiencia les encomiende, hasta entonces no hay paz posible, ni perfección, ni santidad común; cada religiosa en particular podrá ser santa y agradable á Dios; pero la Comunidad será detestable; cada flor en particular puede ser fragante y hermosa á los ojos de Dios; pero el ramo que ellas forman no puede ser cosa más descabellada ni más desagradable.

Para no contribuir á este desagrado de Dios, jamás des tu voto para prelada á la que directa ó indirectamente pretenda serlo ó muestre ganas de ello: y con toda seguridad de conciencia te mando que así lo hagas; porque la que eso pretende, ó cree que tiene dotes para prelada ó que no las tiene; si lo cree, es un alma soberbia que bien merece se la humille, pues neciamente pretende lo que los santos aborrecían; y si cree que no tiene esos dotes, y con todo desea la prelacía, entonces, claro está que la pretende no para apacentar á las ovejas de Cristo, sino para apacentarse á sí misma y buscar su propio bien; y de uno y otro modo, la que manifiesta deseos de ser prelada es indigna de ese cargo. ¡Ay de las que andan procurando puestos, adulando, haciendo regalillos y atrayendo voluntades, prometiendo á unas y amenazando á otras y enredándolas á todas para salirse con la suya! Esa, aseguro en Dios y en mi alma, que es inhábil para regir. Jamás des tu voto á una monja de esa clase, sino á la que veas más prudente, más obeservante de la regla, más puntual á los actos de Comunidad, más alejada de los locutorios y trato con seglares, más amante de la oración y el retiro, que así acertarás en darlo y

no tendrás que arrepentirte de ello en la última hora. Y ten entendido que bajo culpa mortal estás obligada á dar tu voto á la que en conciencia te parezca más á propósito para el cargo.

Y si por desgracia alguna vez te eligen para prelada, no le agradezcas á tus monjas el honor que te hacen, pues no te hacen mucho en cargarte con una cruz bajo cuyo peso puedes reventar y sucumbir. ¡No! no te muestres agradecida, sino agraviada, y diles que te lo pagarán, obligándolas á llevar la cruz de la observancia regular y no concediendo á ninguna lo que no sea del todo lícito y necesario; y con esto cerrarás las puertas á muchos abusos. Y una vez elegida procura conservar la autoridad, no concediendo lo que una vez hayas negado, ni consintiendo que quede sin cumplir lo que hubieres ordenado: que con esto, con hacer guardar la regla y con ser rígida para tí y suave para tus súbditas, serás una prelada harto buena y conseguirás que todas á una trabajen para hacer del Convento un huerto cerrado donde el Esposo divino venga á pasearse y á consolarse con sus fieles esposas, como El mismo lo dijo á la Bta. Inés de Beniganim. Que Él sea siempre contigo desea tu afectísimo P.

Fr. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLVIII

La perfecta Prelada.

Devota sierva de Cristo: Te empeñas en que he de escribirte largo sobre las obligaciones de la Prelada, como lo hice sobre las obligaciones de las súbditas, tratando de la obediencia; y te das tan buena traza, que al fin vas á salirte con ella. Tomemos por tipo de la Prelada á la *mujer fuerte* de la Escritura y fundados en lo que de ella dice el Espíritu Santo, podremos hablar tan largamente como tú deseas, pues tendremos que comentar el capitulo treinta y uno del precioso libro de los Proverbios. Sobre el mismo tema fundó el esclarecido maestro Fr. Luis de León, gloria y prez de las letras españolas, su interesante obrita de la *Perfecta casada:* y pues el asunto no se presta menos á esto que á lo otro, nadie extrañará que del modelo de la *mujer fuerte* copiemos el de la *Perfecta Prelada*, título que damos á la presente.

Queriendo, pues el Espíritu Santo encarecernos el mérito y valor de una *Prelada perfecta*, lo raro que es ese tipo y lo mucho que escasea, empieza preguntando:

¿Mulierem fortem quis inveniet? Procul et de ultimis finibus pretium ejus. Una mujer fuerte ¿quién la hallará? Esto es: ¿dónde encontraremos una Prelada de corazón valeroso, que cuide muy de veras de la gloria de Dios, de la santificación de su alma y del aprovechamiento de sus hijas? ¿Dónde hallar esa mujer fuerte, que tenga valor para humillar á las soberbias, enfrenar á las relajadas, estimular á las perezosas, quitar idolillos y dijes á las aniñadas, las visitas á las parleras, la vagancia por el convento á las distraídas y las familiaridades impertinentes con sus hermanas á las que no las tienen con el Esposo divino en la oración? ¿Dónde hallar esa Prelada, que trabaje, porque descansen sus súbditas; ayune porque coman ellas; aplaque á Dios, cuando esté con ellas enojado y esté pronta á perder la salud y la vida y la honra mundana, si fuere preciso, para cumplir bien su oficio? ¿Dónde encontraremos esa mujer fuerte, que ahuyente de los locutorios á la gente ociosa, que á ellos va á reir y á perder el tiempo con sus hijas; y á éstas las lleve al huerto cerrado para apacentarlas allí con su ejemplo y su doctrina, siendo á un mismo tiempo madre, doctora, capitana, maestra, consuelo y guía de sus religiosas? Una Prelada de esta clase ¿quién la encontrará? En verdad que ha de ser cosa rara y de mucho precio, como traída de los últimos confines del mundo, esto es, del cielo, pues de allá envía Dios ese regalo á las Comunidades que mucho ama, dándoles por prelada una mujer de su confianza, según añade el texto. *Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit.* Confió en ella el corazón de su Esposo divino y no necesitará despojos.

Mucho confía Dios en una Prelada, pues le entrega lo que más ama en este mundo, sus esposas predilectas las niñas de sus ojos y las hijas de su corazon; y se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las entrega para que cuide de ellas, para que vele por ellas y se las haga perfectas y santas; y ella debe corresponder á esta confianza de Dios, poniendo sus cinco sentidos en el aprovechamiento espiritual de sus hijas. Este es su primer deber, procurar que no falte en su Convento el alimento del alma, las oraciones de regla, el silencio rigoroso, los ejercicios espirituales, los confesores extraordinarios, las pláticas de costumbre, las obras de piedad, el rezo en el coro, y las prácticas de mortificación y abnegación cotidiana. Si esto no hace, desmerece la confianza de Dios y desmereciéndola, no le confiará sus secretos, el secreto misterioso de gobernar á las demás y llevarlas por el mejor camino.

Cuando la Prelada es elegida por Dios suele Éste comunicarle en la oración una luz muy clara para conocer los defectos que se deben corregir y las virtudes que se deben practicar; de tal suerte, que parece se le trasluce el interior de las religiosas. Y como en esa oración goza los consuelos divinos y atrae para su convento las bendiciones y las misericordias de Dios, no necesita mendigar en las criaturas consuelos para sí, ni visitas, adherencias y relaciones para su Comunidad, porque sabe que en manos de Dios está el corazón de los hombres y que Él los mueve á su antojo según las necesidades de sus siervas. Y por eso mismo, agradecida al celestial Esposo, le devuelve todos los días de su vida, no el mal, sino el bien recibido. *Reddet ei bonum et non malum omnibus diebus vitæ suæ.* Quiere decir que la buena Prelada todos cuantos bienes ha recibido de Dios en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, en alma y cuerpo, interior y exteriormente, todo se lo devuelva á Dios, empleándolo en su divino servicio y en el de la Comunidad. Y advierte el texto que le devuelve lo bueno y no lo malo; porque los males, las penas, las tribulaciones, los trabajos y molestias de su oficio resérvalos para sí, dándole á Dios la gloria y quedándose ella con lo que es cruz y padecer.

Á este primer deber de perfecta Prelada añade el Espíritu Santo otro: *Quæsivit lanam et linum et operata est consilio manuum suarum.* Este es el segundo deber de la buena Priora, proveer á sus hijas, no sólo de lo necesario al alma, sino también al cuerpo, para que ellas no tengan que cuidarse más que de servir á Dios y cumplir la regla. ¡Ay de la Prelada que sabe le hace falta algo á una súbdita y dice muy fresca: *Que se aguante ó se lo busque ella!* Ese es lenguaje de demonios; eso y abrir ancha puerta á la relajación es una misma cosa. Y no me digan que no tienen para comprarles lo necesario á las religiosas, porque yo responderé que si no tienen para eso, ¿cómo tienen para obras, para colgaduras, para tornos, para flores, para regalar á grandes y á chicos, haciendo mangas y capirotes de las rentas y limosnas de la Comunidad? Si no hay dineros para que á las religiosas no falte lo necesario, ¿cómo los hay para hacer grandes gastos en las fiestas de la Orden, para telas de damasco, para pinturas preciosas y para tantos donecillos como salen cada día por el torno y la portería?

Y cómo hay valor para decir á la otra que se lo busque, poniéndola así en peligro de volver con el corazón al mundo, y de quebrantar el voto de pobreza y los demás también? Pues, por lo mismo que aquello de que se necesita se lo da un pariente ó un devoto, piensa la religiosa que, pues la Prelada no se lo ha dado, tampoco se lo puede quitar; y así se hace propietaria, llenando su celda de cosas inútiles y vanas, con harto menoscabo de la caridad, de la obediencia y de la pobreza. ¡No; eso no lo puede hacer ni consentir ninguna Prelada que quiera cumplir su deber!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ella misma ha de buscar el *lino* y *lana* para vestir sus monjas y trabajar con ellas y ganarse el sustento con su trabajo cuando no alcancen las rentas ó las limosnas falten; que si lo hacen así y son fieles observantes de su profesión, seguramente les enviará Dios lo necesario para la vida. Pero si hay el diabólico prurito de dejar recuerdo de la Prelacía, comprando unas cortinas para la Iglesia, ó un terno para la sacristía, ó haciendo obras y reparos innecesarios en el edificio, entonces no me extrañaría que falte lo necesario á quien gasta lo superfluo; y que viendo las religiosas que no tienen ni lo preciso, pidan á éste y al otro, entablando relaciones y visiteos en que el demonio se lleva la mejor parte.

Si en las Comunidades escasas de recursos se hiciera todo en casa sin dar nada á coser ó lavar fuera; si ellas mismas, yendo la Prelada delante, se ejercitaran en coser, bordar, lavar y planchar ropa de iglesias, en hacer flores artificiales y cosas parecidas, pero todo en común, y nada, absolutamente nada en particular, ni siquiera un escapulario, entonces no solamente tendrían para ayudarse, sino que sería causa de muchos bienes, como he visto por experiencia en algunas partes: mas si esto no se hace ó se hace en particular, para que cada cual corresponda á quien la regale, entonces..... ¡qué dolor y qué bajeza para las esposas de Cristo! Entonces unas pasan el día haciendo roscos, dulces y conservas para sus allegados, la otra en bordarle una relojera á su padrino, la de más allá en hacer muñecas y dijes para los niños de su madrina, y las restantes en cosas por el estilo. No, Margarita mía; no permitas este desorden en tu Comunidad. Provéelas á todas de modo que no les falte lo necesario ni haya nada superfluo; y, para conseguirlo, trabaja con tus manos y haz trabajar á las demás, que las esposas de

Cristo han venido al claustro á servir y no á ser servidas, á trabajar y no á que les trabajen. Y si después de trabajar Dios quiere probarlas haciéndolas sentir alguna vez los efectos de la santa pobreza, bendigan á Jesucristo que las hace semejantes á sí mismo, que nació pobre, vivió en pobreza y murió desnudo en la cruz. Ama esa pobreza, y si ha de haber falta en la Comunidad, esa falta caiga en ti, ayunando tú porque ellas coman y sintiendo el frío porque ellas anden abrigadas.

Portándote así, *serás como nave de mercader que de lejos trae su pan en preciosas mercancías. Facta est quasi navis institoris de longe portans panem suum.* La nave del mercader todos los viajes dobla la ganancia, porque en un puerto coje las mercancías que allí abundan y se dan baratas, para llevarlas á otro puerto donde escasean y se venden caras; y aquí carga también de lo que sobra y vale poco, para llevarlo de regreso á su patria, donde lo ha de vender á precio alto, por ser cosa rara. Pues tal dice el Espíritu Santo que es la buena Prelada. Se embarca en la nave de la oración y navega hacia el cielo, llevando las oraciones, lágrimas, suspiros, penitencias, aflicciones, trabajos y mortificaciones suyas y de sus hijas, cosas que en la gloria se estiman mucho, por no haberlas allí; y de allá vuelve cargada de riquezas celestiales para su convento y de todo lo que sus hijas han menester. Enseñanzas divinas, ejemplos de virtud, doctrina celestial, bendiciones de lo alto, misericordias de Dios, dones del Espíritu Santo y cuanto se puede desear para provecho de las almas, todo lo trae ella en abundancia: y no sólo lo espiritual, sino hasta lo temporal, pues, si falta algo necesario en su monasterio, se embarca de nuevo en el bajel de la oración, hinche sus velas al soplo del Espíritu increado y muy en breve arriba á las playas ce-

lestiales, de donde vuelve cargada del pan para el cuerpo y para el alma. A esa región, abundantísima en bienes espirituales y corporales debes acudir siempre y no á las criaturas pobres y miserables. No pongas tu confianza en los bienhechores ni en los seglares, sino en Dios que es el que mueve sus corazones para que nos socorran ó se alejen de nosotros, según lo merecemos.

Si la Prelada es mujer de oración y tiene algunas súbditas que embarcadas en la misma nave no dejan de ir y venir de allá acá y de aquí allá, esté segura que no le faltará lo indispensable para la vida; antes al contrario lo tendrá tan abundante, que para poderlo repartir se habrá de levantar de noche y distribuir la porción más escogida entre sus hijas y la menos entre sus criadas. *De nocte surrexit, deditque prædam domesticis suis et cibaria ancillis suis.* Lo que Dios da á una Prelada, tanto en el orden espiritual como en el corporal, no se lo da precisamente para sí, sino para que lo reparta entre los suyos. Los consuelos divinos, los favores celestiales, los deseos de perfección y todo lo demás que sienta ella en su alma, lo debe comunicar á las súbditas, á cada una según su capacidad ó necesidad; á ésta más mortificación, á la otra más silencio, á esa más oración, á aquélla más consejo, sin olvidar á los mismos criados del monasterio, cuyo bien espiritual debe también procurar; y lo mismo debe hacer en lo temporal con todos, para que Dios sea en todos glorificado.

El Espíritu Santo hace un gran elogio de las ocupaciones de la mujer fuerte, dándonos á entender cuáles deben ser las de una Superiora, por estas palabras: *Consideravit agrum et emit eum: de fructu manuum suarum plantavit vineam.* Miró atentamente un campo y lo compró y con el fruto del trabajo de sus manos plantó

una viña. ¿Qué campo es éste que mira y considera con tanta atención la buena Prelada? No puede ser otro que el vasto y fertil campo de la perfección religiosa. En éste pone ella sus ojos, y no para hasta comprarlo y poseerlo, aunque le cueste desvelos, y lágrimas, y exhortaciones, y penitencias, y desprecios, y ayunos, y persecuciones y todo género de penalidades. Y cierto que todo lo puede dar por bien empleado, si logra apoderarse de él y apropiárselo para sí y para sus hijas, pues con su posesión le vendrán juntamente todos los bienes. Este campo lo compra la Prelada á todo trance, no para tenerlo baldío ni convertido en erial; sino para plantar en él una viña con el trabajo de sus manos. Todo el cuidado de la buena Prelada ha de ser, trabajar por convertir su convento en jardín de flores divinas, en viña fructífera de virtudes, donde el Amado venga á pasearse, á coger flores y frutos, á recrearse con la fragancia de unas y el sabor de otras. Sólo así tendrá contento al Esposo divino y sólo así podrá hacerle aquella amorosa invitación de la esposa de los cantares: "Ven, amado mío; salgamos al campo, levantémonos temprano á pasear por la viña, veamos si la viña florece, si las vides están en ciernes y cuajan bien el fruto.„ Y si ella pone en esto todo su cuidado, tenga por seguro que Jesucristo morará en su convento y en cada una de sus religiosas.

Pero ¿qué fin se propone esta mujer fuerte al plantar tal viña? Pues no otro que el de coger abundante cosecha, para brindar á su Amado con el vino del amor. ¡Amor de Dios! he aquí el fruto que produce el campo de la perfección y la viña en él plantada; á conseguirlo debe ella dirigir todos sus esfuerzos y no parar hasta ver á sus religiosas ardiendo en amor divino y rebosando amor de Dios por todas partes, medio el más poderoso que existe para hacernos santos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Guarda bien esta preciosa cosecha y llena con ella todas las oficinas del convento. Las celdas estén llenas de amor de Dios, el claustro respire amor, el coro rebose en amor y la casa toda arda en llamas de ese amor divino. Para esto debe la Prelada velar mucho por su viña, cercarla bien con el vallado de la observancia, podar sus cepas con la hoz de la mortificación, guardar bien los racimos bajo las hojas para que el sol no los queme y alejar de los locutorios á los zánganos y avispas para que no se coman el fruto; porque si ellos se lo comen y no da la viña fruto para Dios, ya tiene Él leida la sentencia contra ella: "Le quitaré la cerca para que sea pisada de los transeuntes; nacerán en su suelo zarzas y mandaré á las nubes del cielo que no lluevan sobre ella.„ (Isa. 6.) Pues de esta maldición tan terrible libra la Prelada á su convento, procurando que en él se ame y sirva á Dios con perfeccion.

Otra condición que ha de tener la buena Prelada, es ser castísima y mortificada, como lo indica el verso siguiente: *Accinxit fortitudine lumbos suos et roboravit brachium suum. Ciñóse* con fortaleza los costados y armó su brazo para la penitencia. La mortificación y la castidad son dos virtudes inseparables y es de grandísima importancia que la Prelada brille y resplandezca en ambas, siendo pura como un ángel y mortificada como una santa. Y para esto es menester domar la carne con el cilicio, armar el brazo con la disciplina, mortificar los sentidos y reprimir los deseos del corazón y la vana curiosidad. ¡Ay de la Superiora inmortificada que anda averiguando quién entra y quién sale, siempre ociosa, acariciando al gatito, ó á la perrita, preguntando quién fué á los toros y qué vió, cuándo se casa fulanita ó la otra, dando rienda suelta á sus apetitos y pasiones, comiendo á deshora, hablando siempre y andando á sus anchuras! ¡Esa no sirve para

Prelada ni quien tal vió! La que sirve es la que ama la mortificación y la castidad, el retiro y el silencio, la disciplina y el cilicio, con los cuales doma su cuerpo con fortaleza, como dice el texto. La que esto hace es la que gusta y ve que anda bien su negocio y que su luz no se extingue de noche. *Gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus: non extinguetur in nocte lucerna ejus.*

Estas palabras dicen que el negocio de la Prelada es acrecentar la hacienda de Dios y de sus hijas, procurando que éstas sirvan á Él con toda perfección, que tengan paz entre sí y vivan alegres y consoladas en la casa del Señor. Y cuando hay esa paz y esa alegría y con ellas observancia, fervor, mortificación y amor de Dios, entonces entiende la Prelada que su negocio anda viento en popa y recibe de eso un gusto y un consuelo grandísimo, porque ve que no le faltará luz durante la noche. Noche se llama aquí á las tribulaciones, contratiempos, amarguras y aflicciones con que Dios sabe probar á veces la virtud de las religiosas: y cuando esta noche de la tribulación viene sobre su Comunidad ó sobre alguna de sus hijas, entonces es cuando más brilla la antorcha de la Prelada, mostrándose modelo de fortaleza y de conformidad con la voluntad divina, animando á unas, consolando á otras, edificando á todas con su prudencia y su virtud. Ha de portarse como valerosa capitana, esforzando á su tímida hueste con santas exhortaciones, con palabras vivas y eficaces, para que ellas, animadas y guiadas por su Madre consigan victoria de todos sus enemigos visibles é invisibles.

También es obligación de la buena Prelada, extender su mano á cosas fuertes, y emplear sus dedos en el trabajo del huso. *Manum suam misit ad fortia et digiti ejus apprenderunt fusum.* La cosa más fuerte y más grande que una criatura puede hacer en esta vida es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vencerse á sí misma, negar su propia voluntad y su propio juicio, dar su brazo á torcer, cuando lo puede tener en actitud amenazadora de mando ó de castigo; y de estas cosas tan grandes y tan fuertes tiene muchas veces que echar mano una Prelada, si quiere ser buena y cumplir con su deber. Tiene que condescender muchas veces con la flaqueza de las súbditas; tiene que esperar la hora oportuna para la corrección y el castigo; tiene que acomodarse al caracter de cada una, y esto sin menoscabo de su autoridad, sin quebranto de la obediencia y de la observancia, que deben permanecer siempre en su vigor. Tiene que vencerse á sí misma, y humillar su corazón para que no se levante á mayores, ni ponga la mira en sus preeminencias, regalo y estimación, queriendo tener quien le sirva, y le cosa la ropa, y se lo haga todo nuevo y aparatoso. En eso y en todo lo demás que huela á vanidad, soberbia y señorío debe ella vencerse contínuamente, abajándose á ser ayudanta de la cocinera y de la enfermera y de la ropera, á imitación de aquella mujer fuerte que trabajaba con la rueca y con el huso.

Manum suam aperuit inopi et palmas suas extendit ad pauperem. Abrió su mano para dar al necesitado, y la extendió para socorrer al pobre. Grande elogio es este que hace Dios aquí de la mujer fuerte, y en él nos dice que la buena Prelada debe ser limosnera, ya sea pobre su Comunidad, ya sea rica: si es rica, porque puede darla; y si es pobre, para que á ella misma no le falte. Y no es esto paradoja, aunque lo parece; sino verdad de fé salida de los labios de Jesucristo, el cual dijo: Dad y os darán; porque con la misma medida que midiéreis sereis medido. De modo, que si por ser la Comunidad pobre da poca limosna, poco le dará Dios á ella; y si da mucha, le dará mucho: de donde se sigue que mientras menos tenga, más debe dar para

que menos le falte. ¡Oh si la humana avaricia acabara de entender esta doctrina de Cristo, y esta hermosa sentencia del Espíritu Santo! El que dá limosna al pobre no empobrecerá; y el que se la niega, caerá en la indigencia. Sentencia que he visto yo confirmada, muchas veces, en todas sus partes. El Convento en que las religiosas, dejan parte de su propia comida para los pobres, aunque ellas se queden con hambre, abunda siempre en bienes espirituales y temporales, pero en donde se niega al pobre necesitado una limosna, nada luce, y aunque entren tesoros se deshacen como la sal en el agua. Por eso, Margarita mia, toma para tí, el consejo que dió á su hijo el Santo Tobías: "Da limosna á los pobres de lo que tengas en tu casa, y ninguno que á tí llegue lo dejes ir vacío; que como así lo hagas, nunca el Señor apartará sus ojos de tí. Si tienes mucho, da mucho, y si poco, da poco, que haciéndolo de este modo reunirás un tesoro para el tiempo de la necesidad."

Y advierte que la limosna no puede darla nunca la religiosa particular, aunque sea á un pobre de su familia y quitándoselo ella de su propia ración; sino la Prelada ú otra señalada por ella es la que ha de darla en nombre de la Comunidad y no de ninguna monja determinada. Y si la monja particular, en virtud de su voto de pobreza, no puede dar ni una limosna sin ofender en poco ó mucho á esa virtud, ¿qué diremos de tantos regalos particulares como salen por algunos tornos? Qué diremos de tanto plato de dulces, de tanta cesta de rosquitas, de tanto bocadito de conservas, de tanto guiso delicado, de tanto juguete y tanta laborcilla como se dan á quien no lo necesita, mientras se niega un pedazo de pan á un pobre? Ay! que éste es el camino por donde muchos conventos han llegado á la escasez, á la penuria, y, lo que es peor, á llenarse de

trampas y de relajación! ¿Cómo quieren que Dios las ayude, si tiene prometido portarse con ellas, como ellas se porten con los pobres? Y cómo quiere que las socorran los ricos del mundo, si éstos ven que las monjas regalan lo que ellos apenas pueden adquirir por lo costoso y delicado? No! lo que hacen los del mundo con eso es escandalizarse, ó reirse de las monjas, diciendo que son unas regalonas y pedigüeñas, que se quejan de vicio. En los Conventos donde no existen esos regalos, esas majaderías ni esos cumplimientos, indignos de las esposas de Cristo, son ellas más admiradas y respetadas de grandes y de chicos; no falta lo necesario para el mísero cuerpo, y abunda la paz, la alegría, la unión y consuelos espirituales; pero en los que existe esa calamidad de regalillos, correspondencia y donecillos, ahí suele faltar la paz del alma y lo necesario para el cuerpo. Quieres que en tu comunidad no falte nada de esto? Pues quítale á las monjas los regalillos y dádivas de cumplimiento; convierte todo eso en limosna para los pobres; extiende tu mano como la mujer fuerte, para socorrer al indigente, y no temas! que no vendrá por tu casa la desnudez y la miseria. *Non timebit domui suæ a frigoribus nivis, omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus.*

En estas palabras da Dios seguridad á la Prelada limosnera de que no le faltará nada en tiempo de necesidad; pues por haber ella socorrido al pobre, Dios socorrerá á su Comunidad con vestiduras dobladas para que no sienta el frio de la nieve ni el rigor del invierno. Por este vestido doble se entiende el sustento para el cuerpo en tiempo de escasez y el fervor para el alma en dias de tribulación á fin de que no se hiele con el frio de la tibieza. Y es buena Abadesa la que cuida de que todas sus monjas estén abrigadas en el alma y en el cuerpo con estos vestidos dobles, con

adorno interior y exterior, con amor de Dios y del prógimo, con mortificación por dentro y palabras amorosas por defuera. Y dice el texto que viste á todas igualmente, no sólo á sus paniaguadas ó á las que son de su genio ó de su bando, sino á todas por igual, y después que á todas las tiene bien arregladas, entonces provee vestido para sí. Pero qué vestido! *Stragulatam vestem fecit sibi; byssus et púrpura indumentum ejus.*

Misterioso es por cierto el traje de esta mujer fuerte: su ropa es holanda y púrpura, todo bordado con variedad de colores. La blanca holanda es símbolo de la pureza y santidad de vida; la púrpura encarnada simboliza la sangre derramada por Cristo en mortificaciones, trabajos, martirios y persecuciones sufridas por Él; y el bordado de colores es emblema de las virtudes que practica continuamente. Estas son las galas con que ella se adorna para edificación y buen ejemplo de sus hijas. Adórnate tú también, Margarita mía, con este traje misterioso; atavíate con él y procura ser un dechado de todas las virtudes; un modelo del cual tus hijas copien y aprendan la perfección religiosa; un ejemplar de amor de Dios, de pureza y santidad; un espectáculo de profunda humildad y de invicta paciencia grato á Dios, á los ángeles y á los hombres, para que de todos estos sea por tí conocido tu divino Esposo y Él se porte noblemente contigo cuando el último día se siente á juzgar con los senadores de la tierra. *Nobilis in portis vir ejus quando sederit cum senatoribus terræ.*

Pero lo mejor de esta Prelada no es que cuide de vestir á sus hijas y de vestirse á sí propia, sino que además teje un lienzo finísimo, lo vende y le entrega un cíngulo al mercader, que esto significa en el texto la palabra cananeo. *Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit Chananæo.* Este mercader, á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quien la buena Prelada entrega un cíngulo precioso, no es otro que Jesucristo, y la tela blanca y delicada de que lo hace no es otra cosa que la santidad y la pureza, el candor angelical y el amor seráfico de los corazones; que éstos y no otros son los hilos con que se teje esa vestidura de Cristo. En tejerla emplearon sus fuerzas y talentos los Domingos y Teresas, las Claras y los Franciscos y todas los Preladas y Prelados santos que han tenido las religiones. Y vistiendo ellos así con traje de gloria, al Esposo divino, cubriéronse á sí mismos de honor y fortaleza, y rieron y gozaron en el día último, como se escribe de la mujer fuerte: *Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo.*

Aquí es de notar que el Señor está vestido de fortaleza y decoro, según el salmo 92; y con esa misma librea viste Él á la Prelada fuerte que busca en todo la gloria divina y la santificación de sus hijas. Este es otro de los elogios que de ella se hace: el tener fortaleza para oponerse á la relajación, para arrancar los defectos y malas costumbres, para hacer guerra á los vicios, para humillar las soberbias y levantar á las caídas, para recoger á las distraídas y amparar á las desamparadas, para cerrar los locutorios y ahuyentar las visitas tontas, para atajar parlerías y romper cartas impertinentes, para resucitar la primitiva observancia y restituir al convento su antigua austeridad, el lenguaje de espíritu, los ejercicios de mortificación, el retiro y el silencio, la frecuente oración y la práctica de las virtudes. Pero esta fortaleza que el Espíritu Santo alaba en la Snperiora perfecta no es fortaleza seca y desnuda, sino vestida y acompañada de gracia y decoro, de afabilidad y atractivo; porque la fortaleza sin suavidad se convertiría fácilmente en rigor temerario que exasperaría á las súbditas; y la suavidad sin fortaleza se trocaría con facilidad en relajación.

Por eso la que anda con esta librea de fortaleza y suavidad es la que reirá en el día novísimo, la que se llenará de gozo no sólo el día que salga de Prelada por haber hecho bien su oficio, sino el día de la muerte, en que oirá aquella hermosa sentencia de Cristo: Alégrate, sierva fiel, y entra en el gozo de tu Señor.

Os suum aperuit sapientiæ, et lex clementiæ in lingua ejus. Abrió su boca á la sabiduría y puso ley de clemencia en sus labios. Con estas palabras confirma el texto sagrado lo que acabamos de decir; esto es, que la Prelada no ha de ser toda rigor y fortaleza, sino que ha de templar ese rigor con palabras afables y con la ley de la clemencia, lo cual es otro de sus deberes principales. La Prelada que ande siempre cariacontecida, escupiendo sentencias ó hecha una leona por el convento, no tendrá muy contenta á su comunidad; pero la que es afable, la que abre sus labios á la sabiduría y cuando habla comienza á echar perlas por aquella boca, palabras cariñosas, encendidas en amor divino y en deseos del bien espiritual de todas, esa sí que consigue cuanto quiere, porque sus palabras son saetas que estimulan á la práctica del bien. Por esto dice el Señor en otro lugar que las palabras afectuosas son panal de miel, dulzura del alma y sanidad de los huesos, porque tales frases en boca de los Prelados suelen sanar los males interiores de los súbditos, endulzar las amarguras de su alma y ser para ellos panal que alumbre con su cera y dulcifique con su miel. Ten, pues, Margarita, afabilidad y prudencia en las palabras para persuadir y reprender; no añadas carga sobre carga; habla siempre al corazón; rebosen tus labios caridad y celo; ten en tu lengua la ley de la clemencia, y habrás adelantado mucho para regir bien; sobre todo, si añades á esto lo que hizo la mujer fuerte, que fué considerar las sendas de su casa y no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comer el pan ociosa. *Consideravit semitas domus suæ et panem otiosa non comedit.*

En esto ha de poner la Prelada un estudio particular, en considerar las entradas y salidas de su casa, el adelanto ó atraso de sus hijas, sus caracteres é inclinaciones, lo interior y lo exterior, lo que hay en ellas de bueno y de malo, sus aficiones y repugnancias, sus virtudes y defectos, sus ejercicios y ocupaciones, mirando cómo va la observancia regular, cómo se cumplen los votos, cómo anda el espíritu de oración, recogimiento y silencio, el rezo, los ayunos y demás prácticas de la vida religiosa. La buena Prelada debe mirar y remirar lo que pasa en su convento, lo que entra, lo que sale, lo que se habla, lo que se come, lo que hay en las oficinas, lo que tiene cada religiosa en su celda ó en su arquilla, lo que hacen las oficialas y las que no lo son; y como de todas tiene que dar cuenta al Señor, á todas las vigila para que ninguna esté ociosa. Y cuando ella va delante con el ejemplo y es la primera en la oración y en el trabajo, entonces no sólo no hay quien la murmure ni critique por su vigilancia, sino que por el contrario, se levantan sus hijas y la llenan de bendiciones, su esposo, y la colma de alabanzas. *Surrexerunt filii ejus et beatissimam predicaverunt: vir ejus et laudavit eam.*

Este es el premio que Dios promete á la buena Prelada: ser alabada de sus hijas y de su esposo Cristo, no sólo en la otra vida, sino también en ésta, que cuando las súbditas tienen una Madre prudente, caritativa, celosa, perfecta y santa, no se pueden ir á la mano sin echarle mil bendiciones, publicar sus virtudes y predicar sus excelencias: y con este premio la estimula el Señor á que trabaje en el cumplimiento de su deber, animándola con la recompensa de ver á su comunidad contenta y aprovechada, de tal modo, que

todos cuantos la vean tengan por dichosas á las súbditas que tienen tal Prelada, y por bienaventurada á la Prelada que tiene tales súbditas. Sí; ¡dichosas súbditas y Prelada dichosísima la que ve su comunidad adornada de virtudes, llena de fervores, puntual en la observancia y respirando mortificación y amor de Dios por todas partes! Y es dichosísima porque el esposo divino se levantará para bendecirla y glorificarla. Y ¿qué alabanza es esa que Jesucristo da á la buena Prelada? Óyela, Margarita mia, y procura merecerla. *Multæ filiæ congregaverunt divitias, tu supergressa est universas.* Muchas hijas tuyas acumularon riquezas; pero tú superas, aventajas y sobrepujas á todas.

Por aquí se echa de ver cuán grande es la diferencia que hay entre la virtud de una religiosa particular y la de una Superiora, porque aquélla sólo tiene que atender á su aprovechamiento particular, á sus necesidades espirituales, á su propia santificación, que lo demás no corre por su cuenta; pero ésta tiene que cuidar de la santificación de todas, del bien común, del aprovechamiento universal, de las necesidades de todas sus hijas en lo que toca al alma y en lo que pertenece al cuerpo, y por esto sus merecimientos no sólo igualan á los de ellas, sino que exceden y sobrepujan al de todas. Mucho es, por cierto, lo que merece y gana una súbdita obediente y fiel, ocupándose en lo que le ordenan; muchos merecimientos y virtudes amontona al cabo del día; pero con todo eso *tu supergressa est universas;* tú ganas mucho más si gobiernas bien, como gana más gloria en campo de batalla el general que con su pericia consigue la victoria, que los soldados y gente de armas que combatieron á sus órdenes. Bien puede ser que durante la milicia tenga la Superiora menos quietud, menos paz interior, menos tiempo para la oración, menos consue-

los espirituales, menos lágrimas y regalos que la súbdita; pero si es la que debe ser, tendrá más virtudes sólidas, más sacrificios, más trabajos y más cruz, y esto es lo que le hace aventajarse sobre todas á los ojos del Esposo celestial. Esto es lo que Él estima, que las demás cosas que en el mundo se aprecian son despreciables á sus ojos; y si no, mira lo que añade: *Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur.* Falaz es el gracejo ó el donaire y vana la hermosura: la mujer que teme á Dios es la única que merece alabanza.

Después de haber dicho el Espíritu Santo las buenas cualidades que ha de tener la perfecta Prelada, le indica en dos palabras los defectos de que debe huir, las malas cualidades que ha de evitar. Nada de chistes ni de cuentecillos; no preciarse de aguda ni de graciosa; nada de fingimientos ni veleidades, mudándose á cada viento como veleta de torre; nada de vano ornato y atavío, haciendo muchos pliegues en el hábito ó prendiendo la toca y el velo con muchos alfileres para parecer de buen rostro; nada de perfumes ni jabones olorosos para presentarse con las manos muy blancas y oliendo á tocador, porque eso lo detesta Cristo y lo llama vanidad, engaño, mentira, falacia, liviandad, disolución, carcoma, polilla y muerte del espíritu religioso. Esto quiere decir el *fallax gratia et vana est pulchritudo.* Palabras que retratan de cuerpo entero á la Prelada vanidosa y mundana; mientras que de la perfecta dice que teme á Dios, y porque le teme hace guardar su ley santa, y todo lo que es propio de su instituto y profesión sin quebrantar ni una tilde ni una jota de lo que entendiere ser voluntad divina. Y como el temor de Dios es la llave de los tesoros del Cielo, el padre de toda buena obra, el compendio y cifra de todas las virtudes, por eso ella será alabada y recompensada, le darán el fruto del trabajo de sus manos y la glorificarán sus mismas obras. *Date ei de fructu manuum suarum: et laudent eam in portis opera ejus.* Dadle á gozar el fruto de sus trabajos y alábenla sus obras en las puertas, en las calles y en las plazas.

Aquí manda el Esposo divino que á la perfecta Prelada que ha gobernado bien su convento y se ha fatigado por tenerlo abastecido en lo temporal y espiritual, le dejen ahora que se alegre y regocije de ver logrado el fruto de sus afanes, de ver á sus hijas tan modestas en el cuerpo como agraciadas en el alma; tan mortificadas en los sentidos como aprovechadas en el espíritu y tan perfectas en todo, que el convento parece un pedazo de cielo, un paraíso deleitable, donde el cordero divino se apacienta y viene á tener sus delicias con las hijas de los hombres. ¡Bendita Prelada la que esto logre ver en su casa! ¡Dichosas hijas las que merecieren tal Madre, y dichosa tú, mi buena Margarita, si de súbdita mereces tener tal Superiora, y de Superiora te portas como esta mujer fuerte, como esta perfecta Prelada descrita por el Espíritu Santo! Él sea contigo, te ilumine con su luz increada y te haga tal como desea tu afmo. P.

Fr. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLIX

Recapitulación, consejo y despedida.

Esposa de Jesucristo: Se acerca la hora de poner fin á nuestra correspondencia, no por falta de materia, sino porque mis graves ocupaciones no me permiten proseguirla. Mucho hemos escrito acerca de la vida religiosa y mucho más se pudiera escribir; pero basta lo dicho para hacerte perfecta y santa, si de ello quieres aprovecharte. Trae á la memoria el camino recorrido y verás cierto ser así:

Hemos visto los peligros de que nos libró el Señor, sacándonos del siglo; los beneficios que nos hizo trayéndonos al claustro; la gratitud que por ello le debemos; el fin que se propuso al hacernos religiosos; el camino por donde podemos llegar á ese fin, ó apartarnos de él; lo que seríamos en este último caso y lo que podemos ser en el primero; la alteza de nuestro estado, su excelencia y dignidad; lo que significa el nombre de religioso; el mérito de su sacrificio, mérito que le iguala con los mártires y le dá una vida nueva de justicia

y santidad. Hemos estudiado detenidamente la esencia de la perfección religiosa; sus relaciones con la santidad y la religión; las virtudes que supone y en especial las virtudes objeto de nuestros votos; la naturaleza y propiedades de los mismos; la excelencia de la pobreza evangélica; su extensión y límite; los deberes que impone; las faltas que contra ella pueden cometerse, y los grados por donde se sube á la perfección de esa virtud. Otro tanto hemos hecho con cada uno de los votos religiosos, incluso el de clausura, explicando detalladamente cuanto pertenece á cada cual de ellos; hemos hablado de la observancia regular; de lo que debe hacer la religiosa para convertirse en paloma de Jesús: de los peligros que puede correr en dias de tribulación; del asilo de seguridad que tiene para ellos; de las cruces que necesariamente ha de llevar y del mérito que tiene sufrirlas por Dios; de las intimidades de la vida común; de las confesiones, comuniones y penitencias de las religiosas; de elecciones y prelacías; finalmente, hemos visto el tipo de la perfecta religiosa, cuando es súbdita y cuando es prelada. ¿Qué más se puede decir? Para el alma religiosa que quiere aprovecharse, basta lo dicho; y para la que no quiera, todos los libros del mundo son insuficientes; por lo cual vamos á poner fin á éste de nuestra corespondencia.

Empecé á escribirlo lastimado de ver la ignorancia de algunas religiosas, la poca estimación que hacían otras de su altísima dignidad, la escasa noticia que tienen muchas de la excelencia y alteza de su estado y profesión, de las obligaciones que le acompañan, de las virtudes que exige, y de otras mil cosas tan dignas de atención, que no puede dejar de lastimar mucho verlas tan desatendidas como están hoy. Hoy por desgracia hay religiosas que no saben dar razón de sí mismas, ni del estado que han abrazado: religiosas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para las cuales es una triste verdad aquella definición que un catedrático chusco daba de las monjas, llamándolas mujeres de bien que hacen dulces; ó buenas cristianas que viven recogidas en sus casas sin meterse con nadie de fuera: y dicho está que la religiosa que de sí misma forma teórica ó prácticamente este concepto es flor sin aroma, arbol sin fruto, cosa muy triste y lastimosa en el jardín de la Iglesia Santa.

Es tan grande el beneficio que Dios hace á una criatura llamándola al alto estado de la vida religiosa: es tan soberana la merced que la dispensa, entresacándola del mundo para que le sirva en santidad y justicia todos les dias de su vida, que necesariamente ha de disgustar á Dios verse mal correspondido de la que tanto honró y ensalzó. Por eso es un dolor que se contente con ser buena cristiana ó una mujer de bien la que está llamada á ser una santa, una víctima continuamente sacrificada en aras del amor divino, una verdadera crucificada, por ser esposa de un Dios Crucificado.

Esta es la razón que siempre me ha movido á tener por cosa necesaria y por empresa digna de varones apostólicos y celosos de la gloria de Dios trabajar con ardor en la reforma y perfeccionamiento de las religiosas; y en mis pobres oraciones he pedido al Señor que derrame sobre ellas su espíritu y las envíe algún santo que con su predicación ó sus escritos renueve el espíritu y remedie tanto decaimiento y relajación, como ha venido sobre algunas Comunidades, por la calamidad de los tiempos que hemos atravesado.

Para contribuir á ese remedio con mis pobres fuerzas y mis escasos talentos, he aprovechado los ratos libres de mi atareada vida, dedicándolos á componer estas cartas, pláticas ó conferencias que contigo he sostenido por escrito. Bien sé que las materias en

ellas tratadas requieren más espíritu y erudición, más ciencia y virtud de la que yo tengo, si es que tengo alguna; pero el que hace lo que puede y da lo que tiene, no está obligado á más; y tanto merece el que con dos talentos gana otros dos, como el que con diez ganó otros tantos. Mis talentos no han alcanzado á otra cosa que á inculcarte las virtudes religiosas, sirviéndome, como has visto de consideraciones sencillas y provechosas; y aún esas las he fundado siempre en palabras de la Escritura sagrada ó en sentencias de los santos padres y maestros de la vida religiosa.

Otros autores se jactan (no sé si con verdad ó con mentira) de que sus escritos son todos de propia cosecha, fruto de sus estudios é investigaciones; yo, por el contrario, me jacto de que los mios, aunque fruto también de mis estudios, son bebidos en purísimas fuentes y espigados en el campo fertilísimo de los padres y doctores de la Iglesia. No soy por desgracia segador del rico Booz, labrador de cosechas abundantes; soy más bién, cual la pobre Rut, que por no tener heredades ni caudal propio, andaba tras los segadores, recogiendo espigas con que socorrer su pobreza y la agena. Booz, fué en esto figura de Jesucristo: su campo simbolizó la doctrina evangélica: los segadores de este campo son los Padres, Doctores y Maestros; y las espigas, sus sentencias admirables, con las cuales hemos procurado aquí hacer pan celestial que sirva de alimento para nuestras almas.

Por este motivo, á la objeción que me haces, diciendo que en mi anterior exijo demasiada perfección á las Preladas y que en general trato con rigor á las monjas y les pido mucha virtud y santidad, contesto que no soy yo quien la exije, sino los santos y autores que han tratado de esas cosas y á los cuales he consultado antes de escribir, deseoso siempre de acertar á

decir lo que fuera más conducente á la gloria de Dios y más provechoso al bien de las almas á Él consagradas en los claustros religiosos (1). Y pues el bien de tu alma me ha movido á escribirte tantas veces, parece muy justo, oh alma religiosa, que leas y releas estas cartas con la buena voluntad con que para tí fueron escritas, con ánimo sincero y deseo de aprovecharte de su lectura; que como así lo hagas, yo te aseguro que sacarás fruto de ellas. Téngolo por tan cierto, que si mi pobreza lo sufriera, regalaría un ejemplar de las mismas á cada religiosa, con la condición de que habían de leerlo una vez siquiera al año, porque abrigo la esperanza de que haciéndolo así, las comunidades de religiosas florecerían en virtud y perfección.

Y no digo esto por vanidad, ni porque presuma que estas pobres y desaliñadas cartas tengan por sí mismas fuerza y virtud para aprovechar á nadie; sino porque creo firmemente que Dios nuestro Señor ha de envolver su gracia entre estas hojas, para que saque fruto de ellas toda monja que las lea con recto fin y buen deseo. Y creo esto, porque tengo para mí por cosa cierta ser voluntad de Dias que las escribiera; y si es voluntad suya, de su cuenta corre darles virtud y eficacia para conseguir el fin con que se han escrito. Si no fuera por lo arraigada que tengo esa persuasión en mi alma, de seguro que hubieran quedado á medio escribir, según ha sido grande la guerra que el enemigo ha hecho para que no se terminaran. Pero, ya con la gracia de Dios toca á su fin la realización del plan que me propuse en un principio, y sólo me resta com-

(1) Además de los santos y autores nombrados ó citados en este libro se ha tenido presente para escribirlo la doctrina de *El Perfecto Religioso*, *Los Principios fundamentales de la vida Religiosa* y *El Epistolario* de Fr. Juan de Jesús María.

pendiar el contenido de todas en breves máximas: trabajo que me lo dará hecho nuestro B. Diego de Cádiz, como verás en la siguiente.

Mas antes de soltar la pluma voy á dar la voz de alerta á las monjas de clausura, hoy en visible decadencia y tal vez llamadas á desaparecer mañana, si Dios no lo remedia y ellas no ponen de su parte cuanto puedan. Cuando en frondosa arboleda se ve brotar y levantarse lozana una nueva generación de árboles, es indicio cierto de que su dueño trata de arrancar los antiguos ó entresacarlos, dejando solamente aquellos más robustos, de los cuales espera recoger fruto abundante. Pues en el campo fertilísimo de la Iglesia católica se ha visto brotar en este siglo, que va á espirar, una nueva generación de plantas vigorosas, nuevos institutos religiosos de mujeres que, llenos de vida y de fervor, están satisfaciendo grandes necesidades sociales, atrayendo sobre sí las bendiciones de Dios y de los hombres, las vocaciones y limosnas que antes eran patrimonio de las monjas claustrales. ¿Será esto indicio de que Dios, en sus inexcrutables designios, quiere sustituir las religiosas antiguas con estas congregaciones modernas? No lo sé; pero sí sé que las órdenes y comunidades religiosas son árboles plantados por Dios en el jardín de su Iglesia santa; y que mientras estos árboles den fruto y cumplan el fin para que Dios los plantó no serán cortados; mas si dejan de dar fruto por envejecidos y en vez de hermosear el jardín lo afean, entonces ciertamente serán arrancados y sustituídos por otros.

Por eso las monjas de clausura debían poner un empeño muy grande en la extricta observancia de su regla: en conservar el espíritu de fervor donde esté floreciente y en restaurarlo donde esté decaído; en llevar una vida de abnegación y sacrificio, de amor y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sufrimiento; en ser víctimas voluntariamente sacrificadas en aras de la obediencia, de la pobreza, de la castidad, de la penitencia y mortificación de los sentidos; en alejar de su vida interior todo defecto y toda imperfección; en ser el consuelo de los Prelados de la Iglesia, los ángeles de la tierra, las verdaderas esposas del Cordero sin mancilla; porque sólo así hay seguridad de seguir subsistiendo, sólo así conservará siempre el Jardinero divino esos árboles en el vergel de la Iglesia. De lo contrario temo, y temo con razón, no sólo que falten las vocaciones y limosnas, sino que se cumpla la sentencia del Evangelio que dice: "Ya está levantada el hacha sobre la raíz del arbol, y todo arbol que no dé fruto será cortado y echado al fuego. (Luc. 3. IX.)

¿Y acaso esta divina sentencia no se está cumpliendo ya en algunas partes? ¿No hay ciudades de segundo y de tercer orden en donde han desaparecido las religiosas de clausura muertas por consunción? Y en esos mismos sitios en que ellas han perecido ó se están extinguiendo, ¿no florecen las Hijas de la Caridad, las Hermanitas de los Pobres, las Religiosas de la Enseñanza, Adoratrices, Esclavas, Reparadoras, Terciarias Carmelitas y Franciscanas, Hermanas de la Cruz ó cualquiera otro instituto moderno que, juntando en vida mixta la oración con el trabajo, se sacrifican por Dios y por la sociedad? Y esto ¿no habla muy alto á quien tenga orejas para oir y ojos para ver lo que pasa á su alrededor? ¿Y no me ha de hacer temer por la suerte de las monjas claustrales, á las que estimo tanto como á las religiosas modernas? ¡Ay, hijas de Santo Domingo y San Francisco, de Santa Teresa y Santa Clara, hermanas mías carísimas, para quienes escribo ésto! Viva siempre en vosotras el espíritu de vuestra santa Madre, que mientras él viva

tendréis seguras las bendiciones del Cielo, que os dará vida próspera, feliz y duradera en el seno de la Iglesia.

Con esto termino mi tarea y me despido de vosotras, benditas religiosas. Si el interés que por vuestra santificación me he tomado me hiciere acreedor á vuestras oraciones, no olvidéis en ellas á este pobre Padre,

Fr. Ambrosio.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

L

Mi estimada Margarita:
alla va la última carta
en verso sencillo y facil,
como sé que á ti te agrada.
Si atentamente la lees,
encontrarás en sus páginas
de tus múltiples deberes
una suma compendiada.
En ellas verás lecciones
y divinas enseñanzas
para saber conducirte
cual se conducen las santas.
Pues la sublime doctrina
contenida en esta carta
no es fruto de mi cosecha,
sino de cosecha extraña.
Es de Fray Diego de Cádiz,
de aquel portento de gracia
á quien el mundo apellida
glorioso Apóstol de España.
Y no sólo la doctrina,
los versos y las palabras
son de aquel santo varón,
timbre y gloria de su patria.
Que entre los muchos trabajos
de su vida atareada,
á las esposas de Cristo
nunca las tuvo olvidadas.
Antes bien, de sus tareas
si algún rato descansaba
lo empleaba en instruirlas,
predicarles y enseñarlas.

Pues de aquellas instrucciones
y consejos que él les daba,
entresaco las que á tí
te son de más importancia.
Escucha, pues, sus consejos,
estudia bien sus palabras
y mira de qué manera
con la religiosa habla (1):
«Lo primero y principal
del estado en que te hallas
es el vivir en un todo
á tu voluntad negada.
No has de seguir tu querer
ni aun en la cosa más santa,
pues la propia voluntad
mucho á Dios le desagrada.
Si la semilla del trigo
que es á la tierra arrojada
no se aniquila ó se muere,
ni dará grano ni paja.
Así tú, no de otra suerte,
si no estás contigo odiada,
ni darás de virtud fruto
ni verás de Dios la cara.
Negada, pues, á tí misma
vive ya de tí olvidada
y el divino querer cumple
con la más firme constancia.
Igualmente llevarás
la Cruz que te fuere dada:
tesoro grande, escondido,
del Cielo segura escala.

(1) Lo que sigue, con ligerísimas variantes, está tomado del precioso poema místico que escribió el Beato á la profesión de su sobrina Sor María de las Nieves, Carmelita calzada del convento de Santa Ana (de Sevilla.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todo el tiempo de tu vida
serás constante en llevarla,
sin un día dispensarte
de tan dulce y leve carga.
Son Cruz las obligaciones,
la vida mortificada,
ser despreciada de todos,
estar postrada en la cama.
Son Cruz las tribulaciones
que la Providencia manda:
¡dichosa, si las aprecias!
¡infeliz, si no las amas!
Con esfuerzo seguirás
de tu Jesús las pisadas,
senda infalible y precisa
de la Bienaventuranza.
Del Adán antiguo es fuerza
trates verte despojada
para vestirte del nuevo
en virtud, justicia y gracia.
Ya que saliste del mundo
ten sus cosas olvidadas;
advierte que sin peligro
no te es posible el mirarlas.
Escarmienta en la mujer
del santo Lot Patriarca,
que por semejante culpa
fué convertida en estatua.
No sólo el mundo, también
has de olvidar cuanto amabas,
si quieres del Rey del Cielo
ser esposa regalada.
Olvida padres y hermanos,
olvídate de tu casa,
que no serás de Dios digna
si algo más que á Dios los amas.
Si lo que tienes no dejas
con cuanto á tener llegaras,
ni tendrás contigo paz
ni con Dios tendrás entrada.
El amor á lo terreno
es mucho más lo que daña
que la posesión entera
de su preciosa substancia.
En usar de tus sentidos
serás prevenida y cauta;
no te dejes ir con ellos,
que por lo común engañan.
Con tus ojos harás pacto
de al hombre no ver la cara,
porque aquéllos siempre han sido
de la muerte las ventanas.
Tus oídos cerrarás
con espinas ó con zarzas
porque palabras del mundo
no turben la paz del alma.
De tus labios formarás
dos puertas de circunstancias
para que en tiempo oportuno
puedas abrir ó cerrarlas.
Mortifica tus sentidos
trayéndolos siempre á raya;
no les des lo que te pidan
porque es mala su demanda.
En el silencio serás
continua y ejercitada,
porque nunca falta culpa
en aquel que mucho habla.
Solamente un sí ó un no
responderás preguntada:
quien no refrena su lengua
toda su virtud es vana.
En cosas que no te importan
no preguntes lo que pasa:
deja cuidados ajenos
para aquellos que los tratan.
No andarás por el convento
inquiriendo qué hay en casa:
atiende sólo á tí misma
y hallarás cosas bien raras.
Retirada allá en tu celda
huye siempre de las gradas,
porque las gradas son redes
que enredan á las incautas.
Mira con horror al torno
si algún extraño te llama,
sabe que á sus vueltas puedes
quedar vuelta y trastornada.
El retiro, te repito,
la soledad has de amarla,
sin esto la Religiosa
es un pez fuera del agua.
Huye de la ociosidad,
que es de todo mal la causa:
las vírgenes necias fueron
por tal culpa reprobadas.
Estarás en todo tiempo
de algún modo ejercitada,
ó Magdalena en el coro
ó en la oficina hecha Marta.
Tu oración será continua
pero humilde y reservada:
no quieras ser vista en ella
porque á Dios no será grata.
Ciñe siempre tus costados
con la penitencia amarga:
sube al monte de la mirra
que al Esposo allí se halla.

Llevarás del buen ejemplo
en tus manos luces claras,
para edificar á todos,
no para ser alabada.
Huye singularidades
y mucho más de inventarlas;
sigue la vida común
pero no la inobservancia.
En el instante que oigas
la señal de la campana
correrás alegre al coro
á dar á Dios alabanzas.
En el coro asistirás
con modestia, recatada,
humilde, atenta y devota,
como que es Dios con quien hablas.
Á las Religiosas siempre
las amarás como hermanas;
con todas serás igual
y con ninguna extremada.
No te quejes jamás de ellas
por agravios que te hagan,
que las quejas suelen ser
murmuración paliada.
No admitas que otra murmure
contigo de quien la agravia,
dale consejo, si puedes,
y vuelve por la culpada.
Para asuntos semejantes
á nadie darás la cara,
á todas les harás frente
y guardarás sus espaldas.
Nunca mires los defectos
de súbditas ni preladas,
mira la viga en tus ojos
y en otro no hallarás paja.
Si alguna culpa les vieres
tenla siempre reservada;
mira por su estimación
y ama el honor de tu Casa.
De la comida no hables
si es desabrida ó escasa,
para el sustento no sirve
ni el exceso ni la salsa.
De la celda no saldrás
si no fueres precisada;
ocupa bien todo el tiempo
pues nunca vuelve el que pasa.
Las novedades del siglo
nunca pidas te las traigan;
muerta ha de estar para el mundo
la que al Señor se consagra.
La intención en el obrar
procura rectificarla,
pues sin esta condición
toda acción será viciada.
Sobre todo has de esmerarte
en una observancia exacta
de tus leyes, aunque sean
ó te parezcan pesadas.
Tu regla y constituciones
tan fielmente has de observarlas,
que ni un ápice el más leve
omitas en su observancia.
Especialmente á los votos
tu atención has de aplicarla;
obligación sobre todas,
pues ninguna se le iguala.
En la obediencia serás
ciega, muda, maniatada;
la voz, vista y movimiento
lo tendrás de quien te manda.
Su infracción es igual culpa
que adorar mudas estatuas,
pues la propia voluntad
es numen que se idolatra.
En la pobreza serás
rigorosa y extremada,
tan pobre como fué Cristo,
que jamás tuvo ni aun cama.
Desprecia ya las riquezas,
los tesoros de oro y plata,
pues en Dios lo tienes todo
y sin Dios es todo nada.
La necesidad será
tu comida regalada,
la escasez tu ajuar completo,
la indigencia tu abundancia.
Mira, esposa de Jesús,
que tu Esposo esto observaba,
y que una esposa opulenta
con pobre Esposo no cuadra.
En la pureza has de ser
limpísima y delicada,
porque, así como al cristal,
un solo aliento la empaña.
Dios se apacienta entre lirios,
flores que al vírgen señalan,
y este es el nardo que siempre
le alegra con su fragancia.
Las vírgenes en el Cielo
una canción nueva cantan,
que los demás nunca pueden
repetirla por tan alta.
Es privilegio de vírgenes
que no á todos les alcanza,
sólo á los que en alma y cuerpo
vistieron siempre esta gala.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El voto de la clausura
es el muro que resguarda
el caudal de estas virtudes
sin riesgo de ser robadas.
Ama mucho la clausura,
obsérvala en cuerpo y alma,
pues que aquél viva encerrado
sirve poco si ésta es vaga.
Finalmente, á un Director
te rendirás voluntaria,
segura que en todo tiempo
por su medio Dios te habla.
Serás en obedecerle
fidelísima y sin tacha:
el que lo oye á Dios oye,
y, el que no, á Dios agravia.
Dale una exacta noticia
de todo cuanto te pasa;
séle fiel al darle cuenta,
como que á Dios has de darla.
Nunca te separes de él,
porque serás engañada;
que una oveja sin pastor
los lobos la despedazan.
Su voluntad sigue siempre
en cualquiera circunstancia,
y hallarás en esta vida
otra bienaventuranza.
Procura ocupar el tiempo (1)
en cosas que á Dios agradan,
pues el que una vez se pierde
nunca jamás se repara.
Si es perdido todo el tiempo
que en ociosidad se pasa,
¿qué será de aquellas horas
que en crímenes se malgastan?
Ocúpalo todo bien,
mete el buen día en tu casa;
ten entendido que á Dios
no en todos tiempos se halla.
Huye mucho estar ociosa,
por ocuparte trabaja,
que la ociosidad fué siempre
de las virtudes madrastra.
No apetezcas otra cosa
que ser á tu Esposo grata,
y huye toda vanidad,
pues mucho le desagrada.
Si lo mundano desprecias
y por lo eterno te afanas,
serás de tu Criador
el templo, mansión y estancia.
De tu prógimo á ninguno
reputes por cosa baja,
mira la imagen de Dios
en ellos representada.
No le agravies ni desprecies,
ni le pongas mala cara,
que Dios contigo ha de hacer
lo que tú con ellos hagas.
Trata á todos con agrado,
con ninguno seas ingrata;
la gratitud siempre ha sido
de la Caridad hermana.
Mas no olvides que en el trato
has de ser prudente y cauta;
guárdate de los del siglo
aunque tengan muchas canas.
Familiaridad no tengas
con persona alguna humana;
no te pares con ninguna,
empero con todas anda.
Dirige á Dios cuanto hicieres,
tus obras así realza,
que esto le dará incremento
al mérito y á la gracia.
Jamás contra tu conciencia,
ni en materia la más parva,
trates de hacer cosa alguna
que tenga visos de mala.
Tampoco, mientras que tengas
duda prudente y fundada,
por tí sola la resuelvas,
si hay tiempo de consultarla.
Mas si el resolver precisa
porque el asunto no aguarda,
pide á Dios luz, y resuelve
lo que al bien más se le adapta.
Nunca de tí te confíes
ni te creas iluminada;
la que piensa eso de sí
tiene la luz muy escasa.
Toma entonces el recurso
al Superior ó Prelada;
con esto quedas segura
y tu conciencia en bonanza.
Enseñar á otros no quieras,
antes bien ser enseñada;
que en portarte de este modo
das ejemplo y enseñanza.

(1) Tomado de los documentos que el Santo escribió en romance á la Madre María del Espíritu Santo, religiosa del mismo convento de Santa Ana.

Si hablar quieres con acierto,
oye á todos y tú calla,
que siempre ha sido hablar poco
el nivel de las palabras.
Con este mucho callar
lograrás la gran ventaja
de vivir en tí escondida
y en tu Dios siempre empleada.
En los asuntos á que
tu obligación no te llama,
ni los quieras entender
ni tomes en ellos cartas.
Es una cosa mal vista,
y que mil disgustos causa,
introducirte en negocios
ajenos de tu importancia.
Excusa toda porfía,
no alterques, que es mala maña;
y toda contienda suele
terminarse con desgracia.
Nunca de alguno murmures,
guarda á todos las espaldas;
si tú guardas las agenas
tendrás las tuyas guardadas.
A ninguno mortifiques
con obras ni con palabras;
trata á todos con respeto,
que el amor así se capta.
De lo que pasa en el mundo
jamás quieras saber nada;
deja á los muertos que allá
con sus muertos se las hayan.
Es impropio hablar del siglo,
al que en el claustro se halla,
y el tratar de sus delicias
á quien viste una mortaja.
Toda singularidad
por lo infinito que daña,
has de detestarla siempre
y en todo tiempo excusarla.
Nunca llames la atención
con empresas señaladas;
si te vences á tí misma
haces la mayor hazaña.
Sigue la comunidad,
no faltes á la observancia,
y excusa la indiscreción
de cosas extraordinarias.
Estas son perjudiciales
donde la prudencia falta;
y es cierto faltará, cuando
por gusto propio se hagan.
Sólo á Dios y al Director
les corresponde inspirarlas;
lo que sin éstos hicieres,
tenlo por acción frustrada.
Haz las cosas á su tiempo,
cuando y como se te mandan,
sin desidia y sin pereza,
tampoco precipitada.
En hacer las cosas bien
has de poner tu eficacia;
el modo tal vez conduce
no menos que la substancia.
Recógete en tu interior
con frecuencia, y encerrada
trata con tu Dios allí
el gran negocio del alma.
Esto lo puedes hacer
en cualquiera circunstancia,
mientras rezas, mientras comes,
enferma ó estando sana.
No dejes al pensamiento
que se ocupe en musarañas;
recógelo en tu interior,
y hazlo que de allí no salga.
Si haces esto, á Dios tendrás
entronizado en tu alma;
será tu amparo en la tierra
y tu premio allá en la Patria »
¡Adiós, buena Margarita,
se acabaron nuestras cartas,
y pido á Dios que te sirvan
para hacerte una gran santa!

FR. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FLORES DEL CLAUSTRO

Y ARRULLOS DE PALOMAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FLORES DEL CLAUSTRO

Y ARRULLOS DE PALOMAS

El aroma de cielo que se percibe en la lectura de este tratado, indica que sus páginas son flores misteriosas; y como ellas nacieron entre las paredes de un Convento de Capuchinas, creo que con toda propiedad puedo y debo llamarlas *Flores del claustro.*

Yo las debo en parte á un alma de Dios, que ya no pertenece á este mundo: á una santa religiosa que poco antes de morir me entregó un precioso manuscrito, al frente del cual venían estas palabras, como sirviéndole de prólogo:

PADRE MIO:

"La obediencia, que hace milagros, es la única que „ha podido hacer brotar de mi tosca pluma, estas pá„ginas que encierran los más íntimos episodios de mi „vida. Al escribirlas, no pocas veces he manchado el „papel con el llanto de mis ojos, recordando mis ingra„titudes y los favores del cielo. Ahí las lleva Vd., Pa„dre mio, tal como me las ha inspirado el deseo de obe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

„decerle con perfección. Sólo le suplico que yo quede „desconocida y oculta en el retiro de mi pobre celda; „y que cumpla Vd. la palabra que me tiene dada de no „revelar nunca el nombre de su afectísima y obedien- „te hija,„

. . . . . .

Pasé la vista por las hojas que había escritas en el cuaderno, y no hallé el nombre del Padre, ni el de la hija: pregunté á la moribunda, y de sus respuestas pude sacar en claro que la muerte había segado en flor la vida de la religiosa que comenzó á escribirlo por obediencia, y la del padre que se lo mandó y á quien ella lo dedicaba.

Enternecido entonces con la lectura de aquellas páginas mal escritas, concebí el proyecto que hoy realizo, dando á luz este opúsculo unido á las *Cartas sobre la Vida religiosa,* porque es como el complemento de ellas y su doctrina puesta en práctica, y bautizándolo en el significativo nombre de *Flores del Claustro.*

De aquel pequeño manuscrito saqué algunos de los pensamientos que van en este ramo: las demás flores nacieron en el mismo jardín; al calor de la obediencia santa, verdadera madre y autora de ellas.

Tal vez andando el tiempo nazcan nuevos capullos que añadir á *Flores del Claustro,* pues el ramillete, aunque precioso, no queda tan completo como yo lo deseaba.

Esto decia en las dos primeras ediciones de este opúsculo; hoy, gracias á Dios, puedo decir que mis deseos están plenamente satisfechos, porque en el mismo vergel he hallado nuevas flores que estaban ocultas, como las violetas entre las zarzas; y con ellas el ramillete ha quedado en toda su perfección.

Registrando el archivo del monasterio en que vivió nuestra desconocida heroina, hallé nuevos papeles

y viejos apuntes con los cuales he podido rehacer su interesante historia, y coordinar los ardientes soliloquios de aquella alma seráfica, los tiernos arrullos que aquella Paloma de la soledad exhaló junto al sagrario.

No preguntes por su nombre, lector curioso, ni trates de averiguar cuál fué el jardín donde nacieron estas flores, porque te cansarás en vano. Lo único que se puede saber, lo tengo ya dicho; esto es, que las Flores del Claustro nacieron en un convento de Capuchinas al calor de la obediencia santa que es su verdadera Madre y autora.

¿Qué mas se quiere saber? ¿Es acaso menos dulce la fruta confitada, porque se ignore el arbol que la produjo, el huerto en que se crió, ó el nombre de quien la haya endulzado? A qué, pues, averiguar lo que á nada conduce. ¿Qué importa á las letras ni al mundo entero un nombre mas? Hay tantos nombres gloriosos en el olvido! Hay tantos tesoros ignorados en los claustros!

Sí; donde los impíos y los necios creen que reina la *holganza mística,* bulle la actividad del corazón en toda su efervescencia, y la del entendimiento en toda su plenitud; en los conventos que ellos juzgan moradas de egoistas, vive el sacrificio diario llevado hasta el heroismo; y donde ellos piensan que solo hay monjas ignorantes, gangueando latines, he hallado yo tesoros de literatura clásica, escritos inéditos, de tan puro estilo y tan castizo lenguaje, que ya los quisieran hoy para sí muchos escritores modernos.

Y basta de prólogo, lector mio; si al repasar estas páginas sientes deseos de mejorar tu vida y de acercarte á Dios, no tardes en ponerlos por obra, porque tales deseos son semilla de vida eterna.

Fr. A. de V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

Recuerdos y esperanzas.

¿Qué otro nombre mejor pudiera yo ponerle á este escrito? El es hijo de las esperanzas que anidan en mi pecho, y de los recuerdos que bullen en mi alma; que lleve, pues, el nombre de sus padres, y llámese como ellos *recuerdos* y *esperanzas*.

¡Recuerdos! pero recuerdos tristes por lo que de mí tienen, y recuerdos consoladores por lo que tienen de tí ¡oh Jesús de mi alma! Sí, ¡bien mío! aún me parece percibir en el fondo de mi ser tu voz conmovedora que se quejaba diciéndome: "¡Ay alma ingrata! ¡esposa infiel! ¡oveja rebelde! ¡Con cuánto afán deseaba mi corazón que llegase el momento de verte á mis pies, como ahora te contemplo, rendida, subyugada y entregada completamente á mí! ¡Ay cuánto deseaba que llegase este instante! ¡Con cuánto afán deseaba verte así, para depositar en tu pecho mis quejas, las amorosas quejas de un Dios ofendido, de un Esposo olvidado! Nueve años ha que voy en pos de tu alma, como cariñoso pastor tras de su oveja amada; y cuando más cerca de tí me hallaba y estendía mis brazos para estrecharte sobre mi pecho, huías de mí y te alejabas. ¡Ingrata! ¡ingrata!! ¡ingrata!!!„

Sí, Dios mío! ¡ingrata he sido! pero..... déjame llorar mis ingratitudes, porque el recuerdo de tus quejas amorosas hieren la fibra más delicada de mi corazón, y me hacen sentir un dolor y un consuelo inesplicables. ¡Cuánto te he ofendido! ¡Cuán rebelde he sido á tus dulces llamamientos! ¡Perdón, Dios mío, perdón! Háblale á mi alma palabras de vida, mientras ella riega el suelo con su llanto; háblale y oiga mi alma otra vez aquella voz que le dió nuevo ser, aquella dulce reprensión que la despertó de su letargo.

Un dia me dijiste: "Con amor eterno te amé; y tú, hija mia, ¿por qué siempre me has amado tan poco? ¡Basta de ingratitudes! Ven, y acércate á mí..... más.... hasta oir los latidos de mi corazón, que tanto ha palpitado por tí..... hasta sentir sobre tu frente mi aliento divino, que te purifique y te dé nueva vida! ¡Oh alma! cuánto tardaba para mí este dulce momento!„

¿Y crées, bien mio, que yo no anhelaba también por este dichoso instante? ¿Crées que no suspiraba por verme libre de aquel pesado yugo que me oprimia? ¿Crées que no ansiaba yo romper aquella cadena de ingratitudes que por tantos años venía arrastrando? ¡Oh! bendita mil veces aquella mano que la cortó! Aquí me tienes ya, vida mia; aquí estoy rendida á tus pies y libre de los obstáculos que se oponian á nuestro amor; aquí me tienes, Amado de mi alma, para no separarme de tí, ¡nunca! ¡jamás!

De aquí en adelante viviré sólo para amarte, para recompensarte mis ingratitudes con toda una vida de amor y de ternura. Aquí me tienes, Jesus mío, arrójame al rostro todas mis iniquidades; dame en él con mi deslealtad y rebeldía; pero déjame que te hable. ¡Tengo tanto que decirte!.... ¡Tengo tantas cosas que contarte!.... Tú lo sabes todo; pero no me niegues el placer de recordar tus favores y de llorar mis ingratitudes, ya que así lo dispone la Obediencia santa, y lo manda aquel á quien has otorgado tu representación, y le has dado poder sobre mí, indigna sierva tuya.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Páginas de mi niñez.

Carecía natural que al escribir por obediencia algunos episodios de mi vida íntima, empezara consignando mi nombre, el de mi patria y el de mis padres; pero he podido conseguir que esto quede oculto é ignorado de los hombres, los cuales sólo sabrán que mi Padre es Dios, mi patria el cielo y mi nombre.... ¡ah! con tal que mi nombre esté escrito en el Libro de la vida y sea conocido de Dios, renuncio de buena gana á que lo conozcan los mortales y ande escrito en los libros de la tierra.

No obstante, con relación á mi patria debo decir que vi la luz primera en la hermosa región á que dió su nombre el caudaloso Betis, encanto de los árabes y admiración de los extranjeros. Me crié, como las aves, en una campiña deliciosa, y allí mi niñez se deslizó rápida y alegre, como corren los cabritillos por el prado.

Cuando comencé á tener conocimiento, recuerdo que mi atención se fijaba mucho en la corriente de los claros arroyuelos, que retrataba en sus mansas

aguas las flores de sus orillas; en el canto del ruiseñor que gemía escondido en la espesura del bosque; en las palmeras que se mecían arrulladas por el céfiro, y en los naranjos cubiertos de blancas y aromáticas flores ó de dorados y vistosos frutos.

Por la mañana solía despertarme el canto del gallo, cuando las primeras tintas de la aurora blanqueaban el horizonte; y, al dejar el lecho, me gustaba escuchar la algarabía de los pájaros que anidaban en el tejado, ó el balar de los rebaños que dejaban el redil para triscar por el prado, al dulce y agreste son de los cencerros y campanillas que los mansos llevaban.

Entonces, cual paloma que vuela de su nido, salía yo de mi blanca y alegre casita á cojer el corderito que más cerca de mí pasaba, ó corría alegremente tras de las pintadas mariposas que volaban de flor en flor, cuando aún las gotas del rocío brillaban sobre sus matizados pétalos. ¡Ay, Jesús mio! Al trazar estas líneas parece que mi alma se traslada al delicioso campo que fué el mudo testigo de mis inocentes juegos.

Nada era entonces para mí tan grato como contemplar la salida del sol cuando asomaba su resplandeciente disco por encima de los montes cubiertos de ligeras y blancas nubecillas que se trocaban de repente en púrpura y grana, así que las envolvía con su luz el rey de los astros. Éste dejaba caer y esparcía sus rayos como lluvia de oro sobre las verdes arboledas que, agitadas blandamente por la brisa de la mañana, producían un rumor delicioso que escuchaba mi alma con gozo inefable, porque le hacía sentir una emoción indefinible.

Luego fijaba mis ojos en el azul purísimo del cielo, y al ver remontarse por el aire á la madrugadora alondra, mi alma deseaba salir del pequeño cuerpo

que la envolvía y volar por el espacio como las aves. ¿Y qué era yo entonces ¡pobre de mí! sino una avecilla del aire, una flor del campo ó una ovejita como las que pacían en mi pradera? ¡Sí, Dios mío, sí! ¡Aún no te conocía yo más que por instinto, ni sabía que eras el Criador soberano del cielo y de la tierra! Siete años había cumplido y aún mis labios no habían pronunciado tu nombre mil veces bendito, ni mi voz había cantado tus alabanzas, ni mi lengua había formulado una plegaria. ¡Ay de mí, Jesús mío, y con qué pena lo recuerdo! ¡Aun no sabía rezar! ¡aun no me habían enseñado á conocerte ni sabía dirigirte una oración! ¡Qué pena! ¿Por qué las madres cristianas no enseñan á rezar á sus hijos desde que éstos comienzan á balbucear las primeras palabras?

Otra cosa recuerdo de mi infancia que no puedo olvidar, y es la impresión que me produjo el mar la primera vez que tendí la vista por su dilatada superficie. Muchas veces había oído hablar de él, del movimiento de sus olas, de sus furiosas borrascas, de los peces que surcan sus aguas y de las maravillas que en su seno encierra; pero al contemplar por vez primera desde un alto promontorio el líquido elemento con sus encrespadas olas heridas por los rayos del sol poniente; al aspirar la fresca brisa que parecía nacer en aquella azulada llanura de movedizas ondas, cuyo incesante oleaje venía á estrellarse mansamente á mis pies; al percibir el continuo murmullo que con su eterno bullir producen las aguas del océano, y no hallar por ninguna parte límites al Ponto alborotado, caí de rodillas, adoré á Dios, á quien ya conocía, y se despertó en mi alma la idea de su omnipotencia, de su inmensidad y de su grandeza infinita.

Cuando me levanté de allí me pareció que dejaba de ser niña porque había visto el mar. ¡Quién había

de decirme entonces que ese mar agitado era la imagen más acabada de la vida humana!

Desde entonces comencé á rendir culto al Creador de la naturaleza, admirando y venerando las obras de su mano poderosa, y los días de mi existencia se deslizaban tranquilos como las aguas de un manso río antes que las tormentas y las lluvias lo hagan salir de madre é inundar la campiña. Mi vida se parecía á la de los capullos de mi rosal, que se mecían lánguidamente arrullados por las auras, antes que el sol quemara sus cálices y el vendabal arrancara sus hojas.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

Despedida de mi infancia.

A los doce años aun dormía mi alma el sueño de la inocencia como duerme el pájaro en su nido; á veces presentía que iba á despertar de aquel sueño tranquilo, y entonces mi corazon se entristecía, lloraba y temía: temía perder el tesoro de su inocencia, lloraba por tener que separarse para siempre de su niñez querida, y se entristecía porque iba á entrar en el desierto de la vida lleno de espinas, dolores y amarguras.

Un día en que la tristeza se había apoderado de mi pecho sentí en el fondo de mi corazón un estremecimiento extraño; abrí los ojos, desperté de mi dulce sueño y oí la voz de mi niñez que me decía: —¡Adiós, adiós para siempre! —¡Adiós, infancia querida! le contesté yo; ¡adiós, sueño delicioso, el más grato de mi vida; adiós, nido de santos amores, edad dichosa que preservas al alma de culpas, hermoseándola con el blanco traje de la inocencia! ¡Adiós, infancia querida, adiós!

Y la mano violenta del tiempo me arrancó de los brazos de la infanca, me abrió las puertas de la asustadiza pubertad y me empujó por la pendiente resbaladiza de la juventud. Y otra mano más cruel que la del tiempo me arrebató el traje de la inocencia, me

sacó de su claro y apacible ambiente y me condujo á otra región de tinieblas, donde tienen su morada el remordimiento, la tristeza, el dolor, la amargura y el desengaño. Revuelto y rápido torbellino de malas pasiones cruzan sin cesar esa triste región, y en una de sus vueltas me arrastró, en su vertiginosa carrera, hacia el abismo de la culpa.

¡Ay, Jesús mío! Al recordar esta segunda época de mi vida, siento como si dos planchas de acero me oprimieran el corazón, arrancando suspiros á mi pecho y lágrimas á mis ojos. ¡Cuán amargo me es recordar los primeros años de mi juventud! ¿Qué fuí durante aquel tiempo? ¡Ay de mí! Flor marchita, hoja seca arrastrada por el viento al borde de un abismo, gota de agua cenagosa que perdió su trasparencia al mezclarse con el polvo. ¡Necia de mí! Corría afanosa tras de una dicha engañosa, y esa dicha huía de mí burlándose de mi loco afán. ¿Á qué decir más? ¡Ay, Dios mío, en qué apuros me pone la santa obediencia!

Y si fuera solamente apuro y confusión, menos mal; pero ¡ay! que también el pesar, la tristeza y el remordimiento brotan en el pecho de mi alma al escribir esta primera página dedicada á los días de mi niñez, al tiempo felicísimo de mi inocencia. Y ¿cómo no entristecerme y llorar con el recuerdo de un bien perdido que nunca más ¡ay de mí! lo encontraré? Padre de mi alma, ejecutor en mí de los designios de Dios, ¿por qué me manda usted escribir lo que ha de arrancar lágrimas á mis ojos? ¿Por qué me hace usted recordar lo que yo quisiera tener sepultado en el olvido? ¿Por qué me manda usted poner aquí lo que no podrá leer sin entristecerse, ni yo escribir sin manchar el papel con ardientes lágrimas? Mas.... ¡no quiero quejarme ni resistir!, y así pasaré á decir lo que se me ordena sobre mi vocación y mis luchas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

Mi vocación y mis luchas.

Apenas contaba yo diez y siete abriles, cuando llena de ilusiones y de esperanzas, corría en pos de las vanidades y placeres del mundo, olvidada de tí, ¡oh Jesús mío! Rota tenía ya la túnica de la inocencia y manchado el traje de la virtud; no era digna ya de que tú, ¡oh Redenter mío! me mirases; y cuando sólo tenía derecho á esperar tu castigo, fijaste en mí tus ojos y me hablaste al corazón estas palabras: "No has nacido para este mundo que ves: olvidalo todo, abandónalo todo y dame tu corazón."

¡Cuán dolorosa fué para mí esta voz, la primera vez que resonó en mi alma! ¡Abandonar el mundo! ¡qué amargo era esto para mí! Yo no sabía que me tenías preparado desde la eternidad el velo, insignia de tus esposas. Yo había crecido en el erial del mundo, como arbol plantado en tierra inculta, y me resistía á ser arrancada y transplantada á uno de tus más deliciosos jardines. Yo, á manera de oveja errante, corría alegre de pradera en pradera y me alejaba de tí, Pastor divino, buscando sabrosos pastos: oí tus silbos amorosos, y, oh ¡cuánto me costó trepar montes y breñas, burlar la astucia del lobo que me cercaba y llegar á tu redil! ¡Cuánto me costó! ¡qué sacrificio! ¡qué holocausto tuve que hacer entonces de mí misma!

Pero al eco de tu voz divina, el mundo se convirtió para mí en un desierto, en un páramo inhabitable, cuyo ambiente me asfixiaba. ¿De qué servía que me engalanaran á la fuerza y me llevaran, como arrastrando, á saraos, diversiones y festines? Una sonrisa despreciativa y desdeñosa se escapaba de mis labios en medio del bullicio y en mitad de los paseos; porque el mundo tenía para mi alma el aspecto de un inmenso cementerio, en el que cada traje no era más que un sepulcro blanqueado, lleno por dentro de inmundicias y gusanos roedores.

Tú empezaste á ser entonces, oh Dios mio, mi amor, mi vida, mi gloria, mi todo; y yo no suspiraba más que por el momento en que tú, cortando los lazos de carne y sangre que me aprisionaban en el mundo, me hicieras batir las alas, remontar el vuelo, y cual paloma enamorada, poner mi nido en solitaria clausura, donde olvidada y desprendida de todo lo terreno, viviera para tí únicamente.

Yo iba contando uno á uno los días que me separaban de tan anhelado instante; ya creía ver cerca el momento de huir de la casa paterna y vestir el hábito que tanto ansiaba; mas, ¡ay dolor! me aprisionaron, y me dijeron que en tres años no tendría libertad. Entonces comprendí que antes que mis mejillas fuesen cubiertas por la blanca y purísima toca, habían de ser purificadas con lágrimas ardientes que las abrasaran, como abrasados y purificados fueron los labios de Isaías antes de hablar contigo.

¡Tres años! repetía yo con indecible pena, viendo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como en un doloroso bosquejo, todos los tormentos que á mi enamorado corazón le aguardaban, si quería serte fiel. *¡Tres años!* y reconcentrando todas mis fuerzas dentro de mí misma, y herida de dolor, hablando contigo exclamé: ¡yo lucharé! ¡yo sufriré! Ya que así lo quieres, yo venceré todos los obstáculos que se oponen á que á tí me consagre, y pasados tres años, volaré á tus brazos loca de amor y de alegría.

Y rodaron unos tras otros muchísimos meses por la pendiente resbaladiza del tiempo; y en esos meses, ¡cuántos raudales de lágrimas derramaron mis ojos! ¡cuántos arroyos de llanto surcaron mis mejillas, sin hallar mano amiga que las enjugara!

Dos años viví, sosteniendo interiormente y sufriendo en silencio una de esas luchas horribles que matan al alma y destrozan el corazón, dejándolo sin vida en la primavera de la juventud; y en todo ese tiempo no hubo sér que de mí se compadeciera. Yo estaba sola en medio de los mios, y nadie veía el martirio de mi alma; nadie veía las lágrimas que silenciosas se resbalaban por mis mejillas; nadie oía los suspiros y gemidos que en el silencio de la noche brotaban de mi corazón, el cual se veía como fragil barquilla sin velas ni remos en medio de un mar tempestuoso en densa y lóbrega noche.

Llegó por fin el día de mi deseada libertad, y en él brotaron de mis lábios aquellas palabras que tú habías tanto tiempo esperado. ¡Jesús mío! ¡Tuya, ó la muerte! Sí; ¡así había de ser! ¡yo tenía que ser tuya, á pesar de mis padres, á pesar del mundo entero, á pesar del infierno, yo tenía que ser tuya! Mas ¡ay! que para serlo tuve que exprimir mi corazón y sepultar en el olvido lo que tú y mi Padre sólo saben: y todo lo hice sin humano consuelo en tan doloroso sacrificio; sin humana ayuda en tan amarga pena: ¡sola contigo siempre! ¡Ay!

¡bendita soledad! ¡benditas penas! ¡bendito sacrificio, que tantos bienes me ha traído!

Premio de tanto padecer fué la voz de mi amado que resonó en el fondo de mi alma, diciéndole como á la afortunada esposa de los Cantares: "Pasó el invierno; cesó la lluvia; aparecen las primeras flores y se oye el gemido de la tórtola, arrullando en el bosque: Levántate, pues, amiga mía, y ven; salgamos al campo y moremos en el valle misterioso del Paraiso." Y á esta voz se desvanecieron aquellas sombras, aquellas nubes que oscurecían el horizonte de mi alma, y apareció para mí el claro día, el dorado sol.

A la furiosa tempestad había sucedido la más deliciosa bonanza, y mi alegría no tenía límites, como no lo habían tenido mis penas; porque Él había hablado á mi alma con ese lenguaje misterioso y me había dicho, que muy pronto iba á ser suya para siempre, dándole al mundo mi último adiós y realizando así, todos mis ensueños de felicidad. ¿Qué más podía ambicionar? ¿qué más podía apetecer? Á las lágrimas, que por tanto tiempo habían surcado mis mejillas, sucedió la sonrisa en los labios, la calma y alegría en el corazón; y alegre cantaba mis amores, como canta el pájaro en primavera, contemplando su nido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V

Mi entrada y toma de hábito.

La mañana que me recibió en su Santa Casa no la olvidaré jamás. El sol acababa de nacer y enviaba sus primeros rayos hacia las azuladas aguas del dormido mar, en cuya clara superficie ligeramante rizada por la brisa reflejábanse admirablemente los dorados rayos del naciente sol. Las aves abandonaban sus nidos y batían sus alas, lanzándose al espacio, trinando alegremente, alabando al Criador con sus arpadas lenguas: ni la más ligera nube empañaba el purísimo azul del horizonte: ni la más ligera sombra empañaba el cielo de mi felicidad.

A medida que me acercaba al convento, mi corazón latía con violencia, como si quisiera romper la carcel de mi pecho, y volar cuanto antes á su nido: yo acercaba mi boca al Crucifijo y le decia: Tras de aquellos muros viviré sólo para tí; á través de aquellas rejas mi vida será tu amor, mi alegría tu amor, mi recreo tu amor.

Al pasar el umbral de la puerta, un suspiro se escapó de lo íntimo de mi alma y exclamé: Este es el lugar de mi reposo y el sitio de mi descanso, pues lo escogí; y parecióme que los altos cipreses y las pequeñas

flores del patio se inclinaban dulcemente, dando asentimiento á mis palabras, y dándome tambien la bienvenida.

¿Qué sintió mi alma, cuando al fin me vi vestida con aquel hábito por el cual tanto habia llorado? ¡Ah! parecióme que él me hablaba con cariño y me decia: Mira; ya no podrá llegar hasta tí ni mancharte el hálito ponzoñoso del mundo, porque yo estoy aquí para defenderte. Y yo lo acariciaba con entusiasmo santo, cual puede acariciar un guerrero la férrea cota que le defiende de los golpes enemigos.

Me miraba y no sabia si reir ó si llorar de gozo: corrí al convento para que me vieran sus vetustos muros con mi nuevo traje: llegué al huerto y saludé á las flores, y á las plantas, pidiéndoles albricias: bajé al patio y abracé sus columnas, besándolas con delirio y diciéndoles en cada beso: Ya estaré siempre con vosotras.

Paseé los claustros y corredores, diciéndoles que eran mios y yo de ellos; ellos la jaula y yo la avecilla voluntariamente presa entre sus muros; subí á mi celda, besé su pavimento, sonreí á sus paredes y prometí vivir en ella, como la santa que me habia precedido en aquella dulce morada: me dirigí al coro y desde sus rejas miré al sagrario y hablé á mi Prometido: ¿Lo ves, Jesús mio? ¡Tuya! ¡siempre tuya! y..... saboreando estas palabras y repitiendo estas obras, pasé los deliciosos días de mi noviciado.

En aquel tiempo era yo una de esas cariñosas ovejitas que no pueden vivir separadas un instante de su buen pastor: si comen, ha de ser junto á él; si duermen tiene que ser á sus pies; si se recrean, ha de ser con él; no saben vivir de otro modo. Así vivía yo pensando siempre en tí ¡oh Jesús mio! amando sólo á tí! Mi vida en el claustro así tenía que ser: por tí, para tí y en tí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI

Mi aprendizaje.

Tocóme en suerte y dióme el Cielo por Maestra una mujer singular, verdadero angel de la tierra, ejemplar de todas las virtudes y espejo de la vida monacal. Tenía la fortaleza del martir, la prudencia del sabio, el celo de un apostol, el candor de una virgen, la penetración de los querubines, y un alma delicada, sensible y tierna, como de niña inocente.

Vivía endiosada en medio de sus ocupaciones, sin que estas jamás fueran parte para turbar su quietud ni sacarla de su celestial endiosamiento. Vivía unida á Dios en todas partes, porque todas las cosas le hablaban de Dios. El mundo era para ella un libro abierto que en todas sus páginas le hablaba de amores, pero de amores divinos. La creación entera no era á sus ojos más que un velo misterioso de trasparente gasa, tras el cual aparecía perfectamente dibujada la imagen del Creador, iluminada con los destellos de su misma hermosura, de su sabiduría eterna y de su bondad inmensa.

Por eso en todos los seres de la creación no veía más que hermanos cariñosos, cuyas fisonomías revelaban algo de la hermosura y perfecciones de nuestro Padre celestial; y así las flores eran para ella sonrisas del Eterno, los astros, pregoneros de su gloria, la tierra, emblema de su fecundidad, las tempestades, ministros de sus justísimas iras, los mares, testigos de su inmensidad; y mares, tempestades, tierra y cielo, astros y flores, eran para su alma carbones que la encendían y abrasaban en amor de Dios. ¡Oh qué madre tan santa me dió el cielo por maestra, y cuánto bueno me enseñó! Para escribirlo todo, sería preciso entregar la pluma á la bulliciosa y ligera brisa de la mañana, á fin de que ella la moviera á su placer.

Tenía mi Maestra pasión por las flores, y me enseñó un lenguaje misterioso que de ellas aprendió. Cada una era para ella símbolo de una virtud ó una pasión; cada una expresaba un sentimiento de su alma, ó era emblema de un afecto de los mil que bullían en su ardiente corazón. Hasta las ocupaciones más triviales de su vida estaban simbolizadas por las flores ó las plantas, de tal modo, que con el pequeño vocabulario formado por ella en una mano, y en la otra el ramo de flores que mandaba al sagrario, se entendía claramente lo que significaba, lo que quería decirle al Dios de la Eucaristía. Más de una vez me entretenía en este examen, y ví que cada ramo de flores era una plegaria, una verdadera oración, y hasta una carta al Prisionero del Tabernáculo, la cual terminaba con el nombre de su fiel sierva.

Pocos recuerdos de mi noviciado tengo tan grabados como éste en mi corazón. Como allí el silencio es perpétuo y riguroso, me servía de encanto y me era muy delicioso hablar sin abrir los labios, y expresar sin ser oida los afectos de mi alma. Por esto gozaba, cuando decía mi Madre que la vida de una novicia debía parecerse á la mosqueta blanca, símbolo del silen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cio y la sencillez unidos entre sí. Nosotras decíamos en cambio que su emblema era la rosa alejandrina, pues nos confortaba con la fragancia de sus buenos ejemplos.

Si cometíamos alguna falta, buscaba ocasión oportuna para corregirnos, casi siempre mientras se cosía ó se bordaba; y entonces ponía delante de las culpables un ramito de ajenjo ó unas hojas de ortigas, dando á entender que habíamos amargado su corazón, y correspondido con ingratitudes á las bondades del Señor. Cuando éramos buenas, diligentes y aplicadas, ponía sobre los costureros y bastidores, campanillas madrugadoras y hojas de moral blanco, que significaban en su lenguaje la puntualidad y la aplicación en el cumplimiento del deber.

Como la Maestra era tan apasionada á la floricultura, las novicias cultivábamos el jardín y las plantas del cementerio; regábamos las flores y corríamos tras las mariposas las tardes de recreo, y antes de retirarnos á la celda cada una se dirigía al pedacito de jardín que cultivaba para llevar un ramo de flores al altar de su imagen querida. Yo me quedaba embobada en aquellos momentos y no hubiera trocado mi suerte por la de ninguna hija de Adán. Contemplaba mis flores, las acariciaba, hablaba con ellas y les decía que las miraba con cariño, que eran mis hijitas, porque después de Dios á mí me debían su existencia, sus matices, su fragancia y lozanía. Entonces hacía un ramito de ellas y lo enviaba al sagrario.

Si no estaba satisfecha de mi comportamiento comenzaba el ramo con hojas ásperas, confesando así mi ingratitud para con Dios; luego añadía otras de mirra, expresando así mi amargura y mi pesar; después ponía ramitas de lila morada y de mirto, manifestando con ellas la emoción de mi alma y mis deseos

de ser santa. Seguíales un cerco de rosas encarnadas, diciéndole á Jesús que todo aquello se convertiría en amor suyo. Sobre éste descollaba otro de claveles, y así iba significando cuanto deseaba ó sentía, para que las flores se lo dijeran por mí al Amado de mi alma. Cuando dominaba mi genio ó vencía en silencio mi amor propio, adornaba el ramo con hojas de laurel, símbolo de la victoria; y cuando lograba corregirme bien de algún defecto, lo significaba poniendo medio caído en el ramo un palito de pino verde, como diciendo: ¡Ya cayó otro coloso!

Las últimas flores que puse en su altar antes de profesar, fueron el girasol y la siempreviva, protestando ¡oh Jesús mio! que siempre viviría para tí y sólo para tí; que tú serías el sol alrededor del cual girarían todos los afectos de mi alma.

Pero ¿á qué entretenerme en contar más menudencias? ¿Á qué hablar de lo que sólo á mí me importa? ¡Ay, obediencia santa, conténtate con esto y no me exijas más: por piedad, por Dios lo pido! Permíteme dejar en el tintero lo que por mí pasó mientras fuí su Prometida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

Mi profesión y vida íntima.

Durante aquel tiempo mi Amado preparó las antorchas del casto himeneo, el velo de las vírgenes que había de poner sobre mi frente, y el tálamo santo en que habia de recibirme por suya, mediante mi solemne juramento de pertenecerle para siempre. Yo buscaba aromas y perfumes para El y quemaba en el incensario de mi corazón inciensos olorosos para perfumar la estancia y formar alrededor de su trono aromática nube que templara el resplandor de su gloria deslumbradora. Mi alma rebosaba de júbilo á medida que se acercaba el día de mi deseada profesión.

Llegó, y con ella el instante venturoso en que había de morir para el mundo y vivir sólo para Dios. Me tendieron sobre un paño negro, como si en realidad fuera un cadaver: y, mientras se celebraban aquellas misteriosas exequias, la campana tocaba á muerto y mis hermanas cantaban himnos de triunfo y cánticos de gloria. ¡Qué contraste tan sorprendente! De parte del mundo llegaban á mis oídos ecos de muerte, lamentos y gemidos de dolor; de la parte de Dios, ecos de

vida, aclamaciones y cánticos de alegría. ¡Era natural! Estaba muriendo para el mundo y naciendo para la Religión.

Me levanté como un muerto que resucita á nueva vida; renuncié al mundo, sus pompas y vanidades, pronuncié mis votos y me uní para siempre á mi Amado con triple lazo indisoluble.

Todo era en torno mio contento y alegría; enagenada de gozo no sabía si estaba despierta ó soñando, dormida ó desvelada en uno de esos éxtasis divinos en que el alma no sabe darse cuenta de sí misma. Lo que sí recuerdo es que entonces venían á mis labios estas palabras misteriosas de la Esposa de los Cantares: "Mi Amado para mí y yo para mi Amado."

¿Te acuerdas, Esposo mio, de aquel día que nos unimos para siempre con el indisoluble lazo del amor, con aquellas tres amorosas cadenas que lo hacían más fuerte que la misma muerte? ¡Con qué firmeza pronuncié aquellas palabras, de rodillas, las manos juntas, al pie del altar: *¡Todo el tiempo de mi vida! ¡hasta la muerte!....*

¿Cómo fué posible que al caer aquel denso velo sobre mi rostro, cual si fuese la losa de un sepulcro, no muriese al punto de júbilo y de amor? Y ¿cómo fué posible, Jesús de mi alma, que después de tanta dicha fuera yo remisa en quererte ó me entibiara en tus amores? ¡Y lo fuí! ¡confieso mi ingratitud! El frio de la tibieza secó algunas flores de mi jardín; y voy á confesar mis faltas para confusión mia y escarmiento de las que lo lean.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

De cómo caí en la tibieza.

A tanto beneficio por tu parte la justicia y la razón pedían que yo ¡oh Dios mio! correspondiera por la mia, con un amor eterno y un sacrificio constante. Pero ¿dónde está la constancia de la criatura?

Durante algunos años mi alma fué para tí jardín ameno de galanas y perfumadas flores, plantadas por tu mano y regadas con tu gracia. Ese jardín debió estar siempre lozano y hermoso, lleno de flores y cargado de frutos para tí; y sin embargo, recuerdo con pena que vi mustias sus flores, amarillas sus plantas y encaracoladas sus verdes hojas.

¿Qué le pasaba á mi jardín? ¿Lo quemaba acaso el sol abrasador? ¿Lo rendía el calor de un verano ardiente? ¡No! Vergel que tiene abundante riego jamás perece por exceso de calor. Los fríos del invierno son los que le dañan; los vientos helados son los que lo secan y matan.

El fervor de espíritu y el ardor de los divinos amores no es lo que suele dañar á las almas religiosas:

á veces los vientos de la disipación y el hielo de la tibieza son los que secan estas flores de las virtudes, inclinándolas al suelo que les sirve á un mismo tiempo de lecho y de sepultura.

¡Qué insensiblemente, con qué lentitud, pero de qué modo tan certero se apodera del alma la tibieza! Hoy es una falta de silencio que se comete con temor: mañana un poco de pereza y de indolencia en el servicio divino; luego el abandono de ligeras mortificaciones; después los descuidos en la oración; tras de esto la disipación de espíritu que va alejando lentamente á Dios del alma, ocultándose por fin y dejándola privada de su luz y su calor, como nos deja el sol cuando se oculta tras gigantescas cordilleras ó entre las ondas del mar.

Así te ocultaste á mis ojos ¡oh Jesús del alma! y ésta quedó en oscuridad y perdió poco á poco su alegría, su quietud y la paz que disfrutaba mientras te fué fiel. Una tristeza lenta, pero profunda como el silencio del sepulcro, se apoderó de mi pecho, que arrojaba hondos suspiros al aire y enviaba á mis ojos raudales de amargas lágrimas: era que mi corazón sentía ya los estragos de la tibieza.

Un día de retiro miré despacio el jardín de mi alma y vi con dolor que las ortigas se habían apoderado de él, sofocando por completo las flores que en otro tiempo perfumaron el ambiente. Extendí mi mano para arrancar aquella maleza, y.... ¡cobarde de mí! al sentir las punzadas de sus menudas espinas y el escozor que producían, desistí.... y dejé que convirtieran en erial el jardín de mis amores.

Más de una vez lloré al verlo así, como llora el niño enfermo que ama la salud y se resiste á tomar las medicinas; y, mirándolo, me acordaba de Jesús y decía para mí: Él es Cordero divino que entre lirios se

apacienta: ¿cómo ha de venir á este corazón ingrato que sólo ortigas produce? Y transida de penas lloraba sobre mi alma como el Profeta sobre las ruinas de Jerusalén.

Por entonces enfermó una de mis hermanas, y puesta en el último trance de su vida, vino el Dios de la Eucaristía á visitarla. Yo salí á recibirle, como las vírgenes necias, con mi lámpara apagada, y me arrodillé junto á la mesa, al pié del Copón bendito, que con mágico poder me arrastraba hacia sí. Al través de mi velo fijé en él una mirada compungida y ardiente, con la cual ¡oh Jesús mio! te queria decir estas palabras: ¡Cuánto te debo! y ¡cuán mal te pago! ¡Cuánto me amas! y ¡cuán mal te correspondo!

Lágrimas ardientes acudieron á mis ojos: mi corazón estuvo á punto de estallar en explosión de sollozos y gemidos, y tuve que huir á la soledad para que no conocieran la agitación de mi alma. Pero en vano busqué alivio en la soledad de mi celda, porque aquella noche me oprimian sus paredes, y tuve que salir al patio á respirar el aire puro y contemplar el cielo estrellado.

Allí, temiendo hablar con Dios, hablaba conmigo misma diciendo: Yo no puedo vivir así. Yo no puedo tirar de este modo por más tiempo. Alma mia, tú no vas á pensar ya más que en Jesús. Corazón mio, tú no vas á palpitar ya más que por Él. ¡Fuera tibieza, que voy á servir ya á Dios con fidelidad! Y así me lo propuse.... pero ¡ay de mí! al otro dia falté á mis propósitos y continué en mi vida tibia.

La tibieza es un gusano que poco á poco va royendo la raíz del arbol, hasta dejarlo sin vida, si antes no le dán á él muerte. Es una pendiente resbaladiza en la que, si ponemos el pie y damos un paso, no se sabe dónde iremos á parar. Por esa pendiente rodó mi

alma, y aun siguiera dando tumbos por ella ¡oh Jesús mio! si tu mano generosa no me hubiera detenido á tiempo.

Ligero bajel surcaba las rizadas olas del mar, cargado de preciosas mercancías: por entre las junturas de sus tablas comenzaron á filtrarse pequeñas gotas de agua; la fuerza del elemento, trabajando sobre la imperceptible abertura, convirtió las gotas en diminuto hilo de agua, casi invisible á los ojos: aquel hilo acrecentó el agujero, y cuando lo vinieron á notar el bajel se inundaba y zozobraba, y se hubiera sumergido si una mano experta no lo desocupa y tapa la peligrosa abertura.

Esta barquichuela he sido yo: yo, que cuando más esmero debía poner en servir á mi Esposo y mi Dios con toda fidelidad, comencé á no hacer caso de cosas pequeñas, á despreciar los temores de mi conciencia, á desoir las inspiraciones de la gracia, á negarle á Dios los pequeños y diarios sacrificios que Él me pedía, hasta que lo alejé de mí, y dejé abierta en mi alma la entrada á las aguas de la relajación, que penetraron en ella y casi la hicieron zozobrar. ¡Ay de mí! Este bajel se hubiera sumergido en el mar amargo de la culpa si una mano experta y bondadosa no desaloja aquellas aguas y cierra aquella abertura. ¡Con qué confusión lo escribo!

Joven incauta, necia y loca, corrí por los verdes prados de mis antojos é infidelidades hasta llegar á caer en oscuro y seco pozo; porque no tenía aguas no me ahogué, que de tenerlas.... ¡infeliz de mí!

Pero si las aguas de la iniquidad no me ahogaron, estuve á punto de perecer por consunción en el pozo de la tibieza. ¿Cómo no bendecir la mano que me sacó de él? ¿Cómo no llorar el tiempo que en él estuve metida?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Desde el profundo abismo de mi pasada miseria clamo á tí ¡oh Dios mio! para darte gracias por tus favores y dolerme de mis ingratitudes. ¿Cómo pude entibiarme en tu servicio? ¿Cómo vivir sin tí? Á tí, que estás siempre á mi lado, cual amantísimo Esposo, ¿cómo pude mirarte cual se mira á un amo ausente? ¡Perdón, Señor! ¡Perdona á la ingrata que no supo nunca corresponder á tus amores!

IX

De cómo me levanté.

Caída estaba en el abismo de la tibieza, y desde el profundo clamaba á tí ¡Dios mio! pidiéndote salir de él. Como oveja perdida, despeñada en un barranco y enredada entre las zarzas, así estaba mi alma, sin poderse valer, expuesta á ser víctima del lobo. ¿Quién había de decirme que tú mandarías para sacarme de tal estado al zagal, cuyos cánticos de amor divino eran las delicias de lejanos valles? Nunca el viento me había traído el eco de su voz á causa de la distancia; pero sí había leído sus cantares al Angel de la Pureza y al Dios de la Eucaristía; y tú me lo enviaste, y me hiciste oir su voz, y me lo diste por guía y por hermano, por Padre y por amigo.

Alma que te ves como yo me ví: si deseas salir de tan triste estado, pide al Señor un guía fiel, que quien lo halla, halla un tesoro escondido; y cuando lo hubieres hallado, escúchalo como enseña San Francisco de Sales: esto es, "como á un angel bajado del cielo, para guiarte á él. Has de tratar con él con abierto corazón, con toda sinceridad y fidelidad, manifestándole claramente tu bien y tu mal sin fantasía ni disimulación; y por este medio tu bien será examinado y más seguro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y tu mal será corregido y remediado: hallaráste aliviada y fortificada en tus aflicciones, moderada y reglada en tus consolaciones. Pondrás en él una gran confianza, mezclada de una sagrada reverencia, de suerte que la reverencia no disminuya la confianza, y que la confianza no estorbe á la reverencia; confía en él con el respeto de una doncella para con su Padre; respétale con la confianza de un hijo para con su Madre. En fin esta amistad ha de ser firme y dulce, santa, sagrada, divina y espiritual, que no dejará de serlo, si es Dios quien te lo envía.„

Tú me lo diste á mí ¡oh Jesús mio! mucho mejor de lo que yo supe rogártelo: ¡al fin como dado por tí! La primera vez que oí su voz de fuego parecíame, vida mia, que te quejabas junto á la reja dulcemente de las ingratitudes mias; y á medida que sus palabras penetraban en mi oido, sentía yo allá en el fondo de mi pecho que la indiferencia y frialdad para contigo se desvanecía y desaparecía de mi corazón, como desaparece la nieve de las montañas cuando los rayos del sol caen perpendicularmente sobre ella. Entonces te prometí ser tuya, solo tuya, toda tuya y siempre tuya. Tuyos los latidos de mi corazón, tuyos mis pensamientos, tuya mi vida, tuya mi alma, tuya mi voluntad, tuyo mi ser; y hasta hoy lo he cumplido.

Mas ¡ay! ¿por qué no me diste á entender antes que querías todo eso de mí, Jesús de mi alma? Es verdad que tú me llamabas y yo lo sentía; algunas veces cuando entraba en el coro me parecía oir un gemido que salía del fondo de tu Sagrario, como quejándote del olvido en que te tenía, y yo te contestaba con suspiros y con lágrimas. Otras vecas me iba de noche á la ventana del claustro y allí, asomada, con los ojos fijos en el cielo y vertiendo dulces lágrimas te decía lo que sólo tú sabes. Quería volar á tí y no sabía cómo,

porque me faltaban las alas y no tenía quien me llevase: necesitaba un angel que me guiara, un Padre que me llevara de la mano á los brazos de mi Esposo.

Y vino ese angel ó ese Padre por tí enviado, y desde entonces he corrido hacia tí con la velocidad del rayo, desasida de todo, atropellándolo todo, sacrificándolo todo.

Y desde entonces, ¡ay Jesús mio! desde entonces parece que mi alma ha sido levantada ó llevada á una región donde, fuera de tí, no existe nada, ni se desea nada, ni se teme nada sino es perderte y desagradarte. Y mi voluntad y mi genio, como heridos por un rayo. han dejado de existir. Y mis potencias están en silencio, confusas, asombradas de ver que has obrado en mí misterios de amor.

¿Y mi corazón? Vivía sin tí como tórtola sin nido, y ahora.... ya encontré el nido de mis amores; pero esto merece párrafo aparte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

El nido de mis amores

Una de las cosas que me reveló el varón de Dios fué mi destino en esta vida; él me enseñó ¡oh Jesús mío! á ser tu paloma y á vivir contigo en el Sagrario. Antes de conocerlo andaba yo errante, como la mariposa en el jardín, como la tórtola en el bosque, sin nido y sin compañero; pero desde que me habló ¡cuán otra soy! Te hallé á tí, y tengo nido en tu Sagrario.

¿Y quién había de pensar que el Tabernáculo era el nido de mi corazón? ¿Quién había de pensar que aquel era el lugar de su reposo y el sitio de su descanso? ¡Ay, Jesús de mi alma! desde que allí habita tiene la alegría de un jilguero que se mece cantando sobre el pimpollo de un arbol querido; pero dime, encanto mío, ¿quién había de pensar que la libertad de este corazón consistiría en estar encerrado contigo en el Sagrario y unido á tí con amorosísima cadena y suavísimos grillos? Donde quiera que me encuentro se hace patente á mis ojos nuestra prisión, y, como si su puerta fuese

de transparente cristal, te veo y me veo; entonces doy un suspiro y una sonrisa de felicidad aparece en mis labios, viendo á mi corazón con los ojos de mi alma, reposando tranquilo al pié de tu Copón.

Podrá caber ya en este corazón algo que pertenezca á la tierra? No; porque no habita en ella, no pertenece á ella. Pero á pesar de habitar allí contigo, ¿qué es lo que este corazón desea? ¿qué es lo que este corazón ansía? ¿Sabes tú, vida mia, lo que este corazón desea? Lo que desea con afán es perderse y transformarse; perderse en tí como se perdería una gota de tinta en las inmensidades del Océano? Y tú, vida de mi alma, no quieres que me pierda y me transforme en tí? Sí, bien mío; tú lo quieres y yo lo deseo cada vez más. Empieza, pues, á derramar sobre mi alma tus misericordias, que yo te corresponderé amor con amor, sacrificio con sacrificio, cruz con cruz. ¡Jesús de mi alma, no tardes! que pueda yo decir muy pronto: "*Mortua sum, et vita mea abscondita est cum Christo in Deo.*„

¿Temes acaso que vuelva á serte infiel? ¡Ah! ¡no, nunca más! Te lo prometo, te lo juro, Amado mío. Antes, todo se podía esperar de aquel corazón que parecía un mar de ingratitudes para tí; sí, todo se podía esperar de él; pero aquél corazón que se hacía sordo á tus dulces llamamientos ha muerto.... ¡Sí, ha muerto! Y resucitando después á nueva vida y transformado por completo, no vive nada más que para tí, no palpita nada más que para tí, no piensa nada más que en tí. ¿Y temes, gloria mia, que este corazón te abandone, cuando no puede vivir ya de otro modo?

Mas ¡ay! que en estos momentos en que traslado al papel los sentimientos de mi alma, me asalta también una duda.... un recelo.... un temor.... que viene á atormentarme, como un negro fantasma, como una densa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nube que oculta el sol de mi felicidad. Tengo, vida mía, atravesado en mi corazón, como una flecha emponzoñada que me maltrata, que me entristece y que enturbia las que debieran ser serenas horas de mi vida. Tú ya sabes lo que es: ¡mi iniquidad! ¡mis culpas!....

¡Yo he sido para tí Herodes! ¡yo Judas! Por eso, cuando coloco tu imagen en mi regazo y la contemplo, paréceme que oigo estas palabras: ¡Cuántas espinas has puesto con tus manos en esta frente! Cuando acerco mis labios á tu herido Corazón, oigo también allá en el fondo de mi alma la misma dolorosa voz que me dice: ¡Tú empuñaste aquella lanza! Si beso tus pies y tus manos, siempre la misma voz me repite: ¡Cuántas veces has remachado tú estos clavos! ¡Qué pena!.... entonces lloro sobre tí, complaciéndome en ver caer mi llanto gota á gota sobre tu herido Corazón, pareciéndome que lloras conmigo. Y viéndome precisada á limpiarte con la toca para que mi llanto no te manche, echo después una mirada sobre ella y la toca parece que me dice: *¡amor!*, el hábito *¡amor!*, la celda *¡amor!*, todo *¡amor!*

¿Pero á qué evocar estos dolorosos recuerdos cuando más goza mi alma? Quítame, vida mia, quítame esta flecha que traspasa mi corazón de parte á parte, ó manda á esta nube que se disipe, siquiera en estos momentos en que mi alma contigo se recrea.... ¡Vida mia y Esposo mio! yo te haré olvidar con mis amores aquel tiempo perdido. Borra tú del libro de mi vida esos años infelices, que yo me pasaré los que aún me resten, llorando mis últimas rebeldías, mis últimas ingratitudes. ¡Sí, Jesús de mi alma, las últimas! De aquí en adelante viviré sólo para tí; y tu amor y sólo tu amor será el blanco de mis deseos y el objeto de mis pensamientos.

¿Y por qué no lo fuiste siempre? ¿Por qué cuando formaste mi corazón su primer latido no fué para tí? ¿Por qué, cuando la luz de la razón vino á iluminar mi mente, no fué su primer pensamiento para el Dios escondido en el Sagrario? ¿Cómo viví largos años fuera de ese cielo de la tierra? ¿Tendré yo lágrimas bastantes para llorar mi tiempo perdido? ¿Tendrá mi corazón latidos abundantes para recuperar el tiempo en que no te amé, oh amor Sacramentado?

¡Sí, Dios mio, si! Yo doblaré los latidos de mi corazón: yo acrecentaré su ternura, multiplicaré su vehemencia, aumentaré su fineza y lo encerraré en tu tabernáculo para hacerte continua compañía con los ángeles del cielo

¡Dejadme paso libre, espíritus angélicos! ¡Abridme esa prisión, donde mora por mí el Amado de mi alma! ¡Dejadme llegar hasta él y tomar posesión de lo que es mio! ¡Este lugar no os pertenece porque es mi heredad! ¡La mansión de los ángeles es el cielo: idos allá! ¡El Sagrario es el nido de las palomas amantes, dejadlo para nosotras! ¡No se quedó en la tierra por vosotros, sino por mí! No se ocultó en el Sagrario para sus ángeles, sino para sus siervas. Dejadme, pues, lo que es mio: dejadme el lugar que me corresponde, que

Mientras él sea
mi prisionero,
su carcelero
será mi amor.

Y si os queréis quedar aquí, quedáos enhorabuena; pero en segundo lugar, para adorarlo conmigo y conmigo amarlo por los ingratos que no le aman.

¡Ay, amor mio Sacramentado! á tí vengo como ciervo sediento á la fuente cristalina; déjame apagar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en tí la sed de amor que me martiriza. A tí vengo, como paloma amante; déjame que te adormezca con amorosos arrullos,

Pues te amo tanto
que de amor muero;
mas ¡ay! yo quiero
quererte más.

Quiero posarme dentro del Sagrario, y allí reposar tranquila, como avecilla que duerme con la cabeza bajo el ala en el nido de sus amores.

XI

Mi cielo en la tierra

Este cielo, después del sagrario, es la soledad de mi convento, aunque parezca burlería y paradoja á las jóvenes bulliciosas del mundo. ¿Creen ellas que la estrechura de una celda, el ambiente de un coro, un claustro sombrío, los largos corredores, un patio y un huerto solitarios no tienen encantos ni atractivos? ¡Pues se engañan! que para mí (la más pobre entre las vírgenes á Dios consagrada) la soledad es un cielo con sus ángeles y sus estrellas. Cada paso que oigo en los corredores, cada suspiro que resuena en el claustro, cada flor que crece en el jardín, me encanta, me enternece y llena de embelesos mi existencia. Me faltan palabras para expresarlo, y sólo puedo dar idea de ello diciendo que en la soledad ando tan absorta y embebida, que á veces me olvido de mi cuerpo y casi no siento si lo tengo.

Grata me fué siempre la soledad del campo con sus fuentes y arroyuelos, sus árboles y sus flores; pero la soledad del claustro lo es mucho más, infinitamente más! Aquella es soledad del cuerpo, ésta es del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alma; y en esta soledad las grandezas humanas se eclipsan; sus glorias pierden el brillo, su luz se disipa y fenece para dar lugar á otras luces mayores y más esplendorosas. Cuando aquí oigo ponderar los adelantos del siglo, las maravillas del arte ó los encantos de las que fueron mis compañeras, me río; y río porque al través de esos encantos, maravillas y progresos vislumbro vanidades, montones de ruinas, sepulcros, muerte y olvido.

¡Huid de aquí, seducciones del mundo! ¡Atrás, vanidades de la vida, que mi amada soledad no os pertenece! ¡Atrás, atrás! Os conjuro á que huyáis de aquí y no turbéis mi dulce reposo! En mi soledad reina la paz verdadera, y fuera de aquí no he visto más que la agitación, el afán, las congojas, la malicia, la arrogancia, la zozobra, el orgullo, la desesperación, el egoismo, el odio y la lucha destrozando las almas nacidas para la paz. Fuera de aquí, todo lo turba la maldita sed del oro, y saciada ésta, la sed de placeres; y en pos de ésta la de mando y dominio con sus violencias é injusticias. Bendita sea mil veces la mano bienhechora que puso muro de división entre el mundo y mi soledad, entre el siglo agitado y mi tranquila clausura.

¿Y qué mano escribió en ella sentencias tan admirables? Médico de las almas debía ser el que entresacó de los libros santos los versículos que adornan mi morada, porque en ellos he hallado mil veces el alivio de mis males interiores, y han ofrecido ancho campo á las reflexiones de mi espíritu. ¡Oh cómo hablan al corazón! En los dormitorios dice:

Dormiré y descansaré en la paz del mismo Dios.

El buen descanso sale de la buena conciencia.

Ya velemos ya durmamos, delante de Dios estamos.

El hijo del hombre no tuvo donde reclinar su cabeza.

Lavaré mi lecho con mis lágrimas, y con ellas regaré la almohada en que me reclino.

En los corredores y claustros se leen éstas:

¡Oh dichosa soledad! ¡oh sola felicidad! Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa: ellos te alabarán por los siglos de los siglos.

Muramos para la tierra y viviremos para el cielo.

En la entrada del refectorio dice:

No de sólo pan vive el hombre.

Si no dejas los placeres, ellos te dejarán á tí.

A Jesús en su sed horrible le dieron hiel y vinagre.

En los alrededores del coro hay expresiones de los salmos:

Te alabaré en presencia de los ángeles.

Cantad salmos al Señor.

Tú rompiste mis cadenas, y yo te ofreceré sacrificio de alabanza.

Cantaré eternamente las misericordias de Dios.

Cada puerta y cada tránsito tiene su sentencia, á cual más hermosa y consoladora; tanto, que en momentos de tristeza me basta traer á la memoria una de esas bellas inscripciones para sentir nacer en mi corazón raudales de ternura, de fortaleza, de júbilo ó de cualquier otro afecto que necesite el alma para poner en equilibrio sus nobles facultades. ¿No he de estar contenta con mi soledad? ¿No ha de ser ella mi cielo en la tierra?

¡Oh dichosa soledad!
¡Oh sola felicidad!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

Mi celda.

¿Por qué me mandará la santa obediencia describir lo indescriptible? ¿Qué materia de descripción puede ofrecer la celda de una pobre capuchina? ¿A qué hablar de mi estrecha y deliciosa morada? Si ella es mansión del silencio y de la paz, ¿á qué turbar su paz y silencio hablando de ella? Pero la obediencia manda y no hay remedio: ¡la describiré!

Mi celda es un cuadrito de dos metros por lado, con una puerta sin llave y una estrecha ventana que da al patio interior. Por todo ajuar hay en ella una tarima con su manta, un crucifijo en la cabecera, dos estampas en la pared, un pedazo de corcho en el suelo y un clavo para colgar en él la cuerda, la toca ó el velo. Estas piezas son mis galas; el corcho mi asiento, las estampas imágenes de mis dos santos más queridos, la tarima mi lecho regalado y el crucifijo mi Esposo.

Con Él vivo siempre, hablándole continuamente, pidiéndole gracias y misericordias para los que sufren en esta vida, ó expían sus culpas en la otra. Él me dá aquí las horas más tranquilas que ha conocido mi existencia, y los días más hermosos que he tenido en mi vida.

A veces le canto con los serafines cantares amorosos, y á veces lloro con Él las ingratitudes de los hombres. ¡Dulce Esposo mio! ¡tan inocente y tan mal tratado! ¡tan bondadoso y tan perseguido! ¡tan justo y tan calumniado! ¡tan amable y tan aborrecido! ¿Por qué te trata así el mundo demente y malvado?

¡Yo quiero desagraviarte! Aquí en mi celda no tengo flores con que adornarte, ni joyas que ofrecerte, ni aromas y perfumes con que brindarte; pero tengo un corazón para quererte, un corazón que sólo por tí late, y con sus latidos quiero desagraviarte y calmar tu justa indignación.

Yo quiero desenojarte con mis amores y sacrificios: aquí me tienes, amor mio, aquí me tienes dia y noche hecha tu esclava, ansiosa de reparar las ingratitudes de mis hermanos los hombres; tú ves mi corazón, tú penetras mis entrañas, tú lees en el fondo de mi alma y sabes que digo verdad.

Pues bien; si esta esposa que por tí vive prisionera de amor tiene derecho á pedirte algo; si puede prometerse algo de tu cariño infinito, te pide el perdón de los pecadores y su pronta conversión; te pide que llenes la tierra de esa luz y ese fuego en que arde tu corazón. ¡Piedad para el mundo malvado! ¡perdón para los pecadores! ¡piedad para los perseguidores de la Religión! Y si alguna vez has de castigarlos, manda á los ángeles de guarda delante del castigo para que salven de él á los pobres é inocentes hijos de los que nos aborrecen y se llaman nuestros enemigos!....

Esta es mi celda y estas son en ella mis ocupaciones: hablar con mi crucifijo y orar por el mundo que nos desprecia sin conocernos y nos aborrece sin motivo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII

MIENTRAS MAITINES.

No puedo ni deseo resistir á la obediencia; quiero mejor darle gusto, á ver si consigo una vez que ella me lo dé á mí... y por dárselo, escribo esto que debiera quedar oculto en el fondo de mi alma.

A las doce de la noche en punto comenzamos el coro, y al empezar el *Venite exultemus Domino,* del oficio Divino, me imagino hallarme ante el trono de la Santísima Trinidad, unida á todos los santos de nuestra Orden, para alabar á Dios trino y uno.

Luego que empieza el primer nocturno, dirijo mi pensamiento á la ciudad ingrata de Jerusalén, donde contemplo en el Cenáculo á mi Divino Salvador que, despojándose de su manto, se levanta las mangas de su túnica, para empezar aquel sagrado Lavatorio: yo le veo arrodillarse á los pies del mismo Judas, y... asombrada, contemplando aquel abismo de humildad, mi alma se acerca á El y le pregunta: ¿Qué haces, vida mia? ¿Has olvidado quién eres? ¿Has olvidado tu grandeza y Divinidad? Y pienso que levanta hacia mí sus hermoso ojos, y me dice: ¿Ves estas manos en las que

el Padre puso todas las cosas? Pues, yo las pongo á los pies de mis criaturas para enseñarte la humildad, para que tú ames los oficios bajos y humildes...

Al segundo nocturno, lo miro en el Cenáculo, sentado á la mesa, rodeado de sus Apóstoles, despidiendo su Divino rostro rayos de infinita luz; y tomando el pan eleva al cielo sus hermosos ojos, lo consagra en sus manos, y después se lo dá á sus Apóstoles, pronunciando aquellas palabras: tomad y comed; este es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros.

Pienso que en mi mismo coro, sucede este prodigio, y no pudiendo contenerme, mi alma se acerca á su Dios y le dice: ¿Qué es esto, Jesús mio? ¿Tan bien te han tratado los hombres? ¿No vas á ser preso dentro de poco? ¡Sí! es cierto; (me contesta); pero, te amo tanto! que no puedo separarme de tí; instituyo este Sacramento, para que tú me recibas en tu pecho: para que me visites, para que me desagravies, y para que no ames sobre la tierra otra cosa que este misterio de amor...

Al tercer nocturno, le veo salir del Cenáculo seguido de sus discípulos y dirigirse al huerto de las Olivas, donde les dice: Velad y orad, para que no entreis en tentación: y veo después á la vida mia arrodillarse y dejar caer su hermosa frente sobre el suelo, esclamando: Padre, si posible es, pase de mí este caliz: pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y penetro después en aquél Corazón del cual se apodera la más profunda tristeza; y paréceme escuchar los gemidos que se escapan de su pecho; y perseverando una hora en oración, le ve mi alma dirigirse á sus discípulos, buscando quien le consuele; pero los halla dormidos y les dá esta amorosa queja: ¿Es posible que tan poco amor os deba? ¿Ni una sola hora habéis podido velar conmigo? velad y orad para que no entréis en tentación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El se vuelve á su oración, donde vé en toda su espantosa fealdad las iniquidades de los hombres, (y entre ellas las mias), toda la inmensidad de los tormentos que le esperan, su afrentosa muerte, el desamparo de su Eterno Padre, las amarguras de su Divina Madre... y á la vista de tanto tormento, un sudor de sangre inunda su rostro, y agonías de muerte siente su alma sacratísima. Entonces le pregunto: ¿Qué tienes, Jesús mío? Y pienso que vuelve hacia mí su rostro pálido, pero hermosísimo, y me dice: Mira los inmensos tormentos que me esperan... y alejándose de mí, vuelve á la oración, se interna más en el Huerto, donde arrodillado, y puestos sus brazos en cruz, exclama: Padre: ¡hágase tu voluntad! ¡Aquí está mi frente, venga la corona de espinas! ¡Aquí están mis manos y mis pies, vengan los clavos! ¡Aquí está mi cuerpo, vengan los azotes y las afrentas! Y con los ojos fijos en la tierra, paréceme ver aquella víctima sagrada, ofreciéndose por todo el mundo; y le digo á mi alma: ¡Oh qué modelo, alma mía! Aprende aquí á conformarte en todo con la voluntad de Dios.

Al *Te Deum* vuelvo á elevar mi pensamiento hacia el trono de la Sma. Trinidad, donde mezclada con los ángeles, uno mis pobres alabanzas á las suyas y á las de todos los santos.

Al empezar el primer salmo de Laudes, contemplo á Jesús en el Huerto, vendido, preso, maniatado, con una soga al cuello de la cual van tirando con alegría satánica y algazara horrible, arrastrándolo y conduciéndolo de tribunal en tribunal, cargado de afrentas, con su hermosa cabeza inclinada sobre su amante pecho, cubierto su rostro de confusión y vergüenza. Yo le voy siguiendo, de Anás á Caifás, y allí me entro con Él en el calabozo donde lo encierran, para acompañarle el resto de la noche, encerrada juntamente con

Él en el calabozo donde lo encierran, para acompañarle el resto de la noche, encerrada juntamente con Él; y entonces arranco la cadena que oprime su Divino cuello y la pongo en el mío (que bien merecida la tengo); y con mis dientes y manos, desato las suyas, atadas y lastimadas por mis culpas, apartándole después aquellos cabellos ensangrentados y llenos de lodo que impedían la vista de sus divinos ojos, y quitándome el velo, limpio su rostro lleno de sudor, de sangre y salivas. Entonces levanta hacia mí sus ojos, habla á mi alma, y en deliciosa conversación me paso con Él la noche.

En prima, tercia, sexta y nona, sigo meditando por el mismo estilo los pasos de su pasión dolorosa, hasta llegar á Completas, hora en que lo dejo en el sepulcro y allí me quedo con Él, diciéndole á mi alma: ¿Quiéres reinar con Jesús? sufre y padece en la tierra como Jesús; ama como Jesús; perdona como Jesús y gozarás con Él por toda la Eternidad.

Obediencia Santa; estás contenta? Quiéres que diga más? No me dejo llevar de tí como la pluma del viento? Pues dame gusto esta vez, y no me hagas decir las consideraciones con que acompaño el rezo de las horas matutinas y vespertinas. Bastante he dicho! Fiat, fiat!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV

Mi dia de retiro.

Este dia venturoso apenas era conocido antes en mi monasterio, pero desde que á él vino un enviado de Dios, para darnos los santos ejercicios, se practica con mucha fidelidad y con notable aprovechamiento. El nos dijo que si la Vírgen Santísima pudiera tener pena en la gloria, la tendría ciertamente de ver abandonado á su divino Hijo en los sagrarios, olvidado de los hombres; y que pues Ella no podía prestarle aquí en la tierra los servicios que le prestó en su vida mortal, nos rogaba de parte de la gran señora, que hiciéramos aquí sus veces y acompañáramos constantemente á Jesús Sacramentado.

También nos demostró que nuestro destino, como religiosas, es ofrecernos víctimas voluntarias, unidas en un mismo sacrificio con la víctima preciosa del Tabernáculo; rodear su prisión de amores como palomas enamoradas y con gemidos y arrullos amorosos consolar dia y noche el Corazón divino, haciéndole compañía en su triste soledad.

Como el número de mis hermanas es igual al de los dias que traen los meses más largos, se determinó que en cada dia del mes estuviera una monja exclusivamente dedicada á la adoración del Santísimo Sacramento, á dar la guardia de honor á la Majestad escondida en el Sagrario, á cumplir el grato deber de víctima voluntaria, y hacer las veces de la Inmaculada cerca de su divino Hijo Sacramentado; y este dia delicioso es el que llamamos dia de santo retiro.

La monja que ha estado retirada durante el dia, antes que se toque de noche á silencio, lleva á la celda de la que vá á entrar de retiro un Crucifijo grande, un libro, y un cartelito que cuelga en la puerta de la celda, para que la Religiosa al entrar ó salir de ella lea estas palabras escritas con gruesos caractéres:

DIA DE RETIRO.

¡Aprovéchate de este dia!
¡Dios, alma y eternidad!
¡Mortificación continua!
¡Soledad completa!
¡Mucha oración!
¡Amor y sacrificio!
¡Silencio rigoroso! etc., etc.

Guardando, pues, un rígido silencio y abstraida la religiosa de toda ocupación que la impida hacer bien el oficio de paloma enamorada alrededor del Tabernáculo, pasa el dia en el coro, ó en la tribuna, acompañando al Prisionero divino, desagraviándole del olvido en que lo tienen las criaturas, llorando las ingratitudes de los hombres, y pidiendo á los serafines sus ímpetus de amoroso fuego, para amar con delirio al que llegó por nosotros hasta la locura de la cruz y al anonadamiento de la Eucaristía.

Cuando á mí me toca este dia que es una vez al mes, como llevo dicho, invito á las criaturas todas para que alaben conmigo á nuestro Criador, Autor de to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do el universo; y recito en primer lugar el himno del profeta: *Venite exultemus Domino.*

Venid, venid y alabemos
Al Señor, llenos de gozo,
Loemos con alborozo
A Dios nuestro Salvador.
Lleguemos á su presencia,
Su grandeza confesando,
Salmos alegres cantando
En su alabanza y honor. etc.

. . . . . .

Algunas horas del dia las empleo en oración devota, meditando la pasión de Cristo, ó los beneficios divinos; me examino detenidamente en la presencia de Dios para ver mi adelantamiento ó mi atraso en el mes transcurrido, y estimularme así al cumplimiento de mis deberes; y este acto lo termino siempre con el ejercicio de la muerte, que viene á ser un ensayo, una representación viva de lo que he de hacer y me ha de pasar, el dia en que mi alma se aparte de mi cuerpo, y se despida de todo lo visible para comparecer en la presencia de su Dios.

Pero mi ocupación favorita en este dia es hablar en silencio con el Esposo de mi alma, darle quejas amorosas y decirle muchas veces con San Juan de la Cruz:

¿Por qué, pues, has llagado
Aqueste corazón, no le sanaste?
Y, pues, me lo has robado,
¿Por qué así lo dejaste
Y no tomas el robo que robaste?
Descubre tu presencia
Y máteme tu vista y tu hermosura,
Mira que la dolencia
De amor no bien se cura,
Sino con la presencia y la figura.

Y si por ventura en estos coloquios se siente el alma herida de amor divino, no tiene más remedio que, fastidiada de las criaturas y de todo lo visible, exclamar con el bendito santo carmelitano:

¡Ay! ¿quién podrá sanarme?...
¡Acaba de entregarte ya de vero!....
No quieras enviarme
De hoy más mensajero
Que no saben decirme lo que quiero.

Esta es mi ocupación favorita en el dia de santo retiro, día que nunca termino sin elevar al Cielo ardientes plegarias por la prosperidad de la Iglesia y su Cabeza visible, por nuestra pobre España, por mi buen Prelado diocesano, por mi seráfica Orden, por los pecadores, y por todas las necesidades que el Señor trae á mi memoria para que pida por ellas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XV

Mi oficina predilecta.

Tú lo sabes cuál es, Jesús mio, ¡tú sabes cuál es mi oficina predilecta! y sabes también lo que me cuesta decirlo y revelar este secreto oculto en mi corazón ha ya muchos años. ¡Oh santa obediencia, y qué dura eres esta vez conmigo, conmigo que tanto te quiero y tan fiel deseo serte!

He sabido que en otros conventos, cuando se mudan los oficios y ocupaciones de las religiosas, suele haber turbaciones é inquietudes; en éste, gracias á Dios, no las he notado hasta la hora presente, porque mi buena Maestra nos crió con indiferencia santa para todos los empleos, oficios y ocupaciones en que quisiera ejercitarnos la obediencia.

Aquí miramos en común á Dios como á Padre amantísimo, como á rey celestial; y á nosotras mismas como hermanas, hijas y siervas de ese Rey divino, á quien servir es reinar. Sabemos que á nuestro Dios, Padre y Rey no se le sirve sino cumpliendo su voluntad santísima manifestada por la obediencia; que cumplir esa voluntad divina es ser reinas, y cumplir la nuestra ser esclavas con la más tiránica y vergonzosa de las esclavitudes; y esa esclavitud la tenemos por cosa indigna de las hijas de tan gran Rey.

Por esto ninguna muestra más inclinación á un empleo que á otro; ni pretende esta oficina más que aquella, porque no quieren servirse á sí mismas, sino á Dios; sabiendo que, si por su gusto y voluntad, por pedirlo ó pretenderlo le dan un empleo, en él se sirven á sí propias, no á nuestro Padre celestial; y por lo tanto no merecen premio ni paga por sus servicios sino castigo y desprecio por tener usurpado el puesto que el Rey eterno tenía destinado para otra de sus hijas.

Eso, no obstante (confieso mi culpa y mi falta de virtud), yo siempre he sentido predilección por una oficina, siempre he deseado en mi corazón el cargo de sacristana, y siempre ha sido la Sacristía mi oficina predilecta. ¡Qué ratos de cielo he pasado en ella! ¡Cuán contenta me pongo cuando allí entro! En aquel hermoso y solitario recinto perfumado siempre con el aroma del incienso hay objetos muy venerandos que han visto desfilar ante sí muchas generaciones de almas fervorosas. Al entrar en él me creo siempre trasladada á otra región más alta ó en actitud de poderme comunicar más fácilmente con los seres invisibles. Es tanto lo que habla á mi alma su misteriosa soledad, y tanto lo que me atrae, que muchas veces me encuentro en ella, sin saber cuándo ni por dónde entré, cual si allí hubiera ido dormida, y después de algún tiempo me hubiera despertado.

De las tres ó cuatro épocas de aridez que he tenido en mi vida religiosa, ninguna ha sido estando ocupada en la Sacristía; y creo que ninguna sequedad, por grande que sea, resistiría á un día de santo recogimiento pasado en ella, porque su ambiente tiene un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

influjo sobre mi corazón, que lo enternece y eleva. Por eso la Sacristía es mi oficina predilecta.

¿Y cómo no, si ella es como el tocador y el tálamo de mi Esposo divino? ¡Ay, Jesús de mi alma!, en todas partes he podido considerarte como Dios, como Padre, como Rey, como Salvador.... pero en la Sacristía no puedo considerarte más que como esposo amante de las almas.

¡Cuántas veces al preparar las formas para la comunión he llorado, pensando que era el traje bajo el cual ibas á entrar disfrazado en mi corazón! ¡Cuántas veces he besado arrodillada el caliz donde se había ofrecido al eterno Padre tu sangre preciosa de más valor que millones de mundos? Cuántas veces cogía la llave del Tabernáculo, me la colgaba al cuello y me iba á la reja que da á tu Sagrario para entretenerme contigo, diciéndote que te tenía encerrado y que no te podías escapar?

¡Cuántas veces, yo solita, desdoblaba el corporal que había servido en la misa, y posando en él mis labios y con ellos mi corazón decía: Aquí estuvo esta mañana! Este lienzo envolvió su cuerpo sacratísimo! ¡Cuántas veces me quedaba como tonta, contemplando los ornamentos sagrados, los ramos de flores, todo lo que servía para el culto divino, y volvía en mí exclamando: ¿Estas son las galas de mi Esposo Sacramentado?

¿Y por qué no decirlo todo, si la obediencia lo ordena? Vez hubo en que el mucho trabajo me fatigaba el cuerpo y me inquietaba el alma; y entonces me iba al sagrario y le decía: Amor mío, ¿lo ves? inquieta y fatigada estoy, y sé que la inquietud no te es agradable; quítamela, pues, que yo no me voy de aquí hasta estar tranquila y fortalecida para el trabajo. No te disgustes, Bien mio, porque te hablo con libertad.

Pero si quieres en tu altar el mantel rizado me has de dar fuerzas y quietud para rizarlo: y si no, te lo planto como está.... ¿Me perdonas este atrevimiento? Y como si oyera, no su voz de perdón, sino su risa de complacencia, salía yo también riendo y me escapaba presurosa á continuar mi trabajo, el cual me encontraba hecho con suma facilidad.

No trabaja con tanto placer la madre al pie de la cuna donde duerme su pequeñuelo, cosiendo la ropita que le ha de poner, como yo trabajaba en la Sacristía cosiendo la ropa que sirve en los altares de mi Amor Sacramentado. No borda con tanto amor la joven prometida el primer regalo que ha de hacer á su esposo, como yo bordo, lavo y coso los purificadores y corporales, hallando en esta ocupación delicias inefables que la lengua no acierta á expresar. Por eso la Sacristía es mi oficina predilecta.

La primera vez que, después de tres años de cielo, me sacaron de ella, me eché á llorar como una niña á quien quitan su juguete más querido; como una esposa que perdiera de repente al fiel compañero de su vida. ¡Oh cuánto lloré! Me vinieron á la memoria en tropel todas mis faltas, todas las negligencias en el desempeño de aquel oficio, y creí que mi Amado me alejaba de sí, por lo mal que le había servido; que me retiraba de su cámara en justo castigo de mis ingratitudes. ¿Por qué me echas de aquí? (le decía): Por qué me apartas de tí? No me despidas, Amor mio! déjame aquí otro trienio y verás con que fidelidad te serviré! Es posible que me arrojes de tu lado? Bien merecido lo tengo; pero . . . . . .

Nada, Dios mio, nada! no me quiero quejar! soy culpable y acepto el castigo; de tu mano lo recibo todo. Otra vendrá á servirte en este lugar: y yo te serviré donde tú quieras, donde la obediencia me mande; allí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

procuraré serte más fiel que aquí, para que tú, de mí compadecido, me vuelvas algún día cerca de ti. Lo harás, Jesús mio?... y así me despedí de Él, y de aquel sitio que no en balde he llamado tocador y tálamo de Jesús Sacramentado.

Lo mismo hago en los demás sitios ó empleos que me da la obediencia, y lo mismo sé que hacen mis hermanas y compañeras: pero yo hago esto de un modo especial en la sacristía, porque no en vano es ella *mi oficina predilecta.*

XVI

Mi escuela de perfección.

No hay lugar en mi convento que no me hable al alma y tenga para mí sublimes enseñanzas; pero mi clase favorita, mi escuela más frecuentada es el panteón y cripta en que están sepultadas mis hermanas.

Cuando entro allí á rezar el oficio de difuntos por mis queridas muertas, entiendo, sin saber cómo, los gemidos del Salmista y los lamentos de Job que el oficio encierra; lamentos y gemidos cuyo eco repiten las huecas tumbas ó los restos que ellas guardan: *Dies mei transierunt...!*

"Mis dias se deslizaron rápidamente... Mis vanos pensamientos se disiparon como el humo... se desvanecieron mis locas esperanzas... y sólo me queda el sepulcro! Avanzan mis años... se agotan mis fuerzas... ando un camino por el cual no he de volver... huyo como una sombra... pararé en la tumba, donde hay mansión preparada para todo viviente... el sepulcro será mi padre, la podredumbre mi madre, y los gusanos mis hermanos."

¡Qué lección para la soberbia humana! ¡Qué deses-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

procuraré serte más fiel que aquí, para que tú, de mí compadecido, me vuelvas algún día cerca de ti. Lo harás, Jesús mio?... y así me despedí de Él, y de aquel sitio que no en balde he llamado tocador y tálamo de Jesús Sacramentado.

Lo mismo hago en los demás sitios ó empleos que me da la obediencia, y lo mismo sé que hacen mis hermanas y compañeras: pero yo hago esto de un modo especial en la sacristía, porque no en vano es ella *mi oficina predilecta.*

XVI

Mi escuela de perfección.

No hay lugar en mi convento que no me hable al alma y tenga para mí sublimes enseñanzas; pero mi clase favorita, mi escuela más frecuentada es el panteón y cripta en que están sepultadas mis hermanas.

Cuando entro allí á rezar el oficio de difuntos por mis queridas muertas, entiendo, sin saber cómo, los gemidos del Salmista y los lamentos de Job que el oficio encierra; lamentos y gemidos cuyo eco repiten las huecas tumbas ó los restos que ellas guardan: *Dies mei transierunt...!*

"Mis dias se deslizaron rápidamente... Mis vanos pensamientos se disiparon como el humo... se desvanecieron mis locas esperanzas... y sólo me queda el sepulcro! Avanzan mis años... se agotan mis fuerzas... ando un camino por el cual no he de volver... huyo como una sombra... pararé en la tumba, donde hay mansión preparada para todo viviente... el sepulcro será mi padre, la podredumbre mi madre, y los gusanos mis hermanos."

¡Qué lección para la soberbia humana! ¡Qué deses-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

peración para la incredulidad! pero qué consuelo para mí, fiel creyente! porque á ese eco misterioso y desesperante de los sepulcros hace duo otro eco divino y consolador que parte del crucifijo colocado en el altar del Panteón, diciendo:

"Yo soy camino y verdad, resurrección y vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y si vive y cree, no morirá eternamente.„

Bendita fe! bendita esperanza! bendita Religión, y benditísimo esposo mio, que la dió al hombre y la enseñó al mundo!

Terminado el oficio, hago allí mismo el *viacrucis* con la cruz sobre mis hombros, ó me pongo de intento á visitar los nichos, y á estudiar en ellos nuevas lecciones.

En esta tumba, me digo, reposan las cenizas de aquella niña santa, que era llamada por todas *Palomita sin hiel,* según refieren los manuscritos del convento. Antes de entrar en él se dedicaba á consolar los enfermos pobres de su pueblo, procurándoles juntamente socorros para el cuerpo y auxilios para el alma. Un día cierto moribundo á quien socorría, airado, porque le habló de confesión, levantó su mano sacrílega y dió tremenda bofetada á la *Palomita sin hiel,* que á duras penas pudo contener las lágrimas: Con la mejilla amoratada y los ojos llorosos, miró al criminal y le dijo: Hermano mio, y Señor mio: no uno, son dos los bofetones que merezco, por no haber sabido complacer á V., ni enseñarle á bendecir y amar á nuestro Padre Celestial! Y le presentó la otra mejilla. El enfermo arrepentido rompió en llanto...; creyó; y murió santamente. Ah *Palomita sin hiel!* Qué lecciones me das! Tú supiste con tu dulzura ganar almas para Dios, y ahora gozarás la gloria de tus conquistas.

Esta losa guarda los restos mortales de la que fué

en el mundo noble dama, y aquí humilde enfermera. Durante su noviciado murió el único hermano que tenía, y recayó sobre ella un título de Castilla y un gran Mayorazgo, con pingües rentas. Todo lo dejó por Dios, y ya en cambio ha encontrado el Todo de todas las cosas.

Aquí yace... ah! sí! la que cuentan nuestras fundaciones que de puro contemplativa estuvo á punto de perderse, por dar más crédito á sus visiones que á la obediencia y á los consejos del confesor. Arruinó su salud con indiscretas mortificaciones, y perdió el juicio con tantas visiones, tanta vigilia y tan imprudentes ayunos. Escarmentaré en cabeza ajena, que si ella tuvo después un médico espiritual que la curara, le hiciera llorar sus yerros y morir santamente, no sé yo, si ese médico existiría para mí. Te conozco! *vade retro, Satan!*

Este es el nicho donde metieron á la que se llamó con propiedad Angel del Convento: Angel de humildad, angel de pureza, angel de caridad, angel del sacrificio y angel de los consuelos, dejó perfumados estos claustros con el aroma de sus virtudes. Ay Angela de Jesús! quién pudiera seguir tu vuelo! Oh cómo me anima á santificarme lo que sé de tu preciosa vida!

Así voy recorriendo los sepulcros y preguntando á sus moradoras, las cuales me contestan por lo menos aquellos versos que dicen:

Yo he sido lo que tú eres,
tú serás lo que yo soy!

Y saliendo de allí me voy al sagrario á recitarle á mi Amado la lección aprendida. ¿No es verdad que en el cementerio se aprende mucho? ¿No puedo llamarlo con propiedad mi Escuela de Perfección?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVII

Arrullos de paloma.

Escondido entre las ramas de los árboles, pero muy cerca del lugar donde tiene su nido, pasa el ruiseñor las horas trinando dulcemente y llenando los aires de endechas amorosas. ¿Pues por qué yo, avecilla de la soledad, escondida entre mis rejas, no he de pasar la noche cantando ó gimiendo cerca del Sagrario, místico nido de mis amores?

¡Sí, Jesús de mi alma! aquí cantaré con el corazón palpitante de tierna emoción; aquí gemiré ante tu altar para desahogar contigo una vez más los afectos de mi corazón, que tú sabes te pertenece. Interminables me han parecido las horas que han transcurrido desde la última vez que aquí estuve; durante ellas he estado pensando en tí sin cesar; á cada momento he sentido brotar en mi alma afectos de ardiente amor, y mis labios te han protestado mil veces, en palabras dulcísimas, toda la ternura de mi corazón. De mi pecho á tu Sagrario ha habido una corriente invisible y misteriosa, por la cual han venido á mí tus gracias y han ido á tí mis pensamientos, mis deseos, mi misma vida.

Como tórtola que fatigada de volar por el valle

busca afanosa el arbol donde anida, y allí, solitaria, exhala dulces arrullos, así mi alma, cansada de las cosas de la tierra, ansiaba venir á tí, y posada blandamente sobre tu altar lanzar en la soledad del templo mis tiernas quejas. Tórtola solitaria ¡Jesús mío!, tórtola solitaria es mi alma sobre la tierra; tú eres mi único compañero, y por eso busco anhelante tu dulcísima compañía. Tu altar es el arbol de místicos ramajes donde únicamente puede posarse el alma mía, porque en la fronda de este arbol he colgado el nido de mis amores.

Y dime ¡Jesús de mi alma!, en esa soledad en que te ves, en ese olvido y abandono en que te dejan los hombres, ¿te consuela algún tanto mi compañía? ¡Ay, yo soy tan feliz con la tuya!.... En tu divina presencia no hay amarguras para mi alma. Si vengo á tí llena de dolor y pena, se desvanecen mis penas y mis dolores, y sólo siento placer en mi corazón. Tu divina presencia da siempre á mi alma dulce paz, y mi corazón goza en silencio la compañía del bien que adora.

Cuando aún tú no estabas en la tierra hecho prisionero de amor por los hombres, andaba la Esposa de los cantares desolada, buscándote por calles y plazas; y como no te hallaba, preguntaba solícita á todos los que encontraba: Por ventura, ¿vísteis al que ama mi alma? Pero ahora.... ¡qué dicha! ¡Prisionero mío! ¡qué dicha! ahora no es así, porque para hallarte, sólo tengo que remontar el vuelo y posarme en el nido de mis amores. ¡Oh qué atracción tiene ese nido para mí!

Cuando tú atraes á un alma con tu mirada ó con tu amor, ella corre hacia tí como el acero tras del imán; ella te busca como busca la paloma sedienta á la fuente cristalina; y al llegar á tu altar exclama con la sagrada Esposa: Hallado he al que ama mi alma, téngole y no lo soltaré.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así exclamó la mia al hallarte, y así clama ahora en tu presencia, pues aunque oculto á mis ojos, sé que estás ahí en ese Sagrario que contemplo con amor; y que estás con la misma grandeza y majestad que en el cielo Empíreo, oyendo los suspiros de esta alma que viene buscando amores á tu sagrado altar en el silencio de la noche. Hablemos, pues, Amado mio, hablemos de nuestro amor dulcísimo, sin ruido de palabras, de corazón á corazón, con ese misterioso lenguaje de las almas. Háblame y resuene en la mia tu voz, más dulce que el arrullo de la tórtola enamorada.

¿Me amas, Vida mia? ¡Oh qué dicha! Paréceme que percibo allá en el fondo de mi alma tu voz dulcísima que me dice: ¡Sí, te amo! tu amor me tiene preso en este Sagrario....

¡Cielo santo! ¡qué asombro! ¿Ha dicho que mi amor lo tiene aprisionado? ¿Mi amor, Jesús mio? ¿Mi amor tenerte á tí prisionero? Repítelo otra vez, Vida mia, repítelo otra vez y déjame morir de felicidad! ¿Mi amor? ¡dímelo otra vez! ¿Mi amor?

¡Ay, el tuyo sí que me tiene á mí aprisionada! ¡Yo soy también prisionera de amor como tú! Mírame bien á través de estas rejas y de estos muros que me cercan por todas partes, y verás que yo también soy prisionera de amor como tú; y aquí guardada en mi prisión, vivo del mundo olvidada, vivo de ti enamorada, vivo penando de amor; y como tú eres mi amigo y mi compañero de prisión, por eso vengo á las rejas de mi cárcel á consolarme contigo y contarte mis penas. Porque ¿no es verdad, Bien mio, que hay penas que se cantan, y que se cantan llorando, como yo te canto las mias?

Pues aquí te cantará mi corazón de ese modo hasta que los primeros rayos del sol doren las altas vidrieras del templo, y oiga trinar las aves en la floresta de mi jardín; y el sol con sus rayos de oro y las aves con sus

alegres gorjeos, me verán retirarme de estas rejas, donde me tiene presa tu amor.

¡Ay, Jesús de mi alma! ¡qué horas tan felices y venturosas se pasan aquí, junto á mi nido, acompañándote en tu soledad! ¡Quién me diera mandar al tiempo que detuviese su carrera, cuando en tu presencia me hallo! Dueño mio, ¿cuánto tiempo ha que estoy aquí? ¡Ay! se han pasado una, dos, tres horas.... ó más bien, tres instantes ligeros como el pensamiento.

Pero al fin se pasaron ¡Jesús mio! y ha llegado el momento en que las aves abandonan su nido, y se lanzan al espacio, trinando alegremente: yo también, con pena de mi alma, abandono el nido de mis amores, para entregarme á las faenas del dia; pero así como el ave tarda poco en volver á su amado nido, así yo ¡presto, muy presto! amante tornaré aquí, donde á coro con mis hermanas, cantaré himnos y salmos, haciéndote la corte ¡oh rey de mi corazón! como te la hacen los coros angélicos allá en la mansión de eterna vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVIII

Junto á mi nido.

Otra vez vengo á tí, Jesús mio, porque lejos de tu tabernáculo siento un vacío en mi alma, que nada lo puede llenar. Sólo al pie de tu Sagrario soy feliz ¡Jesús de mi alma! ¡Oh quién pudiera permanecer siempre al pie de tu altar! Enojosas me serían todas las ocupaciones que de él me apartan, si no supiera que con ellas te agrado, y que te complaces en verme penar y gemir separada de tí, cual avecilla presa en estrecho lazo. Mas apenas las termino, como no tengo en la tierra donde poner mi corazón, ni posar mi pensamiento, ni fijar mis ojos, vuela mi alma hacia tí, como enamorada paloma, buscando su dulce nido, y posándose aquí al pie de tu tabernáculo, exclama como la Esposa: Sentéme á la sombra de aquel que mucho había deseado.

Sí, Jesús mio; en el desierto abrasador de este mundo, tú eres para mí el fresco y tranquilo oásis que calma la sed ardiente de mi corazón; por eso corro hacia tí noche y día, como el ciervo á la fuente de las aguas. Tú has dicho que tienes tus delicias en estar con los hijos de los hombres; y nada más justo que tenga yo las mias en estar contigo, pagándote así amor con amor! ¡Sí, dulcísimo Jesús mio! yo también tengo mis delicias en estar contigo, aquí, junto á tí, al pie de tu tabernáculo, porque tú eres para mí todas las cosas!

Tú eres, mi Dios, el Dios de mi corazón, el Dios de mi alma, el Dios creador del Universo; tú eres mi Padre, mi amorosísimo Padre, que me has dado graciosamente el sér que tengo, imagen y semejanza del tuyo; tú eres mi Madre, pero una Madre tierna y amorosa que me alimenta, no con leche de tus pechos, sí con tu misma carne y sangre; tú eres mi hermano, pues al hacerte hombre por mi amor, tomaste mi misma naturaleza y un corazón de carne como el mio; tú eres mi Salvador, pues derramaste hasta la última gota de tu preciosísima sangre por salvar á mi alma perdida por el pecado; tú eres, en fin, mi Médico, Médico celestial y divino que se abre sus venas, y extrae de ellas el bálsamo que cura las heridas de mi alma.... ¡Oh, cuántos títulos tienes, Jesús mio, para que al recordarlos mi corazón se abrase en amor por tí!

Mas tienes para mí otro más dulce, más tierno y más amoroso, porque tú eres el esposo de mi alma, el querido, el amado, el elegido de mi corazón! Tú eres mi encanto en este desierto del mundo; tú mi alegría en este valle de amarguras y tristezas! ¡tú mi consuelo en esta tierra de dolor! ¡Ay, cuánto te quiero, Jesús mio!

Cuando te contemplo Sacramentado en precioso trono y rica custodia, entre luces y perfumadas flores, envuelto en blancas nubes de oloroso incienso que se esparce en derredor de tí, llenando el templo de fragancia suavísima; cuando oigo los melodiosos acordes del órgano y el alegre sonido de las campanillas, unido á los cánticos sagrados que en torno de tu altar elevan los sacerdotes, ¡oh! ¡cuánto goza mi alma entonces, Jesús mio! Mi corazón palpita con violencia, una sonrisa de felicidad asoma á mis labios y mi fé te ve ahí, entre ángeles y serafines que baten sus alas impetuosas, y sobrecogidos de temor repiten el *Sanctus, San-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ctus, Sanctus que resuena dulcemente en mis oidos. ¡Oh, cuánto goza mi alma entonces! Todo mi sér experimenta un placer, una dicha, un gozo y alegría tan inexplicables, que mi lengua enmudece al quererlo expresar.

Pero... ¡ay dolor! cuando vengo á tí tierna y amorosa y te encuentro pobre y solo, escondido en ese altar, olvidado de los hombres, mi alma desfallece, mi corazón se parte de dolor y lágrimas de sentimiento corren por mis mejillas, llorando así la ingratitud de los mortales. ¿No hay almas ya en el mundo? ¿Se han acabado los corazones amantes sobre la tierra? ¡Hay almas! ¡hay corazones! ¡pero pobres almas y pobres corazones que viven olvidados de tí, amor mio! Tú has fijado tu mansión entre los hombres y permaneces noches y dias, meses y años en ese altar, esperando amor y reconocimiento de los corazones y no recibes más que olvido, indiferencia é ingratitud. ¡Pobres ciegos! ¡Estás entre ellos, y ellos no te ven! Vives entre los mortales y ellos no te conocen! ¡Insensatos!

¡Oh Rey mio! ¡Rey sin cetro ni corona en ese altar! ¡Quién pudiera rendir á tus piés todos los corazones de los hombres! ¡Oh quién pudiera encender en ellos el fuego del divino amor y abrasarlos en él! ¡Quién me diera poder para traerlos aquí á que te cantaran himnos y cánticos de alabanzas como se te cantan allá en la gloria! Pero.... ¡ay! ya que esto no me es dado, yo te rendiré por ellos perpetuas adoraciones; mi corazón te amará por los que no te aman, pensará en tí por los que te olvidan, y te alabará por los que te ultrajan, y cuando nuevas ocupaciones me obliguen á separarme de tí, lo haré, como ahora, dejando entre suspiros y adoraciones los afectos de mi alma al pie de tu tabernáculo.

XIX

PADRE, PERDÓNALOS!...

Gritos de ira y de rabia, rugidos de odio y de rencor, tumulto frenético y clamoreo insensato, como de ciudad sublevada, ha llegado á mis oidos. Los poderes del infierno y las potestades de la tierra se han conjurado contra el Señor, contra su Cristo y contra su Iglesia.

Voz de llanto, gemidos de dolor, y sollozos de amargura han turbado la quietud y el silencio de mi claustro. Las hijas de Sión, las Palomas de la soledad, mis hermanas queridas lloran y gimen por la inícua guerra que le hace á la Iglesia santa la Sinagoga de Satanás.

Esta tiene prisionero entre sus garras al Vicario de Cristo, desarmado parte del ejército de Dios, maniatados á muchos de sus Capitanes, perseguidos á los religiosos que, huyendo del mundo, se acogieron á la soledad del claustro; derribados esos claustros maravillas del arte, profanadas sus Iglesias, destruídos sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

altares y lleno el mundo de escombros y ruinas, de llanto y desolación.

Yo en mi infancia me extremecía, al ver el furioso oleaje del mar alborotado; temblaba, cuando oía retumbar el trueno en el espacio; y me llenaba de espanto, al oir contar los estragos de la peste ó del terremoto. ¡Pobre de mí! ahora veo que el furor del hombre impío, que la ira de la fiera humana, que el veneno de la serpiente masónica es más terrible y destructor que todos los elementos juntos. ¡Hombres degradados! ¿acaso os crió Dios para ser incendiarios y asesinos, calumniadores y esclavos de Satanás? ¿Cómo caben en vuestros corazones proyectos tan criminales?

Acabo de leer en una Revista piadosa que en las instrucciones secretas dadas por un representante de Luzbel á sus sectarios, hay un artículo que dice: Todos los hh.·. mass.·. deben calumniar al clero, combatir á las Ordenes religiosas y trabajar con ahinco por la expulsión de las monjas y destrucción de sus conventos.„

¡Desdichados! ¿También á nosotras? ¿Qué mal hemos hecho nunca, para que así nos aborrezcáis? ¿No pedimos todos los dias al cielo bendiciones para la tierra? ¿No ofrecemos todos los días nuestras oraciones y nuestras lágrimas por el bien de la humanidad? Pues ¿por qué nos perseguís y queréis sacarnos del santuario y profanar nuestra morada? ¡Ingratos! con maldiciones pagáis nuestras bendiciones, con maleficios nuestros beneficios, con aborrecimiento nuestros favores y con odio irreconciliable el amor que os tenemos.

¿Y para esto se acuerdan de nosotras los masones? Mas valdría que nos sepultaran en el profundo del olvido. ¿Por ventura se acabaron las mujeres en la tierra? ¿Se ha perdido ya en el mundo el respeto á la honestidad y el miramiento á las vírgenes, esposas del Cordero? Pues entonces ¿por qué quieren violar nuestra

clausura y destruir nuestro retiro? ¡Desventurados! ¿no sabéis que quien profana nuestros umbrales tiene sobre sí la maldición de Dios y los rayos de su eterna justicia? ¡Huid, insensatos, y no provoquéis la ira del Eterno!

¿Os hemos ofendido alguna vez? ¿Os hemos hecho mal sin pensarlo ni quererlo? ¡Ah, no! eso no puede ser! Desde que pisé estos benditos claustros he visto á mis hermanas, siempre bondadosas, siempre solícitas por el bien de los pobres y por la salud de las almas, orando noche y día al Señor por vosotros y vuestras fámilias. ¿Y por esto queréis demoler nuestra morada?

¡No lo hagáis, por Dios! ¡Criaturas descarriadas! Mirad que algún día vuestras hijas necesitarán estos retiros para guardar su inocencia, para huir del mundo malvado, para buscar en ellos lenitivo á sus corazones heridos por el desengaño, para guarecerse aquí de los peligros de la vida, para ocultar aquí los tesoros de su pureza y su virtud expuestos á ser robados en esos desiertos del mundo.

¡Infelices! no destruyáis, mal aconsejados de la ira, lo que puede ser un día refugio de vuestras hijas inocentes, amparo de vuestras viudas desconsoladas, y asilo de vuestras ancianas madres despreciadas de un mundo infame que nada respeta.

Si la codicia os empuja, si venís impulsados de la avaricia y la rapiña, aquí no hay nada con qué saciarla. Nuestras celdas son pobres y estrechas como la cabaña del indigente; nuestros patios modestos, sin mármoles ni surtidores; nuestro ajuar pobrísimo, como el de los solitarios del yermo. Aquí no hay nada que pueda excitar la codicia, porque lo que algo vale está consagrado al culto de Dios. ¿Qué vais á sacar de la expulsión de las monjas y destrucción de sus conventos?

¡Angeles santos, no permitáis semejante profana-

ción! Iluminad á esos ciegos sentados en la obscuridad de la muerte! Y si llegan á perpetrar ese crimen, sepan después de mis días esos desgraciados, que yo, pobre monja capuchina, objeto de sus iras, los amé, rogué por ellos y pagué con cariño del alma el odio que me profesaron.

A los que me han jurado muerte y exterminio, les juro amor y piedad, mientras el corazón palpite en mi pecho.

A los que me quieren arrancar de la soledad y destruir mi deliciosa morada, nido de palomas sencillas, á esos también les debo amor, y con amor y compasión responderé á su odio y aborrecimiento.

Quiero que sepan mis perseguidores, por si esto puede llevar luz á su mente y ternura á su corazón, que mi última palabra será palabra de perdón para ellos; y abrazada con mi crucifijo en el lecho mortuorio, diré como Él espirante en la cruz: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.

XX

La cuenta del día.

En una noche oscura,
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Sola mi alma y callada,
Así habló con Jesús enamorada.

Rendida y fatigada de las faenas del día, vengo aquí, oh Jesús de mi alma, para darte cuenta de ellas, antes de retirarme á descansar. Desde que las primeras tintas de la Aurora blanquearon el Oriente y el tañido de la campana despertadora vibró sonoro en el espacio, ¡ay! desde entonces no he tenido un momento de reposo: acá y allá, abajo y arriba, me he movido incesantemente á impulsos de tu voluntad, como se mueven las hojas de los árboles al soplo de la blanda brisa.

Pero tu dulcísimo y amoroso recuerdo me ha seguido á todas partes: ¿no es verdad, vida mía? ¡Sí, sí, á todas partes! Donde quiera que me he hallado, he dirigido mi pensamiento á tu Sagrario, y mis ojos han

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ción! Iluminad á esos ciegos sentados en la obscuridad de la muerte! Y si llegan á perpetrar ese crimen, sepan después de mis días esos desgraciados, que yo, pobre monja capuchina, objeto de sus iras, los amé, rogué por ellos y pagué con cariño del alma el odio que me profesaron.

A los que me han jurado muerte y exterminio, les juro amor y piedad, mientras el corazón palpite en mi pecho.

A los que me quieren arrancar de la soledad y destruir mi deliciosa morada, nido de palomas sencillas, á esos también les debo amor, y con amor y compasión responderé á su odio y aborrecimiento.

Quiero que sepan mis perseguidores, por si esto puede llevar luz á su mente y ternura á su corazón, que mi última palabra será palabra de perdón para ellos; y abrazada con mi crucifijo en el lecho mortuorio, diré como Él espirante en la cruz: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.

XX

La cuenta del día.

En una noche oscura,
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Sola mi alma y callada,
Así habló con Jesús enamorada.

Rendida y fatigada de las faenas del día, vengo aquí, oh Jesús de mi alma, para darte cuenta de ellas, antes de retirarme á descansar. Desde que las primeras tintas de la Aurora blanquearon el Oriente y el tañido de la campana despertadora vibró sonoro en el espacio, ¡ay! desde entonces no he tenido un momento de reposo: acá y allá, abajo y arriba, me he movido incesantemente á impulsos de tu voluntad, como se mueven las hojas de los árboles al soplo de la blanda brisa.

Pero tu dulcísimo y amoroso recuerdo me ha seguido á todas partes: ¿no es verdad, vida mía? ¡Sí, sí, á todas partes! Donde quiera que me he hallado, he dirigido mi pensamiento á tu Sagrario, y mis ojos han

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

buscado ansiosos el lugar donde tú reposas, para enviarte una amorosísima mirada; y de mis labios ha brotado entonces un amante suspiro, que penetrando la puerta de tu prisión ha venido á perderse en ese estrecho recinto donde tú moras.

Donde el avaro tiene su tesoro, allá tiene su corazón: y como tú eres mi riquísimo tesoro, por eso aquí tengo mis pensamientos! aquí los afectos de mi alma! aquí los deseos de mi corazón!

Mas ¡cuánto deseaba verme libre de todo, venir á tí, y postrada de hinojos ante tu altar derramar mi corazón en tu presencia! ¡Ay, Dueño mio! ¡Cuánto lo deseaba! Aquí me tienes, pues, vida de la mia! ¿Ves? estamos solos, como los verdaderos amantes que no se comunican los afectos de sus corazones más que cuando la dulce soledad los pone á cubierto de curiosas miradas. Puedo, pues, á mis anchas decirte lo que mi corazón siente, sin que oidos humanos lo perciban. Sólo esas lámparas que arden ante tu divino acatamiento, esparciendo sus apacibles rayos por el templo y bañando de místicos resplandores ese altar donde tú moras, sólo ellas serán los mudos testigos é intérpretes quizás de lo que mi corazón siente en tu presencia soberana.

Sí; decidle vosotras, lámparas brillantes, que en su adoración está mi vida; decidle que su amor es mi recreo; que ya en nada terreno goza mi alma, y que de todas mis delicias él es el centro. Sí, ¡vida mia! tú me atraes como el imán al acero. ¿Qué sería de mí, si no hubiese Sagrarios en la tierra? ¿Qué sería del sediento sin las fuentes de agua clara? ¿Qué del hambriento sin el pan de la vida? ¿Qué del triste desterrado sin un consuelo divino? Por eso cuando en horas tristes y desconsoladoras el llanto corre por mis mejillas, acudo á tí, vida mia, y corro á postrarme en tu

presencia, como se arroja un niño en los brazos de su madre; y cuando fijo mis ojos en tu altar, tú enjugas mi llanto, y me haces sonreir, como sonríe el marino cuando al rayar la aurora descubre entre la espesa bruma las cercanas costas del puerto deseado. ¡Sí, Jesús de mi alma! tu altar es para mí la costa de mi esperanza, y tu Sagrario dulce puerto en el mar de mis pesares.

Aquí en tu presencia olvídome del mundo y de que soy mortal, y por lo mismo peregrina: deslízanse las horas veloces como el rayo, y delicias celestiales consuelan mi dolor; porque al verte en ese altar, como compañero de mi destierro, se me hace más agradable la vida, que momentos antes parecía aborrecer; y enagenada de goces celestiales, te canto mis amores y te doy mi corazón.

Mas.... ¡ay Jesús mio! ¿Qué sonido es ese que ha llegado á mis oidos, haciendo suspirar á mi corazón de pena? Ah! el insensato reloj que me anuncia ser llegada la hora de tener que separarme de tí! ¡Cruel! ¿Por qué vienes tan presto á despertarme de este dulcísimo sueño? ¿Por qué caminas tan lentamente, cuando yo con amorosa impaciencia espero ver llegada la hora feliz de venir á la presencia de mi amado? ¿Y por qué corres tan veloz, cuando yo, olvidada de todo lo terreno, le cuento mis amores, gozando en esta dulce soledad de su amable compañía? ¡Ay! desde estas rejas, contemplando tu altar, dulce bien mio, se me pasan las horas rápidas y fugitivas!

Pero ¿quién tiene poder para arrancarme de aquí, Jesús de mi alma? En tu presencia me olvido que soy mortal y que mi naturaleza debil y terrena me exige el reposo y el descanso impuestos por la obediencia. ¿Reposo? ¿descanso? Pero si yo reposo, si yo descanso en tu presencia, encanto mio! El cuerpo flaco es el

que se fatiga y me exige que de aquí me aparte, para dormir. Si al menos mi lecho pudiera ser tu altar.... y yo pudiese pasar la noche de rodillas apoyada mi frente sobre la dorada puerta de tu prisión de amores!....

Al pensar que tengo que abandonarte, fijo mis ojos en esas lámparas, y de su constancia fiel siento celos... ¿Qué no pueda yo hacer lo que practica ese mísero instrumento? Ellas permanecen noche y día constantes en tu divino acatamiento, enviándote sus débiles y suaves resplandores, esparciéndose más y más en el silencio y soledad de la noche, cuando los mortales te abandonan.... ¡Émula tuya soy! ¡lámpara humilde! ¡yo envidio tu dichoso destino! ¡yo quiero que mi vida se consuma, como se consume la tuya, ante la soberana presencia de mi Dios! ¡Sí; yo quiero que mi vida se consuma de amor constante, como la tuya: tú le acompañarás con tus misteriosos resplandores, y yo de rodillas con mi ser entero, ardiendo ante el Sagrario, sin eclipses, cual tú, luciendo siempre.

Pero ¿qué mágico poder es el que aquí me detiene? ¿qué poderoso imán tienen estas rejas, desde donde te contemplo, oh Jesús mio? Al hacer ademán de separarme de tí, parece que brota de ese Sagrario una voz dulcísima y melódica que repite á mi oido: ¿Ya te vas? ¿tan presto me dejas? ¿Yo dejarte, vida mia, cuando he hecho mi habitación en ese estrecho pero delicioso recinto donde tú moras? Destruye tú ahora, Jesús mio, destruye esta cárcel en que mi alma está prisionera: líbrame ya de este cuerpo que tantas veces me rinde y me avasalla á pesar mío; y así mi alma se unirá más estrechamente contigo! ¿No lo quieres destruir? Pues....

¡Adiós, Jesús de mi alma! que no puedo detenerme más: El deber me obliga á separarme de tí, y encerrarme en la celda. Adiós, vida mia!... pero ¡ay! un momento no más! Desde allí, bien mio, te enviaré mi último suspiro, que en alas de mi amor vendrá á perderse al pie de tu copón, donde mi alma vela, ama y adora, mientras yo reposo. Adiós.... *Ego dormio, sed cor meum vigilat.*

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXI

Esperanzas tristes.

Tristes cosas me han anunciado, y como espero que llegarán, tristes son hoy mis esperanzas. Me han dicho ¡oh Jesús mio! que vas á poner mi amor á prueba, que voy á sufrir persecución de las criaturas, y que me vas á tratar con desvío. ¿Será verdad, Rey de mi alma?

Si tú aparentemente me abandonas, si va á descargar sobre mi tempestad desoladora, si voy á verme como sumergida en un mar de penas y dolores, sin Esposo que me aliente y acaricie, sin Padre que me consuele; si vas á dar poder al enemigo para que arroje á mi corazón emponzoñadas saetas de dudas y tentaciones, ¿qué haré yo entonces? ¿Te volveré á ser ingrata? ¿Volveré á serte infiel, Esposo mio? ¡No! mil veces ¡no!

Yo cubriré mi cabeza y frente con un fuerte casco, para resguardarla de los golpes de mi enemigo; pondré sobre mi pecho la cota de la mortificación, para evitar que el corazón sea herido de muerte; y colocando tu cruz como sello sobre mi pecho, y como escudo sobre mi brazo, saldré al encuentro de mi adversario gritando: ¡Á la lid!... ¡á la lid!... Á sufrir, á luchar, á vencer, á pelear con valor, con fe por el Amado de mi corazón! Y peleando yo así por tí, que eres mi Dios, Dios de los ejércitos, poderoso en las batallas ¿quién duda que saldré vencedora?

¿Pero me vas á abandonar? ¿te vas á ausentar de mí, bien mio? ¿me vas á dejar sola? ¿qué hará la nada sin tí? ¡No te vayas! ¡no me dejes! ¡no te ausentes de mí ni un solo instante, ¡Amado mio! Y si te vas ¿tus ausencias serán muy largas? ¿Serán para mí muchas las noches sin estrellas? ¿Será posible que estés tú, Amado mio, mucho tiempo ausente de un corazón que por tí solo palpita? ¡Ay! entonces yo te buscaré, yo te llamaré, yo suspiraré y lloraré por tí, cual la tortolilla errante en la selva, que va de encina en encina, buscando con dulcísimos arrullos á su amante compañero.

Pero, Jesús, vida mia, y Esposo mio; no puedo creer que estés mucho tiempo ausente de un alma que por tí pena, que sin tí no vive; ¿verdad que esto no es posible? Tus ausencias serán cortas, como las del sol oculto tras ligera nube en día de verano: y.... aunque sean largas, cuando tú vuelvas, me encontrarás más enamorada, más rendida, más deseosa de tí y más amante por tu larga ausencia.

Entonces yo, loca de amor y alegría por tu vuelta, te cogeré dulcemente de la mano y te llevaré al jardín de mi alma, á tu huerto cerrado, y me sentaré á reposaz contigo y á darte amorosas quejas por tu ausencia, ausencia que me harás olvidar bien pronto, llenando mi corazón de alegría. Y yo en recompensa te diré una y mil veces que te amo con todas las fuerzas de mi pobre corazón; que soy tuya, sólo tuya, y que sólo para tí vivo: porque eres mi esposo, mi único amor. ¡Oh amor mio y Esposo mio! ¡Cuán dulce es esta palabra á mi paladar! ¡Cuán orgullosa estoy de tener un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esposo tan divino! ¡Esposo!... Algunas veces esta palabra la pronuncio con temor, y otras no me atrevo, no sé por qué, á llamarte así. ¿Por qué es esto, vida mia? ¿No se ha desposado mi alma contigo? ¿no te pertenece mi sêr? ¿no soy toda tuya? Sí ¡Jesús! tuya soy, y tuyo mi corazón!

Este corazón tú lo criaste para amar, para adorar, para idolatrar, pero no las vanidades de la vida, no las riquezas de la tierra, no á criatura alguna, sino á Tí mismo que le diste sêr; y por eso tuyos son ya todos sus latidos, tuyas todas las horas de mi existencia. De noche, antes de entregarme al reposo, mi último pensamiento es para tí; y al reclinar mi cabeza sobre la dura tabla que de almohada me sirve, la última palabra que pronuncian mis labios es para tí; y mi sueño es también tuyo; y al despertar, tuyo es también mi pensamiento, tuyo el primer suspiro de mi alma. Y á semejanza de la lámpara que arde delante de tu Sagrario, cuyo último destello de vida es un debil rayo que envía hacia el altar, así el último latido de mi corazón, el último soplo de mi vida, quiero que sea un *¡te amo!* que, atravesando el espacio, vaya á tener su eco en tu Divino pecho allá en el cielo.

¿Y qué quieres que te diga más, vida mia? ¿Qué más quieres que te diga para probarte la firmeza de mi amor? ¿Quieres que te dé una queja? Pues bien, dime: ¿Por qué eres desdeñoso conmigo? ¿Por qué eres para mí un amante tan oculto, un Dios tan escondido? Yo, prisionera por tu amor, me acerco con frecuencia á las rejas que dan á tu sagrario, y en ellas postrada lloro; allí te cuento mis amores, allí te confío mis penas, y tú.... siempre en silencio, siempre oculto, siempre escondido, siempre entre velos. ¿Por qué lo haces así, luz de mis ojos? ¿Por qué te ocultas tanto de mí? ¡Ay! este muro de carne tiene la culpa; este cuerpo

mio es quien te esconde á las miradas de mi alma. ¿Cuándo lo vas á destruir?

Mientras yo viva en él.... darte gusto en todo, sacrificarlo todo por tí, y procurar no ofenderte en nada, será mi ocupación sobre la tierra. Así cumpliré á la letra la palabra que te dí en el siglo aquella vez que acercaste á mis labios el cáliz de amargura. ¿Lo recuerdas? Yo te dije: No me hagas sufrir más ¡vida mia! llévame ya al convento y verás como allí vivo sólo para amarte, lejos de las borrascas y vanidades del mundo. Y.... ya lo ves; para tí sólo vivo en este rincón de la tierra, ignorada de las gentes, olvidada del mundo y oculta á los ojos de los hombres!

Sí ¡Jesús mio! para tí vivo y para tí viviré lo que me queda de existencia en este valle de lágrimas, hasta que tú cortes los lazos que me sujetan á la tierra y mi alma vuele á su patria para unirse á tí y no separarnos jamás.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXII

ESTANDO EL AUSENTE.

¿QUIÉN dará gemidos á mi corazón y fuentes de lágrimas á mis ojos para llorar, no como Jeremías la pérdida de la ciudad santa, sino el perdimiento y ausencia del Amado, como lo lloró desconsolada la verdadera Esposa de los Cantares?

Dame, atribulado Job, dame tus sublimes lamentos para llorar mi desgracia: y vosotras, almas amantes, venid á llorar conmigo la amargura de mi triste soledad.

Trueca, alma mia, tus cánticos amorosos en tristes endechas, y no dés fin á tus gemidos, ni descanso á tus pupilas, hasta encontrar el bien perdido. Llorad, ojos mios, llorad y no reposéis hasta mostrar con rios de lágrimas el sentimiento que os causa la ausencia de Jesús. Suspira, corazón mío, y con enternecidos ayes declara tu pena por haber huido de tí tu único amor.

¡Ay de mí! ¿A dónde se fué mi alegría? ¿Dónde se ha escondido mi luz? ¿A dónde está el bien de mi alma? ¿En dónde se ha ocultado mi Amor? Dónde mora el objeto de mis ansias? ¿Dónde está mi Dios?

Amarguras del infierno han venido sobre mí, y dolores de muerte me cercan por todas partes. ¿Qué haré? Si me quedo así, no descanso; si salgo á buscarlo, y

me aparto más de él, mi muerte es segura, porque sin Jesús vivir no puedo. ¿Qué haré? ¿Quién se compadecerá de mí? ¿A quién preguntaré por él? ¿Quién me dará noticias de mi Amado? ¿Quién le contará mis penas? Hijas de Jerusalén, yo os conjuro, á que si por ventura encontráis á mi Amado, le digáis que muero de pena y desfallezco de amor. Y vosotros, ángeles del cielo,

Vosotros los que andáis
Las obras del Eterno visitando,
Si á mi Jesús halláis,
Con tono dulce y blando
Decirle que por El quedo penando.

¡Oh, Jesús mio! si estando lejos de tí, me llamaste; si me buscaste cuando andaba yo perdida y huyendo de tí; si cuando no te amaba viniste á mí y me heriste con tu amor; ¿por qué ahora que te amo más que á la vida, te apartas de esta pobre pecadora? ¿Por qué me abandonas ahora que por tí lo dejé todo?

¿Por qué tanto desvío?
¿Por qué el sol de tu rostro se me esconde?
Amado dueño mio,
Amoroso responde:
¿Dónde hallarte podré? dímelo, dónde?

¡Oh alma mia, y qué horrible incertidumbre! ausente de tu amor, y acaso desdeñada de El... ¿qué harás? Volverás al mundo? Sí! al mundo; pero no para buscar consuelo en las criaturas, sino para buscar á mí Amado por calles y plazas, por valles y montes, por prados y desiertos, hasta que logre hallarlo y abrazarme con El. Sí!

Buscando mis amores:
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No quedará criatura á quien no pregunte por El. Al cielo que sus manos formaron; á la luz, destello de su hermosura; á la tierra, regada con su sangre preciosa; á las fuentes y los ríos, á los animales y plantas, á los hombres y á los ángeles preguntaré por El.

¡Oh bosques y espesuras
Plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
De flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado!

Flores del campo, decidme, ¿dónde está el que os vistió de tan preciosos colores, y os enriqueció con tan delicada fragancia? Aves del aire, vosotras que en rápido vuelo cruzáis los espacios, ¿habéis visto á mi Amado, el que dió ligereza á vuestras alas? ¿A dónde lo hallaré? En dónde está? ¿Acaso mi Pastor divino, sestea con su ganado en la frondosa alameda? ¿Estará en el valle abrevando á sus ovejas en la clara fuente que brota de su Corazón? Ay! entonces...

Pastores, los que fuéredes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura viéredes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.

Mas ay de mí! que ni el cielo, ni la tierra, ni las flores, ni las plantas, ni los ángeles, ni los hombres me dan nuevas de El! ¿Qué haré? ¿á dónde iré? ¿á quién acudiré? A tí, y solo á tí, Jesús mio! ¿No dijiste tú, pedid y recibiréis, llamad y os abrirán, buscad y encontraréis? ¿Pues cómo buscándote yo tan de veras, no te encuentro? ¿Cómo te llamo y no me respondes? ¿Cómo te pido y no me das? ¿Dónde está el cumplimiento de tu promesa? ¿Qué se han hecho tus antiguas misericordias? ¿En qué ha parado la fineza de tu amor? ¿Qué

desdén es este que conmigo usas? ¿Por qué tanto desvío? ¿Para esto me trajiste á la soledad, donde hablas al corazón palabras de vida? ¿Para eso me pusiste aquí en el valle ameno de la Religión?

No sé de qué condición te has vuelto, Pastor divino; antes buscabas la oveja perdida para llevarla sobre tus hombros al aprisco; y ahora huyes de la oveja que te busca y te llama con amorosos balidos. ¿Por qué así? Aquí ando en el convento, como oveja en el redil, hecha mártir de la obediencia, sierva de la castidad, víctima de la pobreza, sacrificándome por verte, por oir tu voz siquiera; y tú sordo á mis gemidos te escondes... te escondes, y me dejas sufrir á solas.

A media noche me tocan la campana, para cantar tus alabanzas; interrumpo el sueño, dejo la cama y marcho presurosa al coro á donde me llama la voz del metal bendito, diciendo: *Sponsus venit*, pero por más que corro, siempre hallo la puerta cerrada, aunque llegue la primera. Luego muy de mañana, antes de amanecer, me levanto de nuevo á buscarte, y habiendo tú dicho que si te buscan de madrugada te hallarán, soy tan desgraciada, que sólo en mí no tienen cumplimiento tus promesas.

¿Hasta cuándo vas á tenerme así, Dios mio? Tú eres luz de mis ojos, descanso de mi corazón, alma de mi alma y vida de mi vida; pues entonces,

Estando ausente de tí,
Qué vida puedo tener,
Sino muerte y padecer
La mayor que nunca ví?
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero, porque no muero.

Y no me digas, encanto mio, que te poseo, que eres mio, que te tengo en el sagrario, y que estás á mi dis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

posición sacramentado en el tabernáculo: no me digas eso, porque,

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me causa más sentimiento
El no poderte gozar;
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero...

Sí! todo es para más penar, mientras mi alma no sienta otra vez tu presencia regalada. ¿Por qué te ocultas en caliginosa nube ó en luz inaccesible, donde yo no puedo verte? ¿Por qué huyes á esa apartada región, donde yo no puedo seguirte? ¡Vuelve, Amado mio, vuelve! ven, que mi alma te espera! ven y no pasen muchas horas sin que yo pueda decir con la Esposa de los Cantares: Hallé al que ama mi alma: téngole y no lo dejaré; porque de hoy más, mi Amado será para mí y yo para mi Amado.

XXIII

Después de la ausencia.

Avergonzada estoy de las quejas que te dí, ¡oh Amor de mi alma! Humillada y confundida con la frente pegada al polvo, me tienes aquí, pidiéndote perdón de mi atrevimiento.

¿Cómo tuve osadía, Jesús mio, para entrar en juicio contigo, sabiendo que ningún viviente será justificado en tu presencia? ¿Cómo tuve valor para llamarte desamorado, y quejarme de que pagabas mal mis servicios y no correspondías á mi afición?

Yo, concebida en culpa, nacida en miserias, criada en vicios y crecida en maldades, ¿cómo tuve audacia para tanto? ¿Qué hice, Señor? Hablé como necia, porque la fuerza del dolor me hizo olvidar quién eres y quién soy; cómo te portas conmigo y cómo te correspondo. Y así,

En lo mucho que me quieres
Y en la paga que te doy,
Mostramos entrambos hoy,
Tú que das como quien eres,
Yo pago como quien soy.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

posición sacramentado en el tabernáculo: no me digas eso, porque,

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me causa más sentimiento
El no poderte gozar;
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero...

Sí! todo es para más penar, mientras mi alma no sienta otra vez tu presencia regalada. ¿Por qué te ocultas en caliginosa nube ó en luz inaccesible, donde yo no puedo verte? ¿Por qué huyes á esa apartada región, donde yo no puedo seguirte? ¡Vuelve, Amado mio, vuelve! ven, que mi alma te espera! ven y no pasen muchas horas sin que yo pueda decir con la Esposa de los Cantares: Hallé al que ama mi alma: téngole y no lo dejaré; porque de hoy más, mi Amado será para mí y yo para mi Amado.

XXIII

Después de la ausencia.

Avergonzada estoy de las quejas que te dí, ¡oh Amor de mi alma! Humillada y confundida con la frente pegada al polvo, me tienes aquí, pidiéndote perdón de mi atrevimiento.

¿Cómo tuve osadía, Jesús mio, para entrar en juicio contigo, sabiendo que ningún viviente será justificado en tu presencia? ¿Cómo tuve valor para llamarte desamorado, y quejarme de que pagabas mal mis servicios y no correspondías á mi afición?

Yo, concebida en culpa, nacida en miserias, criada en vicios y crecida en maldades, ¿cómo tuve audacia para tanto? ¿Qué hice, Señor? Hablé como necia, porque la fuerza del dolor me hizo olvidar quién eres y quién soy; cómo te portas conmigo y cómo te correspondo. Y así,

En lo mucho que me quieres
Y en la paga que te doy,
Mostramos entrambos hoy,
Tú que das como quien eres,
Yo pago como quien soy.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sí, Dios mio; yo, como miserable, pago con quejas tus bondades; ¡pero tú! ¿Quién te sirvió jamás, que tú no le pagases largamente? ¿Cuándo has cerrado tú los oídos á los clamores del pobre? ¿Cuándo dejaste de dar á quien supo pedirte bien? ¿Cuándo cerraste tus puertas, á quien confiado y humilde llamó á ellas? ¿Cuándo jamás te escondiste de quien te buscaba? ¿Cuándo dejaste de amar ni á tus mismos enemigos? Pues entonces, ¿cómo me quejé de tí con amorosa amargura? ¡Perdón, Jesús mio, perdón! que ya conozco la sinrazón mia y la bondad tuya.

A porfía hemos andado toda la vida, yo á ofenderte y tú á perdonarme; yo á huir de tí y tú á buscarme; yo á volverte las espaldas y tú á ofrecerme los brazos. Siempre te hallé fiel y amoroso, siendo alegría en mi tristeza, remedio en mis males, salud en mi enfermedad y refugio en mi tribulación. ¿Cómo, pues, tuve osadía para quejarme de tí?

¡Confieso mi ruindad, Dios mio! Reconozco mi mucha inmortificación y mi poca humildad, pues como niña mimada y caprichosa, me creí abandonada porque me faltaban tus caricias; caí en desconfianza y abatimiento, porque no me regalabas; y me juzgué desfavorecida, olvidada y perdida, porque retiraste de mí tus dulces consuelos. Amor de niños es este, y no de mujer constante; amor como el del perrito que mueve la cola mientras lo halagan y le dan pan; pero que en faltándole este no hace más que ladrar y dar aullidos. Avergüenzome de ello, Señor, y contra mí mismo te confieso mi iniquidad.

Culpa mia fué si te perdí, ¡oh Jesús mio! y culpa mia fué si más pronto no te hallé, porqué te buscaba donde tú no sueles estar. Sólo en la cruz tienes residencia fija, y yo, ¡torpe de mí! huía de la cruz y los trabajos. ¿Cómo te había de encontrar?

Mas ya que de nuevo te he hallado; ya que otra vez me das entrada á la mística bodega, donde embriagas á las almas en tus divinos amores; ya que muestras así haber perdonado mi insipiencia, habla, Jesús mio, habla y dile á mi alma muchos y enternecidos amores.

Habla, Amor mio, y suene tu voz en mis oídos, que su eco melodioso basta para derretir el corazón. Habla una de esas palabras sustanciales que ilumina el entendimiento, aficiona á la voluntad, enciende los afectos y deshace de gozo al alma.

Tu palabra omnipotente hace lo que dice: Dijo: *hágase la luz*, y la luz fué hecha; dijo: *germine la tierra*, y toda ella se cubrió de árboles y plantas. Díle, pues, á la tierra de mi corazón que brote flores de virtud y frutos de santidad, que si tú lo dices, poderosa es tu palabra para hacerlos brotar. Háblame, Jesús mio, y que tu dulce yoz

Resuene en mis oídos
Contínuamente,
Como suenan las olas
Del mar hirviente;
Que su sonido
Al corazón lo deja
De amor herido.

Amor que de él se escapa
A borbotones,
Envuelto entre suspiros
Y entre canciones;
Como en la hoguera
Brota la llama y busca
Más alta esfera...

Pero tengo mis temores, Jesús mio. Temo que me dés quejas y me preguntes como al ingrato Pedro, si te amo. Dime, ¿acaso dudas de mí? ¿Sospechas de mi fineza? ¿Desconfias de mi amor? Razón tienes para du-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dar, para tener sospechas y desconfianzas, siendo yo quien soy y dándote las quejas que te dí; pero á pesar de eso, no me preguntes si te amo; porque ¿cómo no amarte? Tus manos me formaron, tu Providencia me mantiene, tus criaturas me sirven, tu sangre me rescató, tu amor me abrasa... ¿y me preguntas si te amo?

Tú eres, ¡oh Jesús! el descanso de mi vida, la lumbre de mis ojos, el consuelo de mis penas, el paraiso de mi corazón, las delicias de mi alma, la prenda de mi gloria, el centro de mi sér, la vida de mi vida, ¿y me dices si te amo?

Tú eres para mi alma Amigo fiel, Esposo tierno, Padre cariñoso, Pastor divino, Maestro compasivo, Amante enamorado, luz y esperanza, salvación y redención, dulzura y consuelo, amor y bienaventuranza, salud y gloria.. ¿y me preguntas si te amo?

Tú me diste cuanto tenías, te hiciste por mi pobre, siendo rico; naciste en desamparo, viviste en humillación, sufriste males sin cuento, padeciste tormentos indecibles, sucumbiste entre las mayores afrentas, y siendo inmortal, sufriste muerte por darme á mí la vida y hacerte vida de mi alma... ¿y me preguntas si te amo?

Sí, ¡mi amantísimo Jesús! te amo con toda mi alma y con todo mi corazón y con todas mis fuerzas. Te amo más que á mi vida, más que á mi alma, cuanto soy y cuánto puedo. Pequeño es mi poder; pero grande, muy grande mi querer. Rastreras son mis obras; pero mis deseos vuelan muy alto, porque quisiera amarte con el amor de todos los santos, con el ardor de todos los serafines, y deseo abrasarme en los incendios de tu mismo corazón.

¡Oh, qué fuego es ese en que tú ardes! es un fuego que recrea, un fuego que atormenta dulcemente, un fuego que abrasa y no consume, ó consume y conserva

juntamente, dando á un tiempo mismo muerte sabrosísima y vida regalada.

¿Cómo es esto, mi Dios? Dando tú vida, ¿como matas? Matando, ¿cómo das vida? ¿Cómo sanas hiriendo? ¿Y cómo hieres sanando? ¡Oh sapientísimo, poderosísimo y amorosísimo Dios mio! ¿Quién puede penetrar los secretos de tu amor, de tu poder y de tu sabiduría? Sienta yo sus efectos, arda yo en esas llamas que deleitan, viva en esa muerte deliciosa, aunque no pueda penetrar jamás tus misteriosos arcanos.

Úneme á tí ¡oh Dios mío! con amorosa lazada. Vivamos eternamente unidos, sin que yo de tí me pueda separar, ni tú de mí alejarte; y esta unión inseparable y firme hará que mi alma cante como la amante Teresita:

Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi amado es para mí
Y yo soy para mi amado.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIV

En brazos de mi pastor.

Este pastor eres tú, Jesús de mi vida, porque ¿quién como tú reune en sí las cualidades de Pastor amante? ¡Oh qué bien te cuadra este nombre! ¡qué dichosas son las ovejitas de tu redil! ¡qué afortunadas las almas que descansan á tu sombra ó sestean en tus brazos! La mía no sé que siente, cuando se considera en ellos, y te mira como á su Pastor divino.

¡Heme en tus brazos, amorosísimo Pastor de mi alma! ¿Conoces á esta ovejita en otro tiempo extraviada? Sí, ¡Jesús mio! yo soy la ingrata que te hizo sufrir con su loco desvarío; pero aquí me tienes ya, enamorada y dispuesta á cerrarte aquella herida que abrí en tu amante pecho, y traspasó tu corazón! ¡Yo la abrí! ¡yo la cerraré con mis caricias, con mis besos, y con mis lágrimas! Mas. .. ¿qué digo? tu amor me enloquece, me hace delirar, ¿Cerrarla?.... ¡No, Jesús de mis amores, no! ensancharla más y más; porque, si la cierro, ¿dónde voy entonces á aplacar la sed que de tí tengo, la ardiente sed que me devora? Tengo sed.... mucha sed.... sed de tí.... de tu amor.... y sólo las aguas que manan de tu pecho, pueden refrigerarme; deja, pues, que aplique mis secos labios á la herida

de tu costado, y beba en ella las delicias de tu amor.

Amar.... y después morir, ¡cuán dulce debe ser esto, Jesús de mi alma! Morir después de haberte amado mucho, muchísimo, durante la vida. Este corazón que sientes con tanta violencia palpitar junto al tuyo, tenía necesidad de amar desde su niñez, mas ¡ay! las cosas de la tierra dejaban siempre un vacío tan grande en él!... yo tenía necesidad de amar, pero de amar algo grande, algo superior á las criaturas; y ese amor tan grande lo he venido á encontrar en tí, Pastor amorosísimo de mi alma.

Sí, yo te amaré con todas las fuerzas de mi pobre corazón, con tal que tú hagas de tus brazos amorosísimas cadenas que me impidan apartarme de tí ni un solo punto, todo el tiempo que á tí te plazca tenerme en este destierro que se llama vida.

Con estas cadenas estoy presa; pero ¡qué prisión tan deliciosa es tu corazón, vida mia! ¡qué cadenas tan suavísimas son tus brazos! ¡qué cielo tan delicioso tiene esta cárcel mia! pues cuando alzo los ojos, me encuentro con el azul purísimo de los tuyos. Yo quiero vivir en tus brazos, Jesús mio: mi corazón no palpitará más por cosa alguna de la tierra; mis ojos no tendrán para ella más que una mirada de desprecio y mis labios una sonrisa de desdén.

Tú solo, Jesús mio, tú solo el rey de mi corazón, tú solo el objeto de mis amores. ¿Quién, gloria mia, quién tendrá poder para arrancarme de aquí de tus amorosísimos brazos? ¿Quién osará apartarme un punto de tí? Ruja el averno, levántense contra mí las criaturas, que nada conseguirán.

Conque, penas, ¡venid! ¡yo os desafío! ¡oprobios, desprecios, afrentas! ¡venid en horrible tropel! que todo me será muy dulce y sabroso en los brazos de mi Pastor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXV

Mirando al cielo.

En la noche callada,
Y en sitio donde nadie me veía.
La región estrellada
Miraba el alma mía,
Y, hablando con su Dios, así decía:

Deseosa de volver á contemplar ¡oh Dios mio! la grandeza y hermosura de tus obras vengo aquí otra vez, aprovechando el silencio de la noche, para derramar mi corazón en tu presencia y admirar la belleza de los cielos. La noche es serena y tranquila: la brisa nocturna agita blandamente el frondoso ramaje de los árboles; las estrellas resplandecen acá y allá, cual diamantes heridos por los rayos del sol; y las nubes, temerosas quizás de empañar el brillo de los astros, se han quedado allá en donde parece que el horizonte se confunde con el mar.

¡Qué noche tan hermosa, Dios mio! La naturaleza parece muda al contemplar su propia belleza y esplendidez; ese manso ruido que produce la brisa, jugando en la enramada, semeja un himno dulcísimo que los árboles cantan á tí, que eres su Criador. ¡Qué calma! ¡qué paz! ¡qué silencio!; pero silencio elocuente, por-

que él habla á mi alma, y le dice que deje la tierra y se eleve con el pensamiento al cielo. Vuela, pues, alma mía por esas regiones elevadas del espíritu, mientras mis ojos admiran la hermosura de ese cielo que parece sonreir sobre mi cabeza, y que ha sido criado para mí.

¡Qué hermosa es, Dios mio, la soledad para un corazón que te ama! ¡Pero qué morada tan triste es la tierra para el alma que vive en ella como en un destierro! ¡Ay alma mia!, ¿deseas tú ser una estrella suspendida en la bóveda del cielo? ¿Deseas girar como los planetas alrededor de su centro? Pero si tú lo tienes, si eres más afortunada que las estrellas! Jesús es el centro de las almas y el rey de los corazones. ¿No es verdad, Jesús mio? Sí; tú eres rey de mi corazón, dueño de mi voluntad, objeto amorosísimo de mis pensamientos, centro de mis deseos y vida de la mia.

Sí, mi Dios, tú me tienes como suspendida, como levantada de la tierra; y he aquí por qué todo lo que se relaciona con ella, ni me alegra, ni me entristece, ni me turba, ni me distrae: nada encuentro en ella que pueda merecer un pequeño latido de mi corazón, y por eso, cuando fijo los ojos en ella, le envío una mirada despreciativa ó desdeñosa. Cuando trato con las criaturas y éstas no me hablan de tí, huyo de ellas, Dios mio, porque su lenguaje me obliga á exclamar: ¡Ay! no habladme de cosas de la tierra, porque ya no pertenezco á ella.

No, yo no vivo ya en ella porque tú me has levantado hasta tí, y.... mas ¡loca de mí! ¿qué pienso? ¿qué digo? Mirando al cielo, me olvido por completo de la tierra, hasta el punto de parecerme que no habito en ella. ¡Pobre alma mia, presa en la estrecha cárcel del cuerpo! Quieres volar, quieres unirte ya íntimamente con tu Dios: ¿Verdad? Dios mio ¿y por qué no destru-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yes tú el obstáculo que de tí me separa? ¿Le queda á mi alma mucho tiempo que peregrinar en la tierra? Si así fuere, corred, días mios, volad, años; desapareced y llevadme presto al término de mi destierro!

Mas ¡no, Dios mio, no! perdóname esta exaltación momentánea, que no puedo detener mis impulsos, cuando contemplo la hermosa patria mia. ¡Oh! cuánto anhelo el poderla gozar! Pero si tú, Dios mio, me quieres aun peregrina en la tierra, tuya soy: y siendo tuya ¿qué he de querer yo, sino lo que tú quieres? Te agrada verme aquí, peregrinando en la tierra? ¿Te gusta oirme suspirar por unirme á tí, Dios mio? ¡Pues á peregrinar, alma mia, por este destierro que se llama mundo, sin tregua ni descanso! A navegar, alma mia, por ese golfo encrespado de la vida humana noche y día.

Pero dirígeme tú, Dios de mi corazón, para que mi alma, cual ligera navecilla, se deslice serena sobre sus bravas olas. Dirígeme tú por la estrecha senda que ha de conducirme á tí; en ella sé que hay abrojos y espinas.... y es preciso hollarlos.... ¡los hollaré con mis plantas! mas cuando el dolor llegue á mi corazón y arranque lágrimas á mis ojos, haciéndome vacilar.... ¡oh Dios mio! entonces haya en tu corazón divino una gota de consuelo para el corazón de tu sierva.

XXVI

Esperanzas consoladoras.

Cuando siento, ¡oh Jesús mio! ansias de verte, y tengo el alma llena de deseos del cielo; si entonces acierto á pasar por la enfermería, poseída de este dulce sentimiento, paseo por ella una mirada muda, pero elocuentísima, mirada que tú solo comprendes; y hablando conmigo misma, exclamo: ¿Cuál será de éstas la celda en donde el Amado de mi alma vendrá á sacarme del destierro de esta vida? ¿Cuál de estas celdas será el teatro en donde se va á representar la última escena y la más gloriosa de mi vida mortal? ¿Cuál será la celda donde van á celebrarse mis celestiales bodas?

¡Oh bien mio! Para entonces es necesario que yo me prepare y me halle ataviada con la vestidura nupcial; sí, Jesús de mi alma! con la vestidura de bodas para salir á tu encuentro. Yo quiero que entonces halles engalanada mi alma con larga y riquísima túnica, blanca como el ampo de la nieve de los Alpes. La túnica da la inocencia que yo llené de girones y salpiqué de manchas.... (lavadas ya éstas con tu purísima sangre, y zurcidos aquellos girones con mi arrepentimiento) debo ahora bordarla con primor y colocar so-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre las que fueron manchas y girones, riquísimos bordados en oro de encendida caridad, compuestos de azucenas, rosas, pensamientos y menudas violetas. ¡Oh! ¡qué hermosa aparecerá á tus ojos y á los mios esa túnica bordada! ¿Quién al verla pensará que en otro tiempo tuvo manchas ni girones?

Esa túnica de la inocencia quiero que esté sujeta al talle de mi alma, con precioso cinturón de perlas: él lo constituirá mi voto de castidad, y ellas serán las lágrimas que he derramado por serte fiel y conservarme intacta para tí. El calzado de mis pies sea tal, que acredite desde luego, que mis pasos (desde mi mística muerte) fueron hermosos, rectos y ligeros por el camino de la virtud. Y mis pendientes simbolicen que mis oídos estuvieron atentos para escuchar tu divina voz, y cerrados para las cosas de la tierra. Las demás joyas con que quiero ser ataviada no las menciono, porque el que esto me mandó escribir me encargó que en este punto.... mi secreto para mí....

¿Pero dónde encontraré yo tanto oro y piedras preciosas para bordar así mi vestidura nupcial? ¡Ay! ya lo sé. En los desprecios, en las afrentas, en las tribulaciones llevadas con resignación por tu amor. Envíame, pues, por esos caminos, ¡Jesús de mi vida! y ya verás cuán solícita voy por ellos, cogiendo esas perlas preciosas que el mundo pisa, porque ciego no conoce. Yo quiero seguirte; yo quiero poner mis pies sobre tus ensangrentadas huellas: yo quiero seguir á mi adorado Esposo lo más cerca que un alma puede seguirle en la tierra.

Mundo grande de allá fuera, ¡atrás! Pequeño mundo del claustro en que vivo ¡¡atrás también!! Ingratitudes mias, flojedades en el servicio de mi Dios, faltas pequeñas á los ojos mortales, pero muy grandes siempre á los ojos de mi Jesús, ¡¡todo atrás!! ¡Dejadme! no

os atraveséis en mi camino ¡¡dejadme!! yo quiero seguir á mi Esposo en sus humillaciones y afrentas; yo quiero ser pobre como él, despreciada como él y abatida como él. ¿Cuándo ¡Jesús de mi alma! voy á seguirte tan de cerca? Para seguirte así, ¿es necesario sufrir y padecer? Pues bien; yo sufriré amando, y amaré sufriendo.

¿Y había yo de querer ser tenida y estimada, cuando tú fuiste por mi amor hecho el oprobio de los hombres? ¿He de querer yo abundancia y comodidades, cuando tú no tenías donde reclinar tu hermosísima cabeza? ¡No, vida mia! no: un esposo rico tiene una esposa rica; un esposo pobre tiene una esposa pobre; un Esposo crucificado no puede tener más que esposas crucificadas: Él no puede ofrecerles más que las comodidades de la cruz, pero también las delicias de su amor; ¡amor que hace enloquecer! Llévame en pos de tí, ¡Amado mio! dándome á gustar las amarguras y y dulzuras de la cruz, las penas y delicias de tu amor,

¿Cuándo ¡hermoso mio! me voy á ver despreciada, é injuriada por tí y hecha el oprobio de todas? ¿Cuándo aquellos seres que yo más amo me van á despreciar? ¡Ay! entonces yo estrecharé tu crucificada imagen con delirio sobre mi pecho, y vertiendo lágrimas que las criaturas hagan brotar de mis ojos (al fin como débil mujer) exclamaré: ¿No ves cómo me desprecian, vida mía? Como á tí, lo mismo que á tí. ¿No ves cómo aquellas acciones mias hechas con la más recta intención y sólo por agradarte, son mal interpretadas, y á los ojos de las criaturas parecen siniestras y torcidas? Como tú, lo mismo que tú, ¡Jesús de mi vida! ¡Ay! qué cerquita te sigo! me parece sentir sobre mis hombros algo que se parece á tu cruz: así.... así quiero seguirte, ¡Esposo adorado de mi alma!, hasta que vengas por mí á una de estas celdas solitarias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Pero no me falta nada para presentarme bien ataviada ante tus divinos ojos, y partir contigo al cielo? ¿No me falta nada? Sí; á mi frente le hace falta una corona y á mi mano una palma; pero ¡ay! yo no puedo ser coaonada, si tú no me coronas; yo no puedo ostentar en mi mano la palma de la victoria, si tú no me la das. Es necesario, pues, Jesús adorado, que esas dos preciosas joyas, las más hermosas de mi tocado, me las traigas tú del cielo, que allí es donde se tejen esas coronas, y se crían aquellas hermosísimas palmas en los jardines celestiales.

¿Y tú, Amado mio, cómo vendrás engalanado para celebrar las bodas con esta pobre alma? ¡Ay! qué hermoso vendrás! ¡me parece verte! Tú vendrás envuelto en manto de gloria, para envolver en él á tu amada y empuñando en tu mano como Rey el cetro de eterna potestad. Tu rostro á manera de un sol, despedirá más rayos de luz que el astro del día en toda su plenitud; y ¡ay Jesús mio!, cuando nuestros ojos se encuentren por vez primera, después de esta vida; cuando yo contemple sin velos ni misterios el rostro de mi Amado, ese hermoso rostro que yo he visto en sueños y que forma mis delicias y mis encantos, ¿qué sentiré? ¡Oh qué dicha!

Pues ¿y tu acento, Rey mio? ¿Cómo será el eco de tu voz? ¿será tan sonoro como el murmurar de una fuente cristalina? ¿Será tan armonioso como el canto del ruiseñor, cuando en la primavera trina sobre el ciprés de mi convento, al rayar la aurora? ¿Será tan dulce y suave como el sonido de un arpa, cuando en el cielo recorre sus cuerdas la mano de un angel, arrancando de ella melodiosos sonidos? ¡Sí.... algo así, y más, mucho más, porque la Naturaleza no tiene armonías comparables á tu divino acento. ¡Cielos! decidme, ¿á qué se asemeja el acento de mi Amado?

Cuando yo ¡Jesús de mi alma! ya espirante te vea envuelto en una nube de gloria, y tus labios de rosa se abran y con acento indefinible pronuncies el *Surge amica mea, columba mea, et veni. Veni de Líbano, sponsa mea, dabo tibi coronam pro cinere...* ¿qué haré yo entonces, vida mia? Libre del peso del cuerpo, me arrojaré á tus pies divinos, y tú, levantándome con amor, me acercarás á tu pecho, y posando tus labios sobre mi frente, estamparás en ella el ósculo de eterna paz, que tanto ansío.

¡Ay qué venturoso instante! ¡Qué momento tan deseado, en el cual aspire yo tu aliento, más puro que la brisa del mar, más perfumado que el cáliz de la azucena... y perciba los latidos de tu corazón amante... y el himno de las vírgenes, hiriendo mis oidos con celeste melodía, entonando el *Veni, sponsa Christi, accipe coronam quam tibi Dominus praeparabit in aeternum!* ¡Ay Amado mio! entonces... yo seré tuya y tú mio!

¡Muerte! ¿por qué te tardas? ¿por qué no vienes? ¿en qué celda me hallarás? ¡Oh celda, celda mia! futuro testigo de mis celestiales bodas, dime: ¿eres tú por ventura el teatro donde se va á representar tan gloriosa escena? ¿Llegaré yo ¡pecadora de mí! á gozar en tí la dulce presencia de mi Amado? ¿Me trasladará El desde la estrechez de tus muros á su anchuroso Palacio? ¡Sí! yo en El espero, y no será confundida mi esperanza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVII

Conclusión.

En El espero, y no será confundida mi esperanza!

Así terminaba el manuscrito de... de aquella verdadera flor de los claustros religiosos, alma santa, que desconocida del mundo, exhaló á su alrededor el grato aroma de las virtudes, como lirio que se cria en el fondo de un valle retirado, lejos de las miradas del hombre.

Fué una de tantas palomas como gimen en la soledad, sin que el mundo perciba sus celestiales arrullos; una de tantas heroinas como encierran los conventos, sin que la sociedad conozca sus méritos y su virtud; una de tantas flores como exhalan su fragancia en medio de los desiertos, sin que los mortales sospechen su existencia; uno de tantos astros como brillan en el firmamento del catolicismo, sin que vean su resplandor los que viven entre las tinieblas de la impiedad; una avecilla en fin de tantas como trinan y gorgean en el campo místico de la Iglesia, sin que el mundo siquiera barrunte que en la soledad de la clausura haya avecillas trinadoras, de tan melodiosa voz, tan dulce canto, tanta inspiración y tan patéticos gemidos.

Muchas veces he llorado al transcribir aquí los cánticos de amor divino ó los tiernos arrullos de esta paloma enamorada; y creo que ningún corazón sensible los leerá, sin sentirse emocionado.

Repásalo con frecuencia, alma religiosa; grábalo en tu memoria, cópialo en tu corazón, haz tuyos los afectos y sentimientos de aquella alma fervorosa; ama el retiro, busca la cruz y el padecer por Cristo y pídele á Dios que algún día nos veamos con ella en la gloria. Amén.

Fr. A. de V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS